

Revista trimestral
Número 2/3 (nueva serie)
año IV Julio/diciembre de 1973

PP y

PASADO Y PRESENTE

Pasado y Presente	De Cámpora a Perón
José Nun	Control obrero y organización
John W. Cooke	El reformismo en la Argentina
Antonio Carlo	El partido revolucionario en Lenin
Pasado y Presente	Las luchas obreras actuales

PASADO Y PRESENTE

Revista Trimestral

Año IV (nueva serie) nº 2/3 – julio-diciembre de 1973

177	<i>Temas</i>	
179	<i>Pasado y Presente</i>	La crisis de julio y sus consecuencias políticas
PROBLEMAS DEL MOVIMIENTO OBRERO		
205	<i>José Nun</i>	El control obrero y el problema de la organización
233	<i>André Gorz</i>	Táctica y estrategia del control obrero
249		Dos documentos sobre control obrero en las empresas
271	<i>Pasado y Presente</i>	El significado de las luchas obreras actuales
283	<i>Pedro Aguirre</i>	La reforma de la Ley de Asociaciones Profesionales
303	<i>Antonio Carlo</i>	La concepción del partido revolucionario en Lenin
349	<i>Movimiento al Socialismo</i>	La sociedad socialista venezolana
TEXTOS		
369	<i>Juan C. Portantiero</i>	Introducción a un inédito de Cooke
373	<i>John William Cooke</i>	Apuntes para una crítica del reformismo en la Argentina
DOCUMENTOS		
403		La CGT y el 17 de octubre de 1945
424		Apuntes sobre metodología del trabajo de masas
432		El II Encuentro de Plástica Latinoamericana

<i>Editor responsable</i>	José Aricó Casilla de Correo 80 – Córdoba (Rep. Argentina) Registro de la propiedad intelectual Nº 1 205 700
<i>Diagramación</i>	Carlos Boccardo
<i>Composición en frío</i>	Centrograf, Riobamba 436 - 8º - 16. Bs. As.
<i>Impresión</i>	Talleres Gráficos E.S.M.E., Larrea 971, Bs. As.
<i>Distribución exclusiva</i>	Siglo XXI Argentina S.A., Córdoba 2064 – Bs. As.
	Precio de este número especial: \$ 15 Suscripción anual (4 números): \$ 40 Suscripción anual en el exterior (vía aérea); u\$s 8.

Colaboraron en la preparación de este número: José Aricó; Oscar del Barco; Jorge Feldman; José Nun; Juan Carlos Portantiero; Juan Carlos Torre y Jorge Tula.

TEMAS

La crisis política que estalla el 13 de julio con la obligada renuncia del presidente Cámpora marca el punto central de un complicado proceso, cuya secuencia puede fijarse en otras cuatro fechas –11 de marzo, 25 de mayo, 23 de setiembre y 12 de octubre– verdaderos nudos de una trama conflictiva que cubrió todo 1973.

“La crisis de julio y su significado político”, artículo editorial de esta edición PASADO Y PRESENTE trata de razonar acerca del sentido de esta crisis que, al colocar en un verdadero estado de guerra civil al movimiento peronista, proyecta sus consecuencias sobre el conjunto del cuerpo socio-político del país. Así, si el eje de toda derecha posible se halla en la actualidad en el ala burocrática del peronismo, también la perspectiva principal de agregación de fuerzas socialistas encuentra su centro en los núcleos revolucionarios que crecieron y se desarrollaron en el interior del movimiento mayoritario a partir de la lucha contra la dictadura militar. Este desplazamiento del centro de gravedad de la lucha política de clases al interior del peronismo, plantea con nueva fuerza viejos problemas como el de la relación entre la constitución de un bloque de fuerzas antimonopolistas y el desarrollo de la hegemonía obrera en el mismo o, dicho de otro modo, el proceso de continuidad-discontinuidad que se establece entre el nacionalismo popular y el socialismo en los países dependientes.

El inédito de John William Cooke – “Aportes a la crítica del reformismo en la Argentina” – redactado hace más de una década, significa una contribución valiosa para esta discusión, anticipatoria de los debates actuales, más allá de ciertos anacronismos inevitables por el paso del tiempo.

Una sección entera de la revista está dedicada a examinar, desde distintos ángulos con los que se intenta combinar la mirada teórica y el análisis de procesos sociales que tienen lugar actualmente en nuestro país, la problemática de las luchas obreras que se enmarcan dentro de una línea de afirmación del control sobre las condiciones de trabajo. Este aspecto de la movilización obrera, creciente desde el 25 de mayo, cuyo espacio central es el de la fábrica, aporta elementos nuevos tanto para definir las formas actuales de la lucha contra la burocracia sindical, cuanto para diseñar los contenidos profundos de la construcción de la hegemonía obrera en un proceso revolucionario, planteando sus condiciones de posibilidad en el terreno en que la clase trabajadora es directamente sometida a la explotación capitalista.

En el camino de construcción de esta hegemonía, la relación entre las formas llamadas espontáneas de movilización obrera y el instrumento institucional que es el partido revolucionario, ha constituido siempre un capítulo abierto a la polémica. La impronta leninista sobre este tema es, inocultablemente, el eje principal con que tradicionalmente se intenta resolver la dialéctica entre masas y partido. El artículo de Antonio Carlo reivindica los aspectos más valiosos de esa herencia teórica y política, pero marca a su vez sus límites y peligros; su inclusión apunta a precisar la actitud de PASADO Y PRESENTE frente a los aportes del gran revolucionario: una actitud que no supone obsecuencia sino rescate crítico de su legado histórico.

Es que las formas en que se plantea, en la etapa por la conquista del poder, las relaciones entre organizadores y sujeto histórico, repercutirán sobre los rasgos de la sociedad que sucederá al capitalismo. Los fragmentos de un documento del Movimiento Al Socialismo de Venezuela, que publicamos en esta edición, intentan ser un diseño de esta perspectiva de una sociedad nueva, de alguna manera ya en construcción en el momento de la lucha contra la dominación del capitalismo dependiente.

Del gobierno de Cámpora a Perón en el poder

Pasado y Presente

La crisis de julio y sus consecuencias políticas

1. Los dos componentes del triunfo del 11 de marzo

El 11 de marzo de 1973 convergieron para producir la victoria del peronismo dos componentes centrales del proceso político argentino actual: la serie de movilizaciones populares que arranca en 1969 y el nudo de contradicciones interburguesas que desgastaron y paralizaron el proyecto hegemónico del capital monopolista encarnado en la "Revolución Argentina". El triunfo electoral fue el resultado previsible de las luchas obreras desarrolladas en gran parte al margen o en contra de la dirección de la CGT, de las movilizaciones agrarias, de las rebeldías de la pauperizada pequeñaburguesía del interior, del martilleo tenaz y sistemático de la guerrilla urbana contra las instituciones fundamentales del sistema. Sin embargo, es indudable que sobre esta fusión de cuestionamientos que pugnaban por una destrucción radical de la dictadura militar y por una salida popular y revolucionaria, cabalgaron también otros proyectos. La Hora del Pueblo, el pacto CGE-CGT de noviembre de 1972 y la Asamblea de la Civildad que lo hizo suyo. Es por eso que la etapa abierta con el triunfo de Cámpora estuvo signada por la superposición de dos niveles diferenciados de intereses sociales. Uno, cuya consecución desborda los marcos del capitalismo; otro, cuyo máximo alcance apunta a renegociar la dependencia para colocar al capital nacional en mejores condiciones frente al imperialismo. Sobre esta contradicción se asienta la actual coyuntura y ella es la raíz que permite explicar el, para muchos, desconcertante proceso nacional que arranca en marzo y que desde el 12 de octubre, con la asunción del poder por Perón, entra en una etapa decisiva. La guerra declarada en el seno del peronismo, y agudizada hasta el paroxismo desde el regreso de Perón, es una de las manifestaciones, la más importante, de la lucha abierta y frontal por la dirección de las masas en la que están comprometidas las fuerzas que combaten por una u otra salida de la crisis. Lo nuevo de la situación política argentina reside en que la agudización del enfrentamiento social ha contribuido a recortar con claridad en el interior del peronismo la presencia del campo

de la revolución y del campo de la contra-revolución como dos polos de una contradicción inconciliable. A diferencia de lo sucedido durante su primer ciclo en el poder, el peronismo en 1973 es incapaz de sintetizar esa contradicción y en la medida en que es nuevamente poder, el centro de gravedad de la lucha política de clases en la Argentina se ha desplazado *hacia su interior*. La matanza del 20 de junio en Ezeiza, y la campaña macartista y terrorista que la sucedió son ejemplos trágicamente elocuentes del grado alcanzado por esa guerra civil.

Desde el 11 de marzo hasta el 20 de junio —período que incluye mucho más la continuidad de la campaña electoral que la inauguración de una nueva etapa política— de esa doble vertiente que llevó al triunfo de Cámpora, el componente popular, jacobino, fue el predominante. La movilización pareció entonces desbordar los proyectos económico-sociales que se pusieron en marcha a través del Acuerdo Social y del paquete de medidas enviadas al parlamento. El restablecimiento de las libertades democráticas a un nivel absolutamente desconocido en nuestra sociedad, una agresiva política exterior independiente y la entrega de varias universidades a los grupos más radicalizados del movimiento peronista, cubrían la otra cara de la situación expresada por el Plan Gelbard.

2. La caída de Cámpora

Paulatinamente las fuerzas que habían impulsado bajo Lanusse los acuerdos CGE-CGT, que habían protagonizado La Hora del Pueblo y a las que se sumaba ahora una cúpula militar parcialmente renovada y dispuesta a ajustar su doctrina a los nuevos términos de la situación política fueron reocupando la escena de la que habían sido parcialmente desalojados por la movilización popular. Su objetivo no era el de modificar una política de fondo —el programa del Frejuli— que en esencia permanecía inalterada, *sino el de controlar la movilización popular e impedir que ella avanzara hasta un punto de no retorno*. La derecha peronista fue el grupo de choque utilizado el 20 de junio en Ezeiza y el 13 de julio en Gaspar Campos para crear mediante la violencia y la presión de los aparatos sindicales las condiciones propicias para la caída de Cámpora. El período del “camporismo” debía concluir para poder abrir paso a una nueva fórmula de poder que incluyera a la burocracia sindical, a las fuerzas armadas y a las principales burocracias políticas, sin la presencia molesta y siempre peligrosa de los grupos más radicalizados de la *intelligentsia* peronista.

Desde diciembre de 1972 —cuando la burocracia sindical bloqueó su candidatura— hasta el 13 de julio, en un proceso de permanente crecimiento de la lucha de masas, Cámpora había representado a un sector de la burocracia política que, sin fuerza propia, había debido apoyarse en las organizaciones armadas y en la JP. Fueron estos grupos revolucionarios del peronismo los que colocados en la cresta de la ola de la

movilización popular se transformaron rápidamente en la fuerza con mayor poder de convocatoria del país, abriendo por primera vez en el interior del peronismo la posibilidad cierta de una dirección revolucionaria de masas; y ello no obstante que esta capacidad de movilización y de agitación, ese “montonerismo” emocional del pueblo, no tuviera ni tenga aún un correlato a nivel organizativo, especialmente en el plano de la clase trabajadora peronista.

En esas condiciones, el desplazamiento de Cámpora es fácilmente explicable. Su caída no debe ser atribuida a que intentaba poner en práctica un programa de transformaciones sociales desfasado en relación con la “etapa”. Cámpora cayó porque no desalentaba suficientemente la movilización popular, porque representaba más una metodología de acción política que un programa alternativo del Frejuli. Y cuando se dice que su acción iba más allá de las posibilidades que marcaba la “etapa”, que era más avanzada que lo que podía tolerar la “unidad nacional” preconizada por Perón, en realidad se afirma sin decirlo que tal acción desbordaba los límites políticos que el peronismo puede asumir sin entrar en crisis; pero de ningún modo puede afirmarse que esos límites sean los de las necesidades de las masas, los de la voluntad de las masas y ni siquiera las posibilidades de una política de alianzas que recuperara para la unidad popular antimperialista a buena parte de los votos radicales y alendistas. En síntesis, cuando la derecha peronista y el propio Perón deciden desplazar a Cámpora no están preocupados por lo *avanzado* de su programa, sino por la *forma política* con que ese programa era puesto en práctica.

3. El proyecto nacionalista en el poder

Si el 11 de marzo es el resultado de la confluencia entre la movilización de las masas y el proyecto hegemónico de la burguesía no monopólica, a partir del 20 de junio la dirección peronista ha decidido articular su política a partir del segundo término, relegando el primero. Con ello, el peronismo, tras la etapa de lucha por la reconquista del poder, reasume sus metas históricas, como movimiento nacionalista de un país dependiente. Este nacionalismo, cuyos límites están dados hoy por el creciente entrecruzamiento de la penetración imperialista con el desarrollo capitalista de la Argentina a partir de la década de los 60, no tiene en su horizonte doctrinario metas socialistas ni busca preparar, en el presente, su realización futura. Se trata de un proyecto de crecimiento autónomo, de “grandeza nacional” o de “Argentina potencia” como dice el lema, basado en un desarrollo económico con control nacional a través de la asociación entre el estado, la burguesía local y las direcciones sindicales, que posibilite una política de reformas sociales y que en lo internacional se apoye en una política de creciente autonomía frente a los Estados Unidos, en una apertura al mercado europeo y al socialista y en la búsqueda de una integración continental latinoamericana.

Este proceso de contenido nacionalista, que no cuestiona las relaciones de propiedad, puede verificarse de dos maneras y según cual de ellas sea la que prime cambiará su carácter. Un proyecto nacionalista revolucionario, que busca su principal base de sustentación en una intensa movilización popular, desemboca inevitablemente en un proceso real y efectivo de liberación nacional y social. Pero si su soporte es, en cambio, un bloque político formado hegemónicamente por los representantes de la burguesía con el reaseguro de las fuerzas armadas, bloque que encuentra su punto de equilibrio precisamente en la inmovilidad de las masas, el desemboque será la reproducción de un capitalismo cada vez menos autónomo del capital monopolista. Prever un resultado distinto, evocando las similitudes que puedan encontrarse entre el actual plan económico y las medidas adoptadas en 1946, no sería más que un puro deseo utópico de volver al pasado, olvidando los cambios producidos en los últimos 25 años de desarrollo capitalista argentino y de transformación del sistema imperialista mundial.

Más allá de episodios circunstanciales, es un hecho que todo el proceso que se viene desarrollando desde el 20 de junio en adelante forma parte de la ofensiva desatada por un grupo al que genéricamente podríamos calificar como la derecha, vertebrada alrededor de un programa de desarrollo económico-social que busca la negociación con los monopolios y en la que la burocracia sindical y política del peronismo opera como la principal fuerza de control y desmovilización de la clase obrera y del pueblo, y que ubica a su enemigo principal en el interior del propio movimiento.

4. El papel de Perón

Un elemento importante de discusión es el papel que juega el propio Perón en este proceso. A medida que el mismo avanza pierde sentido la hipótesis acerca de un Perón "usado" por la burocracia o la que sostenía que entre él y el pueblo se habría establecido contra su voluntad un "cerco". Apreciaciones de este tipo ya ni siquiera pueden ser justificadas tácticamente, puesto que al no soportar el choque con la realidad siembran la confusión y el escepticismo entre las fuerzas a las que se invita a movilizarse para destruir tal cerco. Hoy para nadie pueden caber dudas que el actual proceso de desmovilización de las masas y de descabezamiento de los sectores más radicalizados del peronismo cuenta con la aprobación de Perón y no es un mero producto de presiones externas.

Sus discursos, sus declaraciones y sus actos posteriores al 21 de junio tienen un contenido muy claro y apuntan a un mismo objetivo: la definición de un proyecto económico, social y político que no puede de ningún modo ser definido como simplemente *coyuntural*. Su idea acerca de la "reconstrucción nacional" basada en una sociedad políticamente integrada con el acuerdo de los grandes partidos y las fuerzas económi-

cas y gremiales, al estilo de Europa Occidental; su concepción acerca del orden social, de la reorganización del estado (discurso del 21 de junio), de la política económica basada en la iniciativa de los capitalistas privados nacionales (comparación entre Gelbard y Miranda en el discurso ante los gobernadores), de la necesidad de estructurar una política exterior equidistante de los grandes bloques (discurso en la CGT), integra una unidad coherente y constante de pensamiento. Es más un modelo de sociedad que una respuesta táctica a una coyuntura política determinada.

Este modelo se corresponde con el de un movimiento nacionalista en un país dependiente y son sus contenidos los que definen la *ideología* de Perón, que no es un líder socialista, ni el representante de los intereses de los trabajadores en un movimiento interclasista, pero tampoco un pragmático puro, un *Realpolitiker* que dirige a ese movimiento de acuerdo con las presiones que recibe, sin tener un proyecto propio.

Sin embargo, sería erróneo hacer demasiado incapié en la ideología explícita o implícita de Perón para develar el sentido último de su *política* y la consecuencia objetiva de sus actos. Quizás valga la pena recordar una vez más que a los individuos y más aún a los líderes de grandes movimientos políticos no se los puede juzgar por lo que ellos piensan de sí o del mundo, sino por lo que realmente resulta de su acción, y para comprender esto último resulta imprescindible analizar las "desviaciones" que provocan a sus propósitos las condiciones económicas, sociales y políticas en las que le tocan actuar. Si la política es la ciencia de lo posible, no siempre lo posible es lo que íntimamente se busca. Creyendo lo contrario, los hombres son mucho más esclavos de las fuerzas que desencadenan que amos de ellas. La reflexión tiene sentido porque si hay algo que están comprendiendo las masas argentinas es que ese modelo de sociedad al que tanto aspira Perón se ha vuelto *irrealizable* en la Argentina de hoy.

En 1946 un programa de desarrollo de las fuerzas productivas sin afectar las relaciones de propiedad capitalista podía acompañarse con reformas profundamente democráticas en el aparato del estado y una dilatación de las luchas reivindicativas y políticas de las masas. En 1973, un intento de revertir en favor de las masas trabajadoras el deterioro permanente de sus condiciones de vida y de trabajo y un aumento significativo de su participación en el ingreso nacional, exige profundas reformas de estructura que afectan las relaciones de propiedad. Acompañar como en 1946 el desarrollo pleno de las fuerzas productivas con el aumento en los ingresos de los trabajadores exige afectar al capital agrario y a los monopolios, lo cual a su vez supone una agudización profunda de la lucha de clases.

Cuando se habla contra los apresuramientos y se privilegia el tiempo a la sangre, se parte siempre de una lectura de la realidad en la que la lucha de clases no entra como instrumento analítico. Se cree que si se cuenta, como ocurre hoy en nuestro país, con un amplio apoyo popular y excepcionales capacidades de dirección política no se necesita sino tiempo para *disgregar* el frente adversario y provocar serios desplazamientos de fuerzas en favor de las reformas de estructuras. Detrás de

esta lógica sobrestimación de la conducción política (lógica por cuanto no se parte de la lucha de clases) se tiende a olvidar el grado creciente de "impenetrabilidad" del capitalismo dependiente argentino a las tendencias reformistas. Sin una ruptura de la relación de dependencia, y sin un rechazo radical del modelo de desarrollo de las áreas avanzadas, el sueño de una Patria Justa, Libre y Soberana a la que cree encaminarse Perón no es más que un sueño.

Una restructuración de la economía argentina sólo admite hoy dos alternativas: 1) o se hace a través de un camino que pasa por la concentración técnico-financiera dirigida por los grupos monopolistas y entonces significa expansión de las fuerzas productivas pero a costa de un mayor condicionamiento y supeditación de la economía argentina como subsidiaria de los países capitalistas avanzados, la intensificación de la explotación y del despotismo patronal en las fábricas, la reducción de los niveles de ocupación, la fragmentación creciente de la clase obrera, la integración del sindicato al sistema, la marginalización de regiones enteras del país, un proceso de fascistización del aparato del estado; 2) o se hace a través del potenciamiento del capitalismo de estado y de la ruptura de las relaciones de dependencia, lo cual significa iniciar un *proceso de transición* hacia un sistema económico y social distinto ("Socialismo nacional", o mejor "construcción nacional del socialismo"). Pero esto presupone: a) un cambio profundo en las relaciones internacionales de nuestro país, particularmente con relación a los Estados Unidos; b) la ampliación del sector económico público (creando nuevas formas de propiedad social) para colocarlo en condiciones de controlar la estructura de las inversiones, de los salarios y de los movimientos de capitales; c) la creación de una estructura de poder distinta en todos los niveles, basada en el pleno democratismo de base y en la amplia participación popular, como requisito *imprescindible* para llevar adelante los dos primeros objetivos; d) la incorporación de nuevas capas sociales al proceso, fundamentalmente obreros, intelectuales, técnicos, pequeños y medianos productores, capaces de expresar un mundo nuevo de exigencias y de capacidades políticas y cuestionadores de hecho de un tipo, de una "calidad" de desarrollo, de una jerarquía de inversiones y de consumos que profundiza la dependencia e incrementa el poder del capitalismo.

Se ha elegido en cambio un camino intermedio, un proyecto de modernización capitalista hegemónico por una pseudo burguesía nacional incapaz como tal de sostener un programa de verdadera independencia nacional. Este camino requiere tiempo porque necesita arrancar poco a poco concesiones a las clases dominantes sin asustarlas, sin enfrentarlas al espectro del socialismo o al de un desborde del movimiento de masas. Hay que avanzar muy despacio para impedir que esas fuerzas se unan en un bloque de oposición que apoyándose en el ejército como en Chile conduzca rápidamente a la experiencia al fracaso. Y para esto es preciso adoptar una política de desmovilización sostenida en un autoritarismo creciente del aparato del estado. Es preciso aniquilar a los sectores que desde el interior del movimiento peronista expresan los intereses y las aspiraciones de los trabajadores y del pueblo. En última instancia es

preciso reestructurar y maniatar hasta al propio movimiento peronista. Lo paradójico es que de ese modo, aun sin quererlo —y siempre ha sido ésta la tragedia de todo movimiento nacionalista— se logra un resultado directamente contrario del buscado, puesto que en definitiva no serán las clases dominantes las que irán cediendo parte de su poder, sino el gobierno popular quien se tornará cada vez más prisionero de aquéllas.

Pero nos equivocariamos si pretendiésemos derivar de aquí conclusiones catastrofistas acerca de la probable desembocadura de la actual coyuntura política y económica. La incapacidad histórica demostrada por la burguesía en la resolución de la crisis estructural que padece la nación califica la *capacidad dirigente* de una clase, pero de ningún modo prejuzga sobre su capacidad de ser piloto de tormentas en determinadas coyunturas. Es innegable que con la caída de Perón en 1955 se abre en nuestro país una crisis de dirección política que la burguesía o mejor dicho las clases dominantes no fueron capaces de superar. El hecho de que hoy acepten lo que pugnaron por destruir en su momento demuestra no sólo su debilidad sino también su inteligencia. En los años transcurridos desde 1955 las clases dominantes demostraron ser lo suficientemente hábiles como para sortear sin grandes cataclismos los obstáculos que le interponían luchas populares que a veces llegaron a tener una gran envergadura. La discusión abstracta y bizantina sobre las reales dimensiones de la "capacidad" burguesa tiende a formalizar el debate haciéndole abandonar el análisis concreto de las relaciones de fuerzas que es el único que debe realmente interesar a las fuerzas revolucionarias. Ocurre que al presentar y exponer toda fluctuación de la política y de la ideología como una expresión directa de la estructura, no sabe diferenciar lo que es incapacidad congénita de lo que puede resultar clarividencia política en la administración de los asuntos del estado. Una forma social siempre tiene posibilidades marginales de desarrollo a partir de la relativa debilidad de las fuerzas antagónicas, en este caso el proletariado. La iniciativa que sea capaz de desplegar la burguesía está en relación directa a la falta de iniciativa de los trabajadores. Los siete millones de voluntades que votaron a Perón lo hicieron convencidos de que el retorno de su viejo líder al poder significaría la resolución de sus problemas de hoy y la esperanza en una sociedad distinta mañana. A partir del amplio margen político (y económico, por lo tanto) que le otorgan los millones de asalariados que lo sostienen, es posible que el gobierno actual pueda resolver, sin necesidad de cambios estructurales, algunos de los problemas que más preocupan hoy a los trabajadores (la vivienda, o la ocupación, quizás), pero resulta absolutamente ilusorio pensar que puedan ser satisfechos los requerimientos que apuntan a la constitución de una sociedad distinta y más justa sin cambiar de raíz una estructura que autoreproduce la explotación y la injusticia.

No se trata entonces de un mero problema de ritmo con que se efectúan ciertos cambios; se trata esencialmente de establecer con precisión adónde se quiere llegar, cuál es la propuesta estratégica que se defiende. Lo que separa a Gelbard de la izquierda revolucionaria del peronismo no es una diferencia acerca de la velocidad que debería im-

mírsele a un proyecto de transformación económica y de justicia social, sino una definición radicalmente opuesta del carácter de ese proyecto y de las fuerzas que deben llevarlo a cabo. Por ello, cuando se habla de los "apresurados" y de los "retardatarios" que por exceso o por defecto pondrían en peligro con su obcecación el éxito futuro de la empresa, se está imaginando un proyecto único que se despliega en el tiempo y que se impone por la fuerza de las cosas, en el interior del cual existen dos concepciones distintas acerca de la velocidad de su implementación. Y esto es evidentemente falso.

Nadie, excepto una izquierda retórica y declaracionista, puede dejar de reconocer que cada proceso revolucionario tiene un *tiempo* propio y que éste a su vez depende de una compleja relación de fuerzas tanto en el plano nacional como internacional. Más aún, y referido a nuestro caso concreto, es innegable que la derrota del gobierno popular en Chile ha aumentado considerablemente las dificultades que deberá sortear todo proceso de liberación social y nacional en la Argentina. Estamos obligados a actuar en un contexto latinoamericano netamente desfavorable, y dentro de un cerco de países con gobiernos reaccionarios y proimperialistas que tratarán de asfixiarnos. De ahí que podamos afirmar que la relación entre política nacional y política internacional constituye hoy el punto de mayor dificultad para un programa político de las fuerzas revolucionarias. Pero de este reconocimiento profundamente válido no puede extraerse conclusiones que apunten a inmovilizar a las masas y a destruir sus direcciones revolucionarias, porque es absurdo pensar que de esa manera se crean condiciones favorables para la derrota del imperialismo. En síntesis, si se evoca la coyuntura internacional como un factor restrictivo para un avance revolucionario rápido es preciso conocer antes cuál es el proyecto que se quiere realizar, pues es en el interior de ese proyecto donde tiene sentido hablar del "tiempo" y de la "sangre", donde deberá decidirse en última instancia si corresponde ser "apresurado" o "retardatario". Sólo una estrategia perfectamente clara puede permitirse el máximo de desprejuicio en las medidas tácticas. Si no se logra distinguir con claridad las diferentes propuestas estratégicas ocultas detrás de términos aparentemente idénticos, se borran diferencias que son esenciales para la lucha política y que dejadas de lado supeditan el movimiento revolucionario al juego de las fuerzas espontáneas de la sociedad capitalista; juego que es siempre, en última instancia, conservador, aunque se presente en la escena política bajo una retórica revolucionaria.

Más allá de las intenciones de los actores, la consecuencia objetiva de la política actual del Gobierno Popular conduce inexorablemente al control total del movimiento de masas, a la depuración ideológica del peronismo, a la proliferación de las bandas armadas, a la preparación de los instrumentos legales de la represión y a la violencia contra-revolucionaria. El desplazamiento hacia las posiciones del gobierno de sectores importantes de las clases dominantes, no constituye una demostración de la capacidad hegemónica del peronismo, sino la búsqueda por parte de la derecha de un nuevo bloque de fuerzas que permita romper en favor del capital monopolista el actual equilibrio de fuerzas inestable. Se apoya a

Perón para que Perón decapite a la izquierda de su propio movimiento.

Sin embargo, este verdadero nudo gordiano de la política argentina presenta enormes dificultades para ser cortado en el sentido deseado por la derecha. En primer lugar porque Perón es un caudillo, esto es, alguien que modela su comportamiento en función de los ecos que recibe por sus actos. Su relación con las masas puede ser paternalista, pero jamás despótica, en la medida en que no quiera negarse a sí mismo. En segundo lugar, porque el hecho nuevo de la realidad política actual es que, por primera vez en la historia del peronismo y del país, ha logrado constituirse una dirección revolucionaria de masas, producto y expresión de una realidad también inédita: la de la presencia en las luchas sociales argentinas de una nueva voluntad política, de una nueva conciencia de rechazo de la realidad presente que reclama una restructuración total de la sociedad. El hecho de que este fenómeno se vea con mayor claridad en el plano de la agitación y de la movilización que en el de la organización, no invalida el hecho esencial de que las burocracias sindicales y políticas están ya históricamente en retroceso y se manifiestan ineptas para transformarse en conducción política de las masas.

Precisamente porque la radicalización de la sociedad argentina es tan profunda, Perón se ve obligado a renunciar a un estilo de dirección política que tendía siempre a lograr que los extremos de su movimiento no se sobredimensionasen. La izquierda peronista debe ser aniquilada no porque no acepte ciertas leyes del juego inevitables, ni porque se niegue a reconocer la necesidad de etapas en el proceso de liberación social y nacional, sino porque avanza en el sentido del crecimiento del movimiento de masas y porque expresa la exigencia de una desembocadura socialista del proyecto peronista. Sin embargo, la situación está lejos aún de haber alcanzado un punto de no retorno. Para quien hizo del "juego pendular" un sabio principio de dirección de un movimiento internamente contradictorio no puede resultarle ajeno un elemental principio de conducción política: si se destruye a la izquierda se queda prisionero de la derecha y la derecha es el golpe. O se avanza hacia el socialismo o se retrocede a la fascistización de la vida nacional. La experiencia de nuestros vecinos nos lo están demostrando.

5. La responsabilidad de la izquierda revolucionaria peronista

Los grupos revolucionarios crecieron y se desarrollaron al amparo de la estrategia de Perón tendiente a reconquistar el poder. Ese crecimiento fue decisivo para llevarlo finalmente a la presidencia, pero durante el mismo se concientizó y se organizó a grandes contingentes humanos a favor de la construcción nacional del socialismo. Perón es hoy presidente por la radicalización política y militar de masas en la Argentina y los grupos revolucionarios peronistas son el principal emergente de ese proceso.

Si ellos todavía hoy parecen organizativamente débiles frente al poder reforzado por el estado de las burocracias que, en 1966, abandonaron de hecho a Perón a su propia suerte, que boicotearon las luchas populares, que desertaron de la campaña electoral y que se montaron al tren de la victoria tras la masacre de Ezeiza, la más cruel matanza de peronistas que registra el país desde 1955, tienen no obstante a su favor el hecho de no expresar solamente una opción ideológica, sino una realidad social. Los grupos revolucionarios del peronismo corren en la dirección de las masas, expresan los nuevos contenidos de su presencia en nuestra sociedad.

El desafío que ahora recogen es el de consolidar y profundizar esa inserción en la clase trabajadora y en el pueblo sin caer en el ultraizquierdismo, como lo pretendería la izquierda "vanguardista" y la derecha peronista. Esto es, sin dilapidar el capital primero que los hizo crecer colocándose fuera de la identidad política básica de las grandes masas trabajadoras.

Sobre los grupos revolucionarios del peronismo recae hoy una gran responsabilidad política por cuanto constituyen el núcleo originario de constitución de una dirección del proceso revolucionario en la Argentina. En la perspectiva de la construcción de una organización de masas con objetivos socialistas, la discusión de la que son protagonistas fundamentales representa el hecho político más importante de la actualidad. Sin utilizar a ella como referente principal, organizativo e ideológico, no hay ninguna posibilidad de construir algo que vaya más allá del monólogo de las sectas de izquierda.

En esa dimensión, las encrucijadas que pueda encontrar el peronismo revolucionario son un problema que toca a todos los que aspiran a la construcción del socialismo en la Argentina. Es un hecho que la crisis del 13 de julio se descargó sorpresivamente, cuando estaba muy lejos de haberse resuelto el dilema político fundamental: transformarse de manifestación generacional, en expresión política de los trabajadores, en el movimiento nacional interclasista que es el peronismo. Para la resolución de ese problema juega un papel fundamental la claridad en la formulación de un programa de alternativa obrera frente a la orientación burguesa del proceso hoy dominante, que sirva para disputar la dirección política del movimiento de masas.

El primer paso supone una definición de la contradicción principal y de las contradicciones secundarias en nuestra sociedad y de las formas en que ellas se expresan en el espacio de la política.

Definir genéricamente al imperialismo como enemigo de la nación, o especificar la contradicción fundamental como una puja antagónica entre un bloque de clases en el que el imperialismo se presenta no como una fuerza externa sino como un factor interno, enraizado en la estructura productiva más desarrollada, y otro bloque de clases a cuya cabeza se halla el proletariado industrial directamente explotado por el gran capital, no es un problema académico, sino esencialmente político y de decisiva importancia práctica, puesto que tiene que ver con la caracterización de las etapas por las que debe atravesar el proceso revolucionario.

Sólo a partir de una definición correcta de la contradicción principal, o sea adecuada al grado real de desarrollo de nuestra sociedad dentro del cuadro del sistema económico y político mundial, puede determinarse el carácter y la intensidad de las contradicciones secundarias que operan en cada uno de los bloques y el método justo para actuar sobre ellas.

La delimitación de la etapa revolucionaria y su consecuencia directa, la determinación en el tiempo del enemigo principal, de los sectores aliados y de aquellos que pueden y deben ser neutralizados, así como la ubicación del lugar en el que se halla el centro de gravedad sobre el cual deberá concentrarse la batalla para acumular fuerzas propias, dependen de un análisis correcto de la situación, en el que estructura y coyuntura, movimientos ocasionales y hechos orgánicos, sociedad y política, puedan ser captados en su justa relación.

6. El discurso de Firmenich

En este sentido, que va hacia la definición de un proyecto estratégico, el discurso de Mario Firmenich del 22 de agosto configura un paso muy importante para la definición de la etapa actual y de las tareas que de ella se derivan. Destacamos del mismo seis rasgos fundamentales:

1. La caracterización de la necesidad de una revolución como un hecho social "que brota de la realidad objetiva que existe más allá de nuestra voluntad".

2. La postulación de un marco continental para la revolución.

3. La reafirmación del rol hegemónico que debe desempeñar en ella la clase obrera *organizada*.

4. La postulación, para la etapa, de un frente antimperialista, con participación de sectores no proletarios; es decir, la articulación de una alianza de clases, pero con la aclaración de que la misma sólo tendrá un sentido revolucionario si es conducida por la clase trabajadora. "La clase trabajadora solamente puede conducir hasta sus últimas consecuencias ese proceso si está verdaderamente organizada y si su conducción de la alianza de clases es también orgánica".

5. La crítica al Pacto Social CGE-CGT, porque éste no refleja los intereses de los trabajadores, en tanto su representación no es asumida como debería serlo, por los directivos de la CGT.

6. La ubicación del centro de gravedad de la acción de los sectores revolucionarios en la organización de la clase obrera, expropiada hoy de sus instituciones por la burocracia sindical. ("Si no organizamos ahí, si no tenemos seriamente organizada a la clase trabajadora, no hay proceso de liberación".)

Estos rasgos configuran las bases para un programa de acción capaz de cubrir toda una etapa de acumulación de fuerzas en el campo de la revolución. La dimensión del desafío que el mismo recoge es muy grande, porque aprovechando el terreno ganado por las luchas de las masas

apunta a construir una alternativa política para la clase trabajadora desde el interior del movimiento nacional. Desde allí, desde el interior de una identidad política que no está hoy en discusión, se propone elaborar propuestas concretas para la clase obrera y el resto de los sectores populares que lleven a la consolidación orgánica de la hegemonía obrera en el frente de clases. De lo que se trata entonces es de acentuar un proceso de diferenciación política en el interior del peronismo no a partir de propuestas políticas generales sino de políticas específicas para el movimiento de masas (obrero, villero, barrial, agrario, estudiantil, intelectuales) a través de un doble movimiento de socialización de lo político y de politización de lo social que nutra a las movilizaciones obreras y populares.

Estas movilizaciones han tenido y tienen en el interior del país un alcance mucho más avanzado que en la Capital y el Gran Buenos Aires. Junto con su desarrollo se han venido consolidando direcciones político-reivindicativas internas a esas luchas e independientes de los aparatos centrales de la política, lo que configura un aspecto de fuerzas muy variadas: Córdoba, Tucumán, Salta, el Noreste, Río Negro, por citar los casos más notorios, plantean una problemática político-social que no puede ser resuelta a través de esquemas simplistas, porque responden a situaciones particulares y constituyen una muestra evidente de las tensiones y de los puntos de fractura provocadas por la expansión de un único mecanismo capitalista de desarrollo bajo dirección monopólica. Por lo pronto, es en estas tensiones precisamente donde la izquierda revolucionaria ha logrado hacer pie en importantes sectores de la clase trabajadora a través de dirigentes reconocidos por las masas y en donde el peronismo revolucionario se articula con formas locales diferenciadas de las direcciones nacionales.

Este reconocimiento del distinto carácter de las movilizaciones del interior, que ninguna dirección política, ni de izquierda ni peronista, puede recuperar íntegramente como propia, obliga a resolver el problema de su confluencia como una vertiente legítima de la lucha de masas en la Argentina, sin caer en esquematismos o en propuestas generalizadoras que en realidad responden a otras situaciones particulares.

Es a partir de este marco objetivo que el ERP y otras fuerzas de izquierda tratan de colocar su propuesta organizativa para la canalización política de esas luchas. El objetivo es forzar, a partir de la radicalización de todos los conflictos que se suceden en Córdoba, Salta, Tucumán y otros lugares, la escisión del peronismo revolucionario y la creación, a través de "la unidad de todos los revolucionarios", de una nueva alternativa clasista en el plano de la política nacional.

Frente a esta concepción absolutamente esquemática de la lucha política pensamos que la realidad no está reclamando hoy la construcción de una "vanguardia revolucionaria" como sumatoria de grupos y de tendencias clasistas, peronistas y no peronistas. La separación del tronco peronista de los revolucionarios que actúan en su interior significaría una grave pérdida de terreno en un espacio arduamente conquistado. Constituiría de hecho una operación semejante a la que pretende realizar la

derecha peronista. Cuando se pugna por aniquilar la izquierda peronista o por empujarla fuera del movimiento, lo único que se pretende realmente es decapitar al movimiento peronista, destruir el complejo proceso de constitución de una nueva dirección revolucionaria de las masas. Proponer la "unidad de todos los revolucionarios" en una organización independiente del movimiento que hegemoniza y expresa políticamente a la gran mayoría de los explotados, es incurrir en una estimación vanguardista del desarrollo de la lucha política. Porque en realidad el objetivo no es unificar a los revolucionarios entre sí, sino a éstos con las clases trabajadoras y ese proceso recorre caminos bastante complicados y contradictorios como para que puedan ser resueltos en una fórmula canónica. Exige ante todo la profundización de la lucha de masas, el pleno despliegue de toda su capacidad de cuestionamiento del capitalismo, la consolidación de direcciones reconocidas por ellas, la creación de organismos reivindicativos y políticos a la vez controlados por las masas y que expresen al conjunto de los sectores en lucha. Es preciso hacer crecer en el propio seno de la sociedad capitalista dependiente argentina un contrapoder de masa, un cuestionamiento concreto y permanente de los distintos aspectos de la estructura social, que den lugar a nuevas tensiones, que definan propuestas alternativas, que formen nuevas capacidades de dirección, que produzcan un nuevo nivel de conciencia y de organización. Sólo en torno a este objetivo tiene sentido discutir hoy el grado de unificación política que admite el movimiento de masas y los caminos para lograrlo.

7. La nueva oposición social y la alternativa socialista

La profunda diversidad de las luchas sociales y fabriles gestadas fundamentalmente a partir de 1969, luchas que como sostenemos tienden a desbordar los límites de compatibilidad del sistema y a reclamar objetivamente un modelo de desarrollo y de sociedad no capitalista, ha estimulado poderosamente la formación de un vasto campo de fuerzas revolucionarias y socialistas tanto internas como externas al movimiento peronista. Aunque no podamos afirmar que la actual radicalización de las luchas populares ha sido provocada por la acción de estas fuerzas (aquella deriva, ante todo, del proceso objetivo de desarrollo capitalista dependiente y de sus contradicciones), no se puede desconocer la contribución que han dado y siguen dando a la reunificación del momento político y del económico en las luchas sociales. Sin embargo, a partir de este reconocimiento, que implica necesariamente una percepción no sectaria de los tiempos y de las formas propias de maduración de cada una de esas fuerzas, no podemos dejar de señalar algunas de sus limitaciones más esenciales: su estrecha experiencia política, su escasa vinculación con la clase obrera industrial y con las experiencias de lucha de los trabajado-

res, su excesiva inclinación al ideologismo y al sectarismo, su tendencia a privilegiar experiencias particulares deformando la imagen de la realidad, su permanente oscilación entre una posición empirista y demagógica en la acción práctica y una posición principista y esquemática en las generalizaciones políticas y estratégicas. Son esas limitaciones las que le impiden aprovechar acabadamente el vacío abierto por la crisis de los instrumentos de mediación y de representación de las masas trabajadoras argentinas, aun en una situación de "endemicidad" extrema de las luchas. Porque lo que hoy reclama el movimiento de masas argentino no es una vanguardia política cualquiera, sino una organización política que por su propuesta estratégica, por su capacidad de iniciativa, por su modo de organizarse, esté en condiciones de vivir en el interior del movimiento de masa y de influir positivamente sobre su capacidad de lucha. Sólo cuando las masas visualicen la existencia de esa organización podrán sustituir sus viejas organizaciones por las nuevas.

Son estos supuestos requeridos por el movimiento de masa los que nos lleva a individualizar en el interior del peronismo el único proceso verdaderamente válido y significativo de agregación política revolucionaria y socialista. No estamos prejuzgando sobre algo que sólo los hechos futuros podrán verificar, estamos simplemente afirmando lo que la historia de las últimas dos décadas nos ha dejado como lección: hoy la posibilidad del socialismo atraviesa el movimiento peronista y sobre las espaldas de los peronistas revolucionarios recae la responsabilidad de que esa posibilidad no se frustre.

Aunque la transformación del vasto y heteróclito campo de fuerzas revolucionarias en un único movimiento de signo antimperialista y anticapitalista es un proceso muy complicado, que requiere necesariamente del avance de la conciencia de masa y de la profundización de la crisis de todas las organizaciones existentes, es preciso señalar un importante paso adelante en este sentido. La reciente unificación de FAR y Montoneros, las dos más importantes organizaciones político-militares, desarrolladas y fogueadas paralelamente con la profundización de la conciencia de la clase obrera y de los trabajadores y más particularmente de la juventud, constituye un hecho destinado a tener una profunda significación en la historia futura de la lucha de clases en la Argentina. Su trascendencia reside en que por primera vez aparece un polo organizativo revolucionario sostenido sobre una propuesta estratégica correcta y una gravitación ponderable en las masas, capaz de transformarse en esta etapa en el *núcleo central de agregación* de un conjunto de fuerzas revolucionarias del peronismo, y en el principal coordinador de las luchas fabriles y sociales que se despliegan a lo largo y a lo ancho del país. Esa propuesta estratégica correcta a que hacemos mención —y que fuera reafirmada públicamente por dos de sus dirigentes en el acto realizado en Córdoba el 17 de octubre pasado— pone su eje en la necesidad de construir la hegemonía (vale decir, la dirección política e ideológica) de la clase obrera dentro de una alianza de clases antimperialista que responda a las necesidades de la actual etapa de lucha, a través de un estímulo permanente de la movilización

popular, de la construcción de poderosos movimientos de masa, capaces de crecer como una alternativa social al sistema, y de la formación de una organización política de vanguardia, cuya estrategia, cuyas formas organizativas, cuyos objetivos inmediatos sean tales como para asumir los contenidos y las nuevas exigencias de la lucha a nivel de base y de masas. A partir de esta relación estrecha de frente político, luchas sociales y organización revolucionaria es posible acumular las fuerzas político-militares capaces de hacer avanzar el proceso hacia formas cada vez más elevadas de lucha.

Esta definición estratégica general presupone como es lógico la elaboración más detenida de un conjunto de temas particulares que se desprenden de aquella y que contribuyen a precisarla. Sólo así una hipótesis estratégica se convierte en una línea política concreta y sirve a las organizaciones revolucionarias para encontrar los puntos más débiles del sistema, los lugares donde la voluntad de lucha puede ser más eficazmente aplicada. De otro modo, colocar en el centro de la actividad militante la lucha por modificar las relaciones de fuerzas políticas, tanto en el movimiento peronista como en el país, sin concebirla como la prolongación en el plano táctico de una consideración estratégica más general acerca de las conexiones de las luchas políticas y las luchas sociales, puede acarrear la consecuencia peligrosa de no advertir que si bien la dominación imperialista se expresa en el plano de la política, su campo de estructuración es el económico-social. He aquí por qué uno de los temas fundamentales a desarrollar, una vez planteada una hipótesis estratégica revolucionaria, es el de un proyecto global alternativo, un modelo de acumulación opuesto al que proponen las fuerzas más conservadoras del peronismo. Sólo un programa de este tipo puede llegar a convertirse en una opción real al Pacto Social firmado por la CGE y la CGT y canonizado por el gobierno, y en un elemento discriminador del contenido de la etapa y de la política de alianzas correcta. Un programa de este tipo es el único que puede permitirnos superar la constante contradicción no resuelta que opone el reformismo al ultraizquierdismo: entre un programa ultraizquierdista, incapaz de movilizar a las masas para una lucha social porque está privado de vinculaciones con los objetivos concretos, inmediatos e intermedios, y un programa reformista, concreto e inmediato, pero que resulta siempre absorbido (y subvertido en su significación) por la estrategia de las clases dominantes. Vale decir, un programa de alternativa serviría para fijar los supuestos programáticos sobre los que debe sostenerse la hegemonía obrera.

Es evidente que una elaboración programática como la planteada no puede ser hecha sólo por una dirección política o por un equipo de técnicos; es una obra siempre abierta y que se prolonga en el tiempo dado que presupone una reflexión crítica en la que la actividad de las masas, sus experiencias de organización y de lucha es la componente fundamental. Pero aun inacabada e imperfecta, la elaboración programática es parte inseparable de la cristalización de una alternativa socialista. Y hoy la historia nos demuestra que aun cuando el socialismo es

un exigencia que nace de la propia sociedad capitalista, aun cuando el socialismo resulta hoy en la Argentina no sólo *necesario* sino *posible*, únicamente puede abrirse paso violando la naturaleza de las cosas, como el proyecto consciente de una fuerza política con capacidad hegemónica.

Una alternativa para aparecer como tal debe prever de manera concreta los procesos reales a través de los cuales la organización política que la propone será apta para efectuar en un tiempo razonablemente previsible un desplazamiento de fuerzas suficientes como para imponer precisamente el relevo del poder y su gestión. Y un programa de transición debe tomar claros los fines de esta transición, las fuerzas que lo alimentan, las proposiciones concretas sobre las cuales se articula, la relación entre el programa y las posibilidades de realización. En caso contrario, la alternativa corre el riesgo de convertirse en un elemento de homogeneización de posiciones ultraizquierdistas y la estrategia de la transición se vuelve puramente retórica sin capacidad de insertarse en el proceso vivo de las fuerzas políticas. Estas preocupaciones por diseñar un verdadero "programa de transición" de las fuerzas antimperialistas y anticapitalistas argentinas, trasciende a una organización política determinada en la medida en que compromete en su preparación e implementación un vasto arco de fuerzas políticas y sociales, de organizaciones políticas y de masas, de distintos sectores sociales. Son cuestiones de decisiva importancia no tanto para analizar el proceso de constitución de nuestra formación económico-social sino para trazar las líneas de una perspectiva hacia el socialismo. Sólo así podrá sintetizarse el contenido de las luchas parciales a nivel económico-social y elaborar una serie de propuestas específicas para los distintos frentes en los que se despliega la lucha de los trabajadores y de las masas argentinas.

Las luchas obreras y populares ocurridas en los últimos años muestran la aparición de una nueva oposición social enfrentada a la dominación capitalista dependiente y superadora, a la vez, de los programas reformistas del capital nacional. Esa nueva oposición, que es una vasta área social de donde se alimentan las nuevas organizaciones revolucionarias, se despliega en una multiplicidad de campos:

- en la fábrica, en donde los obreros luchan contra las nuevas formas de explotación y pugnan por reconstruir sus organizaciones de clase, enfrentándose a la burocracia sindical, a los patrones y al estado;
- en la escuela, cuestionando una institución separada de la sociedad y de la producción, luchando ya no como en el pasado por defender un cerrado mundo "parlamentario", incontaminado frente a la represión externa y privilegiado frente al pueblo, sino tratando de destruir a la escuela capitalista como institución destinada a perpetuar los roles sociales fijados por el sistema;
- en los barrios, villas y ciudades, combatiendo un sistema cada vez más irracional de resolución de los problemas de la vivienda, de la salud, del transporte, de la contaminación del ambiente, etcétera;
- en las regiones marginalizadas y empobrecidas por la expansión capi-

talista, luchando contra la disgregación económica, social y cultural que condena al "atraso" a provincias enteras del país.

Todas estas contradicciones sociales, que a su vez fijan nuevos puntos de ruptura, no son el producto del atraso sino el resultado de las nuevas pautas de desarrollo capitalista bajo la dirección monopólica que tiene lugar en la Argentina en las últimas décadas y que se ha intensificado a partir de los años 60. Esas luchas, tal cual están planteadas, tienen en sí mismas un profundo contenido político: subyacente al enfrentamiento contra la burocracia, contra el autoritarismo patronal y estatal, contra los desequilibrios regionales, contra el manejo despótico de los problemas de la salud, de la vivienda, de la educación, se encuentra una voluntad de rechazo total de la realidad presente, que difícilmente podrá ser absorbida por el reformismo. Estos movimientos no son la expresión de un pasajero estado de malestar social; si se analiza las cosas con mayor profundidad se podrá descubrir que en el seno mismo de la estructura de la sociedad están cuestionando su principio constitutivo general, la división en clases sociales y la explotación del trabajo humano.

8. La construcción del movimiento político de masas

Es esta caracterización del contenido político de las luchas sociales en las que participan incesantemente las masas lo que nos lleva a pensar que el "partido de la revolución" no puede ser considerado como un presupuesto de la acción sino como un resultado de esas luchas y que las vanguardias políticas sólo pueden realizar una labor orientadora desde el interior de un movimiento de masas autónomo y organizado en una red de estructuras organizativas reivindicativas y políticas a la vez, estimulando el desarrollo político de ese movimiento, combatiendo su momento corporativo, elevando la toma de conciencia de las vinculaciones entre la lucha local y el movimiento general, vale decir, generalizando las experiencias de lucha y creando las condiciones para nuevos avances.

Si la revolución ya no puede ser concebida como el acto simple de la toma del poder, porque los mecanismos de consenso y de poder con que cuenta el sistema son lo suficientemente poderosos como para romper la legalidad de la institucionalidad burguesa antes de que la crisis total desemboque en un "asalto al poder", es preciso concebir al movimiento de masas, al partido político y a la hipótesis revolucionaria de manera distinta de como la sigue concibiendo una izquierda que se niega a aprender de los hechos y continúa atada a los parámetros teóricos y políticos de la III Internacional. La revolución es hoy un extenso y complicado proceso de cuestionamiento de todas las instituciones, en el que se van conformando, sucesivamente, nuevas insti-

tuciones; es el crecimiento en el interior de la sociedad capitalista de un contrapoder de masas que se expresa como un movimiento multifacético, que rechaza en sus raíces la organización productiva del capitalismo y la división social del trabajo sobre la que se basa, un movimiento que no desea simplemente conquistar la mejor solución compatible con la permanencia del sistema, sino que, a partir de las exigencias de cada grupo concreto, tiende a cuestionar al sistema mismo, creando de ese modo un estado de crisis social que se expande junto con la expansión del movimiento. Este movimiento de masas anticapitalista se ha de sostener sobre una amplia gama de organizaciones político-reivindicativas de masas, que se plantearán a su vez tareas de preparación militar del conjunto de los trabajadores, como forma de asegurar las mejores condiciones para el crecimiento estable y permanente de la organización y para la extensión a otros sectores de la sociedad. De este modo el movimiento al crecer se va configurando como una alternativa social al sistema. Los movimientos de masa, apoyados en una estructura organizativa de base de carácter político, reivindicativo y militar, pueden arrancar conquistas parciales y hasta posiciones de poder, pero mientras no se revierta la situación general tales conquistas serán efímeras en el tiempo y representaran momentos e instrumentos de preparación de una crisis revolucionaria y de construcción de una alternativa al sistema.

El crecimiento de movimientos de esta naturaleza significa la aparición de un dualismo de poder destinado a crear en el cuerpo social una crisis social y política. Es esta perspectiva la que deberá contemplar un partido o una organización política que se considere verdaderamente revolucionaria. Y por ello, aceptando el hecho nuevo del significado particular de los movimientos de masas en las sociedades capitalistas modernas (su objetiva carga anticapitalista), el partido revolucionario deberá aceptar además un cuestionamiento de su propia concepción organizativa, una reformulación de su propuesta estratégica, de su vinculación con las masas, de su estructura organizativa. Si el movimiento debe abocarse desde un comienzo a tareas que son político-reivindicativas y militares a la vez, es preciso saber disponer de una organización político-militar que sea capaz de prepararse para asumir la crisis política que el movimiento genera, sin frenar al movimiento tras un acuerdo en la cúspide; debe ser capaz de expresar a fondo los contenidos anticapitalistas del movimiento, sin distorsionarlos aceptando salidas reformistas; debe unificar al movimiento de masa, sin transformarlo en una mera correa de transmisión de sus decisiones políticas; debe facilitarles los medios para una preparación revolucionaria de masas, sin convertirlos en simple base de sustentación logística para sus formaciones de combate. Dicho de otro modo, debe concebirse a sí mismo no como una típica organización "bolchevique", sino como una organización de nuevo tipo, cuyas formas organizativas precisas no pueden ser copiadas de procesos revolucionarios de otros tiempos o países, sino fijadas a partir de las exigencias de luchas nacionales y un grado determinado de organización del movimiento de masas. Vale la

pena mencionar al respecto lo ocurrido en Chile para comprender la tragedia que significó para el movimiento obrero y revolucionario chileno la inexistencia de una organización político-militar capaz de resolver en favor de la revolución la crisis política y social precipitada por el crecimiento de un poder alternativo de los trabajadores.

La concepción aquí expuesta sobre el papel de las masas y de sus formas propias de organización político-militar en el proceso revolucionario, es la prolongación de la concepción antiburocrática del socialismo en que se basa nuestro razonamiento. Una concepción que no piensa al socialismo sólo en términos de desarrollo de las fuerzas productivas, de crecimiento del producto bruto y de aumento de la participación obrera en la renta nacional, que no lo concibe como una suerte de "sociedad del bienestar" sin propiedad capitalista, sino la construcción de una sociedad democrática e igualitaria, basada en la participación y en el control popular, que pueda así evitar que el triunfo de los trabajadores en la lucha antimperialista y anticapitalista genere finalmente un nuevo poder colocado por encima de las masas y tanto o más autoritario que el anterior, como sucede hoy en la URSS y en los países del Este europeo.

Esta visión del socialismo y del proceso revolucionario nos diferencia del "vanguardismo" típico de las organizaciones de izquierda que los lleva a considerar a los movimientos y a los organismos de lucha de los explotados como "correa de transmisión" de objetivos políticos elaborados por un "Estado Mayor" de la revolución que es el único capaz de analizar la situación en su conjunto y de prever los acontecimientos. Si el rechazo de estas concepciones nos separa de la izquierda tradicional —sea en su versión "reformista" o en su versión "revolucionaria"—, la certeza de que la revolución sólo puede ser pensada y ejecutada desde la experiencia interior de la propia clase y no desde una filosofía de la historia, explica nuestra actitud frente al peronismo de la clase obrera. Si es en el peronismo donde la mayoría de los explotados reconocen su único término de unidad política, la conciencia socialista debe ser principalmente impulsada a partir del reconocimiento de ese dato y no de la discusión doctrinaria desde el exterior de esa experiencia, a partir de la multiplicación y articulación de las iniciativas anticapitalistas que la clase trabajadora y el pueblo elaboran sin abandonar su identidad de peronistas y no a través de la búsqueda de moldes organizativos en donde vaciar purificada la conciencia espúrea de las masas.

No se trata de confundir el modelo de sociedad justicialista con el socialismo; se trata de considerar básicamente al peronismo como el envoltorio político de un fenómeno social en el que lo que importa es la presencia masiva de los trabajadores que lo reivindican como una experiencia propia. Frente a ello lo importante no es crear "vanguardias externas" fetichizando los discursos sobre las virtudes palingenésicas del "partido revolucionario", sino alentar el crecimiento de las luchas y estimular la mayor capacidad teórica y política de sus direcciones naturales, colocándonos al servicio de su propia organización.

9. La consigna de la centralidad de la fábrica

El eje de toda política revolucionaria es la organización, para sus fines propios, de la clase obrera. Esta verdad general necesita ser especificada a partir de los rasgos que aportan a la misma el grado actual de desarrollo técnico-económico del capitalismo dependiente argentino y de las respuestas que a ese desarrollo da la clase trabajadora. Hemos intentado resumir esas características en el primer número de PASADO Y PRESENTE y ellas reaparecen en el núcleo de éste, al poner el tema del control obrero como eje de la reflexión.

“Ir a la fábrica”, “poner a la gran fábrica capitalista como centro de la acción política revolucionaria”, constituyen principios generales sobre los que P y P ha insistido e insistirá, en tanto ellos, estratégicamente, marcan el punto en que en la Argentina pueden fusionarse la lucha antimperialista con la lucha socialista.

¿Qué significa poner a la fábrica como centro? La propuesta tiene varios niveles que deben necesariamente ser distinguidos:

A) Literalmente considerada, esta incitación a colocar a la fábrica como centro de gravedad de la lucha organizativa tiene que ver con las nuevas realidades de la lucha de clases derivadas del desarrollo tecnológico del capitalismo en la Argentina desde los años 60 y que han ido modificando relativamente la condición obrera, especialmente en las grandes empresas.

Estos cambios, estos nuevos contenidos reivindicativos del enfrentamiento obrero-patronal, se asocian en primer lugar con el hecho de que los ingresos salariales de los trabajadores dependen, crecientemente, de las condiciones que rigen en cada empresa más que de los acuerdos contractuales sancionados por las convenciones colectivas.

Así, el problema del pago de los incentivos, de la determinación de los ritmos de producción, de los tiempos y de los sistemas de calificación profesional, del ambiente de trabajo y de las condiciones de salubridad, pasan a ser problemas centrales para la movilización obrera. Esos problemas, que abarcan tanto el nivel salarial como lo que genéricamente podríamos llamar las “condiciones de trabajo”, no son asumidos por los sindicatos ni suficientemente contratados a nivel de ramas: a partir de ello la acción obrera en el interior de la empresa pasa a primer plano, como lo testimonian las luchas desarrolladas en los últimos tiempos, a las que se pasa revista en un artículo de este número.

Lo que unifica a casi todas ellas, marcando una definida tendencia, es la fuerza con que la clase trabajadora manifiesta su voluntad de controlar una serie de aspectos de la relación laboral que hoy están sujetos al arbitrio del poder despótico de la patronal, a quien ampara una presunta “cientificidad” otorgada por los especialistas en métodos de organización del trabajo.

El sindicalismo concebido a la manera tradicional, esto es, confinado a actuar en una estructura centralizada de negociación con la patronal y

el estado, tiene dificultades para asumir estas nuevas reivindicaciones en tanto ellas se originan en una regulación descentralizada y unilateral de las condiciones de trabajo, las que están en su mayor parte directamente asociadas a la determinación global del salario. Estas dificultades objetivas del sindicalismo para absorber en su nivel de acción estos nuevos contenidos, se agrava en la Argentina por la corrupción de la cúpula sindical, directamente asociada con la patronal en la mayoría de los casos para reprimir las movilizaciones de los obreros en las empresas. Pero esto, a su vez, contribuye a reforzar la importancia de la lucha de fábrica como punto de arranque para la organización de la autonomía obrera contra la coalición burocrático-patronal y para la formación de un movimiento socialista.

B) Considerada desde un punto de vista ideológico-político, la consigna de partir de la fábrica para elaborar una estrategia socialista tiene también otra dimensión, en cuanto es parte de una hipótesis más general acerca de la formación y desarrollo de la conciencia obrera revolucionaria. Para constituirse en una fuerza social con *conciencia autónoma* de sus intereses, vale decir en una fuerza que *no delega* en partidos o personas la creación de un nuevo poder socialista, la clase obrera debe partir de una política que privilegie su inserción productiva antes que su condición de consumidor, ciudadano, habitante urbano, etc. La fábrica moderna, en formas nuevas y en razón de un mecanismo cada vez más complejo de producción pone en evidencia la condición de mercancía de la fuerza de trabajo, sometida a un proceso extremo de descalificación, despersonalización y parcelización. Es obvio que el trabajador se recuperará a sí mismo, destruirá su condición de mercancía en la medida en que se muestra capaz de destruir las relaciones de producción *en la sociedad y en la estructura productiva*. La crisis actual del socialismo, que es la crisis de una sociedad que no supo aún superar los marcos estrechos de la ideología productivista de la burguesía, demuestra que la opresión y la alienación de los trabajadores no deriva exclusivamente de la apropiación privada de los medios de producción, y que una vez realizada la expropiación pública de los medios de producción la libertad obrera estará automáticamente asegurada. Hoy sabemos que no ocurre así, que al expropiar al capitalismo el poder revolucionario sólo crea las *premisas* para la existencia de una democracia socialista que requiere para su plena vigencia pasos aún más audaces y transformadores. Es la propia organización de la producción en la empresa y en el conjunto de la economía la que debe ser trastrocada radicalmente en sus mecanismos de funcionamiento, y esto presupone necesariamente la existencia de un nuevo poder en el corazón de las estructuras productivas. La conciencia de una lucha contra el sistema capitalista en su conjunto presupone la conciencia del propio rol en el proceso productivo, y ésta se adquiere no en el mundo abstracto de las ideologías, sino en el mundo concreto de la recomposición de la unidad del proceso productivo *dentro y fuera* de la empresa a partir del control de cada uno de sus segmentos. Esta capacidad que tiene la lucha en la fábrica de expresarse como un ejercicio directo de poder de los trabajadores y de cuestionamiento del uso

capitalista de la técnica y de la organización del trabajo, es la que permite a los trabajadores comprender en la práctica del conflicto la posición antagónica que tiene frente al capital en el proceso de la acumulación capitalista. Y es esa capacidad la que privilegiamos históricamente como base *necesaria*, aunque *no suficiente*, para la formación de la conciencia socialista en la clase obrera.

Sin embargo, esto no significa que en todo momento esa potencialidad se manifieste en la lucha política. Cuando sostenemos la necesidad de visualizar la fábrica como punto de arranque no queremos decir que en ella se ubique siempre el conflicto social o político más agudo y, por lo tanto, no significa subestimar otros focos de tensiones y de movilización de masas. En una coyuntura dada, la lucha por la vivienda, por el salario o por el voto sin proscripciones puede tener una conflictualidad mayor o similar a la lucha en el interior de las empresas. La capacidad desequilibrante de una lucha social determinada es variable; pero lo que sí es constante es que la condición obrera se define centralmente en las relaciones de producción y que la conciencia obrera, como antagónica del capital, se construye a partir del desarrollo de la capacidad que tienen los trabajadores de cuestionar y de tratar de controlar el despotismo capitalista en la fábrica. Vale la pena recordar aquí lo afirmado en el editorial del número anterior de PASADO Y PRESENTE:

“Cuando los obreros dejan de considerar como dadas las relaciones de trabajo existentes en la fábrica y cuestionan los salarios y las calificaciones, los horarios y los ritmos, aun sin ser demasiado conscientes de eso están cuestionando un uso capitalista de las máquinas, una concepción de la técnica y de la ciencia, un modelo de estructura productiva que la burguesía se empeña en presentar como “racional”. La tarea fundamental de la acción obrera revolucionaria en el interior de las empresas es *volver consciente* este cuestionamiento latente, articulando una política reivindicativa y de poder vinculada al tema de fondo de la “condición obrera” que impulse a los trabajadores a liberarse de su subordinación al plan del capital y a la afirmación de un poder autónomo. Independientemente de la forma institucional que adopte, este poder permanecerá ambiguo mientras subsista el poder capitalista, pero será no obstante un factor decisivo para la maduración de una conciencia revolucionaria en los trabajadores” (p. 15).

Ese es el sentido de concientización (“el proletariado se educa a sí mismo construyendo sus propias instituciones de poder”) que puede alcanzar la consigna de control obrero, diferenciada de las propuestas reformistas de “cogestión” o “participación”. Cuando hablamos de control obrero estamos hablando de una política tendiente a desarrollar en los trabajadores una capacidad creciente de enfrentamiento al capitalista y al estado en el plano concreto de las condiciones en que es explotado, una resistencia cada vez mayor a delegar la gestión de la lucha, y la construcción de mecanismos autónomos de contrapoder que expresan la exigencia de controlar socialmente el proceso productivo y de autogestionar la erogación de la fuerza de trabajo. El control obrero *no es una meta institucional* factible de ser alcanzada en los marcos del capitalismo

(como sí lo es, en cambio, la cogestión), sino *una línea de desarrollo político* que estimula la maduración de la conciencia revolucionaria y la autonomía política de los trabajadores.

10. La lucha antiburocrática y la nueva plataforma reivindicativa

Si la consigna que afirma la centralidad de la fábrica debe ser el eje estratégico de la acción revolucionaria, puesto que es ahí donde se despliegan los nuevos contenidos reivindicativos de la condición obrera que contienen in nuce una crítica al carácter objetivo de la tecnología y de la organización del trabajo, si es también en el interior de su espacio donde hay que situar el punto de partida histórica para la constitución de una consciente voluntad política antagónica del capitalismo, hay otro elemento de gran importancia que refuerza la centralidad de la consigna propuesta. El hecho es que a partir de la lucha en la empresa, que como afirmamos y lo demuestran los conflictos fabriles de los últimos años, tiende a romper los mecanismos de delegación de poder en la gestión de la lucha, es posible librar con perspectivas de éxito un combate sostenido y profundo contra el principal enemigo institucional de la autonomía obrera: la burocracia sindical.

La actual carencia de representación de los trabajadores en los niveles de decisión, sólo podrá ser superada si la jerarquía gremial encaramada en la cúpula de los grandes sindicatos y de la CGT logra ser fragmentada y luego desalojada de sus posiciones. Pero ese objetivo supone librar la lucha no sólo en el plano institucional sino también, y fundamentalmente, en el plano reivindicativo. (El canal principal para la construcción de una línea sindical autónoma siempre ha sido el del contenido reivindicativo). No se trata solamente de invocar a las bases por los legítimos fines democráticos que les permiten recuperar un espacio de discusión negado hoy por la burocracia, sino de ocupar ese espacio con la elaboración de programas reivindicativos, de iniciativas de lucha, de formas organizativas que obliguen al sindicato a modificar profundamente su método de trabajo y que más allá de sus límites institucionales, planteen objetivos de control en torno a los problemas de la condición obrera en la producción, de las relaciones externas entre trabajo y capital, la organización de los centros urbanos, los transportes, la escuela, la vivienda, el sistema de distribución, etcétera.

Esta es la forma principal de “politizar” la lucha social, desbordando lo que la burocracia pueda ofrecer a los trabajadores y reinterpretando lo que estos realmente sienten y expresan en la lucha antiburocrática que libran diariamente. Para ellos, el freno que representan las camarillas enquistadas en las organizaciones gremiales no es abstracto: es un freno social directo que, actuando junto con la patronal, impide el cuestionamiento de la explotación del trabajo.

Asumir esta interpenetración existente entre la lucha política antiburocrática y los nuevos contenidos de la lucha social de los trabajadores, ayuda a precisar etapas en el camino hacia una organización autónoma de la clase obrera, capaz de hegemonizar el bloque antimonopolista. Porque sólo transformándose en vanguardia efectiva de los intereses de los trabajadores, tal cual ellos se presentan en la realidad, los grupos revolucionarios podrán profundizar su implantación social y resolver junto con las masas el combate por la democracia obrera.

Este énfasis puesto en la importancia de un persistente esfuerzo de "organización por abajo", no descarta la necesidad de instrumentar acuerdos políticos con todos aquellos sectores que, desde el sindicalismo, se enfrentan con la burocracia. Pero lo decisivo en el espacio de luchas populares y más aún en el de la clase obrera, sigue siendo todo aquello que conduzca a la constitución de formas de poder obrero y popular, sostenidas sobre plataformas reivindicativas y estructuras organizativas propias, insustituibles para la constitución de un movimiento político de masas.

11. Conclusiones

De lo arriba expuesto podemos extraer una conclusión: la lucha por la hegemonía obrera en el movimiento nacional, la lucha por el socialismo, pasa en lo político centralmente por el interior del peronismo, pero únicamente podrá resolverse en tanto se parta de una hipótesis estratégica que conciba a la revolución ante todo como un proceso social, que arranque de las contradicciones objetivas del sistema y que se despliegue como un cuestionamiento de masas al conjunto de las relaciones de dominación y de las instituciones que las expresan. Se trata de un proceso extendido y complejo, en el que se van constituyendo formas organizativas cada vez más desarrolladas, de naturaleza político-militar, que apuntan a constituir en el proceso mismo de unificación política de la clase obrera un sistema articulado de alianzas con los otros sectores populares.

Las movilizaciones obreras en las fábricas y el contenido de los reclamos que en ella aparecen; la profunda comprensión de lo que significa la estructuración política de un movimiento de masas que manifiestan las Ligas Agrarias del Nordeste; las luchas por la vivienda, que plantean los grupos más avanzados del movimiento villero peronista, en las que el objetivo de la casa se plantea no como una dádiva del estado sino como una meta construida y controlada por quienes la reclaman; los planteamientos estudiantiles tendientes a superar el aislamiento de la Universidad y a vincular a los intelectuales con el mundo de la producción son, entre otros, indicadores elocuentes del nuevo rumbo que están tomando las movilizaciones de las clases populares así como del crecimiento, al calor de estas luchas, de efectivas vanguardias internas al movimiento de masas.

En la Argentina actual, el hecho más importante, cuantitativa y cualitativamente, es ese proceso de movilización, que supera en sus perspectivas y en las necesidades que plantea lo que pueden ofrecerle todavía las direcciones políticas. Homogeneizar, generalizar y unificar los contenidos de esas luchas parciales, integrarlas en un programa de transición para que ellas no se disuelvan en estancos corporativos, es el objetivo central del momento. Un objetivo que, dada la dureza con que se plantea la lucha de clases, requiere cuotas enormes de audacia y de imaginación, junto con la serenidad y firmeza suficientes como para poder construir una alternativa socialista para la clase obrera sin automarginarse de un movimiento nacional que sigue siendo el espacio donde se refleja la unidad política de las grandes masas.

Noviembre de 1973

Comunicación y cultura

La comunicación
masiva en el
proceso político
latinoamericano

Editorial Galerna

Julio G. Espinosa POR UN CINE IMPERFECTO	5
Patricio Biedma LA LUCHA IDEOLOGICA EN TORNO A LA PRENSA EN CHILE	22
Hugo Assmann PROCESO IDEOLOGICO Y PROCESO POLITICO	49
Maurice Bazin LA "CIENCIA PURA", INSTRUMENTO DEL IMPERIALISMO CULTURAL. EL CASO CHILENO	74
Guillermo Labarca UN EXAMEN AL EXAMEN: ESCUELA SECUNDARIA EN CHILE	89
Ana Boggio — Gustavo Riofrio — Rafael Roncagliolo LA IDEOLOGIA EN LOS TEXTOS ESCOLARES PERUANOS	102
Ana M. Nethol — D. Arbide — M. Crivos — S. Ferrarini EL LIBRO DE LECTURA DE LA ESCUELA PRIMARIA EN ARGENTINA	115
Armand Mattelart EL IMPERIALISMO EN BUSCA DE LA CONTRARREVOLUCION CULTURAL	146
Rody Oñate — Ronaldo Muñoz — Daniel Goldstein EXPERIENCIAS — DOCUMENTOS — MANIFIESTOS	225

PROBLEMAS DEL MOVIMIENTO OBRERO

José Nun

El control obrero y el problema de la organización

Alguien dijo que, hasta ahora, el discurso socialista sobre el control obrero no ha sido más que un elaborado comentario sobre la estrategia de una batalla que se perdió en Europa hace cincuenta años. Esto es, en parte, cierto; pero ha sido, también, un esfuerzo, a veces solitario, por enfrentar la visión deformada del marxismo que, desde entonces, difundieron los ideólogos del estalinismo y del *Panzerkommunismus*.

Las luchas recientes del proletariado en diversos países han venido a confirmar la vigencia de ese discurso y obligan a un replanteo crítico de su significado en las nuevas condiciones. Es que, en esta materia, no sólo se hallan en abierta contradicción las perspectivas y los métodos de los reformistas y de los revolucionarios: en el campo mismo de los segundos, la consigna del control obrero cobra un sentido radicalmente distinto según se la entienda sólo como un medio para potenciar el partido o como el comienzo de una nueva estructuración de la sociedad, cuyo punto de llegada debe ser la autogestión, cabalmente interpretada como administración democrática de los medios de producción y de decisión socializados.

Estos señalamientos nos parecen importantes, aquí y ahora, porque especialmente desde 1969 asistimos también en nuestro país a una multiplicidad creciente de luchas de base que en la fábrica, en la villa, en el barrio y en el campo asumen contenidos anticapitalistas cada vez más claros y empieza a plantearse, así, sin mistificaciones, el problema del *poder*. Pero pasar de ahí al otro problema más global, el de la *toma* del poder, requiere, entre otras cosas, una justa comprensión de la riqueza y de la especificidad de esos procesos, contra la que conspiran las concepciones vanguardistas de cuño vertical que —a veces de manera no consciente— alimentan el pensamiento político de izquierda.

Esto no implica cuestionar, por cierto, ni la necesidad ni la importancia del partido de vanguardia sino su fetichización, la tendencia a hipostasiarlo como única instancia politizante de la lucha de clases. Por este camino, quiérase o no y a pesar de cualquier éxito circuns-

En todas las librerías y en
LIBRERIA GALERNA — Tucumán 1425, Tel. 45-9359, Buenos Aires

tancial, se acaba frenando el complejo proceso a través del cual las masas van haciendo la experiencia concreta de su autonomía y marchan hacia su propia liberación.

Las notas que siguen procuran replantear, precisamente, el problema de la organización, a partir de un análisis de la consigna del control obrero desde la doble perspectiva marxista de la autoemancipación del proletariado y de la revolución concebida como un largo y difícil proceso social y no como un puro hecho político.

Según insinuamos más arriba, la situación argentina es el telón de fondo de estas reflexiones. La brevedad de nuestras referencias directas a ella debe imputarse al carácter preliminar y limitado de este intento que, por su índole, únicamente podrá proseguir en el curso de una elaboración y de una práctica colectivos¹.

La autoemancipación del proletariado

“La emancipación de los trabajadores debe ser obra de los trabajadores mismos”. Este considerando inicial de los Estatutos de la Primera Internacional redactados en 1864 por Marx sintetizaba, como dirá Engels unos años más tarde, esa “total confianza en el desarrollo intelectual de la clase obrera” que los animaba a ambos desde los tiempos del *Manifiesto Comunista* y que constituyó uno de sus aportes más novedosos al campo revolucionario². Ni el largo período de estabilización del sistema capitalista liberal que se abre en la segunda mitad del siglo XIX, ni los fracasos de la Comuna de París y de la Internacional misma, debilitaron esa confianza, como lo evidencia la importante carta que le envían a los dirigentes de la socialdemocracia alemana el 17 de setiembre de 1879: “Hemos formulado, en el momento de la creación de la Internacional, la divisa de nuestro combate: la emancipación de la clase obrera será obra de la propia clase obrera. En consecuencia, no podemos hacer causa común con personas que declaran abiertamente que los obreros son demasiado incultos para liberarse por sí mismos y que deben ser liberados desde arriba, es decir, por grandes y pequeños burgueses filántropos”.

Es que no se trataba en modo alguno de una divisa contingente sino de una tesis que se halla en correspondencia estricta con los fundamentos mismos del materialismo dialéctico, al punto que revisarla

¹ En tal sentido, véase en este mismo número el trabajo dedicado a los recientes conflictos obreros, al que nos remitimos.

² La referencia a Engels corresponde a su prefacio a la edición alemana de 1890 del *Manifiesto Comunista*. Este último declara: “Todos los movimientos han sido hasta ahora realizados por minorías o en provecho de minorías. El movimiento proletario es el movimiento independiente de la inmensa mayoría en provecho de la inmensa mayoría”. K. Marx y F. Engels, *Manifiesto del Partido Comunista* (1848), en *Obras escogidas* (Buenos Aires, Ed. Cartago, 1957), p. 21.

implicaría poner a éstos en cuestión. Como se verá enseguida, explicar brevemente el por qué, es una tarea a la cual lo ocurrido desde entonces le confiere relevancia política y no sólo filosófica.

Si se comienza razonando por la negativa, suponer que la liberación del proletariado *no* será obra del proletariado mismo equivale en la práctica a admitir que: 1) la conciencia del proletariado está dominada por la situación subalterna que ocupa en la sociedad capitalista; 2) hay “emancipadores” no proletarios cuya conciencia tiene un alto grado de indeterminación y de disponibilidad; y 3) será esta conciencia —y no su propio ser social— la que en el curso del proceso liberador determinará, a su vez, la conciencia del proletariado, rompiendo así su integración a las estructuras burguesas.

No es difícil advertir que el primer postulado es tributario del materialismo mecanicista en tanto que los otros dos son propios de un enfoque idealista: mientras para aquél la conciencia está mecánicamente determinada por la situación, para éste la autonomía del “espíritu” permite imaginar que sean sólo conciencias las que determinen conciencias. Según se sabe, el materialismo dialéctico refuta al idealismo distinguiendo precisamente entre el ser social y la conciencia y fundando la primacía del primero sobre la segunda³. Pero al establecer el carácter propiamente dialéctico de esta determinación mediada por la actividad práctica del sujeto, cuestiona también toda forma de pensamiento mecanicista y, más aun, pone en descubierto su cara oculta que, insospechadamente, no es sino el idealismo.

Para comprender este punto de capital importancia es útil remitirse a la Tesis III sobre Feuerbach⁴, verdadero soporte filosófico del principio de la autoemancipación del proletariado. Su primera parte crítica, justamente, al materialismo mecanicista que concibe al hombre como un puro producto social y olvida que, a la vez, la sociedad es un producto humano, liquidando conceptualmente por esta vía la potencialidad transformadora del sujeto. En una perspectiva determinista semejante no se ve cómo, entonces, el sistema dejará de reproducirse a sí mismo *salvo que se imagine que “la sociedad está dividida en dos par-*

³ “No es la conciencia del hombre la que determina su ser, sino por el contrario, el ser social es lo que determina su conciencia.” K. Marx. Prólogo de la *Contribución a la crítica de la economía política* (1959), en *Obras escogidas*, op. cit., p. 240.

⁴ “La teoría materialista de que los hombres son producto de las circunstancias y de la educación, y de que, por tanto, los hombres modificados son productos de circunstancias distintas y de una educación distinta, olvida que las circunstancias se hacen cambiar precisamente por los hombres y que el propio educador necesita ser educado. Conduce, pues, forzosamente, a la división de la sociedad en dos partes, una de las cuales está por encima de la sociedad (así, por ej., en Robert Owen). La coincidencia de la modificación de las circunstancias y de la actividad humana sólo puede concebirse y entenderse racionalmente como *práctica revolucionaria*.” K. Marx, *Tesis sobre Feuerbach* (1845), en *Obras escogidas*, op. cit., p. 713.

tes, de las cuales una está por encima de la sociedad". Debe haber necesariamente, pues, dos categorías de hombres: una —mayoritaria—, pasiva y totalmente condicionada; la otra, singularmente libre de ataduras y, así, en situación de intervenir "desde afuera" sobre aquella para transformarla.

Sólo que: ¿dónde podría abreviar esta minoría selecta para eludir la contaminación del contexto? Únicamente en un sitio: el reino del espíritu. Como el mecanicismo ignora la circularidad dialéctica entre sujeto y objeto, entre actividad humana y realidad social, está condenado a buscar la clave del cambio histórico en las ideas correctas de un puñado de hombres elegidos. Santos, científicos, filósofos, técnicos o políticos encarnarán, según las épocas, esta dádiva generosa de los dioses a una humanidad errante y generalmente indigna. Desde el siglo XVIII hasta hoy, todo planteo mecanicista es víctima de una inevitable paradoja: cuando quiere historicizarse, cae en el idealismo⁵.

Es a la luz de esta crítica y de la solución que anticipa el párrafo final de la Tesis III que conviene diferenciar ahora dos líneas interpretativas del marxismo, para las cuales la tesis de la autoemancipación del proletariado asume significados necesariamente distintos.

I. Para una, en efecto, el proletariado aparece como un mero soporte o portador de estructuras que se reproducen más o menos mecánicamente. A tal punto es un puro producto social, que su conciencia se considera invadida por completo por las ideas dominantes. De ahí la dicotomía sobre la que opera el argumento de Lenin en 1902: "Ya que no puede ni hablarse de una ideología independiente, elaborada por las mismas masas obreras en el curso de su movimiento, el problema se plantea *solamente así*: ideología burguesa o ideología socialista. No hay término medio..."⁶ Pero, ¿de dónde provendrá entonces esta ideología socialista que las masas no pueden elaborar en el curso de su movimiento? Lo explica Kautsky con palabras que el mismo Lenin contribuyó a hacer famosas por considerarlas "profundamente justas e importantes": "La conciencia socialista moderna puede surgir únicamente sobre la base de un profundo conocimiento científico [...]"

⁵ "En la medida en que Feuerbach es materialista, no aparece en él la historia, y en la medida en que toma la historia en consideración, no es materialista. Materialismo e historia aparecen completamente divorciados en él, cosa que, por lo demás, se explica por lo que dejamos expuesto". K. Marx y F. Engels, *La ideología alemana* (Montevideo, Ed. Pueblos Unidos, 1968), p. 49.

⁶ V. I. Lenin, *¿Qué hacer?* en *Obras Completas* (Buenos Aires, Ed. Cartago, 1959), tomo V, p. 391. Todas estas referencias al Lenin de 1902 se justifican en la medida de la enorme difusión e influencia de esa obra, sacralizada por Stalin. Ello no debe inducir, sin embargo, a perder de vista en absoluto la gran riqueza de sus elaboraciones posteriores sobre el tema ni todas las enseñanzas que se desprenden de su excepcional práctica política. En este sentido, remitimos al excelente análisis de los distintos momentos de su evolución teórica que realiza Antonio Carlo en este mismo número.

Pero no es el proletariado el portador de la ciencia, sino la *intelectualidad burguesa*: es del cerebro de algunos miembros aislados de esta capa de donde ha surgido el socialismo moderno, y han sido ellos los que lo han transmitido a los proletarios destacados por su desarrollo intelectual, los cuales lo introducen luego en la lucha de clases del proletariado, allí donde las condiciones lo permiten. De modo que la conciencia socialista es algo introducido desde fuera en la lucha de clases del proletariado, y no algo que ha surgido espontáneamente de ella"⁷. La desviación idealista es aquí tan clara que la conciencia externa que va a determinar la conciencia proletaria elige con cuidado sus interlocutores: no los obreros más explotados o más combativos sino aquellos que se hubieran destacado "por su desarrollo intelectual"...

Desde esta perspectiva, es coherente que la obra de Marx sea presentada como "la culminación (y en parte también la disolución) de por lo menos tres ciencias sociales: la filosofía clásica alemana, la economía política clásica y la ciencia política francesa clásica (el socialismo y la historiografía franceses)" y que constituya, sin embargo, "el *más alto grado de desarrollo* de la conciencia de clase proletaria"⁸. Nótese bien: remate de un proceso en el campo de las ideas que, elaborado presuntamente al margen de las experiencias concretas del proletariado, es, no obstante, el paradigma de la conciencia justa que esta clase debe alcanzar.

En resumen, nos hallamos ante el mismo tipo de razonamiento criticado por la Tesis III sobre Feuerbach: una visión mecanicista de la realidad que desemboca en el idealismo. Arcángeles del progreso científico, los intelectuales burgueses que se desclasaron son aquí esa parte de la sociedad que "está por encima de la sociedad" y que tiene por misión introducir en ella la conciencia socialista que ha de liberarla. En este planteo, el *partido* resulta el nexo indispensable entre la racionalidad descubierta y quienes deben asumirla: no puede extrañar, entonces, que este lugar de encuentro entre el proletariado y su conciencia externa pase a ser casi naturalmente el verdadero sujeto del discurso revolucionario y que el papel, la estructura y el funcionamiento de la organización se consideren susceptibles de una teorización autónoma y universalmente válida.

Leída con tales lentes, la tesis de la autoemancipación de los trabajadores sólo tiene sentido en la medida en que clase y partido se hagan sinónimos. Desgraciadamente, la experiencia histórica de este siglo tiende a probar que, de este modo, la clase obrera concluye siendo usada para realizar una revolución que no es la propia⁹.

⁷ V. I. Lenin, *op. cit.*, p. 391.

⁸ Ernest Mandel, *La teoría leninista de la organización* (México, Ed. Era, 1971), p. 17, subrayado original.

⁹ Véase, al respecto, Kuron-Modzelewski, *Revolución política o poder burocrático*, Cuaderno de Pasado y Presente nº 22.

II. Como ya dijimos, la parte final de la Tesis III señala el rumbo de una interpretación alternativa, acorde —a mi juicio— con el espíritu y con la letra de la obra de Marx. Ante todo, la sociedad debe ser entendida como un proceso de totalización a través del cual el hombre produce estructuras que, a su vez, lo producen. Esta relación dialéctica entre sujeto y objeto excluye toda determinación mecánica y quita sustento al postulado de un dualismo de corte iluminista entre educadores y educandos: sólo educa la actividad concreta, la “práctica revolucionaria”¹⁰. por la que los hombres cambian el mundo al tiempo que se cambian a sí mismos. Un significativo pasaje de *La ideología alemana* desarrolla el tema más extensamente: “. . . tanto para engendrar en masa esta conciencia comunista como para llevar adelante la cosa misma [la revolución], es necesaria una transformación en masa de los hombres, que sólo podrá conseguirse mediante un movimiento práctico, mediante una *revolución*; y que, por consiguiente, la revolución no sólo es necesaria porque la clase *dominante* no puede ser derrocada de otro modo, sino también porque únicamente por medio de una revolución logrará la clase *que derriba*, salir del cieno en que está hundida y volverse capaz de fundar la sociedad sobre nuevas bases”¹¹.

Dos observaciones principales se siguen de uno y otro texto. En primer lugar, “que, según Marx, el proletariado no puede ser educado desde afuera (si así no fuese, ¿quién educará al educador?) porque, dada la unidad inescindible de teoría y praxis, es sólo a través de la praxis (la propia, no la de otro), la lucha, la acción, la experiencia, que se forma la conciencia”¹². A la vez, que la revolución no es un mero *hecho político* sino un *proceso social*, ese movimiento práctico de transformación por el que el proletariado va adquiriendo conciencia de su ser social al tiempo, que niega y destruye el sistema de dominación vigente¹³.

¹⁰ Es interesante consignar que cuando Engels publica por primera vez las *Tesis sobre Feuerbach*, en 1888, cambia la expresión original “práctica revolucionaria” (*revolutionäre Praxis*) y pone en su lugar “práctica transformadora” (*umwälzende Praxis*), temiendo, seguramente, que el adjetivo “revolucionaria” indujese a una lectura meramente *política* del texto.

¹¹ C. Marx y F. Engels, *La ideología alemana*, op. cit., p. 82.

¹² Lelio Basso, “Introduzione”, p. 107, en Rosa Luxemburg, *Scritti politici* (Roma, Editori Riuniti, 1970).

¹³ “. . . las revoluciones proletarias, como las del siglo XIX, se critican constantemente a sí mismas, se interrumpen continuamente en su propia marcha, vuelven sobre lo que parecía terminado para comenzar de nuevo desde el principio, se burlan con concienzuda crueldad de las indecisiones, de los lados flojos y de la mezquindad de sus primeros intentos, parece que sólo derriban a su adversario para que éste saque de la tierra nuevas fuerzas y vuelva a levantarse más gigantesco frente a ellas, retroceden constantemente aterradas ante la vaga enormidad de sus propios fines, hasta que se crea una situación que no permite volverse atrás y las circunstancias mismas gritan: *Hic Rhodus, hic salta!*” K. Marx, *El dieciocho Brumario de Luis Bonaparte* (1852), en *Obras escogidas*, op. cit., p. 162.

Esto no implica en absoluto subestimar el rol de la teoría sino darle el sitio que le corresponde. Así, la obra de Marx y de Engels ya no será percibida *ante todo* como una pura culminación de la ciencia burguesa sino como la “generalización científica” de “la actividad práctica” del proletariado de su tiempo, “de su experiencia adquirida en el curso de una lucha prolongada”, sistematización que apelando críticamente a todos los conocimientos disponibles le es indispensable, a su vez, a los obreros para “comprender la esencia de la sociedad capitalista, las relaciones de explotación entre las clases sociales, sus propias tareas históricas”¹⁴. El marxismo es “una guía para la acción” no porque *expresa* de una vez para siempre la conciencia de clase sino porque brinda los elementos que sirven para *explicar* su proceso de formación y de desarrollo. Lejos de intervenir como la portadora de una conciencia externa, la teoría parte de las luchas y experiencias concretas del proletariado y reflexiona sobre ellas para contribuir a profundizarlas. Fue dicho por el propio Marx:

“Así como los *economistas* son los representantes científicos de la clase burguesa, los *socialistas* y los *comunistas* son los teóricos de la clase proletaria. Mientras el proletariado no está aún lo suficientemente desarrollado para constituirse como clase; mientras, por consiguiente, la lucha misma del proletariado contra la burguesía no revista todavía carácter político, y mientras las fuerzas productivas no se hayan desarrollado en el seno de la propia burguesía hasta el grado de dejar entrever las condiciones materiales necesarias para la emancipación del proletariado y para la edificación de una sociedad nueva, estos teóricos son sólo utopistas que, para mitigar las penurias de las clases oprimidas, improvisan sistemas y se entregan a la búsqueda de una ciencia regeneradora. Pero a medida que la historia avanza, y con ella empieza a destacarse con trazos cada vez más claros la lucha del proletariado, aquellos no tienen ya necesidad de buscar la ciencia en sus cabezas: les basta con darse cuenta de lo que se desarrolla ante sus ojos y convertirse en portavoces de esa realidad”¹⁵.

La distancia que media entre estos planteos y los de Kautsky y Lenin recordados más arriba resulta, por cierto, evidente.

¿Supone esto eliminar la necesidad del partido? Por el contrario: la idea del partido obrero ocupa un lugar central en el pensamiento (y

¹⁴ Mao Tse-Tung, *Sobre la práctica*, en *Obras escogidas* (Pekin, Ed. en lenguas extranjeras, 1968), tomo I, p. 323.

¹⁵ K. Marx, *Miseria de la filosofía* [1847] (Buenos Aires, Siglo XXI, 1971), p. 109. Subrayado final agregado. El *Manifiesto Comunista* op. cit., p. 22, reitera la misma idea: “Las tesis teóricas de los comunistas no se basan en modo alguno en ideas y principios inventados o descubiertos por tal o cual reformador del mundo. No son sino la expresión de conjunto de las condiciones reales de una lucha de clases existente, de un movimiento histórico que se está desarrollando ante nuestros ojos.”

en la actividad) de Marx y de Engels. Pero aquí vale la pena introducir una distinción formulada por el mismo Marx en una carta que le dirige a Freiligrath el 29 de febrero de 1860. En ella contrapone el partido "en sentido efímero" que, bajo la forma de la Liga Comunista, "cesó de existir para mí hace ocho años", al "partido en el gran sentido histórico". Esa Liga, como antes la *Société des Saisons* de Blanqui y cientos de otros grupos, "fue sólo un episodio en la historia del Partido, que en todas partes está creciendo espontáneamente del suelo de la sociedad moderna"¹⁶. Este "partido en el gran sentido histórico" no tiene acta ni fecha de fundación porque es el proceso mismo a través del cual el proletariado en lucha va totalizando su experiencia y se constituye en clase *para sí*, en cuanto a los "episodios", a los partidos "en sentido efímero", son momentos necesarios e importantes pero subordinados e instrumentales, que contribuyen a esa tarea y que no pueden teorizarse en abstracto, desde el exterior de cada proceso concreto: corresponden al plan de acción de una estrategia que la propia clase va articulando en los diversos niveles de su enfrentamiento al sistema. Por eso no hay en Marx una teoría de la organización revolucionaria ni apego a forma particular alguna de agregación de los intereses de clase¹⁷. Por eso, inversamente, el partido de revolucionarios profesionales que concibe y teoriza Lenin en 1902, férreamente disciplinado y estrictamente conspirativo, no es "blanquista" en tanto organiza y dirige un proceso revolucionario en acto pero resulta objetivamente "blanquista" allí donde no se dan los supuestos específicos en que se funda su acción¹⁸.

En síntesis, la autoemancipación del proletariado no es en Marx una fórmula retórica ni una tesis de circunstancias: hace a la esencia misma de su discurso socialista, cuyo sujeto es la clase obrera y no la entidad que se proclama depositaria de su "conciencia externa". Sin embargo, varias décadas de sacralización de la perspectiva vanguardista que critiqué antes tornan de inmediato pasibles a estas afirmaciones del doble cargo de "espontaneísmo" y de "reformismo". Veamos por qué implican, en cambio, un encuadre distinto del problema organizacional fundado en otra idea de la revolución.

La clase como sujeto colectivo real

"No se trata de lo que este o aquel proletario, o incluso el proletariado en su conjunto, pueda representarse de vez en cuando como

¹⁶ Ver Monty Johnstone, "Marx y Engels y el concepto de partido", p. 117, en *Teoría marxista del partido político*, Cuaderno de Pasado y Presente n° 7.

¹⁷ Además del trabajo ya citado de Johnstone, es útil consultar sobre este tema los artículos de Rossana Rossanda y de Víctor Fay incluidos en el Cuaderno de Pasado y Presente n° 38, *Teoría marxista del partido político - 3*.

¹⁸ Cf. Fernando Claudín, *La crisis del movimiento comunista* (París, Ruedo Ibérico, 1970), p. 572. Cfr. V. I. Lenin, *¿Qué hacer?*, op. cit., pp. 480-489.

meta. Se trata de lo que el proletariado es y de lo que está obligado históricamente a hacer, con arreglo a ese ser suyo"¹⁹. Repensar por un instante este famoso pasaje de *La Sagrada Familia* allanará el camino del replanteo a que me refiero.

La primera frase ("No se trata de lo que este o aquel proletario...") no ofrece dificultad: como se sabe, Marx —siguiendo en esto a Hegel— rechazó la hipótesis de un estatuto *individual* del sujeto del pensamiento y de la acción y sus análisis operan siempre en términos de un sujeto y de una conciencia *colectivos* o, por lo menos, *transindividuales*²⁰.

Pero cuando el texto alude seguidamente al "proletariado en su conjunto" nos enfrenta la problema central de la tesis de la autoemancipación, bien sintetizado por Mézáros: "En cada momento dado, el proletariado como mera 'suma total' de sus miembros individuales (la clase como un 'colectivo serial', en la terminología de Sartre) es una contingencia sociológica, con objetivos específicos y poderes e instrumentos para su realización más o menos limitados. El mismo proletariado, empero, es también a la vez —en virtud de su posición de clase necesariamente subordinada con respecto a la burguesía— una parte constitutiva del antagonismo estructural irreconciliable de la sociedad capitalista. La distancia entre estos dos aspectos del 'ser del proletariado' tal como se refleja en la forma prevaleciente de conciencia de clase, puede ser mayor o menor en diferentes situaciones históricas, y las formulaciones de Marx del problema de la conciencia de clase no postulan ningún progreso lineal en la reducción de esta brecha"²¹.

Adviértase que esta última observación no contradice la parte final del pasaje comentado: Marx no alude allí a una "fatalidad" sino a una "necesidad histórica". Se sigue tratando de un "hacer", de una *tarea* que sólo tiene asegurado su realismo por corresponderse con una tendencia objetiva del desarrollo histórico. Que la maduración de las condiciones concretas la torne posible no la vuelve inevitable, máxime que —en buenos principios dialécticos— esas condiciones mismas no pueden alcanzar su plenitud sin el desarrollo de la conciencia de sí del proletariado que las convierta en medios para su liberación.

Sólo que: ¿dónde buscar la inteligibilidad de este desarrollo?; ¿dónde descubrir "la forma prevaleciente de conciencia de clase" que, en cada coyuntura, manifiesta la distancia entre los "dos aspectos del 'ser del proletariado'" —o, más rigurosamente, la contradicción entre su "ser" y su "existencia"?

¹⁹ C. Marx, *La Sagrada Familia* (México, Grijalbo, 1958), p. 102.

²⁰ Véase, por ej., G. Lukács, *Historia y conciencia de clase* (México, Grijalbo, 1969), cap. I.

²¹ István Mézáros, "Contingent and necessary class consciousness", en I. Mézáros, ed., *Aspects of history and class consciousness* (Londres, Routledge and Kegan Paul, 1971), p. 85-127.

La Tesis III nos da una respuesta global: *en la praxis concreta de la clase*. Pero esta praxis, en tanto acción de un sujeto colectivo real, se presenta siempre de modo fragmentario y complejo. Fragmentario, porque la realidad de la clase es su composición heterogénea, su desagregación en grupos más o menos contingentes que actúan de manera discontinua. Complejo, porque a esta desarticulación permanentemente fomentada por el sistema como pieza clave de su estrategia de dominación, la clase responde con esfuerzos unitarios a distintos niveles y de alcance y contenido diversos.

Pero aquí, so pena de caer en una metafísica del sujeto, importa apresurarse a hacer un señalamiento de fondo: es fundamental que también estas proposiciones sean entendidas dialécticamente, dado que no hay una identidad histórica del proletariado que "preceda" a esa misma praxis concreta, fragmentaria y compleja que la va constituyendo.

Por eso la clase no es una "cosa", una categoría estadística definible *a priori* y a la que igualmente en abstracto se le puede imputar desde afuera la "conciencia justa" que debería tener. La clase es un proceso histórico situado en un contexto particular, con características nacionales propias y acotado por la especificidad de luchas que sedimentan en tradiciones, en sistemas de valores, en ideas y en modalidades organizativas concretas.

Indagar "la forma prevalente de conciencia de clase" supone, pues, una lectura en perspectiva de una multiplicidad de prácticas institucionalizadas y no institucionalizadas que nunca son susceptibles de una síntesis simple debido no sólo a que esa forma misma es multidimensional sino a que las dimensiones se hallan siempre, de hecho, desigualmente desarrolladas.

Que esta lectura sea, así, en extremo difícil no es óbice para que resulte el punto de partida necesario de cualquier intervención política que se quiera eficaz. Desde los tiempos de la Segunda Internacional se ha recurrido en esta materia a la ayuda de una metáfora que la Tercera Internacional terminó de consagrar. Nos referimos a la imagen de una *pirámide*, cuya aceptación acrítica ha conducido a reificarla y a quitarle de este modo buena parte del valor instrumental que podía tener para pensar el tema.

Los mensajes de la pirámide

La figura de la pirámide buscó tematizar la existencia de una base, formada por la masa proletaria, y de un vértice, ocupado por el partido; entre ambos, operando como "correas de transmisión", se instalarían los sindicatos. Señalamos en otro sitio²² que, por su sola presen-

²² Véase la introducción al Cuaderno de Pasado y Presente nº 33, *Consejos obreros y democracia socialista*, varios de cuyos pasajes retomamos en este artículo.

cia, este símbolo ya está sugiriendo por lo menos dos significados: una parte inferior, una parte superior, la idea de *jerarquía*; pero, a la vez, una gradación jerárquica que ocurre en el interior de un espacio común, sin discontinuidades, la idea de *homogeneidad*. Si se añade como tercer atributo la idea de un *ariete* listo para golpear con un máximo de potencia concentrada, podrá advertirse por qué se trata de un esquema particularmente adecuado a las concepciones vanguardistas que mencioné páginas atrás.

Resulta, en efecto, lógico que el partido que vehiculiza la conciencia externa que debe penetrar en las masas esté instalado en la cúspide y controle férreamente al conjunto, desde que la base es concebida en el modo de una inercia dominada por la ideología burguesa, sólo capaz de generar reivindicaciones económicas a las que los sindicatos les dan forma colectiva. Por eso se vuelve importante lograr que estos últimos —que constituyen organizaciones de masa— se subordinen al vértice y actúen, así, como correas de transmisión entre éste y sus afiliados, otorgándole dimensión política a luchas que naturalmente carecerían de ella. A esta idea de la *jerarquía* se le suma, reforzándola, la idea del *ariete*: históricamente, el vanguardismo verticalista nace ligado a una hipótesis de la revolución como hecho fundamentalmente político, como ruptura violenta y sobre todo próxima que exige una afiada condensación de energías para el instante siempre fugaz en que se haga posible la toma del poder. El partido es, entonces, el Estado Mayor encargado de llevar adelante esa guerra de movimiento, propia de lo que Gramsci llamaba el modelo "oriental" de revolución. Por último, la idea de *homogeneidad* exorciza cualquier crítica de sustituvismo puesto que el interior de la pirámide se supone bañado por una común sustancia proletaria que asegura una perfecta continuidad entre los niveles, por más que el centralismo sólo se diga democrático en el ámbito del partido.

La primera objeción a este esquema hace menos al esquema mismo que a la manera en que se lo construye. Aludimos, desde luego, a nuestro rechazo de la teoría de la conciencia externa que ya quedó expuesto en la primera parte de estas notas y que actualiza en este punto la distinción de Marx entre los partidos "en sentido efímero" y el partido "en el gran sentido histórico". Insistimos: cuando se suscribe la tesis de la autoemancipación del proletariado no se niega el rol de los primeros sino que se lo subordina a la tarea de desarrollar el segundo: en otras palabras, se cuestiona toda pretensión de erigirse *a priori* en el vértice de la pirámide, que se vuelve así decisión de un aparato y no remate de un laborioso proceso de crecimiento político de la base. Una cosa es aceptar la necesidad *de hecho* de esos partidos "en sentido efímero", en tanto vanguardias externas que asumen su transitoriedad desde que su objetivo es estimular el surgimiento de auténticas vanguardias internas de la clase, y otra querer legitimarlas como la dirección política revolucionaria que se asigna la misión de

“conquistar” a las masas para que “reconozcan” su liderazgo²³. Mientras que, en un caso, se alentarán la autonomía y la variedad de las experiencias de lucha del proletariado, en el otro se intentará recortarlas en el lecho de Procusto de las concepciones de un grupo dirigente que identifica el desarrollo político de los trabajadores con su propia expansión. De ahí que cuanto más se privilegie a la base, más se enfatice la *unidad* de esas acciones, respetando su diversidad y su riqueza; y, a la inversa, cuanto más se ubique el centro de gravedad de la pirámide en su vértice, más se propugne la *uniformidad* y se esté dispuesto a cuantas escisiones sean necesarias para preservarla²⁴.

Si bien, como se dijo, esta crítica de fondo parece no afectar la metáfora misma de la pirámide, interesa ver más de cerca por qué cuestiona, sin embargo, aquellas imágenes inmediatas que se desprendían del símbolo.

a) la idea del ariete

Indicamos ya la diferencia que media entre concebir a la revolución, ante todo, como un *hecho político* o como un *proceso social* y subrayé también por qué este último era el enfoque de Marx. Es en esta vertiente común que se nutren dos reelaboraciones fundamentales del concepto de práctica revolucionaria, formuladas en distintos momentos y respondiendo a situaciones diversas: nos referimos, por una parte, a las reflexiones gramscianas sobre la “guerra de posición” y, por la otra, a la estrategia maoísta de la “guerra prolongada”.

Las primeras ponen en evidencia toda la complejidad del conflicto de clases en las formaciones sociales capitalistas “occidentales”, donde la “robusta estructura de la sociedad civil” cumple la función de una densa y sólida “cadena de fortalezas y casamatas” respecto a las cuales el estado en sentido estricto no es sino “una trinchera avanzada”²⁵. En consecuencia, la tarea revolucionaria implica aquí, sobre todo, una “guerra de posición” que vaya desarticulando esa resistente trama institucional en que se afirma la dominación burguesa y contrasta con la “guerra de movimiento” adecuada a las formaciones “orientales” (por ejemplo, Rusia), donde el débil desarrollo de la sociedad civil asigna un rol determinante al aparato del estado y lo convierte en el objetivo inmediato del “asalto al poder”.

A su vez, la estrategia maoísta descarta la idea de una ofensiva general a corto plazo y plantea la revolución como una larga marcha, como una lucha continua cuyo eje es el proceso de movilización de

²³ Nos remitimos, en este punto, a los textos de André Gorz y de Adriano Sofri incluidos en el ya citado Cuaderno de Pasado y Presente nº 38.

²⁴ Cf. Lelio Basso, *op. cit.*, p. 117.

²⁵ Antonio Gramsci, *Notas sobre Maquiavelo, sobre política y sobre el estado moderno* (Buenos Aires, Ed. Lautaro, 1962), p. 96.

las masas. Por lo tanto, cada experiencia, cada enfrentamiento deben evaluarse en términos de su aporte concreto a este proceso y no del carácter más o menos “reformista” o “revolucionario” de los objetivos que proclamen utilizando como criterio de referencia una presunta desagregación brutal del sistema vigente. La realidad social es la lucha de clases; y sus transformaciones, las de las clases en lucha y las de sus relaciones de fuerza. Será, entonces, *revolucionaria* toda acción que consolide y que expanda el campo del proletariado, es decir, que (a) permita resolver justamente las contradicciones en el seno del pueblo a partir de las experiencias propias de sus distintas partes componentes y (b) haga cada vez más clara la línea demarcatoria entre explotados y explotadores, criticando especialmente la presencia de los segundos —o de su ideología— en las mismas organizaciones de clase de los primeros.

Es posible completar, ahora, las observaciones anteriores, redefiniéndolas: 1) la pirámide debe construirse desde abajo porque la auto-emancipación del proletariado es una lucha prolongada en la que, dada la complejidad actual de la sociedad capitalista, la guerra de posición ocupa un lugar central; 2) el autoritarismo, la burocratización y el aniquilamiento de la creatividad de las masas son rasgos salientes de las estructuras burguesas de dominación y, por ende, blancos principales y constantes de esa guerra; 3) el desarrollo de la autonomía obrera y de la democracia de base es, así, una *necesidad objetiva* y no una mera exigencia subjetiva, más o menos postergable, de esa larga marcha hacia el socialismo y constituye una pauta fundamental para juzgar sus progresos.

Por cierto, una perspectiva insurreccional de la toma del poder como objetivo más o menos inmediato dará, en cambio, primacía a la potenciación del vértice de la pirámide, *ariete* requerido para el salto revolucionario que el colapso catastrófico del sistema tornará posible.

b) la idea de la homogeneidad

Un planteo correcto del problema de la autonomía obrera y de la democracia de base lleva de inmediato a revisar la idea de la *homogeneidad* de la pirámide, por varias razones.

La primera hace a la discontinuidad real de los niveles subsumidos en esa imagen. Por un lado, constituiría un sociologismo ingenuo suponer que puede haber una relación de transparencia entre la masa y sus mediaciones institucionales, olvidando que éstas deben responder siempre a una cierta lógica de funcionamiento que les es propia y cuyo abandono las condenaría a la ineficacia. Por otra parte, tampoco puede pensarse en una integración “lineal” de las diversas formas organizativas que el sujeto colectivo va creando en el curso de sus luchas. Fue precisamente Lenin quien, en *¿Qué hacer?*, puso cuidado en advertir que el tradeunionismo no se agotaba en la lucha económica sino que implicaba también una política. Ello no obstante, su enfoque organizacional lo indujo a postular una completa subordinación del sin-

dicato al partido, invalidada luego por la experiencia histórica: o los sindicatos dejan de ser tales —caso de la Unión Soviética, después de la derrota de la “oposición obrera”— o, pese a que existan partidos proletarios y a que estén ligados a ellos, esa subordinación será en todo caso parcial puesto que se verán obligados a desarrollar hasta cierto punto políticas propias, inherentes a su función económica-corporativa —como ha venido ocurriendo en todos los países capitalistas, dado un mínimo de condiciones legales.

Esto conduce a una segunda observación: no sólo los niveles son heterogéneos sino que esta heterogeneidad es irreductible, al menos hasta una total socialización de los medios de producción y de decisión. El “culto de la vanguardia”, el “culto de la masa” y, entre ambos, el “sindicalismo revolucionario”, dan nombre a otros tantos intentos de privilegiar una instancia en detrimento de las restantes sin tener en cuenta que la clase comunica dialécticamente consigo misma y con las demás clases —es decir, el sujeto colectivo define su compleja identidad— a través de un encadenamiento de prácticas relativamente autónomas, que poseen una inteligibilidad específica y cuyo desarrollo tiende a ser desigual.

De aquí se siguen dos consecuencias importantes. Una, que la autonomía obrera y la democracia de base no serán sólo función de la forma en que se halle estructurado cada uno de los niveles (masa, sindicato, partido) sino también del modo de su articulación en el interior de la totalidad compleja que ellos mismos constituyen y que define a la clase como sujeto histórico.

La otra hace al desigual desarrollo de esas instancias, conforme al cual es posible que, en un momento determinado, una tienda a ocupar el lugar dominante en el proceso de movilización de masas, señalando de esta manera el rumbo de las principales tareas que deben ser cumplidas en esa coyuntura.

Así, por ejemplo, en la época de repliegue y de pasividad del movimiento obrero europeo que sigue a los intentos revolucionarios de 1848 y que se prolonga hasta los años setenta, Marx y Engels —contrariamente a Lassalle— atribuyen un rol central a los sindicatos y no al partido: es que no sólo los primeros “sin que sean conscientes de ello, han llegado a ser el eje de la organización de la clase obrera, como los municipios y las comunas de la Edad Media lo fueron para la burguesía”²⁶ sino que “los partidos políticos, sin excepción, sean como sean, entusiasman a la masa trabajadora pasajeramente, por una temporada. En cambio los sindicatos ligan a la masa de los trabajadores de una manera permanente. Sólo ellos están en condiciones de

²⁶ Resolución sobre los sindicatos de la Primera Internacional, Ginebra, 1866, citado en anexo en *Salaires, Prix et Profits* (Paris, Editions Sociales, 1952), pp. 119-120. Sobre este tema de la relación entre sindicato y partido en el pensamiento de Marx, véase el artículo de Serge Mallet, “Control obrero, partido y sindicato”, en el Cuaderno de Pasado y Presente nº 44: *Economía y política en la acción sindical*.

representar un verdadero partido de clase y de oponer un verdadero baluarte al poder del capital”²⁷.

De manera parecida, en el *¿Qué hacer?* hay una fundamentación práctica de la saliencia del nivel “partido” que se yuxtapone a los discutibles argumentos teóricos ya analizados. Es significativo, en efecto, que pese a afirmar que las masas no pueden trascender espontáneamente la conciencia economicista, Lenin funde una y otra vez la necesidad de crear el partido en el auge de la acción y del espíritu revolucionario de esas masas, que “rebasa la actividad consciente de la organización socialdemócrata” y que es “subestimado” por los economicistas y por los terroristas. De ahí la urgencia en consolidar un núcleo revolucionario eficaz que superase los “métodos primitivos de trabajo” de los círculos socialistas, en un país donde debía operarse en la clandestinidad, donde aún no se había logrado formar un partido obrero a nivel nacional y donde los pocos sindicatos existentes eran ilegales y estaban fuertemente perseguidos²⁸.

Los análisis de Rosa Luxemburg parten de una realidad distinta e ilustran una tercera alternativa. Militante de la socialdemocracia alemana, actuaba en el seno de la organización proletaria más poderosa del mundo en su época —justamente el ejemplo que fascinaba a Lenin y al que acudía con frecuencia en sus citas—, un verdadero estado dentro del estado al que se vinculaba además una estructura sindical con más de un millón de afiliados. En tal contexto, su esfuerzo se dirigió a combatir el inmovilismo y la rigidez burocrática de esas instituciones, enfatizando la importancia de la huelga de masas y de los órganos de base que el proletariado crea en el curso de sus luchas, dado que, a su juicio, ésta era la instancia dominante en una situación que consideraba revolucionaria. Por eso afirmaba en 1906, reflexionando agudamente sobre la experiencia de los soviets rusos del año anterior: “No es en la cúspide, en el vértice de las organizaciones y de su unión federativa, sino en la base, en la masa proletaria organizada, donde está la garantía para la unidad real del movimiento obrero”²⁹.

²⁷ Entrevista con Karl Marx en Hanover, publicada en la revista *Volkstaat*, nº 17, 1869. Esta afirmación de Marx, si bien se corresponde en parte con su aludida distinción entre los partidos “en sentido efímero” y el partido “en el gran sentido histórico”, debe ser tomada *cum granum salis*, dado el contexto específico en que fue formulada.

²⁸ Cfr. V.I. Lenin, *¿Qué hacer?* *op. cit.*, pp. 18, 427, 436, 442, etc., y especialmente p. 509. Sobre las urgencias prácticas a que respondió esa obra —olvidadas, luego, por la mayoría de sus epígonos— dirá el mismo Lenin unos años más tarde: “El error principal de los que hoy polemizan con *¿Qué hacer?* consiste en que desligan por completo esta obra de una situación histórica determinada, de un período concreto del desarrollo de nuestro partido que ha pasado hace mucho”. V. I. Lenin, “Prólogo a la recopilación *12 años*” (1908), en *Obras completas* (Buenos Aires, Ed. Cartago, 1960), tomo XIII, p. 95.

²⁹ Rosa Luxemburg, *Huelga de masas, partido y sindicato* (Córdoba, Cuaderno de Pasado y Presente nº 13, 1970), p. 123.

En rigor, todas las críticas expuestas hasta aquí implican ya el cuestionamiento de cualquier idea apriorística de la *jerarquía*. Nos parece oportuno, sin embargo, llamar brevemente la atención sobre la complejidad específica de dos problemas que se tiende a subsumir de manera simplista en esta idea. Aludo al clivaje que se establece entre luchas sociales y luchas políticas y al modo en que se vinculan espontaneidad y dirección consciente.

En lo que hace al primer punto, el ingreso del capitalismo a su fase monopolista le ha venido quitando relevancia a la distinción. En la medida, en efecto, en que hay una integración creciente de los aparatos de dominación económica, ideológica y política y en que los principales mecanismos de control social aparecen subordinados a la "racionalidad" del gran capital, se incrementa de manera notable, como contrapartida, la potencialidad propiamente "política" de las luchas sociales, como lo evidencian los esfuerzos constantes de despolitización de esos conflictos que debe realizar el sistema. Si, por una parte, la lógica del desarrollo capitalista penetra todas las esferas de la vida social, por la otra cada una de éstas se convierte en campo posible de una lucha política que ponga en crisis esa lógica. Hoy más que nunca la revolución se despliega políticamente como un proceso social porque hoy, menos que nunca, puede aislarse la singularidad de un *ámbito* cuyo carácter político por antonomasia vendría a legitimar la posición jerárquica del partido, tal como se plantea —por distinto camino— en los esquemas parlamentaristas o insurreccionales. En otras palabras, en el marco del capitalismo avanzado, al terreno político que intenta acotar la legalidad burguesa, se le agrega y contrapone otro, más general, que el propio movimiento de masas va definiendo al profundizar sus enfrentamientos.

¿Recaída, entonces, en el espontaneísmo? Según como se lo entienda. Ocurre que la famosa identificación leninista entre conciencia obrera espontánea y tradeunionismo, es decir, "sometimiento ideológico de los obreros por la burguesía", ha trastocado los términos, haciendo olvidar que, en buenos principios, donde hay sometimiento no puede haber espontaneidad: un ser sólo es espontáneo cuando se determina libremente según sus propias normas, sin sufrir compulsión alguna³⁰. Este era precisamente el sentido con que Marx utilizaba la noción y por eso llamaba "espontáneo al movimiento *autónomo* del proletariado que, al ir liquidando todos los condicionamientos que deforman su acción, no podrá ser sino revolucionario. Si así redefinido el concepto, para el planteo mecanicista de Lenin de 1902 no existe,

³⁰ Cf. Yvon Bourdet, *La délivrance de Prométhée* (París, Anthropos, 1970), p. 53. Esta obra contiene un detallado examen crítico de la problemática de la espontaneidad obrera; véase pp. 29-71.

de hecho, una conciencia obrera espontánea desde que —antes de la intervención del partido— la ideología burguesa agota sus contenidos³¹, para el materialismo dialéctico siempre habrá, más o menos distorsionado, un "núcleo de buen sentido", un principio de diferenciación y de ruptura sin el cual sólo podría hablarse de "falsa conciencia" desde el idealismo de una perspectiva ético-normativa. La práctica ha corroborado una y otra vez la justeza de esta previsión teórica, al punto que puede sostenerse sin reparos que, quien no detecta ese núcleo, está haciendo una mala lectura de la realidad. Como viene de concluir un sociólogo, luego de examinar la evidencia disponible para los países capitalistas más avanzados y, aparentemente, más integrados: "En verdad, a partir de las encuestas podemos percibir fácilmente una conciencia de clase 'latente' que, en ciertas situaciones, puede explotar. De ahí que no sea difícil desarrollar una teoría de la conciencia dual...³² En los términos anteriores, este dualismo de la conciencia obrera se manifiesta en una espontaneidad "impura" que debe servir de base al trabajo político eficaz. Es lo que Gramsci enfatizaba, de manera ejemplar, recordando el papel de la vanguardia del movimiento ordinovista: "Esa dirección no era 'abstracta', no consistía en una repetición mecánica de las fórmulas científicas o teóricas; no confundía la política, la acción real, con la disquisición teórica; se aplicaba a hombres reales, formados en determinadas relaciones históricas, con determinados sentimientos, modos de concebir, fragmentos de concepción del mundo, etc., que resultaban de las combinaciones 'espontáneas' de un determinado ambiente de producción material, con la 'casual' aglomeración de elementos sociales dispares. Este elemento de 'espontaneidad' no se descuidó, ni menos se despreció: fue *educado*, orientado, depurado de todo elemento extraño que pudiera corromperlo, para hacerlo homogéneo, pero de un modo vivo e históricamente eficaz, con la teoría moderna. Los mismos dirigentes hablaban de la 'espontaneidad' del movimiento, y era justo que hablaran así: esa afirmación era un estimulante, un energético, un elemento de unificación en profundidad; era ante todo la negación de que se tratara de algo arbitrario, artificial y no históricamente necesario. Daba a la masa una conciencia 'teórica', de creadora de *valores históricos* e institucionales, de fundadora de estados. Esta unidad de la 'espontanei-

³¹ Llevando por su ardor polémico, Lenin fue, en este punto, más lejos que el propio Kautsky, ya que la distinción de éste entre "lucha de clases" y "socialismo" no implicaba que la primera fuese expresión de la ideología burguesa [...]. Es cierto, sin embargo, como ya señalamos, que en *¿Qué hacer?* hay un hiato entre el argumento teórico y el reconocimiento concreto de una potencialidad obrera no reductible a esa simple y excluyente dicotomía "ideología burguesa"/"ideología socialista".

³² Michael Mann, *Consciousness and Action among the Western Working Class* (Londres, Macmillan, 1973), p. 46.

dad' y la 'dirección consciente', o sea, de la 'disciplina', es precisamente la acción política real de las clases subalternas en cuanto política de masas y no simple aventura de grupos que se limitan a apelar a las masas"³³.

En síntesis: el reconocimiento, por una parte, del movimiento de masas como terreno político general y la revaloración, por la otra, de la espontaneidad obrera y de su necesaria unidad dialéctica con la dirección consciente, ratifican nuestras críticas anteriores a cualquier concepción jerárquica de la organización que, ignorando la especificidad propia de los distintos niveles de lucha, cercene en la práctica la riqueza de cada uno de ellos. *Es que, en rigor, no puede hablarse de una diferencia de jerarquías sino de tareas.* En este sentido, la función de las vanguardias —nivel "Partido"— no es introducir desde afuera una dimensión política en las luchas sociales sino ayudar al despliegue de todas sus potencialidades políticas propias, oponiéndose así al esfuerzo de despolitización en que se empeñan los sectores dominantes. Del mismo modo, no se trata de acallar el discurso espontáneo de las masas superponiéndole la aparente tersura de un mensaje teóricamente correcto sino de consolidar su núcleo de buen sentido, criticando los elementos impuros que lo distorsionan y contribuyendo, de esta manera, al desarrollo de una espontaneidad cada vez más auténtica y creativa.

Por otro lado, cuanto más cristalice una estructura jerárquica, menores serán las posibilidades reales de una interacción dinámica entre las instancias que permita corregir sus desviaciones. Una larga marcha desgasta al enemigo pero también conlleva el riesgo de debilitar las propias fuerzas, dada su prolongada exposición a los modelos culturales opresores. Esto ocurre a todos los niveles: las leyes capitalistas del mercado y de la competencia introducen la amenaza del particularismo en las luchas de base y de un economicismo estrecho en las prácticas sindicales, así como la división capitalista del trabajo se refleja en las tendencias burocráticas y reificadoras que acechan permanentemente a las organizaciones de masa. Decía Marx que "es necesario tomar de la actual sociedad todas las armas para combatirla"; pero estas armas están contaminadas y exigen, por lo tanto, un continuado trabajo de desmistificación. De ahí que la interacción recíproca de los diversos niveles de actividad desigualmente desarrollados sea condición necesaria no sólo para el avance sino para la autocrítica del sujeto colectivo; y que, al impedir la, las concepciones jerárquicas revelen su compromiso con las estructuras alienantes a destruir.

³³ Antonio Gramsci, "Democracia obrera y socialismo", *Pasado y Presente*, IV, 1, 1973, p. 137.

La consigna del control obrero³⁴

La indagación precedente en torno a la metáfora de la pirámide y a algunos de sus correlatos tuvo un doble propósito: por un lado, poner en evidencia la irreductible complejidad de "la forma prevaleciente de conciencia de clase" en cada coyuntura histórica; y, por el otro, desbrozar de esta manera el campo para una correcta ubicación de la problemática del control obrero.

Esta consigna procura englobar, en efecto, una multiplicidad de enfrentamientos contra el poder discrecional que ejercen los patrones en lo que hace a la determinación de las condiciones de trabajo y a la gestión de la empresa capitalista. Tales luchas surgen a nivel de *base* y su lugar paradigmático es la *fábrica*³⁵. A la luz de lo expuesto hasta ahora, resulta importante entender por qué.

Ante todo, no es casual que el nivel de emergencia de estas movilizaciones no sea ni el del sindicato ni el del partido.

En lo que concierne al primero, es cierto que las luchas a que aludimos redescubren, de hecho, una temática tan importante como la salarial en los orígenes del sindicalismo. Sin embargo, la legitimación de las actividades gremiales y la institucionalización del conflicto industrial implicaron, en la práctica, el privilegio de las reivindicaciones económicas y el relegamiento de los reclamos que cuestionaban el modo mismo de producción capitalista. Es que, por su misma índole, la asociación gremial hace pie en la fábrica para trascenderla de inmediato, sin violar la lógica del sistema: no sólo acepta entonces como dada la condición de asalariados de sus miembros sino que sus principios organizativos —el oficio, la rama— y la centralización burocrática que procura para fortalecer su capacidad negociadora, tienden naturalmente a homogeneizar las múltiples situaciones particulares configuradas por las plantas que representa. Estructura de acogida de conjuntos específicos de vendedores de fuerza de trabajo, el sindicato los unifica como instancia valorizadora del precio-salario que obtienen y, por su propia naturaleza, induce al obrero a percibir su tarea cotidiana no como

³⁴ Véase, en este mismo número, el trabajo de André Gorz sobre el tema, al cual nos remitimos y cuyos argumentos damos lo tanto, por conocidos.

³⁵ Esto no significa, desde luego, reducir a la fábrica todo el campo de las luchas sociales, sino referirlas ejemplarmente al sitio por excelencia donde destruir las contradicciones del trabajo alienado implica liquidar el modo capitalista de producción y de distribución de bienes y servicios. Para mayor claridad de la exposición, no me ha parecido oportuno introducir el problema de las luchas de base en torno a cuestiones como la vivienda, la salud, la educación, etc., que requerirán futuros tratamientos específicos. Sobre la saliencia de la fábrica como espacio político, véase "La 'larga marcha' al socialismo en la Argentina" (editorial), *Pasado y Presente*, IV, 1, p. 14 y ss, y la nota editorial del presente número.

“proceso de producción, sino como puro medio de ganar plata”³⁶. Esto —que sólo resulta objetable para quienes, desconociendo la especificidad de este nivel de lucha, plantean la utopía de un sindicalismo revolucionario— acarrea dos consecuencias: una, que los esfuerzos por controlar las condiciones de trabajo no sean casi nunca producto de la iniciativa sindical sino respuesta a presiones de la base; otra, que, en general, si estas presiones no son demasiado fuertes ni orgánicas, el sindicato tenga propensión a negociarlas traduciéndolas a términos monetarios (primas por insalubridad, indemnizaciones por accidentes, pago de horas extras, etc.), ubicándose así en el plano de los efectos y no de las causas de la explotación capitalista.

En lo que se refiere al partido obrero, cualquiera sea su orientación concreta, tiende siempre a estar atrasado con respecto a las movilizaciones de base a que aludimos, tanto porque su pensamiento institucionalizado es necesariamente menos dinámico y abierto que la realidad social sobre la que opera, como porque también el sesgo de su discurso lo sitúa inmediatamente más allá de la fábrica, en relación genérica con el “patrón social”³⁷. Que estas tendencias sean inevitables no significa que resulten insalvables: pero la experiencia enseña que, justamente, si el partido quiere superarlas asumiendo toda la riqueza y el impulso de las distintas luchas de masas, que es su tarea alentar y articular, debe ponerse auténticamente a su servicio, es decir, tiene que comenzar por respetar sus momentos propios y la autonomía relativa de su nivel específico de emergencia.

La fábrica es el lugar paradigmático de este último porque en ella se condensa la contradicción irreductible de la sociedad capitalista entre el formidable desarrollo del carácter colectivo del trabajo y el control privado de su organización y de sus resultados. Definida por el sindicato sobre todo como agrupamiento de asalariados y por el partido, ante todo como parte de un conjunto social a transformar, la fábrica es, a la vez, la unidad de producción en que los obreros alienan su capacidad creadora, el sitio por excelencia donde la división capitalista del trabajo revela brutalmente su forma operativa concreta: “la subutilización programada de las energías intelectuales potenciales del trabajador”³⁸. Nervio motor del sistema y, por tanto, su zona más

³⁶ Antonio Gramsci, “Sindicalismo e Consigli” (1919), en G. Ferrats y N. Gallo, comps., *2000 pagine di Gramsci* (Milán, Il Saggiatore, 1965), tomo I, p. 428.

³⁷ Ver la importante confrontación sobre este tema entre J. P. Sartre y la dirección de *Il Manifesto*, incluida en *Teoría marxista del partido político - 3*, Cuaderno de Pasado y Presente n° 38. Desde una perspectiva distinta, son igualmente útiles las reflexiones de Mario Tronti, *Operai e capitale* (Turín, Einaudi, 1971), esp. pp. 110-120. [De este libro Siglo XXI Argentina anuncia su próxima publicación.]

³⁸ B. Beccalli y M. Salvati, “La división del trabajo”, en *La división capitalista del trabajo*, Cuaderno de Pasado y Presente n° 32, p. 61.

sensible, éste manifiesta allí, cotidianamente, su indole represiva y explotadora, a punto tal que el esfuerzo ideológico se dirige menos al disimulo de esos rasgos que a difundir la imagen de su inevitabilidad, tratando de presentarlos como un puro dato técnico y de desplazar, por consiguiente, la atención del trabajador hacia el plano del consumo, es decir, hacia su realización presunta al margen del trabajo. En condiciones “normales”, hay una aceptación pragmática de esta situación por parte de los obreros, dada su debilidad relativa en este nivel específico de relaciones de fuerza. Es que, como queda dicho, pueden ser miembros de un sindicato o de un partido pero, en un caso, estarán unificados a partir de la fábrica y, en el otro, fuera de ella y, así, en ninguno de los dos, realmente, en el interior mismo de la planta, asumiéndose en forma orgánica como el trabajador colectivo que de hecho constituyen. En otras palabras: asalariados y ciudadanos, son también —y fundamentalmente— productores, fuerza de trabajo creadora de valor frente a la cual el capitalista aparece como la “potencia extraña” de que hablaba Marx, que despoja de sentido a su actividad práctica y se apodera de sus frutos. Con mayor o menor coherencia, de manera más o menos contradictoria, éste es siempre uno de los temas de la conciencia obrera, ese núcleo de buen sentido propio de la conciencia dual y de la espontaneidad impura a que aludimos antes. De ahí la explosividad a primera vista sorprendente —tanto por lo inesperado del estallido como por su aparente desproporción con las causas que, muchas veces, lo generan— que suelen revestir las luchas de fábrica cuando, por cualquier motivo, se desencadena un conflicto que hace a la operación de la planta: es que súbitamente se modifica la relación de fuerzas, porque a través de la solidaridad con sus compañeros cada obrero se reconoce como parte del trabajador colectivo, capaz de unificar en una voluntad común aquel rechazo potencial a la autoridad del patrón.

Desde luego, dependerán de cada contexto particular el tipo de reivindicación y el método de lucha empleado. El objetivo inmediato pueden ser las condiciones de trabajo (ritmos de producción, horarios, medidas de seguridad y de higiene, repartición y evaluación de tareas, sistema jerárquico, etc.) o la gestión misma de la empresa capitalista (incorporación y despido de personal, calidad y fines de la producción, verificación de precios de venta y márgenes de utilidad, análisis de las decisiones de inversión, etc.). Tales reivindicaciones pueden tener un carácter defensivo, de resistencia a la explotación en sectores atrasados, o un tono más agresivo, de cuestionamiento de la propia racionalidad del proyecto capitalista en unidades productivas modernas; y, por el propósito que las inspira, pueden tender naturalmente a circunscribirse a la planta o a desbordarla, planteando, por ejemplo, la necesidad de nacionalizar parcial o totalmente una rama como requisito para un cambio favorable en las condiciones de trabajo. También es variada la gama de métodos de lucha utilizables, que pueden ir desde la huelga “salvaje” —que concreta el enfrentamiento al margen de cualquier mediación institucional preexistente— hasta la formación de “consejos

obreros" —verdaderos núcleos germinales de una reestructuración radical del sistema en su conjunto.

Pero el rasgo común a esta pluralidad heterogénea de experiencias que, en lo inmediato, responden a intereses locales o sectoriales, es precisamente que emergen a nivel de masas, como movimientos autónomos de la base que buscan limitar las prerrogativas patronales y que expresan la posibilidad latente de un nuevo orden, de un poder nacido en el seno mismo de la clase obrera, cuyo fundamento es la voluntad colectiva de los trabajadores que luchan por la reapropiación de su fuerza productiva alienada.

Este es el momento unitario reflejado por la consigna del *control obrero*, que busca homogeneizar en una común visión estratégica la realidad múltiple de ese proceso de transformación social. Porque el particularismo de esos conflictos es siempre contradictorio: por un lado, al negar la uniformidad abstracta de la condición proletaria, facilita el reconocimiento concreto de espacios de lucha específicos y permite una participación entre iguales que hace posible el desarrollo de formas embrionarias de democracia directa; pero, por otra parte, apareja el riesgo de agotar el antagonismo en el enfrentamiento contra un patrón singular, sin establecer la conexión necesaria entre las relaciones de autoridad en la fábrica y las relaciones capitalistas de producción de la sociedad.

La temática del control obrero identifica, entonces, el aspecto positivo de ese particularismo, que es el único modo en que puede expresarse al comienzo la iniciativa proletaria en una sociedad que desagrega y fragmenta constantemente a los sectores explotados, y, a la vez, pone de manifiesto toda su potencialidad aglutinadora como instancia fundamental de la guerra de posición, que va resquebrajando la hegemonía burguesa al construir, desde abajo, un nuevo principio de legitimidad, al ir gestando una dualidad de poderes que ataca la dictadura del capital y crea las condiciones para una recomposición política de la clase.

Este es, pues, el significado latente de las luchas por el control obrero en los distintos lugares de producción y por eso definen el eje estratégico de la larga marcha de los trabajadores hacia su autoemancipación. A través de ellas se constituyen las auténticas vanguardias internas de la clase y en ellas se cimentan los comités y los consejos obreros que son el primer paso orgánico hacia una unificación material del pueblo en la práctica del trabajo, hacia una síntesis revolucionaria de la economía y de la política, de lo privado y de lo público, del hombre y del ciudadano.

Pero, por su misma naturaleza, esas luchas no sólo aparecen atomizadas y con intensidad desigual sino que, justamente porque apuntan al centro vital del sistema, provocan siempre una fuerte reacción que explica su carácter cíclico. Esto plantea un conjunto de tareas que trascienden la inmediatez del conflicto y que asumen importancia decisiva: por un lado, articular esos enfrentamientos sin vulnerar ni su riqueza ni su autonomía; por el otro, proteger sus avances e impedir,

en las fases de repliegue, una dilapidación de las fuerzas acumuladas.

Ocurre que, otra vez, la totalidad compleja de los diversos niveles a que se manifiesta el proletariado como sujeto colectivo vuelve inaceptable una lectura reduccionista que pretenda centrarse en una sola de las instancias —en este caso, la fábrica como núcleo paradigmático del nivel base.

Así, incumbe al sindicato defender y consolidar esos movimientos de ofensiva que tienen su ámbito propio en la planta, contribuyendo a negociar la institucionalización de sus logros pero sin interferir en su dinámica ni pretender subordinarse los órganos de democracia directa que vayan emergiendo. En los países capitalistas donde la agremiación no es obligatoria, la diferencia entre las dos instancias queda patentizada, por cierto, en el hecho de que las movilizaciones fabriles participan trabajadores no sindicalizados; pero, en cualquier supuesto, se trata de dos esferas que deben interactuar sin asimilarse, dados sus roles diversos. "Atacar en la fábrica, defenderse en el sindicato" es una fórmula que resume con eficacia tal complementariedad.

En cuanto a lo que hemos llamado el nivel "partido", conviene insistir en una distinción ya mencionada. Por un lado, cabe a los partidos "en sentido efímero" que actúan como vanguardias externas de hecho, estimular el desarrollo de este proceso, comunicando entre sí estas experiencias dispares y suscitando por todos los medios el surgimiento de vanguardias internas, en las que deben disolverse. A su vez, el partido "en el gran sentido histórico" que estas últimas vayan conformando, será el encargado tanto de impedir que los repliegues se conviertan en derrotas como de articular esas luchas en un plan de acción unitario que trascienda su particularismo sin destruir sus contenidos positivos propios, al tiempo que los profundice y que incorpore a su dimensión estratégica el momento de la táctica que prepare el camino para la toma del poder global en la sociedad.

Retornamos, pues, a la idea de un encadenamiento de prácticas específicas y relativamente autónomas, con la consigna del control obrero operando como perspectiva homogeneizante de los movimientos de base y de sus expresiones orgánicas, que los sindicatos deben proteger y el partido potenciar al máximo como sustento de una transformación radical de las estructuras de dominación burguesa.

Conclusión provisoria

Según ya señaláramos, en los últimos años —y, sobre todo, a partir del cordobazo— se han venido multiplicando en el país luchas y movilizaciones de base que configuran el primer momento de una nueva oposición social. El *control obrero* aparece, precisamente, como uno de los temas unitarios implícitos que, con mayor o menor nitidez, recorre esa pluralidad de conflictos y que resulta urgente asumir en toda su significación. Es que el contenido anticapitalista —y no sólo anti-imperialista— de tales experiencias se explica, en gran parte, por la ma-

durez prematura del capitalismo argentino, debida a su mismo carácter dependiente.

Sucede que, aquí, la dominación imperialista favoreció una temprana y bastante completa difusión de las relaciones capitalistas de producción. Si bien en su primera fase —bajo hegemonía británica— esa dominación coartó y distorsionó nuestro crecimiento industrial, no fue óbice para la existencia de una base fabril suficiente para permitir la expansión del sector en los años que siguieron a la crisis de 1929. En ese período y, sobre todo, después, en la década del 40, el aflojamiento de los lazos de dominación externa hizo posible la consolidación de un dilatado contingente de pequeñas y medianas empresas de capital nacional, cuya extensión relativa constituye hoy uno de los rasgos peculiares de nuestro sistema productivo. La segunda fase de la dependencia argentina —bajo hegemonía norteamericana—, que se abre hacia fines de la década de 1950, dio impulso a nuevas ramas industriales y acentuó en forma notable los procesos de centralización y de concentración de capitales. Nos hallamos, entonces, ante un caso de crecimiento dependiente y distorsionado pero en el cual: a) el modo de producción capitalista domina en plenitud el proceso económico; b) la industria ha alcanzado un alto grado de desarrollo; y c) coexisten —ocupando el lugar central del esquema productivo— fábricas grandes, medianas y pequeñas.

Por una serie compleja de razones en las que no podemos detenernos ahora, este sistema se ha venido caracterizando por una notoria falta de dinamismo. En lo que aquí interesa, esto ha repercutido en una explotación creciente de la mano de obra en todos los sectores: en los de baja productividad, tanto para defender su posición relativa en el mercado, erosionada constantemente por los avances del capital monopolista, como para intentar insertarse marginalmente en el ciclo de este último; y, en los de alta productividad, para obtener el mayor rédito posible de equipos importados que no se renuevan —o sólo muy lentamente—, dada la renuencia de las grandes corporaciones a invertir en el país.

Este es, pues, uno de los aspectos salientes de la realidad en que emergen las luchas a que hice referencia y, por eso no es extraño que un análisis del conjunto de los diversos reclamos que plantean identifique la presencia recurrente de un tono anticapitalista, no necesariamente verbalizado en estos términos. Más aun: resulta importante advertir que, inicialmente, la lectura de tales conflictos debía complicarse porque su potencialidad se refractaba en un contexto dominado por un enfrentamiento de tipo “parlamentarista” contra la dictadura militar. Esta afirmación puede resultar sorprendente a primera vista, y por eso voy a explicitarla.

En un borrador que permaneció inédito hasta hace muy poco, Gramsci formulaba la siguiente observación: “Es obvio que resulta imposible abolir una forma ‘pura’, tal como el parlamentarismo, sin abolir radicalmente su contenido, el individualismo, y esto en el sentido preciso de ‘apropiación individual’ del lucro y de iniciativa

económica para el provecho capitalista e individual”. Si se intenta hacerlo, agregaba, ocurre como cuando se prohíben el mercado libre o la lotería oficial: en un caso, aparecen el mercado negro y la lotería clandestina; en el otro, el parlamentarismo *tácito* o *implícito*, “mucho más peligroso que la variedad explícita, pues tiene todos sus defectos y ninguno de sus valores positivos”³⁹.

Cuando el golpe de 1955 quiebra en nuestro país la legalidad burguesa, ingresamos, en efecto, a una larga época de “parlamentarismo negro”. En esos dieciocho años, el peronismo proscrito se erigió en el gran partido opositor “implícito” y su dirección no sólo buscó utilizar todas las posibilidades de negociación que se le ofrecieron —rendición de 1955, pacto Perón-Frondizi, Frente Nacional y Popular de 1964, etc., sino que definió permanentemente el eje mayor de su táctica en función de una salida electoral absorbible por el sistema. Esto no supone en absoluto desconocer la importancia de la resistencia peronista ni de las luchas frontales y heroicas que se libraron en esos años. Implica, sí, distinguir el nivel de base en que casi siempre surgieron, de los niveles sindical y político, comprometidos cada vez más en otro tipo de tareas.

Sucede, en efecto, que si la democracia burguesa apareja inevitablemente el falseamiento de la representación y el afianzamiento de las burocracias, el “parlamentarismo negro” agudiza al máximo estas tendencias. El escenario de la negociación desapareció de la vista del público y los acuerdos requirieron una conducción verticalista cuya fuerza provenía de su capacidad de control sobre las masas. Proscrito el partido peronista, este lugar fue ocupado, principalmente, por los sindicatos, que se consolidaron como fuertes aparatos jerárquicos, cada vez más distantes de cualquier práctica democrática y cuya libertad de maniobra se sustentó en una permanente desmovilización de las bases, compensada vicariamente por la pasividad de periódicos paros generales tendientes a evidenciar ante el adversario su eventual poder de convocatoria. Fue justamente un gesto de este tipo el desencadenante inmediato del cordobazo, conmoción de alcance inesperado que indicó hasta qué punto estaban madurando otros procesos en el seno de la sociedad argentina.

Las movilizaciones populares y las actividades guerrilleras que se sucedieron desde entonces, comenzaron a definir un nuevo terreno político, extraparlamentario, cuestionando menos la forma de gobierno que el sistema de poder. No por casualidad, la “patria socialista” se convirtió en su bandera; y la palabra “montoneros” se difundió de manera vertiginosa, no sólo como denominación de un grupo armado sino como símbolo de luchas populares nacidas desde abajo, alimentadas por una espontaneidad impura pero vigorosa y creadora. Estas

³⁹ Quintin Hoare y Geoffrey Nowell Smith, comps. *Selections from the Prison Notebooks of Antonio Gramsci* (Londres, Lawrence and Wishart, 1971), pp. 254-257.

experiencias fueron recuperadas parcialmente por los planteos "parlamentaristas" a que aludimos, en su enfrentamiento contra la dictadura militar. Ello fue posible tanto porque la dictadura era, efectivamente, un enemigo común —aunque percibido de manera distinta— como porque la confianza en el liderazgo de Perón permitió una provisoria aglutinación de los diversos sectores de su movimiento tras un tibio programa de reformas, de inspiración nacionalista.

Si, simplificando al extremo, retornamos ahora a la problemática de los niveles, el momento actual lleva a inferir un estado particular de desequilibrio en "la forma prevaleciente de conciencia de clase" del proletariado argentino, conforme al cual:

a) A nivel *partido*, la clase obrera se identifica mayoritariamente con el peronismo, entendido como un movimiento policlasista, antioligárquico y antimperialista, de defensa de los trabajadores. El aparato político oficial del peronismo, controlado básicamente por sectores no obreros, redefine estas postulaciones en el interior de la ya aludida línea parlamentarista, ahora explícita: así, estar contra la oligarquía significa recortar sus prerrogativas, no liquidarla; combatir al imperialismo equivale a mejorar la posición relativa de la Argentina en la cadena imperialista, no a romper con ella, y defender a los trabajadores quiere decir incrementar lentamente su nivel de ingresos, no cuestionar la explotación capitalista. Es cierto que se viene manifestando, también, una creciente disidencia de izquierda, ligada en buena parte a las corrientes extraparlamentarias que mencioné antes. Pero, *en este plano*, si tales núcleos quieren permanecer dentro del movimiento, evitando una separación que no sea el remate de un desarrollo político de las bases, parece previsible que tendrán que asumir el atraso relativo de su tarea: no se trata tanto, a este nivel, de plantear hoy la "patria socialista" como de impedir que la "patria peronista" se agote por completo en un reformismo hegemónico por la burguesía.

b) A nivel *sindicato*, la peculiar evolución que reseñamos ha conducido a la cristalización de poderosas burocracias en las principales organizaciones gremiales, cuya evidente falta de representatividad comienza a verse jaqueada por los reclamos obreros de democratización integral. Sin embargo, la identificación de esas burocracias con el aparato político oficial del peronismo y con su proyecto, legitima sus tácticas represivas puesto que, con ellas, no sólo aseguran su supervivencia sino que desarticulan una movilización de masas ajena a los planes actuales del gobierno.

c) A nivel *base* es donde se desencadenan, cada vez con mayor frecuencia, luchas que atacan, en diversa medida, el poder capitalista. Pero, así como antes se tendió a subsumirlas en el común enfrentamiento contra la dictadura, hoy se corre el riesgo de asimilarlas totalmente a la lucha por la democracia sindical, subestimando los gérmenes de un nuevo poder que ellas contienen. En muchos de estos conflictos se entrelazan, en verdad, las dos temáticas: recuperación del control sobre el sindicato y recuperación del control

sobre la propia fuerza productiva. Pero mientras que lo segundo no es posible sin lo primero, la inversa no es válida. De ahí el peligro de empobrecer estas experiencias, unilateralizándolas y restringiendo indebidamente el campo antagonista que van definiendo. Introducir aquí una teoría de las etapas sería altamente cuestionable porque las reivindicaciones de control obrero que van emergiendo 1) implican naturalmente la oposición al inmovilismo de las burocracias gremiales; y 2) dan, desde ahora, contenidos concretos a los reclamos de democracia sindical. En este sentido, conviene no perder de vista que la burguesía está siempre en condiciones de absorber en términos formales un planteo meramente "democrático"; y que, de todas maneras, las funciones del sindicato y del comité de fábrica no son idénticas. Por lo demás, también en esta materia puede haber un "privilegio del atraso", que permita acortar el camino y que haga que las movilizaciones por el control obrero y por la democracia sindical se estimulen y se fortalezcan recíprocamente.

La lucha contra la dependencia y la lucha por la democracia sindical parecen ser, hoy, los temas mayores *explícitamente* discernibles en "la forma prevaleciente de conciencia de clase". Pero, si nuestra interpretación es correcta, no sólo el problema del control obrero se halla implícito en buena parte de los conflictos en curso, sino que es el que puede adquirir la mayor saliencia relativa, dada su capacidad movilizadora en el contexto de nuestro capitalismo dependiente. Una prueba indirecta la proporcionan los mistificadores proyectos de cogestión que están elaborando algunos sectores dominantes, en un esfuerzo por aplacar el irreductible descontento de los trabajadores concediéndoles una participación ilusoria en la conducción empresarial, que comprometa su responsabilidad sin otorgarles, en rigor, ningún poder.

La consigna del control obrero no es, entonces, una propuesta a introducir desde afuera en las luchas populares, sino un modo unitario de designar la nueva práctica social que éstas van constituyendo en los distintos lugares de producción. Es a través de esta práctica que deben gestarse las organizaciones autónomas de base, los programas de reivindicaciones concretos y, también, los mecanismos de defensa destinados a proteger estas iniciativas de la represión violenta de un sistema que no las tolera. Y es al servicio de esta práctica que deben ponerse las vanguardias externas, integrando a ella su acción.

El carácter prioritario que asignamos a este esfuerzo se funda tanto en los argumentos teóricos ya expuestos como en el desarrollo desigual de los niveles a que terminamos de referirnos. Esquemáticamente, consideramos que es, sobre todo, a partir de la lucha por el control obrero que podrán acumularse fuerzas para una lucha eficaz por la democracia sindical y para una lucha contra la dependencia que asuma un verdadero sentido revolucionario, es decir, que sea conducida por la clase obrera. Pero, otra vez, esto no supone desconocer la autonomía relativa de cada campo de acción específico sino diseñar una estrategia *diferenciada y articulada* que la asuma. Sólo que, en las circunstancias actuales, es a

nivel de base donde está expresando su mayor potencialidad el proletariado, sujeto necesario de esta estrategia.

Que la lucha sea prolongada y las tareas complejas, sólo puede desanimar a quienes no comprenden que la marcha hacia el socialismo no implica una mera transferencia de poder sino su más completa y radical transformación.

Octubre de 1973

todos los meses
MOVIMIENTO
interpreta la
realidad cordobesa,
nacional y del mundo
desde una perspectiva
obrera y peronista
suscríbase a
MOVIMIENTO

EDITORIAL TENDENCIA S.R.L. (e.f.), Director: R. Cesari. Poste Restante, Córdoba.

André Gorz

Táctica y estrategia del control obrero

Cuando hablamos de control obrero por lo general tenemos en mente cosas muy diferentes. Para algunos, el control obrero es un fin en sí mismo, es decir, algo que puede y debe obtenerse dentro del marco del sistema capitalista, tendiente a mejorar la situación de la clase trabajadora. Otros, vemos al control obrero como algo que jamás podrá obtenerse mientras prevalezca el capitalismo, y que precisamente por esa razón es que debe pelearse por él. De acuerdo a esta segunda opinión, que personalmente comparto, el control obrero no es un fin en sí mismo; es fundamentalmente un medio o un método, un medio que prefigura logros y aspiraciones de mayor alcance, un medio cuya real significación puede ser entendida sólo si lo ubicamos en una perspectiva estratégica de la revolución social y política.

En una palabra, pueden tenerse tal vez opiniones profundamente divergentes respecto del control obrero. Algunos pueden querer pelear por él porque son reformistas; otros pueden querer hacerlo por ser revolucionarios. Creo que no tiene sentido tratar de ocultar el conflicto. Es un conflicto que debe estallar abiertamente, y abiertamente ser discutido. Sólo mediante la discusión y confrontación abiertas podremos descubrir cuál es el método correcto de lucha. En verdad debe quedar bien en claro que el control obrero tal como es visto por los reformistas, es absolutamente diferente al control obrero según lo ven los revolucionarios y que los métodos de los reformistas y de los revolucionarios están en completa contradicción.

Digo estas cosas porque quiero ser muy franco desde el comienzo. No es mi intención dar una conferencia teórica sobre estrategia. Preferiría comenzar dando unos pocos ejemplos para ilustrar por qué y cómo la cuestión del control obrero se ha convertido en algo tan importante en los recientes conflictos de clase en toda Europa, así como para demostrar por qué las largas luchas libradas por el control jamás han conducido en ningún lado al éxito total.

Hubo momentos en que la clase trabajadora podía actuar en la presunción de que existían montones de dinero contante y sonante en las cajas

de seguridad de los patronos o en los bancos de las empresas. La acción gremial tradicional descansaba en la hipótesis de que la patronal, bajo una presión suficiente, eventualmente cedería otorgando mayores salarios y mejores condiciones de trabajo. La acción tradicional de la clase obrera tomaba como flexibles a las finanzas de la empresa y al sistema en su totalidad. Pero esta presunción ya no es válida. La flexibilidad ha desaparecido con la organización, siendo remplazada por un planeamiento más bien rígido de todos los factores de los que depende la producción. En consecuencia:

- La marcha acelerada de la innovación tecnológica exige un planeamiento anticipado de las futuras inversiones de la empresa;
- el mayor peso del capital fijo obliga a un planeamiento financiero a largo plazo de la amortización, depreciación, reservas y costos financieros;
- la creciente competencia internacional prohíbe compensar los mayores costos imprevistos con precios más altos;
- el planeamiento financiero rígido también exige una predeterminación rígida de los costos de mano de obra.

Esta rigidez generalizada de las modernas políticas empresarias tiende a poner en peligro el poder tradicional de negociación de los gremios. Los salarios hoy en día tienden a estar predeterminados; y no sólo los salarios, también el proceso mismo del trabajo. Por lo tanto, la patronal tiende a reaccionar muy severamente a las imprevistas demandas salariales que comprometerían el planeamiento financiero de la empresa. Las demandas salariales no planeadas tienden a ser tomadas como un ataque directo a la lógica y equilibrio del sistema capitalista. Tanto la patronal como el estado tienden a enfrentar esas demandas aceptando una comprobación de fuerzas que culmina en enfrentamientos con la clase trabajadora.

Por supuesto, si peleamos con energía suficiente, podemos forzar a las empresas a que nos den un poco más de lo que les gustaría; podemos hacer tambalear temporariamente el equilibrio del sistema capitalista y abrir pequeñas brechas en los planes y ganancias del capital de la empresa. Pero la experiencia nos ha enseñado que este tipo de éxito sólo puede ser temporario. Dentro de un plazo relativamente corto, ocurrirá una de estas dos cosas:

a) los capitalista pueden considerar que las ganancias que quedan luego de los nuevos índices salariales no son lo suficientemente atractivas y que no tienen el poder suficiente para arrancar a la clase trabajadora lo que ésta acaba de ganar. En tal situación, la burguesía bajará la cortina de las plantas, despedirá a parte de los obreros, organizará una recesión; el capital irá a la huelga y esperará hasta que la clase trabajadora esté lo suficientemente debilitada para volver a ser nuevamente sumisa;

b) la alternativa a esta solución extrema es más común; dentro de un plazo relativamente breve, los capitalistas restablecerán lo que consideran son tasas de ganancia atractivas, quitando por lo menos una parte de los aumentos de salarios que se habían obtenido.

Existen diversas formas de hacer esto. Por ejemplo:

- el aumento de precios reducirá los salarios reales;
- se intensificará el trabajo y despedirá parte de los trabajadores;
- los que queden tendrán que trabajar más rápido y más intensamente;
- el proceso del trabajo no sólo será incrementado, será "racionalizado", lo que equivale a: instalación de nuevos equipos, remplazo de la mano de obra calificada por no calificada, evaluación de oficios y tareas de acuerdo a nuevos criterios.

En una palabra, los obreros tendrán que pagar costosa y pesadamente los mayores salarios. Su sometimiento a la así llamada organización científica del proceso de trabajo se convertirá en cada vez más rígido.

Como ustedes saben, los nuevos sistemas de medición del tiempo y del movimiento descomponen el acto de trabajar en movimientos pequeñísimos que no permiten variaciones individuales en la velocidad del trabajo, como ningún tipo de *sobre-salario* individual de importancia. Los índices salariales son negociados cuando se introduce el sistema y no están sujetos a revisión. La patronal está resuelta a hacer tratos a largo plazo con el sindicato y a usar a éste como policía que vigilará a los obreros en el cumplimiento de su obligación resultante del convenio. Los aumentos salariales son planeados por anticipado como parte del trato y la rebelión obrera contra las condiciones de trabajo tiende a ser respondida con lock-outs.

En consecuencia, el *management* científico está enchalecando a los trabajadores. Estamos descubriendo ahora que en el pasado el proceso tenía una característica artesanal inherente: las velocidades del trabajo y los índices de producción por piezas podían, en cierta medida, sufrir alteraciones. Pero ya no. La política gerencial ha pasado a ser global, de la misma manera que el sometimiento de los obreros. Las condiciones de trabajo tienden a ser rígidamente predeterminadas y ya no pueden estar influenciadas por la injerencia individual.

Los obreros quedarán así completamente a merced de las despóticas y arbitrarias decisiones empresariales a menos que ganen el poder suficiente en la fábrica como para rechazar los nuevos tiempos de trabajo, las nuevas definiciones de las calificaciones y de los salarios: *en otras palabras, a menos que ganen el poder directo sobre el proceso de trabajo*. A eso se refiere fundamentalmente el control obrero, a primera vista. Necesitamos el control de todo por razones estrictamente económicas, para contrarrestar el poder de la patronal que impone un trabajo cada vez más agotador y condiciones de trabajo deteriorantes a cambio de magros aumentos salariales. Pero si esto es así, también debe estar bien en claro que la lucha por el control será aún más violenta, más despiadada que la lucha por el aumento de salarios. La lucha por el control, aún más que la que se libra por mayores salarios, apunta al control de la ganancia que el capital puede obtener de la mano de obra. Por lo tanto, la patronal luchará contra las demandas por el control con todos los medios abiertos y encubiertos. De la misma manera que la patronal otorgará mayores salarios cuando no les queda otro remedio, sólo para probar y luego, en una etapa posterior, quitárselos, así la patronal puede, en determinados momentos, otorgar los

poderes de control sólo para probarlos y destruirlos en una etapa posterior, ya sea por la fuerza o mediante la manipulación. El control no es algo que puede ganarse de una vez y para siempre. Es algo que, una vez ganado, aún parcialmente, tendrá que ser defendido a través de luchas incesantes y violentas, o perderse nuevamente. El control obrero genuino es algo intolerable para la gerencia capitalista, por iluminada que pretenda ser, porque el genuino control obrero ataca la fuente misma de la denominación y explotación de la clase obrera por parte del capital.

Por ahora, lo importante es poner énfasis en el hecho de que la lucha por el control obrero es por necesidad una lucha extremadamente amarga que no puede ganarse y que incluso no puede *emprenderse* dentro del marco e *ideología* tradicionales de los sindicatos.

Para aclarar este argumento, quisiera presentar unas pocas consideraciones críticas acerca de la historia y limitaciones del movimiento sindical. Originariamente, los sindicatos evolucionaron como resultado de la necesidad obrera de autodefensa y auto-organización. En sus comienzos, cuando todavía eran órganos genuinos de la organización obrera propia, los sindicatos tendieron a estar bastante radicalizados. Todavía somos testigos de esta actitud radicalizada cada vez que partiendo de la nada se levanta un nuevo sindicato gracias a la iniciativa de las filas militantes. Esto ocurrió en los años recientes en Detroit con el DRUM¹ y la Revolutionary Black Workers' League².

Este tipo de movimiento sindical revolucionario y políticamente radicalizado, sin embargo, se ha transformado en algo excepcional. En general, los grandes sindicatos nacionales son actualmente *instituciones* que consideran su misión no derribar y ni siquiera cuestionar el sistema capitalista, sino defender los intereses de la clase trabajadora dentro del marco del sistema capitalista. Este cambio de actitud, por supuesto, puede ser explicado históricamente: durante décadas no existió una perspectiva concreta para una revolución proletaria en Occidente. La clase trabajadora demostró ser incapaz de derribar al sistema. Los máximos líderes sindicalistas comprensiblemente sintieron que no tenía sentido insistir en demandas revolucionarias que no pudieran llevarse a cabo en ausencia de una situación revolucionaria. Aunque algunos de ellos no descartaron por completo la esperanza de que tal situación podría suscitarse nuevamente, pensaron que lo realista en el interín era luchar por cosas que pudieran ganarse de inmediato, tales como salarios más altos y algunas mejoras. Los capitalistas inteligentes alentaron abierta o discretamente esta actitud realista: negociar las demandas es más barato que luchar por ellas. Fundamentalmente entonces, el empresariado se avino a la existencia de los sindicatos y demostró su complacencia a reconocerlos oficialmente, pero con dos condiciones:

1. Los sindicatos sólo deben expresar demandas realistas, que no cuestionen al capitalismo, que sean *negociables*.

2. Una vez negociado el convenio, los sindicatos deben ajustarse a él y evitar que los obreros lo rompan.

En la medida en que estas condiciones fueron aceptadas, los sindicatos pasaron a ser instituciones permanentes detentando derechos y responsabilidades legales: se convirtieron en organizaciones permanentemente estructuradas y, por ende, jerárquicas y burocráticas. Disfrutaban de un enorme poder de negociación, pero también detentan el poder de disciplinar y de actuar como policía frente a los obreros remisos. Como instituciones que gozan de poder institucionalizado dentro del estado capitalista, las burocracias sindicales mostraron, por supuesto, cada vez menos inclinación a arriesgar su propio interés estimulando demandas y aspiraciones que son incompatibles con la lógica y la estructura de poder del sistema capitalista. Las demandas que no podían ser ganadas mediante tratativas con la patronal y a través de formas de acción jurídicamente definidas, fueron consideradas sin sentido. Las demandas que no tenían posibilidad de ser aceptadas por los *gerentes capitalistas* fueron así eliminadas desde el comienzo. Fueron eliminadas porque la máxima conducción sindicalista no quería comprometerse en luchas riesgosas e inútiles. El realismo condujo así a los líderes sindicales a traducir todas las demandas que afloraban desde abajo a propuestas que demostraran ser aceptables y negociables por los representantes del Capital. La función objetiva de los sindicatos se convirtió así en una función de mediación ideológica y política.

La conducción sindical se convirtió en una fuerza conservadora.

La pregunta que debemos formularnos es ahora la siguiente: ¿puede este tipo de sindicalismo centralizado y burocratizado emprender una lucha efectiva por el control obrero? La respuesta a esta pregunta es un "No" rotundo. Los sindicatos que se sienten responsables de la disciplina en el trabajo; los sindicatos que se sienten responsables ante los *empresarios capitalistas* de mantener las fábricas en funcionamiento; los sindicatos que se empeñan en no recurrir a la huelga como parte de las tratativas colectivas en las que han entrado; en una palabra, los sindicatos que se comportan como mediadores institucionales dentro de la sociedad capitalista, son por naturaleza incapaces de conducir una lucha efectiva por las demandas de las bases tendientes al control, salvo si el control mismo puede ser institucionalizado y controlado por y subordinado a reglamentaciones que lo harán ineficaz. Este es un argumento que ha sido bien documentado en Europa occidental así como en los Estados Unidos.

Por supuesto habrá gente que objetará que la conducción sindical se ha transformado en conservadora y tímida sólo porque la clase trabajadora es apática. A los burócratas sindicales de todas partes, incluyendo mi país, les gusta afirmar que las masas no entenderían y aceptarían una política sindical más agresiva y combativa. Los hechos demuestran que estas afirmaciones son falsas. La verdad es que las máquinas burocráticas de los sindicatos institucionalizados tienen mucho miedo de perder el control sobre la clase trabajadora ya que los sindicatos obtienen su fuerza institucional y su poder negociador de la habilidad en mantener bajo control a las masas trabajadoras. La mayoría de los máximos líderes sindicales temen a las demandas salvajes e incontrolables y a las explosiones que estallarían desde las bases si los obreros tuvieran en cualquier momento la libertad de juntarse y discutir y decidir cuáles son sus resentimientos, qué

quieren hacer con ellos y cómo. Y esto es precisamente lo que ocurriría si el genuino control obrero se peleara permanentemente desde abajo sin control ni mediación desde arriba.

Actualmente y mientras persista la estructura y organización centralizada y burocrática de los grandes sindicatos, es prácticamente imposible conocer cómo se siente realmente la clase trabajadora respecto de esta condición en las fábricas, oficinas y en la sociedad. La impresionante cantidad de huelgas no apoyadas por los sindicatos que se han venido desarrollando en los años recientes, apuntan sin embargo al hecho de que existe un impenetrable potencial de combatividad y radicalización, un potencial que la estructura sindical tradicional tiende a reprimir. Permítanme darles unos pocos ejemplos de esto.

En Gran Bretaña, por ejemplo, más del 80% de la actividad huelguística de los años recientes no estuvo apoyada o propiciada por los sindicatos. Estas huelgas fueron y son convocadas por los delegados, no por los sindicatos mismos, sobre temas referidos a salarios y al control obrero. Habra gente, por supuesto, que dirá que estos temas son siempre específicos y que no demuestran una gran radicalización y conciencia de clase. Bastante cierto: después de todo, más de la mitad de la clase trabajadora británica vota por los conservadores.

La pregunta que debemos formular, sin embargo, es la siguiente: ¿qué conciencia política y de clase tendría la clase trabajadora si sus organizaciones nacionales fueran tan democráticas y agresivas como los militantes elegidos y revocables en la fábrica? No tenemos idea acerca de esto, pero hay una historia interesante que me gustaría contarles sobre los peligros de tomar al pie de la letra la así llamada apatía de la clase trabajadora.

A principios de la década del 60, un profesor británico de sociología de nombre Goldthorpe hizo una exhaustiva investigación de los obreros de la Vauxhall, en Luton. Quería descubrir qué conciencia de clase tenían, cómo se sentían respecto del trabajo, de los salarios, de la vida en general y qué posibilidades existían de que estallaran serios conflictos en una fábrica bien dirigida y avanzada. El profesor Goldthorpe entrevistó individualmente aproximadamente al 80% de los obreros de Vauxhall. Su investigación duró dos años. Sus conclusiones fueron muy optimistas: descubrió que los obreros de Vauxhall estaban completamente integrados al sistema. No tenían, según él, resentimientos profundos. Estaban más bien satisfechos con sus salarios. No les gustaba ni disgustaba el trabajo; lo veían como algo más bien aburrido pero inevitable en sus vidas. No querían prestarle mayor atención al asunto. La actitud general hacia el trabajo, según el profesor Goldthorpe, era realizarlo de modo tal de poder desentenderse de él; querían olvidarlo al final del día de trabajo, ir a casa, ver televisión, sembrar hortalizas en el jardín, pasar ociosamente el tiempo en sus domicilios. La vida laboral era un tanto marginal para ellos y lo que realmente les importaba era la vida en el hogar, que era su vida real.

En consecuencia, el profesor Goldthorpe llegó a la conclusión de que la conciencia de clase era prácticamente inexistente en Vauxhall, que los obreros se comportaban de acuerdo a los modelos de clase media y que la lucha de clases pertenecía al pasado.

El informe Goldthorpe estaba todavía en imprenta cuando unos pocos militantes se apoderaron de un resumen de las conclusiones del profesor Goldthorpe. Lo mimeografiaron y distribuyeron unos cientos de copias. Más o menos una semana después, el *Daily Mail* publicó un informe sobre las ganancias obtenidas por Vauxhall. La ganancia neta de ese año ascendía a aproximadamente £ 900 por obrero, y esta ganancia neta había sido devuelta a la General Motors en los Estados Unidos. Esta información periodística también circuló entre los obreros. Al día siguiente ocurrió algo que el *Times* relató según sigue:

“Violentos disturbios han estallado en las fábricas automotrices Vauxhall de Luton. Miles de obreros abandonaron las tareas reuniéndose en el patio de la fábrica. Sitiaron las oficinas de la gerencia, pidiendo a los gerentes que salieran, cantando “Bandera Roja” y vociferando a la horca. Grupos intentaron atacar las oficinas, y se enfrentaron con la policía que había sido llamada para protegerlas. Los disturbios se prolongaron durante dos días.”

Esto es lo que ocurrió en una fábrica avanzada donde el sindicato era fuerte y donde el 80% de los obreros había sido entrevistado descubriéndose la ausencia de conciencia de clase ¿Qué significa todo esto? ¿Significa que el profesor Goldthorpe era estúpido? En verdad, significa que Goldthorpe cometió un error fundamental: entrevistó a cada obrero separadamente y descubrió que cada obrero estaba individualmente resignado, si no *avenido* a su condición. Y luego llegó a la conclusión de que todas estas miles de resignaciones individuales constituían una apatía colectiva. Y luego ocurrió algo en lo que no había pensado: todos estos obreros que habían dicho individualmente “así es la vida, no hay mucho que pueda hacerse por ella”, todos estos obreros comenzaron a discutir cosas entre ellos. Empezaron a discutir porque las conclusiones del Sr. Goldthorpe circularon en la fábrica. Y mientras las cosas eran discutidas, descubrieron que todos sentían de manera parecida: se sentían apáticos pero frustrados: *estaban* apáticos porque, como individuos, en su aislamiento y soledad individual, ninguno podía hacer nada para cambiar las cosas. Pero cuando la gente empezó a hablar de su soledad, de su frustración, de su impotencia, dejaron de estar aislados e impotentes. Empezaron a fusionarse en un grupo que detenta un poder inconmensurablemente mayor que el poder que suman todos quienes lo componen.

En otras palabras, fue la misma investigación del Sr. Goldthorpe sobre la falta de conciencia de clase lo que ayudó a romper las barreras de silencio y de aislamiento que tenían apáticos a los obreros; fue la investigación de Goldthorpe lo que estimuló una explosión de conciencia de clase y combatividad.

Este de ninguna manera es un ejemplo aislado. En realidad, cada vez que se han realizado exhaustivas entrevistas e investigaciones dentro de fábricas, estas investigaciones fueron seguidas a breve plazo por estallidos violentos y huelgas espontáneas. Lo ocurrido en la fábrica Vauxhall de Luton también ocurrió en la planta de Firestone en Oslo (Noruega). También ocurrió en la planta de Ford cerca de Colonia (Alemania), donde el dirigente del sindicato local se había quejado durante años que los sala-

rios, condiciones de trabajo y relaciones laborales eran tan buenas que no había mucho que pudiera hacer el sindicato en la fábrica. Ocurrió que el dirigente del sindicato de Ford murió y fue remplazado por un inquisitivo joven militante. El nuevo dirigente decidió echarle un vistazo más completo a las cosas. Distribuyó cuestionarios, invitando a los obreros a expresar libremente cómo se sentían acerca de una variedad de temas: acerca de las condiciones de trabajo, de los tiempos de trabajo, del trabajo a destajo, de los capataces. Las respuestas fueron devastadoras. La inmensa mayoría de los obreros se quejaba severamente de los tiempos de trabajo, de la monotonía, del agotamiento nervioso, de la falta de descansos, de la conducta despótica de los capataces. Se hizo circular un resumen de las respuestas. Y una semana después, cuando la gerencia anunció que las líneas de montaje tendrían que ser *aceleradas* provisoriamente, exactamente durante dos días la fábrica íntegra estalló en una huelga por primera vez en quince años.

El mismo tipo de historia podría contarse acerca de la fábrica automotriz Alfa Romeo en Milán (Italia), acerca de los astilleros en Génova (Italia), de la fábrica de neumáticos Pirelli en Turín, (Italia), de los obreros de acerías en Dunkerque (Francia). ¿Qué significa todo esto? Primero de todo, demuestra que cuando a los trabajadores se les da una oportunidad de discutir y decidir entre ellos en reuniones abiertas, los resentimientos y reclamos que quieren expresar, sus demandas y sus métodos siempre demuestran ser más radicalizados de lo que la máxima conducción sindical hubiera esperado. La libre discusión e intercambio dentro de las filas respecto de la vida en la fábrica casi inevitablemente condujo a violentos estallidos de protesta y a una actividad huelguística imprevista.

¿Qué lección debemos sacar de esto? La lección, sugiero, es que dentro de la clase trabajadora reside permanentemente adormecido un potencial de frustración y de rebelión y que en los así llamados períodos *normales*, nadie sabe cuán profundamente la clase trabajadora se siente oprimida, explotada, frustrada y dominada. Normalmente nadie sabe eso: ni la conducción sindical, ni los obreros mismos. Nosotros no lo sabemos porque no existen palabras para expresarlo y para poner en claro cómo nos sentimos. No tenemos palabras para hablar de nuestra opresión, nuestra miseria, nuestra amargura y nuestra rebelión contra el agotamiento, estupidez, la monotonía, la falta de sentido de nuestro propio trabajo y de nuestra vida: contra el desprecio con que se maneja nuestro trabajo, contra la despótica jerarquía de la fábrica; contra una sociedad en la que permanecemos como los de abajo y donde los bienes y placeres que son considerados normales para las otras clases nos son negados y nos son distribuidos a regañadientes como si fueran un privilegio. No hay palabras para decir lo que es y cómo se siente el ser obrero, estar sometido, recibir órdenes de gente que tiene más y que pretende conocer más y que nos obliga a trabajar de acuerdo a reglas que *ellos* establecen y para fines que son sólo *de ellos*. No hay palabras para decir todo esto porque la clase dirigente ha monopolizado no sólo el poder de la toma de decisiones y de la riqueza material; también ha monopolizado la cultura y el lenguaje. No sólo nos están quitando nuestra fuerza, nuestra salud, nuestra mano de

obra y el sentido del trabajo; también nos quitan los medios de comunicarnos, *incluyendo* las palabras, el lenguaje que hablamos. No existen trabajos, ni películas, ni libros acerca del trabajo y de la vida en la fábrica. El trabajo y la vida en las fábricas —y también en las enormes oficinas— es algo sobre lo que esta sociedad no quiere escuchar hablar. Durante décadas la clase dirigente ha sentenciado a la clase trabajadora a vivir en aterrador silencio. Han sentenciado a la clase trabajadora a ser prisioneros no sólo de reglamentaciones y de leyes que no pueden ser discutidas o cuestionadas, sino también a ser prisioneros de un lenguaje enajenante, de un lenguaje que está pervertido con los valores y con una ideología en la que no hay cabida para los sentimientos y valores de la clase trabajadora.

Porque la clase trabajadora está silenciada, las explosiones de descontento aparecen siempre sorpresivamente y bajo formas violentas. Porque no hay palabras para expresar deseos, ni medios para hacerlos realidad, recurrir a la violencia es un modo de decir: hartos suficientes, basta de cumplir las reglas del juego, no aceptaremos más nada de eso. La violencia es el primer paso necesario por el cual los oprimidos rechazan la opresión. La violencia expresa efectivamente un rechazo total e inmediato del orden establecido y de su dialéctica. Pero la violencia esporádica es apenas sustituto de la destrucción efectiva de este orden. El año pasado, después de días de acción huelguística violenta y de disturbios callejeros, los obreros de la fábrica automotriz Fiat en Turín inventaron un eslogan magnífico. Decía: “¿Qué queremos? Todo.” Muy bien: queremos todo de inmediato, queremos derribar el capitalismo, abolir toda desigualdad, construir una sociedad de iguales, queremos cambiar la vida. Pero ¿cómo lo hacemos? Los estallidos de violencia son sólo el paso primero e indispensable para lograrlo. Pero no son suficientes. Nos liberan momentáneamente pero no cambian las cosas. Cambiar las cosas exige una acción efectiva y sostenida, y la acción sostenida requiere del método y de una visión general sobre los fines y medios de lucha.

De modo entonces que tenemos que preguntarnos nuevamente, ¿por qué cosas luchamos realmente? ¿Qué significa realmente para nosotros el control obrero? Sostengo que significa mucho más que mejorar las condiciones en ésta o aquella fábrica sin cambiar nada más. Para aclarar esto, imaginemos que trabajamos en plantas y oficinas que producen napalm para la guerra de Vietnam, transmisores de radio miniatura para la CIA; comida enlatada que contiene aditivos químicos que dañan la salud de la gente, revistas pornográficas. Somos capaces de decir algo así como: “¿No me importa fabricar napalm y pornografía mientras me paguen y mientras el trabajo no sea demasiado duro?” Creo que ninguno de nosotros es capaz de *decir* semejante cosa, aunque muchos estamos realmente involucrados en hacer semejantes cosas. ¿Cómo puede explicarse esto?

La explicación que propongo corresponde a la división del trabajo. El trabajo está dividido tanto social como técnicamente. Dividido socialmente en cuanto existen quienes tienen riqueza, poder y una educación más elevada y que toman las decisiones; existen también los que tienen sólo una educación más elevada y que lealmente sirven a los poderosos

obteniendo ciertos privilegios: y finalmente existe la masa de los que no tienen riqueza ni educación, o sólo una capacitación técnica o especializada y que cumplen las tareas severamente definidas y rígidamente pre-determinadas que reciben. No puede existir cuestionamiento sobre el no cumplimiento de la tarea: el obrero debe tomarla o dejarla. Está obligado a hacerla no porque alguien se lo ordene, sino porque el proceso de producción ha sido organizado de antemano como para dar a cada trabajador una tarea precisa y estrechamente limitada que realizar sin posibilidad alguna de cambio. Esta aguda limitación y estrecha especialización de las tareas no significa que no hay cabida para la iniciativa y la responsabilidad: el trabajo puede demandar inventiva, pensamiento diligente y sostenida concentración. Pero las cosas están organizadas de tal manera que nadie conoce lo suficiente sobre los demás aspectos del proceso de producción para poder, en su tarea, preguntarse qué está haciendo realmente; las cosas están organizadas de tal manera que nadie, en su tarea, es capaz de tomar iniciativas y decisiones que cuestionen el proceso total de producción. En otras palabras, cada trabajador es como una leva en la máquina; cada obrero es responsable sólo del trabajo que se le ha asignado y no del producto completo que se producirá. La responsabilidad por el producto terminado queda en manos de un grupo de sólo altos ejecutivos; y una vez que ellos han tomado sus decisiones, organizan y dividen el proceso del trabajo en miles de pequeñas tareas fragmentadas y predeterminadas como para tener a cada uno cumpliendo con sus decisiones sin conocer realmente de qué se tratan.

En una palabra, la división técnica del trabajo, es decir, la manera en que las tareas son distribuidas, es no sólo una organización de la producción, es también una técnica de dominación, un artificio para mantener a los obreros en la ignorancia y mantenerlos en el sometimiento. Esto es aún más cierto hoy en día que hace cincuenta o cien años atrás. Actualmente, el tremendo aumento en la productividad del trabajo y las potencialidades de la automatización tornan muy posible una transformación total y radical del proceso del trabajo: los trabajos repetitivos pudieron abolirse en la mayoría de los lugares; donde aún no ocurrió, podrían realizarse alternativamente y por períodos cortos entre todos los obreros; la capacitación multilateral y la educación exhaustiva podría hacerse accesible a todos; las barreras entre trabajo manual e intelectual podrían tirarse abajo; la rotación de las tareas, el debate colectivo sobre los métodos de producción y la responsabilidad, así como la calidad de los productos, podrían volverse la regla. El tiempo libre podría ser tremendamente incrementado convirtiéndose en socialmente creativo si el despilfarro, el parasitismo y el militarismo fueran eliminados. En todo el mundo capitalista avanzado, la clase trabajadora como un todo y cada obrero individualmente tiene mucho más discernimiento, habilidad, conocimiento, "know-how" y capacidad creativa de lo que se les permite demostrar en sus tareas. En todo el mundo capitalista avanzado se desarrolla una insostenible discrepancia entre la estupidez, fragmentación e irresponsabilidad de los trabajos y la creatividad real o potencial de los trabajadores. Es un hecho evidente que el empresario capitalista no puede pedir la colabora-

ción de la creatividad de las masas trabajadoras: esto sería incompatible con el derecho de contratar y despedir gente que se reserva la empresa. ¿Por qué debieran las masas poner su creatividad al servicio de los patrones que dejarán sin empleo a los trabajadores si se tornan más eficientes y más productivos? ¿Por qué debe ser nuestra preocupación la reducción de los costos y la mayor eficiencia si lo que producimos se desperdicia, si no existe trabajo suficiente para todos, si a nuestro derecho a ganarnos la vida se lo hace depender de nuestro deseo de fabricar cosas inútiles y destructivas como armas, planos de deriva de cola para aviones y cohetes lunares? ¿Por qué tendríamos que querer ser creativos en nuestro trabajo si ello no sirve a las necesidades de la gente, sino sólo a la necesidad del Capital de acrecentar las ganancias?

El empresariado capitalista no se atreve a exhortar a la creatividad de las masas por temor de que todas estas cuestiones exploten. A fin de evitar la explosión, la división del trabajo está organizada de manera tal como para hacer sentir a la gente más ignorante e incompetente de lo que es, como para mantenerlos sometidos y divididos por barreras arbitrarias y diferenciación de *status* y salario. La diferencia entre obreros con un oficio o sin él, entre obreros y técnicos, entre técnicos e ingenieros es creada arbitrariamente como una técnica de dominación y de fragmentación de la clase trabajadora. Todo el mundo sabe por experiencia que esta división jerárquica es irracional y sin sentido, que no existe tal cosa como una jerarquía de competencia, que la competencia de un obrero no es menor sino sólo diferente de la competencia de un técnico, que la diferenciación del salario no descansa en el mérito, en el rendimiento, en la eficiencia, sino en criterios *sociales*, y que la educación sirve mucho menos para aumentar la competencia de un hombre en la producción de lo que sirve para alimentar *actitudes sociales* y conformidad a los valores e ideología de la sociedad capitalista. No es sólo gracias a ciertos ejemplos famosos e inspiradores chinos que sabemos que los obreros pueden ser incluso más serviciales y eficientes que los ingenieros en el mejoramiento de la calidad de máquinas-herramienta o del proceso de fabricación de aceros.

En mi opinión, cuando hablamos de control obrero, hablamos de la capacidad de los obreros de tomar el control de los procesos de producción y organizar los procesos del trabajo como *ellos* creen que es mejor. Organizar el proceso del trabajo de manera que deje de ser opresivo, mutilador, destructor del espíritu y de la salud; organizarlo de manera de permitir el máximo despliegue de la iniciativa de cada obrero, su responsabilidad y creatividad; organizarlo como para remplazar el trabajo forzado y la división autoritaria del trabajo por la libre cooperación.

En esencia, no existe diferencia entre control obrero y poder obrero. El control obrero es un paso, un primer y parcial paso hacia la toma del poder *dentro* y *sobre* el proceso de producción. La lucha por el control obrero es una lucha por el poder, y en consecuencia puede ser emprendida efectivamente si demuestra en sí misma nuestra capacidad de ejercer el poder sobre el proceso de producción. Para demostrar esta capacidad, no hay necesidad de esperar la aprobación ni acuerdo de nadie. Existen

ejemplos recientes, en Francia e Italia, donde los obreros comenzaron a rotar y cambiar las tareas que consideraban intercambiables, aunque a estos trabajos se aplicaban 14 índices salariales diferentes. Y exigieron igual paga para todos. Hay un ejemplo famoso de la fábrica de neumáticos Pirelli en Turín donde 5000 obreros de una enorme y compleja planta establecieron nuevos tiempos de trabajo sin ayuda de técnicos ni ingenieros y tuvieron a la fábrica íntegra funcionando en sentido horario a velocidades variables, como para demostrar que eran capaces de hacerla funcionar llanamente a su manera y que los tiempos que se asignaban a la fabricación de las piezas eran un sinsentido. Las notables "huelgas al revés" en Francia occidental y en Japón, demostraron que los trabajadores de los transportes públicos en huelga podían hacer del transporte público un servicio gratuito.

En todos estos y muchos otros ejemplos, los obreros no demandaron el control como algo que puede serles otorgado por los patrones; lucharon por el control simplemente tomando el control de la fábrica o de la empresa y haciéndola funcionar a su manera. En verdad, el control no es algo que se pida y se dé; es algo que se toma.

Ahí reside la gran superperiodicidad de las luchas por el control sobre el sindicalismo tradicional. Una huelga en pos del control es diferente de todas las demás huelgas, porque la acción de la huelga en sí misma es ya un ejercicio de poder obrero. Es diferente de las huelgas tradicionales porque los obreros no van a sus casas y esperan que su vocero haya hecho la tratativa con la patronal. En una huelga por el control, la separación entre voceros y trabajadores, entre los delegados y las masas, tiende a desaparecer. En una huelga por el control, las masas mismas, la asamblea de trabajadores decide qué es lo que puede y debe hacerse aquí y ahora. Tales huelgas son ejercicios de democracia obrera, de autogobierno obrero y de autodeterminación. Ellos producen sus órganos de autogobierno, como los consejos obreros y comités obreros, comités que son responsables sólo de la asamblea general de los trabajadores, delegados que pueden ser destituidos en cualquier momento. Todas las formas de la burocracia, de democracia representativa, de delegación de poder son liquidadas en estos momentos de auto-organización y de democracia directa. En tales momentos explotan las necesidades y aspiraciones reprimidas; la clase trabajadora experimenta su habilidad de dominar y modificar el proceso del trabajo. Rechaza la dominación de la dirección de la empresa y del estado así como de las burocracias sindicales o del partido. En una palabra, pasa por una experiencia revolucionaria; y si la acción dura el tiempo suficiente, si no es sofocada por el control burocrático desde arriba, si los obreros que se reúnen y debaten libremente en asambleas abiertas tienen tiempo de producir nuevos líderes y vanguardias, surgirán consejos obreros que son los órganos específicos de la auto-organización colectiva revolucionaria y del poder colectivo.

Pero ni los consejos obreros ni los comités de la fábrica o del taller, ni el poder obrero que representan pueden prevalecer salvo que se quiebre el poder político del capitalismo, salvo que el estado capitalista mismo sea derribado y queden abolidas las relaciones capitalistas de producción y la

división del trabajo. La lucha por el control obrero debe desarrollarse en un ataque completo contra todas las formas de jerarquía, contra todas las formas de monopolización del poder y del conocimiento, contra todas las formas de dominación y de burocracia, incluyendo la así llamada burocracia de estado socialista, o cualquier poder que los obreros hayan ganado por la acción dentro de las fábricas se romperá perdiendo el sentido en un lapso muy breve.

Los consejos y comités obreros que surgen de la acción de las masas y detentan el poder efectivo sobre el proceso de producción, estos consejos y comités no pueden convertirse en órganos duraderos de poder dual dentro del presente sistema. No pueden coexistir por mucho tiempo con el poder de la dirección empresaria capitalista y del estado capitalista. Sólo pueden coexistir con ellos antagónicamente, en períodos de agudas luchas que deben tomar la forma de una comprobación de fuerzas. Si tal comprobación de fuerza no es ganada rápidamente por la clase trabajadora; si no es llevada adelante por la visión y organización política; si no trasciende a sí misma en una ofensiva total generalizada para una sociedad completamente nueva, entonces los órganos del poder obrero o el control obrero deben degenerar inevitablemente.

Como hemos visto recientemente de nuevo en Italia, no puede haber un empate prolongado, ni tregua difícil entre los órganos del poder obrero y el poder de la dirección empresaria capitalista. No puede haber coexistencia entre estos dos poderes opuestos e irreconciliables porque su comprobación de fuerza, si no es ganada por completo por la clase trabajadora, debe finalizar en la negociación y en un arreglo. Y el arreglo sólo será aceptado por la dirección empresaria si sus términos encajan dentro de la lógica del capitalismo y si le permiten ganar nuevamente el poder incontestable. Además, los arreglos son necesariamente compromisos, y los compromisos deben ser negociados y las negociaciones no pueden ser conducidas por los obreros mismos, sino sólo por *delegados* que los representan. Estos delegados pueden ganar ciertas mejoras y algunos nuevos derechos para los trabajadores. Pueden ganar derechos *simbólicos* de control en representación de los obreros. Pero el derecho del control obrero por parte de los *mismos obreros* no se ganará nunca dentro del marco del sistema actual. No se ganará nunca debido a que, como dije antes, la actual división del trabajo separa a los obreros de cualquier fábrica, los diferencia jerárquicamente, aísla cada grupo de todos los demás, impide el libre flujo de la comunicación, sumerge a cada individuo en un desolador aislamiento. Todo lo que el capitalismo puede estar dispuesto a otorgar es el control por medio de *delegados designados en representación* de los obreros. Pero el *poder delegado* de control es algo totalmente diferente del *poder colectivo directo*. La delegación da lugar a un nuevo grupo de mediadores que tenderán a recibir privilegios, un *status* burocrático e institucionalizado, como para mantener a los obreros *bajo su control*.

Ustedes pueden entonces preguntar: ¿cuál es entonces el sentido de luchar por el control obrero si es realizable sólo en un sistema social diferente? La respuesta tiene dos aspectos:

1. Como dijo Max Weber, es sólo persiguiendo lo imposible que hare-

mos realidad lo que es posible. Es sólo mediante la lucha por el genuino poder obrero tal como *nosotros* lo entendemos que arrinconaremos a la patronal para que nos otorgue los derechos y condiciones que jamás habrían sido otorgados si siguiéramos pidiéndolos con tono amable y razonable. Los derechos simbólicos de control son mejor que nada, si somos capaces de usarlos para mantener en pie la lucha en pos de derechos genuinos totales. Mejoras tales como enriquecimiento de las tareas son preferibles a no tenerlas si somos capaces de usarlas para seguir cuestionando y combatiendo la división del trabajo en todas partes. Y son mejores que nada porque los trabajadores que no están intelectual, moral y nerviosamente destruidos por el trabajo estarán preparados para luchas más avanzadas que abarcan su modo de vida dentro y fuera de las fábricas.

2. Y un punto incluso más importante es que los resultados de la lucha por el poder obrero no pueden medirse por su resultado inmediato. El resultado principal de esta lucha es que cambia a la gente, nos cambia a nosotros. Es algo así como un proceso autodidacta. A través de él descubrimos la capacidad de auto-organización de autodeterminación, de control sobre el proceso de producción de la clase trabajadora. Descubrimos que de ninguna manera los obreros son tan incompetentes como los quiere hacer sentir la división del trabajo, que la competencia es, en gran medida, un mito mantenido por aquellos que nos gobiernan y por un sistema educativo que instrumenta la *división* del pueblo, no su educación.

Toda lucha por el poder obrero que involucre a grandes cantidades de gente; toda lucha que dé por resultado la formación de los consejos y comités obreros, asambleas abiertas, el libre debate, el ejercicio de la democracia directa y del poder colectivo, cada una de esas luchas prepara a la clase trabajadora para transformarse en la clase dirigente y abolir todas las formas extrañas de poder desde arriba.

Por supuesto, los órganos genuinos del poder obrero que surgen durante las luchas no sobrevivirán ni deben sobrevivir a cada lucha. Se desvanecerán cuando la batalla ha terminado, cuando el compromiso ha sido asumido. Pero surgirán nuevamente más poderosamente en la próxima oportunidad. Habrán formado nuevos militantes y nuevos líderes naturales. Serán órganos indispensables de poder dual durante y después de una revolución socialista. Serán necesarios si queremos construir un socialismo en el cual el estado se desvanezca, en el cual el poder político sea controlado y equilibrado por la democracia directa de los consejos.

Todo esto, por supuesto, nos conduce mucho más allá de la cuestión del control obrero propiamente dicho. Pero creo que tenemos que mirar más allá y colocar a la lucha por el control en una perspectiva estratégica. Sin tal perspectiva, sin un instrumento político que conecte la lucha por el control con la lucha por el poder obrero en la sociedad y sobre ella, esta lucha no puede traspasar la etapa que ha alcanzado en Inglaterra y en la cual ha estado bloqueada durante años: una cadena ininterrumpida de huelgas desautorizadas por los sindicatos que paralizan efectivamente la producción y debilitan efectivamente el capitalismo británico, pero sin cambiar el esquema de producción y la naturaleza clasista de la sociedad.

Si queremos sobrepasar esta etapa, necesitamos una visión política, estratégica y teórica y un instrumento para producirla y para coordinar las luchas.

INC

Los últimos títulos de SIGLO XXI

LESSER, PANAIÁ y SKUPCH

Estudios sobre los orígenes del peronismo/II

GALLAS

Teoría marxista de la literatura

BRAUN (comp.)

El capitalismo argentino en crisis

FRANK

Capitalismo y subdesarrollo en América Latina

MEDVEDKIN

El cine como propaganda política

LENIN

La información de clase

ERNESTO GUEVARA

Diario del Che en Bolivia

FERRARA

¿Qué son las ligas agrarias?

MATTELART

La comunicación masiva en el proceso de liberación

KOFMAN

El nacimiento del arte

KESSELMAN

Las estrategias de desarrollo como ideologías

VARIOS AUTORES

Nicolás Copérnico

Homenaje en su 500º aniversario

CUADERNOS DE PASADO Y PRESENTE

Nº 41: LUKACS

Revolución socialista y antiparlamentarismo

Nº 42: PANNEKOEK

Lenin filósofo

Nº 43: Los cuatro primeros congresos de la Internacional comunista. (Tomo I)

Nº 45: KORSCH

¿Qué es la socialización? Un programa de socialismo práctico

Nº 47: Los cuatro primeros congresos de la Internacional comunista. (Tomo II)

Humor SIGLO XXI

► QUINO

A mi no me grite

► SABAT

Al troesma con cariño

► El libro de HORTENSIA

XXI siglo veintiuno argentina editores, sa

Córdoba 2064 - Bs. As. - Tel.: 45-7609/46-9059

Solicito catálogos e información periódica

Nombre:

Dirección:

Dos documentos sobre control obrero en las empresas

PARTICIPACION DE LOS TRABAJADORES EN LAS EMPRESAS DEL ESTADO [un proyecto de FOETRA]

I. INTRODUCCION

El proceso de construcción del Socialismo Nacional exige la transferencia del poder político a manos de los trabajadores, a través de la movilización y participación de los sectores populares en todos los niveles y áreas de decisión.

La participación de los trabajadores en la gestión económica, que posibilita el Socialismo Nacional debe realizarse dentro del marco de una planificación Nacional, que tenga como objetivo la transformación social, cultural y económica de nuestra patria, erradicando las deformaciones que nos ha impuesto el sistema liberal capitalista.

Concebimos la participación de los trabajadores en la gestión de la empresa, como la forma de conquistar la independencia económica, que garantizará y consolidará la soberanía política.

Esta gestión obrera, que lleva implícita la Justicia Social, tiende a propiciar la desalienación en el trabajo, convirtiendo al trabajador de objeto económico en protagonista del proceso de liberación.

Y es en este marco, donde la participación de los trabajadores debe darse con la movilización permanente, única garantía de la irreversibilidad del proceso, analizando periódicamente en todos los lugares de trabajo con el responsable del área respectiva, los objetivos locales y los planes de gobierno.

La movilización permanente es garantía de que el proceso de participación de los trabajadores organizados, no degenera en formas burocráticas y al mismo tiempo requiere que las organizaciones sindicales tengan un accionar democrático, forjando en su seno a quienes habrán de concretar la transformación de la sociedad.

Las formas organizativas que posibilitarán este proceso tendrán un carácter dinámico, móvil y fluido, que permitirán la permanente transformación de las mismas según la dirección que marque la revolución popular.

A tales fines, proponemos un proyecto de participación de los trabajadores en la gestión de las empresas para que juntos con el gobierno popular elegido el once de marzo, concreten la transformación de la economía consolidando el carácter revolucionario del proceso de reconstrucción que se inicia para lograr el Socialismo Nacional.

Este proceso requiere por lo tanto la Organización Gremial Unica por Empresa o área de la producción, para que el conjunto de los trabajadores manuales e intelectuales sean protagonistas de nuestra liberación.

Un proyecto global de participación exige que los trabajadores tengan acceso no sólo a la decisión en su ámbito de trabajo, sino también a las grandes decisiones que hacen a la economía nacional a través del movimiento obrero expresado por sus estructuras representativas que deben consolidarse con una práctica democrática.

II. OBJETIVOS A CUMPLIR POR ENTel.

1) Contribuir a la Integración Nacional

a) En lo económico, romper la estructura de dependencia del país en el área de las comunicaciones y contribuir a eliminar el desarrollo desigual de las áreas productivas.

b) En lo social, para concretar la prestación del servicio en todas las áreas del país, contemplando fundamentalmente los sectores marginados.

c) En lo cultural, dotando al país de la infraestructura en comunicaciones que posibiliten la descolonización cultural.

2) Investigación y desarrollo de una Tecnología Nacional.

Centro de investigaciones científico-técnico, con participación de la Universidad Nacional, para el desarrollo de una tecnología propia en Telecomunicaciones.

3) Fomento de una Empresa Estatal de Fabricación de Equipos Terminales y de Componentes Electrónicos.

4) Eficiente prestación del servicio telefónico.

5) Integración Latinoamericana.
"La integración de América Latina es indispensable, porque el año 2000 nos encontrará unidos o dominados".

III. FORMAS DE PARTICIPACION

Distinguimos cuatro formas de participación en la empresa: **INFORMATIVA; CONSULTIVA; FISCALIZADORA y RESOLUTIVA.**

Participación Informativa

El monopolio de la información y su manejo a discreción, es una de las armas de las minorías que detentan el poder para decidir en función de objetivos e intereses propios, no de los trabajadores en general.

La información es uno de los requerimientos básicos de la decisión; un primer paso hacia la socialización de la empresa, es por consiguiente socializar la información. Igualmente, un control eficaz deberá contar con la mayor información posible.

Un sistema de transmisión permanente y en todo sentido, de la información económica y técnica,

es la base para establecer formas de participación más evolucionadas.

Participación Consultiva

La permanente consulta entre Jefes y Consejos de Trabajadores es fundamental en un modelo de transición.

La consulta tiene cuatro sentidos:

a) Mejorar y adaptar la implementación de las directivas que provienen de instancias superiores.

b) Elaborar propuestas de abajo hacia arriba orientadoras de futuras decisiones.

c) Capacitar a los trabajadores.

d) Romper la división actual del trabajo: el trabajo creativo para unos, el rutinario para otros.

El desarrollo de esta forma de participación permitirá: una paulatina transformación de la "consulta" en decisión directa por parte de los trabajadores y concibiendo formas más perfeccionadas a través de las cuales la participación será cada vez más amplia y profunda.

Participación Fiscalizadora

El control por parte de los trabajadores es un paso más en el proceso de la toma de poder económico.

La función de fiscalización varía de acuerdo a los niveles de la empresa, pero debe garantizar:

a) Que se cumplan los objetivos determinados por el Plan Nacional.

b) Que el servicio mantenga un nivel de calidad adecuado a las expectativas de la comunidad.

c) Que se cumplan a todo nivel las directivas emanadas de los órganos superiores de la empresa.

d) Que la aplicación de la decisión no sea solamente cumplida por requisitos eficientistas, sino también sociales.

e) Que la gestión de la Jefatura se efectúe dentro de una adecuada noción de austeridad en el uso de recursos.

Participación Resolutiva

El objetivo último de un sistema de participación, tal como pueden concebirla los trabajadores, en función de sus intereses es que la decisión esté en sus manos: directamente en los casos en que sea posible; indirectamente cuando así se requiera.

El desarrollo político-social determinará las etapas conducentes para implantar la participación resolutiva en los diversos niveles.

IV. NUESTRO SISTEMA DE PARTICIPACION

Las fórmulas de cogestión y autogestión nada tienen que ver con las perspectivas del socialismo nacional en nuestro país y menos con la necesidad de cambiar el viejo Estado explotador de los trabajadores, instrumento de la dependencia imperialista, por un nuevo Estado, nacional, popular y revolucionario.

El desarrollo de las ideas de autogestión y cogestión al margen de nuestra realidad nacional y del proceso histórico que en ella se desarrolla y dejando de lado las etapas necesarias de ejecución sólo pueden conducir el socialismo Nacional a una vía muerta.

Propiciar la *cogestión* en las empresas estatales como expresión del Socialismo Nacional, significa des-

conocer las posibilidades reales que existen para su construcción efectiva; tales medidas, al margen de la intención de quienes las propugnan, de hecho están destinadas a demorar la socialización, con el peligro natural y latente de conformar una burocracia que obstaculice la continuidad del proceso en la vida interna de las empresas.

Por otra parte, la propuesta de la *autogestión* está desubicada históricamente en la Argentina. Su planteo, en el mejor de los casos, podrá corresponder a una etapa muy superior del desarrollo del sistema socialista, donde su economía haya conseguido absorber las diversas desigualdades productivas y donde el sentido de solidaridad de la población haya podido imponerse al egoísmo individualista heredado del proceso ancestral de explotación del hombre por el hombre.

En las condiciones de desarrollo desigual de la economía argentina, con el individualismo egoísta como forma de vida y con un sistema de organización de la producción que establece una neta separación entre trabajo manual y trabajo intelectual, la autogestión económica es un verdadero disparate.

La puesta en práctica de la autogestión en el proceso actual de nuestro país no puede conducir a otra cosa que institucionalizar las desigualdades económicas entre diversas regiones y sectores, con el reparto alegre de una parte del excedente producido, entre los miembros de la empresa autogestionada, en perjuicio de los sectores sociales más débilmente desarrollados como consecuencia del sistema de dependencia capitalista.

Sólo una economía nacional

centralizada y planificada capaz de administrar los recursos nacionales en función de la reproducción de mayores bienes y mejoras en los sectores económicos más indefensos, podrá erradicar las condiciones de atraso y dependencia. El estado popular no reparte ganancias entre sectores privilegiados, sino que distribuye el excedente económico con arreglo a las prioridades de la sociedad para eliminar definitivamente el atraso y la miseria.

En el proceso actual la mayoría de las empresas del estado han perdido su viejo contenido nacional al servicio de la liberación, para transformarse en un engranaje más del aparato de la economía imperialista y monopólica.

Por ello la socialización de estas empresas para que cumplan su rol en la economía nacional es impostergable.

Todo proyecto de participación de los trabajadores, debe contemplar la realidad política del país en que se aplica, su economía, sus costumbres, su idiosincracia, etc. En nuestro país en que entramos en una etapa de reconstrucción nacional, dicho proyecto de participación será de transición, pero teniendo como objetivo central la liberación y por ende recorrer el camino hacia el Socialismo Nacional.

Por tal motivo, de aplicarse los lineamientos del proyecto propuesto, que será necesariamente provisorio, la experiencia y la dinámica del proceso que se inicia, indicarán los cambios necesarios que se deberán efectuar.

Entendemos fundamental la aplicación de una planificación central, principalmente en el área de las Empresas o Entes Estatales, por ser esta área la que produce el 56% de

la riqueza nacional y que será indudablemente el pivote sobre el cual girará la independencia económica. Por lo tanto, está contemplado dentro del esquema propuesto la presencia de la coordinación entre el Plan Nacional y la marcha de la Empresa.

El presente trabajo sobre la participación en la gestión empresarial, debe observar la activa participación del conjunto de los trabajadores, es por esta razón que propugnamos Asambleas en los lugares de trabajo durante la jornada normal de tareas, como única garantía de su participación masiva. Millares de compañeros volcarán su aporte creativo siendo protagonistas del cambio social y cumpliéndose paralelamente una acción política de esclarecimiento.

Los trabajadores organizados ya han demostrado su capacidad en la solución de los problemas concretos cuando son consultados y tienen la información necesaria. Lo que debe existir son canales orgánicos directos para transmitir las sugerencias y conocer la información que lo ha de capacitar, a la par de fiscalizar la implementación de las directivas en las áreas y niveles respectivos.

Y esta participación responde a dos modalidades según el nivel de la misma. En el nivel superior, la organización gremial mayoritaria y representativa, garantiza los intereses de los trabajadores en el manejo de la conducción empresarial y en niveles inferiores, la participación directa y rotativa como negación de las tendencias naturales a la burocratización.

En la realidad actual este proceso de socialización tendrá limitaciones que caracterizan la sociedad capitalista, permitiendo que sólo

muy pocos compañeros se hallen en condiciones de ocupar los niveles de conducción: por otra parte, el gigante complejo nacional que constituyen las empresas estatales centralizadas, determina que la designación y fiscalización de los compañeros en los puestos directivos, no pueda realizarse directamente por asambleas sino que deberá recurrirse a la mecanización de los órganos sindicales indirectos.

¿Qué papel ha de jugar la organización gremial?

El Sindicato seguirá siendo el defensor de los intereses y derechos individuales y colectivos de los trabajadores, ante la Empresa y el Estado, además de impulsar por medio de la capacitación y movilización la puesta en funcionamiento de los controles de los trabajadores en todas las áreas de la Empresa, orientando políticamente su gestión a través de los delegados y cuadros militantes.

Y en el aspecto de implementar una acción unitaria en el proceso de la participación consideramos imprescindible la *organización gremial única* como la forma concreta de homogeneizar las distintas características que conforman las diversas funciones y niveles de todo el personal, como forma de evitar enfrentamientos artificiales entre quienes dependen de un salario producto del esfuerzo que significa el trabajo.

VI. ESQUEMAS PARCIALES Y EXPLICACION

Comité de Administración

(a)

Constituye el órgano máximo en cuanto responsabilidad de la políti-

ca empresaria y su implementación acorde con la planificación nacional del área. La participación es, en consecuencia, de carácter resolutivo.

La función fundamental del Comité de Administración, es la de asumir la responsabilidad en el reemplazo de la vieja empresa ineficiente, instrumento de la dependencia, por una empresa al servicio del pueblo y de su liberación. El Comité es un organismo colectivo de cuyo seno surge el presidente de la empresa y su designación será formal a los efectos de su representación.

(b)

En la composición de este organismo máximo de la conducción empresaria, intervienen tres factores o elementos que consideramos de capital importancia:

- 1) Política Gremial
- 2) Política de Gobierno
- 3) Aspecto Técnico-Funcional

1) Son designados por la Organización Gremial mayoritaria y representativa, quedando garantizada a nivel máximo los intereses de los trabajadores.

2) Los representantes del gobierno tendrán a su cargo la fiscalización de la marcha de la empresa dentro de la planificación nacional.

3) El aspecto técnico-funcional contempla: Organización Empresarial; Planificación Técnica y Planificación Económica, con especialistas en cada una de ellas elegidos entre el personal de carrera. Este factor en la composición del Comité de Administración garantizará la continuidad de tratamiento en el manejo funcional de la empresa.

La cantidad de miembros que lo

componen será de nueve (9) elegidos de la siguiente forma:

1) Gremio: Tres (3) compañeros elegidos por I.O.E.T.R.A. Aprobados por los congresales.

2) Gobierno: Tres (3) compañeros que provienen de: Poder Ejecutivo; Coordinadora de Emp. Estatal y Org. Nac. de Planificación.

3) Personal: Tres (3) compañeros elegidos en la primera etapa de común acuerdo entre F.O.E.T.R.A. U.P.J. y C.P.U. En el futuro debe buscarse la mecánica para una elección directa.

(c)

a) Participación Resolutiva.

b) Duración ordinaria cuatro (4) años.

c) Los designados por el gremio pueden ser removidos en cualquier momento y pueden ser reelegidos.

d) Retribución. Para quienes designa la Organización Gremial, el sueldo que percibirán será el mismo del cargo en que se desempeñaban más un viático.

d) La puesta en práctica de este organismo será inmediata.

Consejo de Asesoramiento y Fiscalización

(a)

1) Asesorar al Comité de Administración y a los Consejos de Dirección, elaborando distintas políticas a desarrollar en las diversas áreas de la Empresa.

2) Fiscalización de todos los niveles de conducción empresaria a requerimiento del Comité de Administración y a los efectos de controlar el fiel cumplimiento de las directivas generales.

3) Determinar los lineamientos generales que orientarán la estructuración de la nueva empresa.

4) Consulta y asesoramiento permanente con los Consejos del 3er. Nivel.

(b)

Los miembros de este Consejo se integrarán en distintas áreas funcionales independiente de la estructura actual que se interrelacionarán mutuamente para la planificación general de la empresa.

Se propone integrar seis áreas fundamentales:

1) Relaciones Administrativas

- Política de Capacitación.
- Funcionamiento de la Participación.
- Recursos humanos (Escalafón - Regímenes)
- Comunicación Interna (Información al Personal)
- Organización Empresarial.

2) Económico Financiera

- Política Económico Financiera.
- Control de Gestión.
- Gestión económica de Stock.
- Control de Costos.

3) Planificación Técnica

- Política de Planificación.
- Ingeniería
- Investigación y Desarrollo.

4) Producción - Servicios

- Política de Producción y Servicios (Talleres - Explotación del Servicio).

5) Social

- Política Social (Vivienda; salud;

alimentación; educación; turismo; guarderías; higiene y seguridad social).

6) Externas

- Usuarios.
- Comunicación Exterior.
- Contratistas.
- Coordinadora de Empresas Estatales.
- Planificación de Gobierno.

En principio se propone integrar cada área funcional con cuatro miembros, a razón de 50% por F.O.E.T.R.A., 25% U.P.J. y 25% C.P.U.

En el futuro se tratará de implementar un mecanismo de elección directa para el 50% de los miembros de este Consejo.

De ser necesario, propondrá al Comité de Administración la creación de Comisiones para el estudio de temas específicos.

(c)

Las funciones de este Consejo determinan las formas de participación informativa, consultiva y fiscalizadora.

El sueldo de sus miembros será el mismo del cargo en que se desempeñaban más los viáticos que la Organización Gremial determine.

- Duración ordinaria 4 años.
- Pueden ser removidos por la O.G.

(d)

El Consejo de Asesoramiento y Fiscalización se integrará en forma inmediata.

Consejos de Trabajadores

a) El objetivo fundamental del fun-

cionamiento de estos consejos, será en la presente etapa de participación, preparar individualmente en función de conjunto a los trabajadores, en las soluciones de la problemática empresarial.

Por lo tanto en estos niveles de la empresa, se irá paulatinamente *capacitando a los trabajadores, para futuras y más desarrolladas formas de participación.*

Simultáneamente, la presencia de estos consejos, permitirá una *mejor implementación* en las respectivas áreas, de las directivas emanadas desde el Consejo de Administración, ya que su contacto con la tarea concreta que deben desarrollar, permitirá con los canales orgánicos establecidos, el *aporte de sugerencias e iniciativas que tornarán más eficiente su labor.*

Además el hecho de designar directamente los trabajadores, a los integrantes de los Consejos, permitirá gradualmente adquirir mayor responsabilidad en cuanto a la elección de quienes se caracterizan por mejores conocimientos y más compañerismo.

Esta participación de abajo hacia arriba, estará circunscripta en cada una de las áreas específicas de la organización empresarial, en nuestro caso de Dirección para abajo, y a los efectos de no señalar en cuáles de los niveles actuales debe funcionar, ya que una nueva organización en la Empresa puede desdibujarlo, aplicaremos el siguiente criterio para su implementación de abajo hacia arriba.

1er. Nivel: Sector u organismo donde se nuclean en el nivel jerárquico menor los trabajadores de un área o especialidad.

2do. Nivel: Sector u organismo donde se nuclean los Consejos del

nivel anterior y que responden a distintas áreas o especialidades.

3er. Nivel: Sector u organismo donde se nuclean todas las especialidades que responden a una de las áreas específicas de la empresa.

No necesariamente, en las distintas áreas específicas de la Empresa, los Consejos de Trabajadores se ubicarán en niveles equivalentes, ya que los mismos deberán atender a las características propias de cada área, siendo las mismas de carácter funcional y/o geográfico. Será obligación de quienes componen los distintos niveles de Consejos transmitir la información y canalizar las sugerencias.

b) Consejos de Trabajadores – Primer Nivel

En asambleas de trabajadores serán elegidos los compañeros que formarán los Consejos, formando parte de ellos necesariamente los delegados respectivos. La función de éstos será fundamentalmente la representatividad de la organización gremial controlando políticamente el desarrollo de la participación, siendo uno de los canales de las inquietudes a la organización gremial.

Consejos de Trabajadores – 2do. Nivel

Se integra con un representante de cada uno de los Consejos anteriores (1er. Nivel) que le corresponden en la estructura empresarial.

Consejos de Trabajadores – 3er. Nivel.

Su composición y elección es similar que el nivel anterior.

c) Asamblea de Trabajadores – 1er. Nivel.

- Participación informativa.
- Reunión semanal o quincenal convocada por el delegado y en horas de trabajo (2 horas).
- Análisis política nacional.
- Análisis política empresarial.
- Análisis marcha del sector.
- Sugerencias canalizadas por el Consejo y por los delegados al sindicato.

Consejo de Trabajadores – 1er. Nivel.

- Participación informativa y consultiva.
- Numeroso, proporcional a la cantidad de trabajadores.
- Reunión semanal con la Jefatura por temas específicos.
- Designación rotativa, por mitades semestralmente y no permanente.
- Los delegados forman parte obligatoria del Consejo.
- No pueden ser reelectos, salvo los delegados.

Consejo de Trabajadores – 2do. Nivel.

- Participación informativa y consultiva.
- Reunión con la Jefatura por temas específicos.
- Designación rotativa, por mitades semestralmente y no permanente.
- No pueden ser reelectos.
- Deben participar en las reuniones del Consejo del 1er. Nivel de donde provienen.

Consejo de Trabajadores – 3er. Nivel

- Funciones similares a los Consejos del nivel anterior.
- Tienen relación con el Comité de Asesoramiento y Fiscalización y además deben participar en los problemas tratados por los Consejos de Trabajadores del 2do Nivel y 1er. Nivel de donde provienen.
- Si es necesario el carácter permanente de estos Consejos la práctica en las distintas áreas lo va a determinar.

d) La puesta en práctica de las asambleas de trabajadores será inmediata, en la de los Consejos se implementará cuando la organización gremial a través de sus organismos representativos lo considere necesario.

Asimismo, su puesta en práctica tendrá en cuenta distintos requisitos previos a saber:

- Nueva organización empresarial.
- Cursos de capacitación, de la organización gremial sobre participación. (Concientización).
- Información amplia sobre la marcha de la empresa. También puede obedecer a una temporización la implementación de los distintos niveles de Consejos de Trabajadores, de acuerdo a la experiencia que se vaya recogiendo con su funcionamiento, quiere decir que se puede implementar los Consejos del 1er. Nivel, luego de un tiempo los de 2do. Nivel y así sucesivamente.

Congreso de la Empresa

- a) Análisis de la marcha de la Empresa.
- Análisis y sugerencias sobre el presupuesto.

- Sugerencias sobre planes de obra.
- Conocimiento de las directivas emanadas del Comité de Administración, para la implementación y cumplimiento del Plan de Obras.
- Análisis de la relación Plan de Obras - Plan de Gobierno.

b) El Congreso de Conducción de la Empresa lo componen:

- Los 9 miembros del Comité de Administración.
- Los 24 miembros del Consejo de Asesoramiento y fiscalización.
- Los funcionarios ejecutivos o nivel de Gerencia y Dirección.
- Los compañeros que forman parte de los Consejos de trabajadores del 3er. Nivel.
- *Frecuencias de las reuniones:* Cada tres o cuatro meses, según sea conveniente.

c) A través del Congreso se produce la integración entre las dos modalidades participativas que prevenimos, según los distintos niveles en la Empresa: La participación indirecta a través de los compañeros elegidos por la organización gremial mayoritaria y la participación directa a través de los compañeros elegidos en los Consejos de Trabajadores del 3er. Nivel.

- *Informativa:* A través de la explicación y discusión de las políticas de la Empresa y de la marcha general de la misma y de los distintos sectores.

- *Consultiva - Fiscalizadora:* Analizando y sugiriendo soluciones para los problemas en las distintas áreas que traben el funcionamiento de la Empresa.

d) A partir de la implementación de los Consejos de Dirección.

Otros organismos de participación

El objetivo de este proyecto de participación no es proponer un modelo estático, sino iniciar un proceso dinámico que conduzca a que las decisiones en las distintas áreas de la Empresa y la conducción de la misma, estén en manos de los trabajadores, directamente en algunos casos, a través de sus representantes en otros.

El dinamismo del proceso a iniciarse, lo determinará en buena medida la flexibilidad de los órganos y estructura de participación, y el grado de conciencia política de los trabajadores.

Es necesario por lo tanto, que a partir de los lineamientos generales que establecemos en este proyecto, exista una permanente autocrítica orientada a perfeccionar los mecanismos de participación.

En la medida en que se demuestre necesario, podrán aparecer nuevos órganos a través de los cuales los trabajadores ejerciten su derecho y deber de participar.

Uno de estos órganos podría ser, Consejos de Trabajadores por áreas en tanto se demuestre la necesidad de coordinar la acción de los distintos consejos de trabajadores ya establecidos, y con el fin de facilitar la comunicación entre los mismos.

VII. ESQUEMA FUNCIONAL

En el gráfico adjunto pueden visualizarse los canales en que la participación de los trabajadores se desarrollará. Internamente, en la Empresa, los compañeros de base canalizarán las iniciativas a través de las asambleas de sus lugares de trabajo, las que impondrán a sus respectivos

Consejos de Trabajadores; en la medida que sea conducente estas iniciativas podrán canalizarse hacia arriba por intermedio de los Consejos de nivel superior y mediante éstos al Congreso de la Empresa, donde confluyen el Consejo de Asesoramiento y Fiscalización como al propio Comité de Administración.

Si por falencias de estos mecanismos de participación, las iniciati-

vas de los compañeros se vieran obstaculizadas, éstas podrán canalizarse por vía de las organizaciones sindicales. Los delegados de sección serán impuestos de las iniciativas y la canalizarán hacia sus respectivos Sindicatos por medio de los mecanismos naturales, el Sindicato las transmitirá a F.O.E.T.R.A. y ésta a los representantes gremiales de los órganos de conducción empresarial, tal como se dispone en el gráfico.

COGESTION, AUTOGESTION Y CONTROL OBRERO

¿COGESTION EN GAS DEL ESTADO?

El 18 de octubre de 1972 se conoció extraoficialmente un proyecto de decreto originado en el Ministerio de Obras y Servicios Públicos, por el cual se dispone integrar los directorios de Yacimientos Petrolíferos Fiscales, de Agua y Energía Eléctrica, *Gas del Estado* y Entel e incorporar a ellos representantes provinciales y de los trabajadores. El art. 3º de este decreto establece:

"Refórmase el artículo 7º del decreto Nº 2420/57 texto ordenado (Estatuto Orgánico de Gas del Estado) en la siguiente forma: Artículo 7º. - Gas del Estado es-

tará dirigida y administrada por un Consejo de Administración integrado por un administrador general y seis consejeros, que serán designados por el Poder Ejecutivo Nacional. De los consejeros: uno (1) representará a las provincias; uno (1) al personal jerarquizado y uno (1) a los obreros y empleados, ambos elegidos directamente por el voto de los afiliados a los respectivos organismos gremiales reconocidos por autoridad competente, en el modo que se reglamentará por el Ministerio de Obras y Servicios Públicos".

La primera reflexión que aparece ante este proyecto de cogestión es la siguiente: ¿Cómo es posible que un gobierno antipopular y férreo defensor de la propiedad privada, que ha llevado a la ruina a miles de empresas nacionales y ha traído hambre y miseria a millones de hogares argentinos, propicie una medida que aparentemente permitiría una creciente ingerencia de los trabaja-

dores en la administración de las empresas estatales? ¿Será que bajo la apariencia proimperialista se esconden "tendencias socializantes"? Veremos que, como todos los proyectos de cogestión también éste tiende a crear un espejismo de participación para frenar las luchas de la clase obrera por ejercer su legítimo derecho: el de controlar el proceso productivo.

Antes que nada es importante tener bien en claro qué se entiende por "cogestión" y cómo surgió. A partir de la Segunda Guerra Mundial, en los países europeos y en los Estados Unidos, se han planteado diversas propuestas para reformar la estructura tradicional de la empresa permitiendo un cierto grado de participación de los trabajadores en la dirección de las mismas, obviamente manteniendo el control de la empresa en manos de los capitalistas. Estas reformas tienen por finalidad última la de modernizar las empresas, integrando a los representantes de los trabajadores para lograr una más efectiva organización de la producción que permita atenuar los conflictos entre éstos y los patrones. Por supuesto que esto no significa modificar las características esenciales del capitalismo, sino adecuar la estructura de la empresa a las nuevas condiciones del capitalismo internacional. Tal como ha sido ensayada en Francia y Alemania, la cogestión consistió básicamente en la incorporación al Directorio de la empresa de un representante de los trabajadores. En la práctica, el representante que *no es nombrado por votación directa de los trabajadores de la fábrica, sino por el sindicato burocratizado*, no es un re-

presentante de los trabajadores sino de los intereses del capital.

Dentro de la misma filosofía, pero atacando más a fondo la estructura tradicional de la empresa, se inscriben las experiencias de "autogestión técnica" que se pusieron en práctica en Inglaterra y en los Estados Unidos.

Finalmente, en el otro extremo, como ejemplo del camino que se deberá seguir en la Argentina están las experiencias de autogestión de los países socialistas, especialmente las de China después de la Revolución Cultural.

Para comprender el real significado de los proyectos de cogestión y de autogestión es necesario hacer un somero análisis de la estructura organizativa de las empresas capitalistas y las modificaciones propuestas a esta estructura.

I. La división del trabajo y la organización de las empresas capitalistas

Todos sabemos que la característica esencial de la empresa capitalista es la existencia por un lado de un empresario (dueño de los medios de producción) y por el otro lado de los trabajadores "libres" (que no tienen otra cosa que su fuerza de trabajo para vender).

La posición privilegiada del empresario como dueño de los medios de producción le permite contratar a los trabajadores y hacerlos trabajar para sí pagándoles menos del valor que ellos producen, es decir, el empresario se apropia de la "plusvalía", y ésta es su ganancia.

En un primer momento del desarrollo del capitalismo la relación

entre el patrón y los obreros era simple. El patrón, con un conocimiento de la técnica y de las condiciones del mercado, daba las órdenes que los obreros ejecutaban. Con el desarrollo del capitalismo y el proceso de concentración en la industria, el pequeño empresario fue desapareciendo dejando su lugar a empresas cada vez más grandes y complejas hasta llegar a los inmensos monopolios contemporáneos que llegan a ocupar hasta más de 100.000 personas en una sola empresa.

Por supuesto que la organización interna de las grandes empresas se ha hecho cada vez más compleja. Actualmente es imposible que una sola persona maneje toda la información acerca de los procesos técnicos de producción, las condiciones de mercado, etc., que son necesarias para el control de la empresa. Paradójicamente, es cada vez menor el número de personas que realmente manejan los inmensos monopolios internacionales. Vale decir que, por un lado, hay cada vez menos empresas individuales importantes y por lo tanto menos capitalistas importantes, y al mismo tiempo las grandes empresas se expanden cada vez más.

Para mantener el control de los inmensos monopolios el empresario capitalista tiene dos instrumentos fundamentales:

— El primero, es la creación de una *pirámide jerárquica* que permita controles en las distintas fases del proceso productivo: Esta pirámide está integrada en su punta por el Presidente o Administrador General, que toma las decisiones importantes, bajando a los directores, los gerentes, los jefes de sección, jefe de departamento, etc.,

hasta llegar al obrero o empleado que no puede darle órdenes a nadie y solamente ejecuta las que recibe.

— El segundo instrumento es la automatización del funcionamiento de la empresa, reduciendo la importancia de las decisiones individuales de manera tal que cada persona pueda ser reemplazada por otra inmediatamente. Esta automatización llega a su máxima expresión en el trabajo seriado, con la aplicación de la llamada "organización científica del trabajo", que lleva a una parcialización infinitesimal del trabajo convirtiendo al obrero en una máquina de trabajo que efectúa cientos de veces la misma operación en un día en razón de la eficiencia y la productividad no del trabajo sino del capital, vale decir buscando la mayor explotación posible del trabajador, con una total subutilización y envejecimiento de sus capacidades individuales.

II. Obreros, empleados y técnicos en la empresa capitalista

Un aspecto interesante de la organización actual de las empresas capitalistas es que el contenido del trabajo, el status y las remuneraciones que perciben los empleados, tiende a acercarse cada vez más al de los obreros. Este hecho marca una gran diferencia con respecto a las primeras etapas del capitalismo, cuando el empleado estaba netamente diferenciado de los obreros. En esa época el obrero desarrollaba directamente la producción de mercancías, mientras que el empleado cumplía funciones de dirección y gestión que le delegaba

el empresario. Era algo así como un representante del capitalista. Esto le reportaba un trabajo menos pesado y le proporcionaba remuneraciones monetarias y de status más altas que las de los obreros.

El crecimiento del capitalismo, con su secuela de concentración industrial, trajo como consecuencia que a los fines del control empresario se introdujera una división del trabajo cada vez más parcializada tanto para los empleados como para los obreros. Se calcula que, en el ámbito de la administración, aproximadamente el 80% de las personas desarrolla tareas repetitivas, rigurosamente ordenadas, sin ningún margen de libertad para modificarlas, mientras que en la producción directa las tareas en que los datos y los elementos técnicos son elaborados según un procesamiento rígidamente establecido son de aproximadamente el 60%. Por consiguiente la mayor parte de los empleados es explotada en los mismos términos que el obrero y, como éste, no encuentra ningún interés en el propio trabajo.

En cuanto a los técnicos, hay dos grandes grupos con actitudes distintas en cuanto a su inserción dentro de la empresa y a su solidaridad con los obreros y empleados, o con los patrones. Hay un grupo grande de técnicos que, al igual que los obreros y empleados de menor jerarquía, realizan trabajos monótonos, estandarizados, en los cuales no pueden desarrollar o aplicar su capacidad personal y se solidarizan con los primeros. Pero también hay un grupo importante de técnicos que realizan tareas que les permiten un grado de libertad mayor sobre el trabajo. Este grupo

se distingue del de los obreros, empleados y los otros técnicos, no sólo por el nivel y tipo de remuneraciones que recibe sino por la posibilidad de tener acceso a un trabajo más creativo que les permite una mayor realización personal, aunque sea dentro de un trabajo especializado y dividido. Estos técnicos se sienten (y en cierta medida son) más autónomos con respecto al patrón, porque en su profesión no reciben órdenes. Por esto, desarrollan una ideología que aparentemente los sitúa por encima del conflicto entre obreros y patrones: SE SIENTEN INDEPENDIENTES; creen que son necesarios para el patrón sin tener que someterse y se sitúan psíquicamente por encima de los obreros. La falsedad de la creencia de este grupo de técnicos salta a la vista, porque si bien pueden llegar a tener una gran independencia con respecto al empresario en su ámbito estrictamente profesional, el que decide el producto que deben desarrollar, y su destino, es el patrón, de acuerdo a su propia conveniencia. Vale decir que el producto de su trabajo también se les escapa de las manos a estos técnicos. Por ejemplo: un técnico que utiliza toda su capacidad profesional para producir bombas de gran capacidad de destrucción, puede sentirse realizado por haber logrado una bomba especialmente efectiva, pero no podrá evitar que el que decida si debe o no dedicarse a diseñar bombas, y el que decide si esas bombas deben ser vendidas al Departamento de Estado de los Estados Unidos para ser utilizadas en una guerra antipopular, es el patrón.

III. Autogestión técnica en las empresas capitalistas

La autogestión técnica se ha aplicado en algunas pequeñas y medianas empresas norteamericanas, tecnológicamente de vanguardia, donde los trabajadores y sus representantes sindicales ejercen un verdadero control sobre el proceso técnico de producción (ritmo, organización de los puestos de trabajo) y sobre ciertos aspectos de la relación del trabajo (reglas de ascenso, antigüedad, reparto de primas, etc.). Los dirigentes, los técnicos de gestión, están *aparentemente* separados del proceso de producción, pero de hecho ellos lo controlan todo imponiendo a los trabajadores una autodisciplina permanente y severa por el modo indirecto de las rentas distribuidas (salarios, primas). En otros términos, los dirigentes dicen a los trabajadores: "Si ustedes no respetan nuestros objetivos de producción, no serán pagados".

La aplicación de la autogestión fue consecuencia del crecimiento de formas de resistencia obrera (ausentismo, sabotaje a la producción, etc.) que surgieron con la aplicación de la llamada "*organización científica del trabajo*". Aconsejados por psicólogos, economistas y sociólogos, algunos empresarios permitieron ciertas formas de autogestión técnica. Esta consistió en la supresión de todos los controles, dando al conjunto de los obreros poderes muy amplios para organizar el trabajo a su criterio, determinar por sí mismos los tiempos y las cadencias, modificar y reordenar las instalaciones y las técnicas. Se eliminó el control de entrada y salida de las fá-

bricas, el número y duración de las pausas se libró al criterio de los trabajadores. Se recompusieron las tareas parcializadas, de modo tal que cada individuo y cada grupo tuviera la responsabilidad de un producto complejo cuya conformidad a las normas técnicas él mismo controla. Las modificaciones e innovaciones técnicas y organizativas deben ser tomadas en cuenta por la dirección y discutidas en asambleas de taller y no pueden ser rechazadas si luego de la discusión la asamblea sigue considerándolas válidas. Los técnicos e ingenieros han perdido aparentemente su poder de mando: están allí para poner sus conocimientos técnico-científicos a disposición de los trabajadores y ayudarlos a resolver sus problemas técnicos.

En las empresas en que se ha puesto en práctica este sistema, luego de un período de titubeos y de pruebas, la productividad alcanzó niveles espectaculares aumentando en general en el orden del 20% por año durante varios años consecutivos. El ausentismo desapareció, los accidentes y roturas de herramientas o aparatos disminuyó en proporciones espectaculares, la jerarquía de salarios fue abolida y un flujo continuo de innovaciones y modificaciones técnicas surgió de los talleres.

En resumen, la autogestión técnica tiene por finalidad la destrucción de la división jerárquica del trabajo tal cual apareció en el capitalismo, no por una necesidad técnica (como se nos pretende hacer creer) sino por una necesidad social: la de darle al capitalista el máximo de control y poder para explotar a los trabajadores. Estas experiencias muestran que al im-

plantar una forma de gestión más democrática, que permite que todos los trabajadores determinen las condiciones más convenientes para la producción convirtiéndose en dueños de las condiciones de producción, su productividad aumenta en la medida en que se utiliza el potencial humano que termina siendo parcializado y mutilado por la división tradicional del trabajo.

Hasta aquí hemos mostrado cómo la organización interna de la empresa capitalista es consecuencia de la necesidad que tiene el empresario de controlar a los trabajadores, y que existen caminos técnicos alternativos que permiten una mayor realización personal sin por ello disminuir la productividad del trabajo. Cabe preguntar qué sentido tiene plantear la autogestión técnica dentro del marco del sistema capitalista. No hay que engañarse. Si bien las experiencias indican que con la autogestión la productividad y las ganancias aumentan aún en una empresa capitalista, no cuentan con la simpatía de los capitalistas y los técnicos jerarquizados porque evidentemente la clase dirigente no tiene la seguridad de poder gobernar la fábrica si los obreros toman las decisiones importantes ellos mismos. Y ya sabemos que ninguna clase dirigente se suicida. Por este hecho, la autogestión resulta incompatible con el sistema capitalista y por ello tiene sentido esgrimirla como práctica de lucha frente a proyectos participacionistas como el de la cogestión.

Es preciso para entender que sólo dentro de un marco de autogestión social pueda tener sentido la autogestión técnica, ver bien claro el lazo estrecho que existe entre

la jerarquía de la empresa y la jerarquía social, es decir, la estructura de clase de la sociedad. Para liberarse, los trabajadores no tienen solamente que obtener más cortesía y gentileza de sus superiores. ¡Tienen que cambiar todos los mecanismos económicos que pasan sobre ellos!! El trabajador no puede ser libre, a nivel de la empresa si ésta está integrada a procesos económicos globales que hacen del asalariado una simple rueda de una máquina de producir plusvalía. La planificación de la economía y el control social de la producción no es simplemente cuestión de racionalidad. Es indispensable para poner fin a la condición de asalariado, es decir, a la subordinación del trabajo a los criterios de explotación del capital.

IV. Autogestión en los países socialistas

La autogestión se ha venido aplicando en algunos países socialistas como Yugoslavia y sobre todo en China después de la Revolución Cultural. Consiste en el libre trabajo asociado, que se realiza con medios de producción de propiedad social y con la gestión de los trabajadores en la administración de las unidades productivas y en el proceso productivo teniendo en cuenta los lineamientos generales de la planificación.

Sobre todo en el último de los países citados se ha puesto especial énfasis para evitar los males que surgen de la organización jerárquica del trabajo. La Revolución Cultural China permitió que la clase obrera se librara de la dictadura de cuadros, dirigentes, especialistas y

expertos que mantenían relaciones de autoridad abusiva con los trabajadores, dando órdenes sin consultar a la base, limitando sus iniciativas, imponiendo reglamentos y formas de remuneración no adecuadas a las exigencias de la construcción del socialismo, reproduciendo en última instancia las relaciones sociales capitalistas y la división capitalista del trabajo.

El ataque de la Revolución Cultural contra la estructura jerárquica de las empresas se debió a que éstas se asemejaban cada vez más a las fábricas soviéticas que reproducen el modelo de organización capitalista, lo cual lleva a que a la larga los puestos dirigentes sean ocupados por burgueses o hijos de burgueses, que tienen una mejor formación técnica y profesional (en las primeras etapas de la Revolución) que los trabajadores, lo cual los lleva a seguir ejerciendo un rol elitista que puede llevar (como sucedió en la URSS) a la creación de una nueva clase dirigente, burocratizada, aburguesada, alejada del pueblo, que monopoliza y el aparato estatal e impide la concreción del socialismo.

En China, la vieja estructura verticalista de la empresa fue sustituida por nuevas estructuras de dirección, formadas en su mayor parte por "comités revolucionarios" que funcionan en cada empresa industrial, estableciendo relaciones de nuevo tipo entre cuadros, técnicos y clase obrera sin por ello reducir la eficiencia de las empresas.

V. El significado de la cogestión en Gas del Estado

Al iniciar el análisis del proyecto

de cogestión en Gas del Estado aparece inmediatamente la siguiente cuestión: Si Gas del Estado es una empresa estatal, ¿no tiene la cogestión un significado distinto que en una empresa capitalista privada? ¿Acaso por el solo hecho de ser una empresa estatal no pertenece a sus obreros, empleados, técnicos y directivos? Si así fuera, ¿cómo puede hablarse de conflictos entre patronos y obreros en la empresa de Gas del Estado? He aquí una gran mistificación. Cuando una empresa capitalista privada es estatizada (como fue el caso de la Cía. de Gas Primitiva que luego se convirtió en Gas del Estado) se convierte en propiedad del Estado. Pero el Estado no es un ente abstracto que flota por encima de la realidad social, sino que responde a los intereses de la clase que ejerce el poder. Es así como en este momento, la política que sigue el Estado tiende a beneficiar a los monopolios internacionales y a la oligarquía, mientras que la política del Estado en la época Peronista tendió a favorecer a la clase trabajadora y a la industria nacional. Lo mismo sucede con las empresas estatales, en ellas se aplica una política que tiende a favorecer los intereses de las clases que detentan el poder. Con sólo echar un vistazo a los préstamos del B.I.D., las contrataciones, los contratos de suministro de gas, etc., lo manifestado se ve claramente.

En una empresa estatal, si bien el estado es propietario de la empresa no ejerce directamente la posesión de los medios de producción de la empresa estatal sino a través de sus representantes: el administrador y los directores. Son éstos quienes tienen la capacidad

de decidir cuánto, cómo se va a producir, a quiénes se les comprará, etc., atendiendo a ciertas directivas generales que emanan del Estado.

Vale la pena detenerse en este punto: el estado es *propietario* de la empresa, y los dirigentes de las empresas nombrados por las autoridades gubernamentales tienen la *posesión efectiva* de los medios de producción y de los productos obtenidos (estos últimos gracias a la puesta en acción de los trabajadores).

¿En qué se diferencia entonces una empresa estatal de una empresa privada? En la empresa privada el capitalista tiene la *propiedad y la posesión* de los medios de producción, lo cual le permite obtener ganancias mediante el trabajo de los trabajadores. En la empresa estatal *el propietario de la empresa es el estado* (que representa a la clase que ejerce el poder), mientras que *la posesión de los medios de producción la ejercen los dirigentes nombrados por el estado*. Además, la empresa estatal no tiene fines de lucro. Lo importante de resaltar es que si bien la función social de la empresa estatal dentro del sistema capitalista es distinta, su organización interna es igual a la de una empresa capitalista. En ambos casos los trabajadores son dirigidos y no tienen ningún poder de decisión sobre sus condiciones de trabajo. Hay una pequeña minoría de técnicos y administradores que dirigen y una mayoría de trabajadores que son dirigidos. Para evaluar si algún tipo de modificación de la estructura de poder de la empresa constituye un adelanto para los trabajadores, hay que ver en qué medida permite que los tra-

bajadores dominen las condiciones concretas de trabajo, para dejar de ser simples ejecutores de tareas decididas en otra parte y convertirse en dueños de sí mismos.

Por lo visto, la cogestión no plantea una modificación de la división jerárquica del trabajo dentro de la empresa, sino que simplemente nombra un consejero que representa al personal jerarquizado y uno a los obreros. En definitiva, lo que propone el proyecto de cogestión es que en un Consejo de Administración donde hay seis representantes de los que mandan (el Administrador General y los restantes cinco consejeros), los obreros (que son la mayoría que trabaja y produce) tengan un solo representante. Es decir, un representante de la mayoría dirigida (o sea los obreros) se sentará junto a seis representantes de la minoría dirigente (perteneciente a la clase que detenta el poder). Es de imaginar que el voto del representante de los obreros, en defensa de sus legítimos intereses, quedará anulado por los votos de los restantes miembros del consejo de Administración.

¿Cuál es entonces la finalidad de la cogestión si no permite una verdadera ingerencia de los trabajadores en la toma de las decisiones que afectan su labor cotidiana, y si no ataca la división jerárquica del trabajo? La contestación es simple: *la finalidad de la cogestión es crear un espejismo por el cual los trabajadores lleguen a creer que por el hecho de que se les permita tener un delegado en el Consejo de Administración su situación real ha cambiado, sin darse cuenta que en realidad sólo participan pasivamente de decisiones que otros tomar*

por ellos. Y este es indudablemente el objetivo de la cogestión: *forjar la ilusión de la participación para frenar las luchas obreras por el control de sus condiciones de trabajo.*

VI. El peligro de la cogestión

Con respecto a la cogestión, está bien claro que el peligro es que se sustituya una lucha de principios simples y claros como es la construcción de una sociedad socialista, que tienen una capacidad real de movilización de los trabajadores por una serie de etapas intermedias que pueden sembrar confusión y reducir la capacidad de lucha del movimiento obrero.

El fin esencial del movimiento obrero debe ser concentrar sus esfuerzos en luchas que tiendan a cuestionar el régimen en su conjunto, en sus fundamentos, en sus estructuras.

Por ejemplo, si los trabajadores de Gas del Estado, que es una empresa con altos márgenes de rendimientos, tienen buenas obras sociales, buenas colonias de vacaciones, acuerdos ventajosos para ir al teatro, discoteca, bibliotecas, exposiciones múltiples, ¿no provocará esto el riesgo de que los trabajadores de Gas se despreocupen de la suerte de los trabajadores de otras empresas que por razones que escapan a sus controles no producen en condiciones tan ventajosas? ¿No se creará así una aristocracia obrera debilitando al movimiento obrero en su conjunto?

VII. Cogestión en SEGBA

Un proyecto de cogestión que ha alcanzado notoriedad en el último tiempo es el promovido por Jorge A. Sábato desde la presidencia de SEGBA. Veamos sus principales propuestas, ya que en general reproduce la filosofía de la cogestión, incluso —justo es reconocerlo— hay una difusa y poco explicitada propuesta de autogestión técnica, sin llegar a una crítica de fondo a la innecesaria estructura jerárquica de la empresa tradicional.

El motivo por el cual se propuso la cogestión es porque en SEGBA está germinando una profunda crisis: "el segbazo", cuya prevención parece ser responsabilidad irrenunciable de los que dirigen. Los síntomas de esta crisis serían:

- a) cansancio, desaliento y frustración del personal superior;
- b) los empleados y obreros se comportan como si SEGBA fuera una empresa clásica: SEGBA no les pertenece, sino que es de los ejecutivos y por lo tanto de ellos deben obtener los máximos beneficios. (Hemos visto que los empleados y obreros tienen más de un motivo real para tener este comportamiento); y
- c) los consumidores a pesar de ser dueños de la empresa no se sienten como tales.

Sin haber patrones en el sentido clásico, SEGBA está organizada como si los hubiera, en la forma clásica de una pirámide de gran altura en cuya cumbre se ubican los que mandan y asumen la responsabilidad total del funcionamiento de la empresa. De allí que

Sábato deduzca que debe cambiarse la estructura interna y las "reglas de juego" de modo de establecer una auténtica corresponsabilidad por parte de todos los integrantes de la empresa.

La cogestión se entiende como la participación de obreros, empleados y usuarios que debe concretarse no sólo para devolver a los primeros la felicidad del trabajo cotidiano y dar a los últimos un instrumento de acción en una empresa que les pertenece, sino también para hacer posible el logro de los objetivos fundamentales de la empresa. Estos objetivos serían: a) Proveer un buen servicio público de electricidad; b) como empresa propiedad de la comunidad debe contribuir a la formación de una sociedad plural, democrática, armoniosa, responsable y justa en una nación libre y soberana.

Veamos ahora las principales afirmaciones en este análisis.

No es de extrañar que los empleados y obreros de SEGBA se comporten como si la empresa no les perteneciera, porque efectivamente no les pertenece. Si por pertenecer entendemos propiedad de la empresa, conociendo que SEGBA es propiedad del Estado y que el aparato estatal está desde hace dieciocho años en manos de la rosca imperialista es muy ingenuo pretender que el trabajador sienta como propia la empresa. Por otro lado, si por pertenecer entendemos la posesión, hemos visto anteriormente que en una empresa del Estado en la cual no se han establecido relaciones socialistas de producción que aseguren al trabajador el dominio sobre las condiciones de producción a través de la autogestión, es el administrador

quien hace y deshace en la empresa. Por consiguiente, el obrero no puede sentir como propia la empresa.

La propuesta concreta de cogestión consiste en buscar un cambio radical en la pirámide de poder, socializando la responsabilidad y democratizando el poder. Sábato no nos dice nada acerca de cuál va a ser la función de los actuales cuadros dirigentes, los obreros y los empleados, en la nueva organización, lo cual hace suponer que se trata solamente de un reacomodamiento de la estructura jerárquica para lograr una mayor eficiencia. Pero aún en el caso de que lo que se busca es un cambio verdaderamente profundo en las relaciones de producción: ¿cree el autor del proyecto que es posible cambiar la división capitalista del trabajo en una empresa estatal sin que haya un cambio global en la sociedad en la cual se inserta la misma? Es utópico pensar que en una sociedad capitalista cuyo Estado es administrado por una minoría de tecnócratas al servicio del Imperialismo, una empresa estatal pueda contribuir a la formación de una sociedad plural, democrática, armoniosa, responsable y justa en una nación libre y soberana. Recién la toma del poder por el pueblo permitirá imprimirle a la acción estatal un sentido nacional, y recién entonces tendrá sentido hablar de formas de control obrero de la producción.

VIII. Control obrero y autogestión

En la etapa de transición al socialismo, ¿cuál es la importancia del control obrero y de la autoges-

ción? ¿O significan los dos lo mismo? Entendemos que si bien se podría decir que la autogestión es una forma de control obrero sobre el proceso productivo, es preferible reservar la primera expresión para el control que pueden ejercer los comités de fábrica sobre los empresarios capitalistas para asegurar el cumplimiento de ciertas metas de producción pero sin asumir ellos mismos la administración de las empresas, y el segundo término, es decir, la autogestión para la administración de las unidades de producción por los propios trabajadores.

En cuanto a la función que le caba a cada uno de ellos (o sea el control obrero y a la autogestión) es importante tener en claro que es imposible, partiendo de un sistema capitalista en el cual los empresarios y los técnicos ejercen el control absoluto del sistema productivo, pasar de la noche a la mañana a un sistema socialista en el cual los propios trabajadores administran las unidades productivas y controlan los medios técnicos y la organización del trabajo (evitando los males de la división jerárquica del trabajo mediante la autogestión). En resumen, es imposible pasar de la empresa capitalista dirigida y controlada por el burgués capitalista con su plan anárquico de producción (orientado en función de la obtención del máximo de ganancias y con una división del trabajo que lleva al embrutecimiento y envilecimiento de las capacidades individuales de los trabajadores), a una unidad productiva que produce bienes para satisfacer reales necesidades individuales y sociales en las mejores condiciones de cantidad y cali-

dad (de acuerdo a un plan económico para la sociedad en su conjunto, con una organización del trabajo elegida y controlada por los trabajadores que permita una igualación de posibilidades de realización); o en otras palabras, pasar de la gestión capitalista empresaria a la autogestión socialista técnica y social.

Una de las primeras medidas que deben tomarse para garantizar la transición al Socialismo es, además de controlar los principales resortes de la economía, implementar un sistema de planificación centralizada que permita una coordinación racional de la producción de las distintas ramas y regiones del país. Frente a esta planificación, que eliminará las superganancias de los monopolios y la distorsión de la estructura productiva, aparecerá el boicot de los capitalistas que tratarán de sabotear mediante todos los medios imaginables la construcción de un sistema económico al servicio del hombre y no del capitalista. De allí que en una primera etapa sea imprescindible que las comisiones internas de fábrica tengan la función de garantizar que las empresas cumplan con los niveles de producción necesaria para la puesta en marcha de los planes de gobierno. Las comisiones controlarán la actividad total, la administración de la empresa, pero no ejercerán la administración. En una primera etapa el control obrero se restringirá a la lucha contra todas las formas de sabotaje, contra la indisciplina productiva, para lograr el cumplimiento de los planes de gobierno. Recién en una segunda etapa de la transición se podrá atacar la estructura jerárquica de las empresas.

La desorganización y anarquía que podría provocar una desordenada restructuración interna de las empresas podría llevar con gran rapidez a una merma de la producción y a un debilitamiento del frente antimperialista. Esto no significa desplazar indefinidamente el obje-

tivo de la autogestión, sino acercarse a él en la medida en que no ponga en peligro el proyecto de socialismo. Vale decir que es preciso combinar la lucha por el control del proceso técnico de producción con la lucha por la dirección a escala social de los medios de producción.

Pasado y Presente

El significado de las luchas obreras actuales

LIBROS CON PASADO, PRESENTE Y FUTURO

CARTAS DE AMOR a León Jogiches – Rosa Luxemburg

A través de cartas en las que amor y lucha política se entrecruzan inextricablemente, aparece la peculiar conformación de la pareja de militantes.

ABORTO: ¿DERECHO DE LAS MUJERES? – Diane Schuller y F. Kennedy

En este libro, mujeres que quedaron embarazadas cuando no podían o no querían asumir la responsabilidad de criar – ¡durante 21 años! – otro ser humano, cuentan cómo se debatieron en medio de estas dificultades frente a la legislación represiva del aborto.

PANTERAS NEGRAS DE ISRAEL – Presentación Mony Elkaim

En la voz de los integrantes del movimiento, la realidad de la clase explotada y colonizada en el "idílico" Israel: los judíos no europeos.

EL REVOLUCIONARIO – Hans Koning

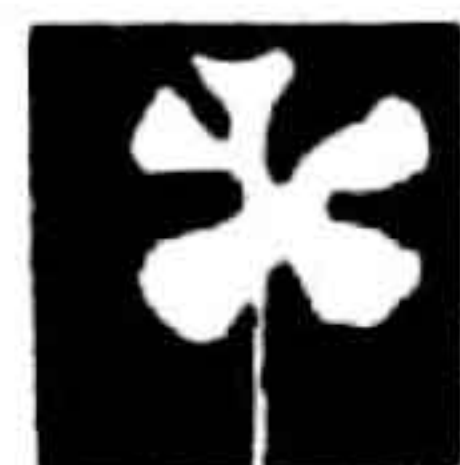
Los conflictos de un pequeño burgués metido a líder político sin mucha convicción, configurando una sátira a los "revolucionarios" de pizarrón.

BAR DON JUAN – Antonio Callado

Una novela sobre el Brasil de hoy – el de la represión y la tortura, a través de la historia de un grupo que se lanza a la acción.

Ediciones de la flor

Uruguay 252 - 1º B



A partir del 25 de mayo ha estallado un número creciente de conflictos laborales. La crónica periodística informa diariamente de nuevos enfrentamientos, estamos en presencia de un estado de movilización que, contra las expectativas de los que armaron *la salida política* del 11 de marzo, no cesa de realimentar el combate de clase. ¿Qué tienen en común estos conflictos? ¿Existe alguna tendencia que los unifique, según el ámbito donde se desarrollan, el tipo de reivindicaciones que levantan, las modalidades que asume la lucha, las organizaciones que participan? Estos interrogantes son hoy pertinentes porque respondiéndolos se conoce la dinámica concreta del mundo del trabajo y se corrige el romanticismo que prevalece en los órganos de la izquierda revolucionaria ante los conflictos laborales. A menudo se exalta en ellos el espíritu indomable de los trabajadores, se denuncia la perfidia de los dirigentes sindicales y se confirma por enésima vez la avaricia y el despotismo de los patronos capitalistas, dando así testimonio del hilo rojo que recorre la historia y permitiendo, a través de una adecuada distribución de los odios y las simpatías, que cada uno se ubique en "el lado justo" del combate. Pero entretanto, las preguntas de la militancia continúan abiertas y la crónica pone de manifiesto, junto a la explosión de los conflictos, el retardo con que intervienen los activistas, las imprecisiones de sus propuestas, en fin, sus perplejidades frente a una realidad que, en lugar de estar esperando una convocatoria lúcida para movilizar sus violencias reprimidas, se comporta como una caja negra cuyos enigmas es preciso descifrar probando distintas alternativas tácticas. La conquista de una presencia política efectiva en las filas del trabajo requiere una plataforma reivindicativa que organice y conduzca el descontento obrero: cómo alcanzarla sin internarse en el conocimiento concreto del terreno adonde afloran los conflictos, auscultando los ritmos del enfrentamiento, los momentos de tregua y ofensiva, distinguiendo por un lado las exigencias que provienen del dinamismo de la actividad económica y por otro, las imposiciones que traen aparejadas la crisis y el atraso, investigando las posibilidades y los límites de las instituciones obreras. Esta nota pretende contribuir a

este examen preliminar, tomando como referencia las luchas posteriores al 25 de mayo.

I.

La primera precisión que es necesario hacer es que el universo bajo estudio no incluye la ola de ocupaciones que se desató durante el mes de mayo en las semanas anteriores y posteriores a la asunción del gobierno por el ex-presidente Cárpora. Estas ocupaciones se llevaron a cabo en oficinas y reparticiones de la administración pública, tuvieron signos políticos contrapuestos y, en general, fueron un capítulo de la carrera hacia la conquista de posiciones en las estructuras de gobierno entablada entre las diversas tendencias peronistas reunidas por el triunfo electoral del 11 de marzo. Una vez operada la transición hacia el nuevo gobierno, bajo la presión de las conducciones políticas se levantaron las ocupaciones y el aparato del estado recuperó su funcionamiento burocrático. Los conflictos laborales que nos interesan, en cambio, estallan en las fábricas y talleres y proliferan en forma creciente, a despecho de los llamados a la pacificación y la política de desmovilización lanzada a partir del 20 de junio. La lógica a la que responden Astarsa, Bagley, General Electric, Molinos Río de la Plata, Zárate-Brazo Largo, Petroquímica Mosconi, Frigorífico Minguillón, General Motors, hunde sus raíces en el combate de clase y, por lo tanto, los vuelve menos encuadrables bajo las directivas del movimiento peronista. Pero, ¿son acaso independientes del nuevo poder instalado en la Casa Rosada? En otras palabras, el aumento de los conflictos ¿está relacionado con las nuevas condiciones de participación política y social creadas por el triunfo electoral de marzo primero y setiembre después? A este respecto, debe recordarse que la cantidad de jornadas perdidas por huelgas y paros aumentó drásticamente en 1946 con la llegada de Perón al gobierno y que durante los años iniciales de su primera presidencia, entre 1946 y 1949, se registraron los niveles más altos de conflictos de toda la década populista. ¿Cuál es el significado de esta analogía? Es un hecho comprobado que los trabajadores tienden a provocar proporcionalmente más paros y huelgas cuando la situación económica mejora (aumenta la ocupación y por consiguiente, la capacidad de presión) y cuando existen garantías políticas para la expresión de la protesta, sea porque la gestión del gobierno es favorable o permisiva, sea porque las autoridades son políticamente débiles. Por el contrario, cuando la situación económica desmejora y/o se aplica sin fisuras una política represiva los trabajadores recurren con menos frecuencia a las huelgas y paros. ¿Qué es lo que tienen en común el monto elevado de conflictos que se observa hoy con el que se registró en los años 1946-49? Puede afirmarse que lo que está presente en uno y otro momento de las luchas sociales y estimula la multiplicación de los conflictos es una circunstancia eminentemente política, la existencia de un gobierno consagrado con el voto de los trabajadores. Este hecho tiene dos importantes consecuencias. Por un lado, crea un nuevo espacio polí-

tico para la expresión de la protesta, debido al cambio en la composición de los intereses sociales representados en el gobierno. Por otro, desencadena un movimiento reivindicativo que busca reeditar en el plano de la experiencia de trabajo el triunfo político conseguido en las urnas. Ahora como entonces, *la proliferación de los conflictos refleja la voluntad de los trabajadores de explotar las nuevas condiciones políticas abiertas por la victoria electoral para modificar en su beneficio las relaciones de poder en la fábrica y la sociedad.* Como se desprende de la mayoría de los conflictos ocurridos desde el 25 de mayo, son los trabajadores los que toman la iniciativa y se declaran en huelga: estamos pues, como en 1946, ante un movimiento de ofensiva de la clase y no ante una respuesta defensiva frente al empeoramiento de la situación económica o una súbita agresión de la patronal capitalista. Retomar este impulso de abajo y dirigirlos, es decir, explicitar sus objetivos, calibrar su ritmo en función de la coyuntura, calcular los recursos organizativos y evaluar las fuerzas en presencia, asignarle, en fin, una perspectiva estratégica es la tarea presente de los grupos y direcciones revolucionarias de la clase obrera peronista. Para encararla es necesario conquistar posiciones menos precarias que las actuales, lograr una implantación mayor dentro de la clase, lo cual requiere, a su vez, un análisis permanente de la problemática que pone en juego los conflictos del trabajo.

II.

¿Existe alguna tendencia recurrente en los conflictos actuales? ¿Un eje que concentre la movilización de los trabajadores estimulada por la coyuntura política? Creemos que sí, que hay una confluencia entre las distintas huelgas y paros que se declaran en las fábricas y talleres y que ésta se da alrededor de *la búsqueda del control* sobre: a) las organizaciones de la clase y b) las condiciones bajo la que es erogada la fuerza de trabajo. Hablar de control obrero en la Argentina con referencia a la voluntad que anima las luchas obreras no supone afirmar la existencia de un movimiento hoy utópico hacia la autogestión política y económica de los trabajadores. Bajo dicha consigna se quiere, en cambio, designar la dirección ideal de las luchas antiburocráticas y los conflictos suscitados en torno a las condiciones de trabajo en las empresas, privilegiando en un caso y en otro lo que significan como recuperación y reafirmación del poder autónomo de la clase. ¿Qué implica la impugnación de las direcciones sindicales burocráticas y su reemplazo por delegados elegidos por las bases sino la reapropiación del control de la clase obrera sobre sí misma, es decir, sobre los órganos a través de los que se expresa y organiza? ¿Qué implica el cuestionamiento de los ritmos de producción, las calificaciones, la salubridad y la protección, el despotismo de los jefes y capataces sino la reclamación de un control por parte de los trabajadores de las condiciones bajo las que es erogada la fuerza de trabajo y un freno a las facultades arbitrarias de la gerencia empresarial? Combinadas o separadas, estas dos manifestaciones de la lucha por el control

obrero explican la mayoría de los conflictos declarados a partir del 25 de mayo, algunos de los cuales examinamos a continuación:

Astarsa, mayo, el astillero más grande de la ribera norte entra en conflicto: un grave accidente de trabajo, que habrá de costar una vida obrera, desnuda las intolerables condiciones de trabajo y las deficiencias del sistema de seguridad. Los trabajadores espontáneamente se autoconvocan en asamblea y reclaman la destitución del equipo técnico encargado de la seguridad. Comienza el trámite legal del conflicto, con la intervención de las autoridades de trabajo y el Sindicato de Obreros de la Industria Naval. Los trabajadores, en estado de asamblea, aprovechan para afianzar su unidad organizativa: es que dentro de la empresa conviven dos representaciones, el Sindicato de Obreros de la Industria Naval y la Unión Obrera Metalúrgica, cada una con su cuerpo de delegados y su propio convenio. El conflicto había terminado con esta situación artificial creada por el permanente propósito de los patrones de disminuir el poder de contratación obrero, y revelado la comunidad de intereses que existía por encima de los encuadramientos corporativos. Mientras los trabajadores gestaban las nuevas bases organizativas se conocieron al mismo tiempo la muerte del accidentado y la intimación oficial a concluir las medidas de fuerza bajo la promesa de la destitución del equipo de seguridad. A la indignación se sumó la desconfianza: en reiteradas ocasiones los dictámenes favorables de las autoridades habían quedado en los papeles, debido al dominio absoluto de los patrones en la vida del astillero. El movimiento de unificación, articulado sobre los delegados y activistas surgidos en la lucha, decide la ocupación de la empresa y la retención de funcionarios como rehenes: el pliego de reivindicaciones que levanta el comité de ocupación es ahora más preciso y no sólo pide el despido del equipo técnico cuestionado sino que reclama el control obrero de la seguridad y la salubridad del astillero. El conflicto de *Astarse* muestra cómo la movilización obrera contribuye a hacer desaparecer sus fragmentaciones internas y fusiona en un mismo movimiento el logro de la unidad organizativa por abajo con la búsqueda de un mayor poder en la empresa.

Complejo vial Zárate-Brazo Largo, junio-julio, los 2.000 trabajadores de la construcción ocupados en las obras del puente que unirá a la Mesopotamia se reúnen el 15 de junio, destituyen a la comisión interna y nombran nuevos delegados, terminando así con un aparato sindical corrupto (coimas para conseguir empleo, fuertes descuentos y carencia de obras sociales). La burocracia del gremio de los albañiles se ha sostenido siempre sobre la base de las dificultades que una modalidad de trabajo ocasional y dispersa crea a los movimientos de oposición interna. Cuando se concentran los trabajos en obras de envergadura surge la posibilidad de vínculos solidarios y estables, gracias a los cuales, como en la experiencia del Chocón (1970), se organizan luchas por la democratización de los órganos de base. Los nuevos delegados nombrados por los obreros de Zárate y Campana buscaron legalizar su representación ante el sindicato y consiguieron que las autoridades nacionales prometieran

reconocer la comisión interna remplazante y nombrara un interventor de confianza en la seccional de la región. En realidad, la promesa de los sucesores de Rogelio Coria fue sólo un atajo ante la ofensiva de los trabajadores: la decisión fue otra y consintió en dividir en dos la seccional de Zárate-Campana, nombrando en la primera al dirigente cuestionado y en la segunda a un hombre de su camarilla. Al saberse la noticia se ocupan las obras pero luego de 48 horas se levanta la medida, para comenzar las negociaciones que culminan días más tarde con la resolución de mantener en firme la división de la seccional Zárate-Campana y llamar a elecciones para legalizar la nueva Comisión interna del complejo vial; la victoria es parcial, la burocracia no cede el control de la seccional, pero los trabajadores consiguen, presbicitando a los miembros de la comisión interna provisoria elegir ellos mismos a quienes serán sus representantes inmediatos ante los patrones. La democracia de base triunfa como en Zárate-Brazo Largo cuando se rompe el aislamiento y la inestabilidad y los obreros consiguen tomar conciencia de sus propias fuerzas. *Molinos Río de la Plata*, junio-agosto, la fábrica de productos alimenticios del Grupo Bunge y Born, situada en Avellaneda, es ocupada el 15 de junio: los trabajadores, al margen de los delegados y el sindicato de aceiteros, levantan una lista de reivindicaciones que incluyen: 1) medidas de seguridad; 2) reconocimiento de la insalubridad de determinadas tareas; 3) instalación de un comedor; 4) apertura de un consultorio médico en la planta. Paralelamente al petitorio, los trabajadores obligan a los delegados a presentar sus renuncias ante la asamblea general reunida en la fábrica tomada. Ante la promesa tanto del sindicato como de la empresa de satisfacer sus reclamaciones se produce la desocupación al día siguiente. Sin embargo, ni el primero convoca a elecciones de delegados ni Molinos accede al mejoramiento de las condiciones de trabajo. En agosto son sancionados 12 trabajadores por negarse a realizar horas extras un día domingo: una asamblea general es la respuesta y se decide una nueva ocupación de la planta, que continúa en funcionamiento a pesar de la ausencia de los jefes y los supervisores. En los dos meses el activismo obrero había aumentado y las reivindicaciones incluían también la participación en el control de la calidad y los precios de los artículos de la empresa, en consonancia con la política de precios máximos fijada por el gobierno, y el control de los ritmos y los premios de producción. Al cabo de dos días la fábrica es normalizada, ahora es el Ministerio de Trabajo el garante de las reivindicaciones de los trabajadores ante la empresa y el sindicato. La progresión del conflicto ilustra cómo se van sumando una a otra las diversas demandas hasta consolidarse en una plataforma única que gira en torno al eje dominante del control obrero.

General Motors junio-noviembre, la fábrica de automotores, quinta entre las empresas de capital privado del país, planta de Barracas, sector de montaje de vehículos especiales (pick-up, camiones). En el mes de junio la empresa intenta imponer en una de las líneas un nuevo estándar: se pasa de 71 rodados por turno a 80. La resistencia obrera no se arma

inmediatamente; durante algún tiempo los nuevos ritmos no se cumplen, pero no se recurre a medidas de fuerza. Luego, frente a la creciente presión patronal los obreros retiran la colaboración y se niegan a trabajar horas extras. Más tarde se realizan paros parciales. La organización y la unidad de la línea de montaje fue aumentando y a través de los delegados comenzó el control de los niveles de producción y la fijación de toques máximos que, por supuesto, estaban por debajo de los estándares de la empresa. El conflicto llegó al climax cuando un equipo técnico intentó romper los toques máximos enganchar nuevos rodados: los delegados iban detrás desenganchándolos. Un escribano que acompañaba a los técnicos levantó un acta que acusaba a los delegados obreros de boicot a la producción, y al día siguiente los 32 trabajadores que integraban la comisión interna y el cuerpo de delegados fueron despedidos. El Ministerio de Trabajo interviene en ese momento y decreta la conciliación obligatoria. Las negociaciones son duras, ninguna de las partes cede: General Motors ratificó los despidos y SMATA, el sindicato de la industria del automóvil, decretó la huelga indefinida en las plantas de la empresa. El juego de presiones finalmente se inclinó por los trabajadores y el Ministerio intimó a la empresa a dejar sin efecto los despidos, a pagar el 50% de los salarios caídos y a permitir la fiscalización de los nuevos ritmos por funcionarios técnicos oficiales. Reanudada la producción, dichos funcionarios comprobaron la imposibilidad de aplicar los estándares de la empresa en 12 de las 16 operaciones de la línea. Luego de los conflictos de 1962, 64, 66, 69 y 71, que significaron la pérdida de salarios y el debilitamiento de la organización gremial de la empresa, se conseguía la primera victoria obrera en General Motors.

Philips, noviembre, la fábrica de artefactos eléctricos de capitales holandeses y el lugar de origen gremial de quien fuera el máximo líder metalúrgico, Augusto Timoteo Vandor. El 22 se lleva a cabo un paro de cincuenta minutos en un sector de la planta, el cuarto y quinto piso, donde los trabajadores dan a conocer un petitorio dirigido a la comisión interna para que reclame ante la empresa; 1) la reducción de la jornada de trabajo a ocho horas cuarenta y cinco minutos, según ley; 2) la elevación del premio de producción del 40 al 50%; 3) la solución de graves problemas de insalubridad y 4) que no se tomen represalias. La decisión era insólita, no tenía antecedentes en el pasado inmediato y el clima represivo de la empresa era disuasivo. La comisión interna, el órgano más próximo de los trabajadores era allí el órgano más alejado: hacía siete años que sus miembros se eternizaban en los cargos, en una complicidad permanente con la gerencia. Como era su costumbre, desoyeron las reivindicaciones. El 29 de noviembre los trabajadores vuelven a la carga y mediante un volante insisten en su petitorio pero resuelven además: 1) formar comisiones de todas las secciones elegidas democráticamente, pero que a corto plazo se unifiquen para encarar y llevar adelante el petitorio firmado y ampliado al resto de la fábrica; 2) exigir a la comisión interna que dé inmediatamente elecciones de delegados y comisión interna. A la ofensiva de los trabajadores del cuarto y quinto

piso la comisión interna responde buscando apoyos en las oficinas centrales de la poderosa Unión Obrera Metalúrgica y uno de los jefes nacionales viene a la empresa. La maniobra habitual se puso en práctica: y luego de las conversaciones con el dirigente metalúrgico la gerencia despide a uno de los activistas. Contra lo esperado, esta vez la solidaridad obrera se impuso y el 5 de diciembre se realiza un paro de protesta. Los trabajadores habían decidido terminar con los siete años de inactividad y sometimiento, con los siete años de impunidad de la comisión interna y exigían su renuncia y el cumplimiento de las reivindicaciones. Ante la unidad y firmeza de las bases, la empresa y la UOM debieron transar, aceptando desconocer a la comisión provisoria y nombrando una comisión provisoria integrada por dos delegados por sección. La experiencia de Philips es paradigmática: movilizándose a partir de sus reivindicaciones y combatiendo por ellos, los trabajadores se encuentran con el dique que les oponen las burocracias sindicales y terminan enfrentándose con ellas para conquistar la capacidad de negociar, desde sus posiciones de clase, con los patrones.

III

Sobre la lucha antiburocrática. Cuando se habla de la lucha antiburocrática no se plantea la necesidad de dismantelar las organizaciones complejas, buscando poner fin a toda forma de delegación de representación y de poder, en cuerpos especializados y profesionales para regresar así, como lo querría una suerte de anarquismo primitivo, a una democracia directa en la que cada sujeto fuera al mismo tiempo el mandante y el mandatario de sí mismo. Por lo tanto, no se objeta el alcance de la lucha antiburocrática argumentando, como se lo hace a veces, acerca de la indispensabilidad de la burocracia en tanto ésta constituye la forma de organización racionalmente más adecuada para el logro eficiente de fines colectivos, como son los que persigue el sindicato. El movimiento obrero ha reconocido históricamente en su desarrollo esta exigencia. A medida que aumentó el número de trabajadores sindicalizados, que se diversificaron las funciones profesionales y asistenciales de los gremios, que se impuso la coordinación de la negociación colectiva a nivel nacional frente al estado y las centrales empresarias, los sindicatos adoptaron una estructura interna *burocrática*: los contactos informales y los dirigentes militantes fueron reemplazados por reglas formales de funcionamiento y mando y por los funcionarios sindicales full-time. Cuando se habla de la lucha antiburocrática se sostiene, en rigor, la necesidad de contrastar la tendencia de dichos funcionarios sindicales a sofocar la democracia dentro de los sindicatos y a incautarse para sus fines privados la organización creada por los trabajadores. La cuestión se plantea ahora en otros términos: ¿se trata acaso de una tendencia reversible o, por el contrario, del mismo modo que se impone progresivamente la exigencia de la *burocracia* existe una ley inevitable que lleva a la formación de oligarquías en

las organizaciones grandes y complejas, como los sindicatos contemporáneos? Destacando la abrumadora evidencia disponible, frecuentemente se escoge la segunda alternativa y se clausura el problema de la democracia sindical, declarando incluso su falta de pertinencia: el objetivo de la actividad sindical sería proteger y mejorar las condiciones de vida de los afiliados y no proveer a los trabajadores un ejercicio de "auto-gobierno". El realismo con el que se termina aceptando "la lección de los hechos" encubre, sin embargo, un verdadero temor a la democracia de bases, en la que los abogados de la ley de hierro de la oligarquía suelen ver sobre todo una amenaza para "el liderazgo responsable" (frente a los valores de la sociedad capitalista). En realidad, no existe una conexión lógica entre el tamaño y la complejidad de las organizaciones y el funcionamiento de su vida democrática. El hecho que se observe en los sindicatos una tendencia hacia la oligarquización y a la falta de democracia interna no debe atribuirse a las necesidades ciegas de las grandes organizaciones sino *al contexto social y político dentro del que operan*. Es la sociedad capitalista la que produce y reproduce dichos fenómenos en los sindicatos, para convertirlos de órganos creados por los trabajadores para servir a sus fines colectivos en agencias estabilizadoras de su sistema de dominio. ¿Cuáles son los mecanismos de los que se vale para consumir esta empresa? Varios, pero el principal de ellos se ajusta al postulado siguiente: la facilidad con la que una oligarquía puede controlar una organización varía en función del grado en que los afiliados intervienen en sus asuntos internos. Todo se trata entonces de desmovilizar a la clase, desalentando la participación sindical, transformando al sindicato en una oficina de servicios, llevando al trabajador a aceptar como natural la división de papeles entre los funcionarios especializados y las bases, "ellos sabrán, por algo son dirigentes", es decir, disminuyendo la publicidad de los actos de gobierno y concentrando los recursos y habilidades de mando en pocos hombres, privatizando las preocupaciones obreras "de casa al trabajo y del trabajo a casa", generando en fin la apatía. De este modo, el lugar político que llegan a ocupar los funcionarios sindicales frente a los trabajadores es un lugar *cedido* por ellos mismos. Ante un fenómeno semejante, el monopolio de los procedimientos de acceso y mantenimiento de las posiciones en la administración de los sindicatos por parte de dichos funcionarios pasa a segundo plano como explicación de las oligarquías sindicales. El respaldo más importante de los burócratas sindicales no reside en las bandas de matones, la corrupción del dinero, los fraudes electorales, la complicidad de las leyes y las disposiciones del Ministerio de Trabajo: está en el trabajador que paga regularmente la cuota sindical, que una vez cada cuatro años se interesa por la vida del gremio y vota en sus elecciones, que no asiste a las asambleas o si lo hace asiente rutinariamente a las propuestas de la dirección, que, finalmente, acata en forma pasiva la gestión de los asuntos sindicales por parte de los funcionarios profesionales y renuncia a toda exigencia de participación y control. Esta es la relación entre el trabajador y su sindicato que normalmente produce la sociedad capitalista, éste es el mecanismo mediante el que se enerva la vida democrática

de los sindicatos y se consolidan las oligarquías sindicales. ¿Qué importancia tiene todo esto para la lucha antiburocrática? Cuando se plantea la lucha antiburocrática se tiende a caracterizar a la burocracia sindical y al lugar político que ocupa en el movimiento obrero como un fenómeno *artificial* a la dinámica propia de la clase, que ha sido posible gracias a la concentración por unos pocos de los recursos para acceder y mantenerse en las funciones de gobierno de los sindicatos. Consecuentemente, se sostiene que (1) la burocracia sindical no "representa" a las bases y (2) que la democratización de los sindicatos acabaría con ella, del mismo modo como se expulsa un cuerpo extraño de un organismo sano. En realidad, la cuestión es más compleja y, como hemos querido destacarlo, no son factores exclusivamente políticos (el monopolio del poder interno) sino también y principalmente factores sociales (la desmovilización de la clase) los que explican la formación de las oligarquías sindicales. Lo que lleva a la necesidad de redefinir el concepto político de burocracia sindical, complementando el más corriente que acentúa el control unilateral de los recursos políticos (institucionales y coercitivos) con otro adonde tenga cabida además una clase obrera desmovilizada como portadora de la relación de subordinación que establece la burocracia; un concepto, en fin, que la identifique como fenómeno *constitutivo* de la dinámica propia de la clase obrera en el interior del capitalismo. Vista desde esta perspectiva, la burocracia sindical puede llegar a ser "representativa" de las bases, en tanto que expresión política inerte de una clase replegada sobre sí misma. Porque la representación no involucra necesariamente el consenso activo de los representados: quien no se opone concede. Las instituciones del capitalismo se sostiene menos por la adhesión que son capaces de suscitar que por la apatía generalizada que el sistema genera como fuente de dominación. Por ello, la democratización de los sindicatos no supone, de hecho, el fin de las oligarquías sindicales. Las garantías democráticas sólo funcionan si las bases quieren que funcionen y las bases pueden no ser los sujetos alertas y críticos que reclama la democracia. La clase obrera no está encapsulada dentro de una supuesta inocencia revolucionaria sino que es condicionada por un clima ideológico que presiona constantemente hacia el retraimiento político y la privatización de los intereses. La clave de la lucha antiburocrática se encuentra entonces en la reversión de dicha influencia disgregadora, en el desarrollo de la capacidad de reivindicación obrera. Qué mejor ilustración de ello que las luchas obreras que se desencadenan después del cordobazo, se intensifican con la victoria electoral del 11 de marzo y hoy conmueven los bastiones de la burocracia sindical. Al levantarse contra el capataz o el patrón en la fábrica, los trabajadores dejan de ser manipulables, comienzan a organizarse en primera persona y estalla si un proceso en el que *las demandas del trabajo y el cuestionamiento antiburocrático se funden en un solo momento de recuperación y reafirmación del poder obrero*. El problema político de la burocracia sindical se liga pues indisolublemente con la autonomía reivindicativa de la clase y convoca a una campaña por la democracia sindical, que sólo puede ser concebida como lucha contra la desmovilización obrera.

IV

Sobre el control de las condiciones de trabajo. La lucha en torno a las condiciones de trabajo ha estado tradicionalmente ausente del pliego de reivindicaciones del sindicalismo argentino posterior a 1955. Los convenios laborales se detienen prudentemente ante los portones de las empresas: a partir de allí reina el arbitrio del capital, reflejado a la vez en las decisiones unilaterales de una gerencia impersonal y remota y en el despotismo directo y cotidiano de los capataces. Este vacío reivindicativo, compartido sin excepciones por conciliadores y combativos, no ha sido independiente, sin duda, de las características de la evolución económica durante el período: la inflación persistente, las recesiones periódicas, las regresivas políticas de ingresos llevaron a concentrar la atención del sindicato particularmente sobre los salarios y, en medida variable, sobre la defensa del empleo. La consecuencia de esta actitud es que las luchas de los sindicatos raramente tienen como objetivo los problemas relativos a las condiciones de trabajo. Sin embargo, el enorme espacio que disponen los patrones para determinar las formas bajo las que es erogada la fuerza de trabajo no es sólo el producto de las limitaciones de la plataforma sindical. Más específicamente, también es el resultado de la atrofia y la desaparición de las instituciones del control obrero vigentes durante 1946-1955. En efecto, paralelamente a la redistribución del ingreso y al reforzamiento de los órganos contractuales del mercado de trabajo, el peronismo concedió a los trabajadores una gravitación inédita y extendida dentro de las empresas, mediante la multiplicación de las comisiones internas de reclamos y la reglamentación de las condiciones de trabajo por convenio. Se dio así la experiencia históricamente infrecuente de una clase obrera joven, todavía en formación como era aquella que afluyó a las fábricas y talleres en los años cuarenta, que llegaba a ocupar posiciones de control realmente excepcionales. Ciertamente, el origen de ese control no estaba en sus luchas y no se trataba, por lo tanto, de una conquista de la clase; antes bien, constituía una inversión política altamente rentable que hacía el liderazgo populista con un bajo costo social debido a la prosperidad general de la economía y al proteccionismo que amparaba la industria. *No obstante, el poder en manos de los trabajadores fue ejercido y condicionó objetivamente el proceso capitalista.* Hasta el punto que, durante el congreso de la Productividad realizado en marzo de 1955, se convirtió en el blanco del ataque del jefe de la central empresaria, José Gelbard, quien interpretó la resistencia de los patrones a la intromisión obrera al afirmar que "Cuando se dirige la mirada hacia la posición que asumen las comisiones internas sindicales, que alteran el concepto de que es misión del obrero dar un día de trabajo honesto por una paga justa, no resulta exagerado, dentro de los conceptos que hoy prevalecen, pedir que ellos contribuyan a consolidar el desenvolvimiento normal de la empresa y a la marcha de la productividad. Tampoco es aceptable que, por ningún motivo, el delegado obrero toque un silbato y la fábrica se paralice". Precisamente, data de esa época el comienzo de la escalada contra las instituciones del

control obrero, escalada que integra con la negociación de los contratos petroleros, la ley de inversiones extranjeras y la autorización de la radiación de Kaiser-Córdoba, el cambio de los precios relativos internos en favor del agro, la política antiinflacionaria y la solicitud de créditos a la banca internacional un mismo movimiento de restructuración del modelo de desarrollo seguido desde los años cuarenta que, para entonces, había agotado su ciclo expansivo. Jaqueada por la penuria de los abastecimientos externos de insumos y materias primas y por la obsolescencia del parque de maquinarias, la industria dirigió la mira de los cambios hacia una nueva política de productividad, en rigor, hacia la intensificación de la explotación de la fuerza de trabajo. Pero, ¿cómo llevar a la práctica esta política sin desafiar el control obrero, sin transgredir las cláusulas contractuales? La burguesía apeló entonces a las reservas políticas, ya exhaustas, de la colaboración de clases, y el gobierno reunió a pocos meses de su caída a la CGT y la CGE en el Congreso de la Productividad para forzar un nuevo trato en las empresas. Las sesiones del congreso se dedicaron a exaltar las maravillas del taylorismo y del *management* moderno, y significaron el descubrimiento de la eficiencia capitalista para una clase empresaria que se había desarrollado a espaldas de ella, sobreprotegida por el estado y vigilada por los delegados obreros. Los cuantiosos beneficios que la organización científica del trabajo prometía quedaron, sin embargo, en los papeles porque los sindicatos no firmaron los nuevos convenios y el señor Gelbard debió contentarse con una declaración simbólica sobre la indivisibilidad de las facultades de la gerencia empresaria. La restructuración del modelo de desarrollo iniciada por el gobierno peronista progresaba en todos los frentes: sólo se atascó en éste, en el de las instituciones del control obrero, y debió producirse el golpe de setiembre para que, la burguesía, sin intermediaciones innecesarias, completara el giro político y dismantelara la última línea de resistencia. Entre 1956-57 comienzan a firmarse los nuevos contratos que eliminan las cláusulas restrictivas para la política de productividad capitalista y devuelven a los patrones la libre disponibilidad de la fuerza de trabajo. Gracias a ellos, se lleva a la práctica la reorganización de los sistemas de trabajo y se introducen los métodos de *job evaluation*, el cronómetro de los ritmos de producción, las remuneraciones por rendimiento, en fin, la variedad de técnicas que contribuyen a una más intensiva y "científica" explotación de la fuerza de trabajo. Paralelamente, puesto que la gerencia ha recuperado la soberanía de sus facultades autoritarias y la negociación colectiva ha sido expulsada de las empresas, los organismos creados para garantizar el control de las condiciones de trabajo, las comisiones internas y los delegados obreros, comienzan a languidecer; recortadas drásticamente sus atribuciones, sobreviven como tuteladas casi siempre nominales de los convenios nacionales de actividad, acosados por las invitaciones a la corrupción y por las amenazas de represión. Los trabajadores ingresaron, así, manipulados en las fábricas y proscritos en la sociedad, a los 18 años de explotación, expropiaciones y exilio. ¿Qué significa la multiplicación de los conflictos laborales después de 25 de mayo sino la tentativa de prolongar hasta las empresas las

modificaciones de relaciones de poder ocurridas en la arena política ?
¿Qué persiguen los trabajadores sino es la recuperación del control que se poseía en el lugar de trabajo durante el primer ciclo peronista? Las luchas por el control obrero reciben, de este modo, por la experiencia que las precede y el contexto donde se desarrollan, la victoria electoral del 11 de marzo, una connotación política que no tienen generalmente bajo el capitalismo. Tal como han sido teorizadas y descritas en experiencias concretas, las luchas por el control obrero expresan un grado avanzado de conciencia de clase, se dan entre obreros altamente calificados o profesionales, en sectores de actividad tecnológicamente modernos y están asociadas con un proyecto implícito o no de reorganización de la gestión productiva en nombre del socialismo. Según se manifiestan en la Argentina las luchas por el control obrero hacen referencia a instituciones que han sido patrimonio de toda la clase, y remiten más a derechos sociales que se han poseído que a una sociedad por venir. Cómo fusionar la consigna de autonomía obrera con la tradición de nuestro movimiento obrero, cómo ligar la propuesta de valores anticapitalistas con la experiencia de la clase obrera peronista ha sido una problemática constante de la izquierda argentina, la que marca sus posibilidades y sus límites de eficacia política. Las luchas por el control obrero, luchas sociales y luchas políticas al mismo tiempo, constituyen un terreno para entablar ese diálogo, para comenzar a construir el camino nacional hacia el socialismo.

Pedro Aguirre

La reforma de la Ley de Asociaciones Profesionales

El marco legal que rige la existencia y el funcionamiento de los sindicatos se encuentra en discusión. Un primer proyecto de reforma de la ley 14.455 fue elaborado en la CGT y, posteriormente, presentado al poder ejecutivo, dio lugar a una nueva versión que, con el respaldo oficial, ha entrado al parlamento. Ambos proyectos no tuvieron una difusión adecuada y, salvo algunos lineamientos generales, no han sido publicados en la prensa. El debate planteado en torno a ellos se basaba fundamentalmente en trascendidos, y la opinión pública carecía de elementos para una evaluación de las modificaciones propuestas a la ley de asociaciones profesionales. Paralelamente al sigilo con que se ha tramitado el proyecto que presurosamente hoy se intenta hacer aprobar por el parlamento, se ha insistido desde las autoridades de la central obrera sobre la importancia del nuevo instrumento legal para la vida del movimiento obrero organizado. De este modo, estamos ante la inminencia de una profunda revisión de las estructuras sindicales, pero también frente a la realización de una de las más grandes operaciones de la burocracia: la revisión del encuadramiento legal de los sindicatos hubiera justificado la convocatoria de una asamblea extraordinaria de la CGT para que, aún con los vicios que afectan el procedimiento para la elección de delegados, se suscitara una discusión que comprometiera las opiniones de las bases obreras. Como era previsible, esto no ha sucedido, tampoco se ha convocado al Comité Central Confederal para un análisis de la propuesta de la CGT, de modo que en los hechos los trabajadores habían de tomar conocimiento de la reforma de la ley por sus consecuencias, es decir, por la transformación de las normas de funcionamiento de sus organizaciones, sin haber tenido intervención alguna en el proceso de elaboración y formulación de las mismas.

Si todo el procedimiento se ha montado para excluir la posibilidad de controversias y eliminar las opiniones de las bases, entonces los intereses que esta reforma canaliza no son otros que los de la burocracia sindical. La reforma de la ley de asociaciones no responde a una exigencia del movimiento obrero sino que es el producto de las necesidades de

mantenimiento y reproducción de la burocracia sindical. La crítica y la denuncia del proyecto de reforma constituye una obligación militante de la izquierda. Toda norma descansa sobre un conflicto de intereses. ¿Cuál es el conflicto de intereses que moviliza la revisión del marco legal de los sindicatos? Más específicamente, ¿cuáles son los problemas que hoy enfrenta la burocracia y en nombre de los cuales se ha lanzado a esta operación de tan ambiciosos alcances? Puede afirmarse que la propuesta de la CGT es una respuesta a "la dura lección de los hechos" que ha extraído de la ofensiva antiburocrática que conmueve las organizaciones gremiales fundamentalmente desde el cordobazo. Porque el objetivo común que preside cada una de las modificaciones a la legislación vigente es reacondicionar las estructuras sindicales para impedir toda manifestación orgánica, es decir toda expresión a través de canales institucionales, al cuestionamiento en acto de las direcciones burocráticas. Mediante el nuevo estatuto legal se procura sofocar toda protesta, descabezar toda iniciativa, blindar los aparatos para resistir a pie firme el asalto de las bases obreras. La profundidad de las consecuencias de la nueva ley sobre la vida de los sindicatos nos dan una idea de la magnitud de la movilización que desde las jornadas de mayo de 1969 viene erosionando las fortalezas de la burocracia. En efecto, a partir del cordobazo puede fecharse la expansión de un movimiento dirigido contra las formas burocráticas de delegación de poder. El sistema de representación laboral, que en los hechos se comportaba como un sistema de expropiación de la voluntad de las bases obreras, comenzó a entrar en crisis: aquellas direcciones que habían sido soportadas con apatía y desmovilización entre 1955 y 1969, luego del cordobazo fueron activamente repudiadas y entre los trabajadores cundió la consigna de reasumir en primera persona la gestión de sus propias luchas. Los conflictos laborales por cuestiones de organización interna de los sindicatos se han multiplicado desde entonces y la oposición de intereses entre las burocracias y las bases ha hecho surgir una nueva dinámica en el movimiento obrero. Los diversos nucleamientos que existieron entre 1955 y 1969 eran más expresión de las divergencias tácticas que surgían entre los dirigentes sindicales nacionales que una respuesta a la presión de las bases: reflejaban sobre todo una política que tenía lugar en las alturas y de la que estaba ausente la participación de los trabajadores. Con la movilización obrera que prolonga el cuestionamiento del cordobazo las controversias en la cima del movimiento obrero van desapareciendo y las antiguas diferencias entre, por ejemplo, participacionistas, independientes, los 8, dialoguistas, dejan lugar a una unidad sin fisuras encaminada a defender el edificio burocrático. Los nucleamientos hoy día existentes recortan proyectos políticos opuestos y no disidencias coyunturales y el eje principal que los ordena es el conflicto entre una política desde las bases y una política desde los despachos burocráticos. Este conflicto de intereses y no otra cosa es el que está detrás de la reforma de la ley de asociaciones profesionales. Es lógico entonces que la oposición al proyecto de ley provenga fundamentalmente de las bases, de las agrupaciones de fábrica, de los sindicatos de empresa, de los organismos sindicales expropiados por los trabajadores

de las manos de la burocracia. Es lógico también que las movilizaciones obreras hayan estimulado un proceso de convergencia de los sectores más radicalizados del peronismo destinado a tener sin duda una enorme importancia política para la suerte futura del movimiento obrero. En tal sentido, el Plenario Sindical Peronista, convocado por la JTP y que contó con la participación del Peronismo de Base y de los gremios combativos, muestra una orientación justa en el largo camino que deberá recorrer la clase trabajadora argentina para conquistar su plena autonomía política y organizativa.

El comentario de las modificaciones contenidas en el proyecto de reforma tiene 3 partes: 1) los aspectos referidos a las estructuras sindicales; 2) los aspectos referidos a la vida interna de los sindicatos y 3) la relación entre las propuestas modificatorias con las exigencias políticas de la burocracia sindical.

I. ESTRUCTURA SINDICAL

En este apartado comentaremos aquellos artículos e incisos del proyecto modificatorio de la ley 14.455 que afectan la estructura sindical, es decir los criterios de constitución de cada organización y las relaciones que establezcan entre sí.

Como es sabido, existen en el sindicalismo argentino asociaciones que agrupan a trabajadores llamadas de primer grado o más comúnmente, *sindicatos* o *uniones*; asociaciones que agrupan a sindicatos llamados de segundo grado o *federaciones* y finalmente, asociaciones que agrupan a federaciones, es decir asociaciones de tercer grado. Esto sugiere la forma de una pirámide en cuya base están las asociaciones de primer grado, las federaciones en el estrato medio y la CGT en el vértice, como organismo máximo de los trabajadores. Esta arquitectura de las estructuras sindicales no es, sin embargo, la que se observa en realidad. La ra-

zón de ello es la coexistencia tanto de federaciones como de uniones como formas de articulación de los intereses profesionales a nivel nacional: uniones como la UOM, la Unión Ferroviaria, la Asociación Obrera Textil y federaciones como la Federación de la Carne y la Federación de Luz y Fuerza.

En otras palabras, en el sindicalismo argentino hay un conjunto de formas organizativas, dándose simultáneamente formas centralizadas como las uniones y formas descentralizadas como las federaciones. Porque en rigor, la principal diferencia entre estas entidades es el mayor o menor grado de centralización o concentración de los recursos en los organismos centrales nacionales. Mientras que a nivel local las uniones están constituidas por seccionales, con escasas atribuciones de representación, las federaciones lo están por sindicatos de primer grado con facultades para negociar en primera persona los intereses de los trabajadores. Se comprende entonces que el status

de la federación con respecto a los sindicatos que la conforman sea un status delegado y libremente concedido por los organismos de nivel local, que de acuerdo con la ley son titulares verdaderos de los recursos que hacen a la representación de los trabajadores. Distinta es la relación entre las direcciones de las uniones y sus seccionales: la comisión directiva puede definir y redefinir el ámbito de las seccionales, controlar los fondos, intervenir, etc., configurándose así una clara dependencia de carácter institucional a la vez que una verdadera concentración de los recursos en las autoridades centrales.

La estructura sindical se ha organizado alrededor de ambas formas; cabe preguntarnos ahora si el proyecto de reformas afecta en alguna medida esta situación. La respuesta es clara.

a) La desaparición de la entidad federativa

Las federaciones y sus sindicatos adheridos, en cuanto forma de articulación de la representación laboral no ofrece, a juicio de la burocracia, garantías contra el surgimiento de movimientos opositores. Como el nivel local puede ser accesible a la presión de las bases (mucho más de lo que lo son las direcciones nacionales), y los sindicatos pueden convertirse en sólidos bastiones de conducciones antiburocráticas, se trata entonces de despojarlos de atribuciones y de ampliar simultáneamente las facultades de las federaciones. El resultado buscado no es otro que la asimilación de la relación más descentralizada que existe entre las federaciones y sus sindicatos adheridos

a la forma unión-seccionales, que parece ser el paradigma organizativo más afín con los propósitos de mantenimiento y reproducción de la burocracia.

La operación mediante la que se quita autonomía de conducción a los sindicatos adheridos en beneficio de las federaciones se lleva a cabo a los artículos que veremos en detalle.

1) En el art. 34 del proyecto se introduce la novedad de facultar a las federaciones y confederaciones a intervenir a las asociaciones de grado inferior a ellas adheridas, si los estatutos consagran esa facultad (y como veremos más adelante, no les resultará difícil a las federaciones cambiar los estatutos si lo consideran necesario).

2) En el artículo 35 se faculta a federaciones y confederaciones a establecer contribuciones a los trabajadores agrupados en asociaciones de primer grado con destino a sí mismas. Aunque se impone el requisito de una asamblea o congreso de la asociación de grado superior, las organizaciones regionales pierden en parte el control de la corriente de fondos hacia arriba: a través de la retención empresaria, los fondos salen del afiliado y van a la organización nacional, sin pasar por la organización de base.

3) Una complicada vinculación de disposiciones termina de cerrar el círculo, al dejar en mano de las federaciones la capacidad de decidir sobre la existencia misma del sindicato adherido.

Dentro de las condiciones para otorgar personería gremial especificadas en el art. 23 se establece que, si en determinado ámbito de actividad, existiera previamente una federación sólo podrá otorgar-

se personería gremial a una entidad "si la entidad peticionante formara parte de la misma": es decir que el acto de adhesión que hasta ahora era una facultad del sindicato de primer grado, de la que podía disponer en uso de sus atribuciones, se convierte en un requisito para su constitución. De aquí resultan una serie de consecuencias en tanto intento de canalizar la sindicalización en el marco de las federaciones existentes; se estaría atendiendo a la evolución futura y no a replantear lo existente.

Sin embargo, combinado con otras disposiciones se convierte en un instrumento de sanción que contribuye a redefinir la relación federación-entidad adherida.

En el apartado VII donde se registran las causales de retiro de la personería gremial a una asociación profesional, se confirman los tres primeros incisos y se agrega uno (el "d") por el que se faculta al Poder Ejecutivo a cancelar una personería gremial ante "la desaparición de las condiciones legalmente requeridas para su otorgamiento". Veámoslo funcionando: supongamos que una asociación de primer grado rompa el vínculo que la liga a la federación como lo establece el art. 14 inciso (d) del proyecto ("será privativo de las asambleas o congresos: aprobar la adhesión a asociaciones de grado superior y disponer la desafiliación respecto de las mismas").

En ese caso sería un sindicato de primer grado con personería gremial al margen de la federación, existiendo autónomamente respecto a la entidad de segundo grado. Ahora bien, una entidad gremial en esas condiciones, pero sin personería gremial, no podría obte-

nerla de acuerdo al proyecto. ¿Cuál es entonces la situación de nuestro sindicato con personería gremial separado de la Federación? Sencillamente, "han desaparecido las condiciones legales requeridas para el otorgamiento" de su personería; situación que como vemos cae dentro de las que facultan al estado a cancelar la personería gremial a cualquier sindicato. Por otra parte nos encontramos ante el extraño caso de que al ejercer una facultad especialmente reconocida a las asociaciones profesionales con personería gremial, se pierde dicha personería. La asociación profesional queda autorizada a adherirse o desafiliarse, pero si se desafilia, pierde la personería.

Es decir que las federaciones adquieren ahora poder para decidir el acceso o la exclusión a la condición misma de sindicato. Sólo con la conformidad de la federación puede una entidad acceder al status legal de las asociaciones profesionales con personería gremial. La desafiliación, por otra parte, de cualquier entidad adherida es el preámbulo para la cancelación de su personería, lo que significa que la federación tiene una permanente espada de Damocles sobre todo sindicato adherido.

Podemos retomar ahora la comparación que establecimos al comienzo entre uniones (autonomía escasa o nula de las secciones) y federaciones (mayor autonomía de las seccionales). ¿Cuál sería la situación ante la sanción del proyecto propuesto? La relación federación-entidad adherida ha cambiado: la federación puede intervenir a las entidades adheridas, dispone

recaudaciones de sus afiliados, dispone del derecho mismo a su existencia como sindicato. Se han borrado por lo tanto las diferencias entre las seccionales (simples entidades administrativas a disposición de las direcciones nacionales de las uniones) y las entidades con personería gremial adheridas a federaciones.

Puede extraerse entonces una primera conclusión de gran trascendencia para la estructura sindical argentina: el proyecto significa en la práctica la muerte de la entidad federativa; en adelante en nuestro sindicalismo sólo podrán existir organizaciones del tipo de las "uniones".

Para poder apreciar la profunda incidencia de las modificaciones propuestas en la estructura sindical es necesario recordar que *estos sindicatos adheridos constituyen la mayoría de las asociaciones profesionales existentes, quizás un 70% de los sindicatos argentinos. Estas entidades son, de acuerdo al proyecto, vaciadas de su capacidad de decisión y autonomía y retroceden en los hechos a su estado anterior de filiales o seccionales sin personería gremial.*

b) Tipos de sindicatos amenazados

Veamos en detalle las modificaciones propuestas para otorgar personería gremial, pues cada una de ellas en realidad hace desaparecer condiciones legales (las modificadas) y el tipo de asociación de que se trate queda expuesto a perder su personería a discreción del Ejecutivo.

1) Sindicato de oficio, profesión o categoría

El art. 21 señala que: "Cuando la asociación profesional de trabajadores con personería gremial preexistente invista al futura de "unión o sindicato de actividad" y la peticionante de personería hubiera adoptado la forma de "sindicato de oficio, profesión o categoría", dicha personería solamente podrá concederse si existieran intereses profesionales integralmente diferenciados de los de la actividad como para justificar una representación específica y siempre que la unión o sindicato preexistente no comprenda en su personería la presentación de dichos trabajadores y se cumplieren los requisitos exigidos por el art. 18."

Si se tiene en cuenta que casi siempre es posible demostrar la presencia de una asociación profesional preexistente, que la representación anteriormente acordada suele ser lo suficientemente vaga y comprensiva para demostrar que incluía la representación de la categoría de que se trate, que, por si algo faltara, se requiere probar la existencia de intereses profesionales *integralmente* diferenciados para justificar la representación específica, es claro que resultará prácticamente imposible acceder a una representación según categoría u oficio.

Pero lo que parece ser una modificación de los criterios para otorgar personería gremial de aquí en adelante, para el futuro, es en realidad, por lo que hemos visto, un *condicionamiento de la legalidad de los sindicatos de oficios o categorías existentes*. Todos ellos quedan a disposición del Poder Ejecutivo que en cualquier momento puede descubrir que han desaparecido las condiciones, y can-

celarles la personería. Sindicatos de empleados, de técnicos de personal jerárquico, de oficios varios, de profesionales. Situación agravada porque como la entidad preexistente es un sindicato de primer grado, no lo puede incorporar como sindicato adherido como hipotéticamente podría hacerlo una federación; es decir, no hay negociación posible a ese nivel.

2) Sindicato de empresa

El tema de los sindicatos de empresa es uno de los más confusos y contradictorios del proyecto y tan plagado de ambigüedades que nos resistimos a creer sea la forma definitiva del proyecto.

El art. 22 afirma que: "Sólo podrá otorgarse personería a un sindicato de empresa, establecimiento o explotación, cuando no existiere en la respectiva actividad una asociación profesional de primer grado, unión o de segundo grado, con personería gremial". Con la limitación que introduce el art. 24, ya que la personería gremial podrá ser otorgada "cuando mediare el consentimiento expreso de la asociación profesional con personería gremial preexistente". Pero las disposiciones transitorias del proyecto de ley hacen tabla rasa, con estas previsiones al afirmar que "las personerías de las asociaciones profesionales de trabajadores de empresa, explotación o establecimiento vigentes a la fecha de la sanción de la presente ley, se mantendrán en vigor por el término de 120 días a partir de dicha fecha". Lo increíble aquí es que una disposición transitoria de la ley anula las disposiciones de la propia ley: se reconoce el carácter

legal de los sindicatos de empresa en el art. 3 y se los elimina en las disposiciones transitorias.

El proyecto original de la ley de la CGT, modificado por el Ejecutivo, era más coherente: se "olvidaba" citar entre las asociaciones profesionales reconocidas a los sindicatos de empresa, lo que, explicablemente, obligaba a una disposición transitoria que diera tiempo a los existentes a adaptarse a la ley. En cambio, el proyecto viene a decir: a) se reconoce el carácter legal de los sindicatos de empresa; b) a los sindicatos de empresa existentes se les da 120 días para desaparecer. Por eso decíamos que nos resistíamos a creer que esto sea el texto definitivo del proyecto.

La pregunta sobre las consecuencias posibles de estas disposiciones sobre la estructura sindical parece difícil de contestar. Para tratar de encontrar alguna guía: en un primer caso, sobreviven sólo los que puedan adherirse como cualquier otro sindicato; en un segundo caso, (considerando las Disposiciones Transitorias), los sindicatos de empresa deberían desaparecer y esto abre naturalmente gruesos interrogantes sobre la representación laboral en ciertas actividades que está prácticamente basada en sindicatos de empresa. Es el caso de los trabajadores de la carne y del azúcar, tradicionalmente agremiados en sindicatos por frigoríficos o ingenios y que se agrupan después en una federación que los representa.

3) Sindicatos por actividad de carácter local

Ya hemos tratado el caso de es-

tos sindicatos si existiera en la actividad una federación.

También el art. 23 se ocupa de este tipo de sindicatos cuando en la actividad existen uniones: "Cuando la asociación peticionante revistiera el carácter de sindicato de primer grado y pretendiera la personería para representar a la actividad en una determinada zona, no podrá concedérsele si existiera otra asociación profesional de igual grado o una Unión, facultada para representar a la misma actividad en un ámbito territorial considerablemente mayor, comprensivo de dicha zona."

Esto da pie naturalmente para el reclamo de entidades que nunca han cubierto la representación de zonas de actuación formalmente otorgadas en su origen y arroja una sombra de ilegalidad sobre las entidades que han surgido en distintos puntos del país para cubrir esa vacancia.

Es probable que estos tipos de sindicatos que hemos enumerado agrupen (descontando los ya contabilizados como adheridos en el caso de sindicatos de empresa) a un 20% de los sindicatos existentes. Por lo tanto, consideradas en conjunto, las consecuencias del Proyecto sobre la estructura sindical difícilmente puedan ser más profundas: *el 90% de las asociaciones profesionales con personería gremial pierden en los hechos su condición de tales (sea porque efectivamente son disueltas, sea porque sólo mantienen el formato vaciado de contenido).*

Desde las perspectivas de las entidades afectadas:

• Para muchas el proyecto es sencillamente una sentencia de muerte difícilmente negociable.

• Para las "no adheridas" el drama es buscar una dirección nacional que "las reciba"; amenazadas de desaparecer, sólo pueden salvarse si logran subordinarse.

• Para las "adheridas" el drama es inverso; deben aceptar su degradación en el interior de la federación que integran: subordinarse o desaparecer.

II. EL FUNCIONAMIENTO INTERNO DE LAS ORGANIZACIONES SINDICALES

El conjunto de modificaciones propuestas en el proyecto que alteran las relaciones de las asociaciones profesionales entre sí —transformando un conglomerado de ellas en una única organización, por ejemplo— es distinguible, por lo menos analíticamente, de aquellas destinadas a reglar el funcionamiento, la vida interna de toda organización sindical. Desenvuelve la temática del trabajador, o el afiliado, y su organización.

El camino que recorreremos en este apartado parte de considerar cómo se presenta lo concerniente al funcionamiento sindical en la ley de asociaciones profesionales para desentrañar los modos de afectación posibles y establecer después, ya en el análisis del proyecto modificadorio, los métodos efectivamente utilizados para introducir innovaciones y el sentido de éstas. La ley de asociaciones profesionales contiene consideraciones generales sobre la vida interna del sindicato, un listado de materias que se dejan a los estatutos gremiales y ciertas prescripciones que limitan o definen temas específicos. Una obvia conclu-

sión primera: *los mecanismos de la vida sindical pueden afectarse tanto modificando la ley como alterando el estatuto.* Y es importante señalar que a falta de posibilidad política de realizar directamente lo primero, las direcciones sindicales han ido estos últimos años afectando la vida organizativa de sus instituciones vía reformas estatutarias (el estatuto de la UOCRA, por ejemplo, que incorpora una serie de disposiciones por las cuales sólo burócratas probados pueden participar siquiera en elecciones, es quizás el símbolo de este movimiento). Es sobre este trasfondo que debemos leer las modificaciones propuestas a la ley, que consolidan con el máximo de legalidad (ley de la Nación que limitan o definen temas específicos. Una obvia conclusión) sus avances estatutarios, e intentan penetraciones que ningún estatuto podía realizar en tanto chocaba con la ley anterior.

En principio, las modificaciones a la ley pueden afectar *directamente* al conjunto de normas (se reemplaza una por otra), o *indirectamente* creando condiciones para modificarlas más adelante, mediante la estipulación ahora de los procedimientos necesarios para darse un nuevo estatuto. A su vez, las modificaciones que alteran *directamente* las normas de funcionamiento pueden ser *taxativas*, es decir que no dejan margen para la decisión sindical (estableciendo, por ejemplo, quién dirige las asambleas gremiales) o *facultativas* fijando un límite a sus disposiciones dentro del que tienen que adecuarse los estatutos (imponiendo como "máximo" la cantidad de cuatro años para la dura-

ción de los mandatos). *El proyecto presentado se vale de todos los procedimientos que hemos reseñado para condicionar la vida interna de los sindicatos, poniéndolos al servicio del objetivo central que preside este capítulo: la anulación de toda forma de democracia sindical.*

Las asambleas —la sede natural de la soberanía del gremio— han sido progresivamente vaciadas de todo significado genuino por el manejo burocrático, y el proyecto de ley no hace más que consolidar el proceso de su extinción y muerte. Por el art. 13 se establecen los requisitos a los que los estatutos deberán ajustar su convocatoria. En primer lugar, se eleva hasta dos años el período dentro del cual debe citarse a las asambleas ordinarias, otorgando a la burocracia dirigente un margen de impunidad considerable para conducir los asuntos del gremio sin los enojosos trámites de la rendición de cuentas. Sólo cada dos años el trabajador afiliado está en condiciones de conocer el manejo de los fondos y de expresarse en asamblea. En segundo lugar, se eleva del 10% de los afiliados al 20% la cantidad mínima de solicitantes de las Asambleas Extraordinarias, sin especificar, por otra parte, sanción alguna para el incumplimiento de la solicitud. La restricción impuesta prácticamente descarta la posibilidad de la convocatoria a una asamblea extraordinaria. (Para citar, por ejemplo, a una asamblea de este tipo en la Confederación de Empleados de Comercio, que declara tener 150.000 afiliados, se necesitarán 30.000 firmas, lo que es realmente absurdo si recordamos

que en las elecciones del gremio sólo votan unos 10.000 afiliados.) A las dificultades que se introducen para la convocatoria de las asambleas se agregan otras en el mismo art. 13. Así, mientras la ley vigente sostiene que "las asambleas o los congresos serán presididos por el presidente de la asociación o por el miembro que la asamblea o congreso designe", garantizando, como lo hemos enfatizado, la posibilidad de que la propia asamblea designe sus autoridades, en la reforma enviada al parlamento se cancela esta posibilidad disponiendo que "las Asambleas o Congresos serán presididos por el Secretario General, Presidente, o quien ocupe cargo equivalente". Como puede advertirse, se han extremado los recaudos para hacer desaparecer toda garantía democrática. Ya no queda para la asamblea ni siquiera la capacidad de designar sus propias autoridades.

Con respecto a los conflictos que puedan plantearse entre los afiliados y el sindicato el indudable oficio de los redactores del proyecto brilla una vez más, descalificando las posibilidades legales de los trabajadores: en el art. 45 se establece que "en los diferendos que puedan plantearse entre los afiliados y la asociación profesional de que forman parte, no conocerán los magistrados judiciales. Los interesados sólo podrán recurrir ante el Ministerio de Trabajo, una vez agotadas todas las instancias establecidas en la esfera asociacional, debiendo el citado organismo de Estado expedirse sobre la legalidad del procedimiento estatutario aplicado". Eliminada inconstitucionalmente la justicia

del trabajo, el sindicato se convierte en juez y parte de los litigios con los afiliados, las listas impugnadas, las agrupaciones sancionadas, y el Ministerio de Trabajo convertido en el árbitro último, sólo puede expedirse sobre lo actuado tomando como referencia el estatuto que, gracias al arbitrio del mismo proyecto, seguramente ha sido sancionado por una asamblea manipulada por la propia burocracia.

De las disposiciones que hemos comentado hasta aquí se desprende que, si se restringe la capacidad de citar asambleas, si no se puede dirigirlas, si en los conflictos entre afiliados y el sindicato el estatuto de la burocracia es la única ley y el Ministerio de Trabajo el último poder de veto, sólo queda abierto el camino de las elecciones para la expresión de la voluntad de las bases. Sin embargo, también aquí el proyecto de ley despoja a los trabajadores de toda gravitación porque el mandato de los dirigentes que tenía dos años de duración como máximo es ahora elevado hasta un máximo de cuatro. Fuera de esta modificación, en cuanto a elecciones generales, terreno en el que los estatutos y las prácticas burocráticas han avanzado mucho, la ley no hace más que legalizar por omisión todas las irregularidades cometidas.

Los dirigentes sindicales que auspician la reforma a la ley presentan las modificaciones como centradas en torno al Fuero Sindical, es decir a las tutelas y garantías que se establecen para el ejercicio de la actividad sindical. La estabilidad en el empleo de los representantes sindicales ya

garantizada por la ley vigente, es ahora claramente especificada, y se detallan los cargos (delegados, representantes, etc.) que quedan protegidos por esta tutela, así como por la prohibición de modificar las condiciones de trabajo. Se prohíbe desde la convocatoria a elecciones hasta efectuado el acto electoral "los despidos y otras medidas que afecten los derechos electorales de los trabajadores en condiciones de ejercerlos". El art. 53 incorpora garantías para el candidato en una elección sindical (aunque no fuera electo) de estabilidad aunque con limitaciones: debe ser candidato oficializado; si se lo despide debe el trabajador apelar al Tribunal Nacional de Apelaciones y si éste declara trato discriminatorio, tiene estabilidad por un año. Aún cuando todo esto se considera, los dirigentes tienen los tres años siguientes sin obstáculos legales para armar el próximo juego electoral.

Se agrega además un Fuero Sindical Especial que prácticamente coloca a los integrantes de las comisiones directivas de los sindicatos con personería gremial con las mismas prerrogativas que un diputado frente a la acción del estado y la justicia. Ciertamente, el primer cuerpo de modificaciones que apuntan a fortalecer la capacidad de presencia y negociación del sindicato, así como la segunda que refuerza la presencia institucional de los dirigentes ante los organismos estatales o de la justicia, son importantes en un contexto caracterizado por el incumplimiento casi sistemático de la legislación laboral por parte del empresariado, acostumbrado durante años a contar con el favor

del estado y la complicidad o la impotencia de los representantes obreros. Pero en tanto intento de afirmación del sindicalismo nos remite a consideraciones sobre el espacio sindical y la sociedad global, que dejamos para nuestro último apartado y trataremos de retener aquí sólo aquellas conclusiones que se desprenden del fuero sindical y que nos sirven para extraer los rasgos del modelo sindical propuesto.

Imaginemos la situación de un delegado sindical; en términos legales dispone de más instrumentos para hacer valer su presencia en la empresa (aparte de la relación que establezca con la dirección empresaria). Si existiera algún conflicto con sus representados, como hemos visto, está ahora más asegurado que antes, intervendrá únicamente el gremio o el Ministerio de Trabajo. En cuanto a las relaciones con el aparato del estado: aquí hay que distinguir entre Ministerio de Trabajo, autoridad de aplicación de la ley, y al que el proyecto otorga un poder enorme, y otros ámbitos del aparato estatal, por ejemplo, la justicia, cuyo accionar es limitado por lo menos frente a los niveles de organización más elevados del sindicato, pudiendo sostenerse entonces que el proyecto en su conjunto fortalece al sindicato frente a los aparatos del estado que no sean el Ministerio de Trabajo (algo muy peculiar como se ve).

Pero el mismo Fuero que lo protege frente a unos lo desprotege ante otros. "Artículo 57: en función estatutaria, las comisiones directivas asociacionales podrán disponer el cese del mandato de los delegados del personal o de

cargos similares en empresas o lugares de trabajo". *Más protegido frente a la empresa y frente a las bases su mandato carece de fuerza frente a los dirigentes sindicales.* Lo notable es que esto forma parte del Fuero Sindical, es decir de las garantías y tutelas que se

otorgan para la actividad sindical: es realmente el Fuero de los *dirigentes* sindicales. Y al revés: desde la perspectiva de nuestro delegado sólo le falta un Fuero que lo proteja de los dirigentes sindicales.

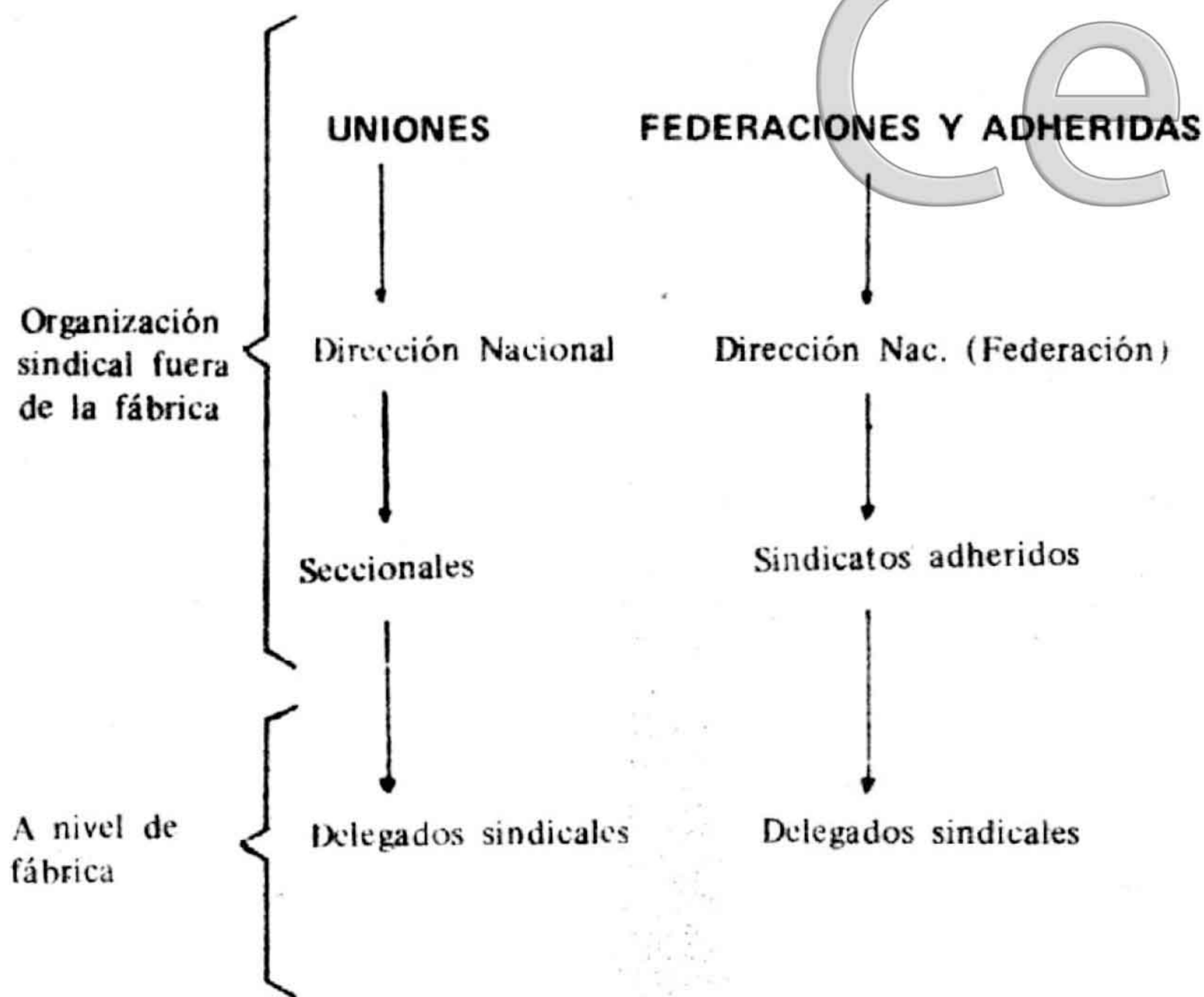
Esta dependencia que se crea ante el órgano superior para culminar ante la Dirección Nacional del sindicato, esta autonomía res-

pecto a las bases, es el verdadero espíritu que recorre las modificaciones propuestas en el tema que estamos tratando. Esto se consigue por dos vías a las que pertenecen sistemáticamente las modificaciones:

a) Cada nivel de la organización sindical es dotado de instrumentos represivos y de control hacia el nivel inferior.

b) Cada nivel y en especial la masa de afiliados y trabajadores es desarmado de toda posibilidad de expresión democrática y de control hacia arriba, hacia el nivel superior.

a) La dependencia hacia el nivel sindical superior



El hecho de dotar de instrumentos represivos y de control al nivel superior es un proceso en el que lo logrado por los estatutos es complementado por la ley, que, a su vez, posibilita nuevos avances estatutarios. Para las uniones, de las direcciones nacionales a las seccionales, en los niveles sindicales fuera de la fábrica, son los estatutos básicamente los que han moldeado esta dependencia institucional. En cambio, en la otra forma de representación nacional, federación-entidad adherida, es la ley la que moldea ahora la dependencia. Y tanto en uno como en otro caso, es la ley la que avanza ahora en nombre de los dirigentes sindicales, penetrando en la fábrica, y así los delegados sindicales pierden la estabilidad de su mandato, por así decirlo.

b) La independencia frente a las bases

Recorriendo las modificaciones propuestas que aluden a facultades o derechos de los afiliados o de los trabajadores, o de los órganos democráticos que integran (desde quitarles posibilidades de expresión electoral, hasta impedirles citar asambleas, desde impedir la presidencia de las mismas, hasta canalizar sus conflictos únicamente vía del mismo sindicato) el sentido que se obtiene es simétrico e inverso que el anterior. Al jerárquico aparato antes diseñado, sensible a las manipulaciones por parte de las direcciones nacionales y del Ministerio de Trabajo, se incorporan ahora una serie de garantías para su independencia frente a las bases, se ensanchan

las diferencias entre un integrante del aparato sindical y un simple afiliado o un trabajador, para permitir la aceptada marcha del mecanismo sindical cualquiera sea la voluntad de afiliados y trabajadores.

III. BUROCRACIA Y CONFLICTO

Hasta aquí hemos organizado temáticamente las modificaciones propuestas a la ley 14.455 —el volumen y la estructura de las organizaciones gremiales primero, sus reglas de funcionamiento interno después— y nuestro esfuerzo se dirigió a extraer el modelo de sindicato sugerido o impuesto por dichas modificaciones. Ahora nos referiremos a la funcionalidad de las mismas con respecto a los conflictos en los que está envuelta la burocracia sindical. Porque el proyecto presentado al parlamento forma parte entrañable de la actual coyuntura político-gremial y es una de las respuestas que los sectores que lo propician ensayan frente a los problemas que han enfrentado en los últimos años.

Los criterios que podemos establecer para jerarquizar las cuestiones a las que la burocracia da o pretende dar una respuesta cortan tanto a través de una y otra de las áreas temáticas que hemos distinguido como dentro de una misma área. Para plantearlo con un ejemplo: ASIMRA (Supervisores Metalúrgicos), sindicato de oficio o categoría está amenazado de desaparición de acuerdo al texto propuesto en beneficio de la

UOM; pero también están amenazados el Sindicato Luz y Fuerza de Córdoba previa la cancelación de su afiliación a la federación, por ejemplo, o el sindicato de la fábrica Perkins de Córdoba, que es un sindicato de empresa. Si en el primer caso está involucrado el derecho de los supervisores a tener una representación laboral aparte, un problema pues de distribución de la representación laboral, en los otros dos casos, está en juego la existencia de los movimientos anti-burocráticos, a los que la cúpula sindical busca barrer *no importa en qué tipo de sindicato se asiente*. Estos son los enemigos principales de la burocracia, las soluciones legales que salen al cruce de este enfrentamiento central se constituyen en la idea fuerza que recorre el proyecto de ley.

Claro que además existen tensiones entre los distintos sectores burocráticos, así como conflictos con los empresarios y el estado. Desde la perspectiva de la burocracia son, sin embargo, conflictos secundarios, que no movilizan modelos de sindicatos diferentes, sino que hacen a cuestiones de intereses entre los sindicatos existentes tal como son, y a cuestiones de funcionamiento de tales sindicatos en la sociedad: sobre ambas situaciones el proyecto tiene algo que decir. Pero veamos antes las modificaciones propuestas con respecto al conflicto central.

a) El conflicto central

Profundamente deteriorada en sus relaciones con los trabajadores por el desarrollo de la lucha de

clases de los últimos años, que tendió a expresarse a través de canales no sindicales y cuando lo hizo por estos arrasó con las direcciones burocráticas, sostenida por el estado como aparato y a su vez sostén más o menos pasivo de la línea político-económica de éste, la burocracia sindical necesita recuperar los controles perdidos o cuestionados, necesita sobre todo terminar con las direcciones surgidas de la lucha, crear condiciones legales que traben su surgimiento y que sean al mismo tiempo garantías de su propia permanencia y reproducción.

Cómo eliminar direcciones combativas que establecen una nueva relación con la base, cómo "vaciar" un sindicato, son problemas naturalmente de vieja data, que el estado y los empresarios conocen muy bien. La gama de métodos ensayados es amplia: atentados individuales a los representantes obreros, asalto con bandas armadas a los locales sindicales, despidos en común acuerdo con empresarios, etc. En tanto estudio del proyecto presentado sólo centraremos nuestra atención en aquellos métodos susceptibles de verse reflejados en ese nivel más alto de legalidad que es la Ley de Asociaciones Profesionales. (Esto no excluye la existencia de métodos "complementarios" no legislados.) Por otra parte gran parte de los instrumentos legales represivos se encuentran en los mismos estatutos gremiales, un nivel de legalidad menor, por así decir. Los procedimientos empleados al amparo de la ley pueden ser agrupados como sigue:

1) Descabezar el sindicato, o el nivel de organización de que se

trate, pero sin tocar la representación en sí misma, para lo cual se tratará que otro grupo reemplace a la dirección impugnada: se manipula en el interior del sindicato.

2) Adjudicar la representación de esos trabajadores a otro sindicato; se trata de manipular la distribución de la representación laboral entre distintos sindicatos; se quita a uno y se adjudica a otro.

3) Terminar sencillamente con el sindicato: anular la dirección y la representación laboral al mismo tiempo.

Sin intentar un repaso sistemático de estos métodos, es fácil acordar que la Revolución Libertadora es la gran representante del primero: *intervino todos* los sindicatos, se trató de "desperonizar" el movimiento obrero descabezando los sindicatos. Por otra parte "cancelar" una personería gremial (3), y luego otorgar esa misma personería a otro sindicato (combinación de (2) y (3)), o decidir el encuadre de un grupo de trabajadores en un sindicato y no en otro, no son patrimonio exclusivo de ninguna administración pero, a raíz de SITRAC-SITRAM y de la controversia SMATA-UOM se identifican más con los métodos de San Sebastián ¿Qué es lo que aporta el nuevo proyecto de ley? Agrupando las modificaciones propuestas alrededor de las tres alternativas represivas antes señaladas visualizaremos mejor la contribución de la cúpula sindical al amordazamiento de los movimientos antiburocráticos:

1) La facultad de intervenir/descabezar

El diagnóstico que ha precedido

las propuestas parece ser el que la capacidad de intervención en manos del estado no basta. En repetidas ocasiones la burocracia central no pudiendo controlar un sector de su sindicato en rebeldía ha tenido que sufrir la ciega acción del estado que no distinguía entre justos y pecadores. En previsión de ello, la propia burocracia central se arroga ahora la facultad de intervención —que tan generosamente ejercitara la Revolución Libertadora— que recorre todos los niveles de la pirámide organizativa, hasta llegar incluso a las direcciones de fábricas, en las que puede disponer la caducidad del mandato de los delegados. La intervención del estado se hace por otra parte más intensa, fortaleciendo más el andamiaje represivo: por el art. 46 se autoriza a desconocer asambleas y congresos invocando "la naturaleza" de las resoluciones y se dispone que sea la autoridad laboral la que normalice la situación.

2) La redistribución de la representación laboral

Las reformas propuestas a la estructura de los sindicatos anulan diversos tipos de organización, lo que concede al estado el arbitrio necesario para deshacerse de cualquier aparato sindical y reemplazarlo por otro, manipulando la redistribución de la representación laboral. La burocracia central también puede recurrir a este recurso gracias al proyecto ya que éste dispone que la federación —entidad de segundo grado— puede ejercer en forma directa también la representación laboral de los trabajadores. En los casos de

encuadramiento sindical las modificaciones establecen que la decisión debe hacerse de acuerdo a la cantidad de afiliados de los sindicatos que se disputan la representación y otorgarse al sindicato mayoritario en la reciente disputa entre SMATA y UOM, la beneficiaria es la UOM por tener más afiliados, es decir, que todo conflicto de esta índole es resuelto en favor del sector más poderoso.

3) Anular la representación laboral

Como se ha señalado, la facultad potencial a disposición del Ministerio de Trabajo para cancelar personerías, es enorme, y se combina fácilmente con la anterior, encuadrando a los trabajadores sin representación bajo otro sindicato. La burocracia adquiere en este campo también, una posibilidad de intervención directa, pudiendo contribuir a la liquidación de una dirección combativa mediante una acción en dos tiempos concertada con el estado. La burocracia toma la iniciativa: 1) "no recomienda", "no autoriza", etc., el otorgamiento de personería gremial; 2) desafilia a una entidad adherida si se trata de una federación. El sindicato afectado se coloca así en una situación de ilegalidad y entonces interviene el estado cancelando su personería. Un ejemplo de esta operación es lo que sucede con el Sindicato Luz y Fuerza de Córdoba. La federación suspendió la afiliación. El próximo paso es la desafiliación y, de este modo, el sindicato, que tiene un status legal similar al de la federación, lo pierde de acuerdo a las modificaciones propues-

tas y el estado está en condiciones de cancelarle "legalmente" la personería. Si esto ocurriera, los trabajadores no quedarían sin representación, porque tal como lo prevé el proyecto, la federación se haría cargo de ellos en forma directa.

Es fácil concluir luego de estas observaciones sobre las innovaciones introducidas a los recursos represivos más usuales que: a) *la burocracia obtiene la capacidad de actuar directamente (interviniendo, redistribuyendo, cancelando) en áreas hasta ahora sólo reservadas al estado; b) esto se da juntamente con una ampliación enorme de la capacidad de intervención del estado, sobre todo mediante la redistribución de la representación laboral.*

Si a estas consideraciones sobre las posibilidades otorgadas para la eliminación del enemigo de la burocracia, y que cortan a través de gran parte de nuestro primer apartado ("Estructura sindical"), se unen las del segundo ("Funcionamiento interno"), donde se establecían condiciones tanto para imposibilitar el surgimiento de la nueva oposición gremial, como para la conservación de la propia burocracia, se verá hasta dónde los términos que integran este conflicto central constituyen el nudo mismo del proyecto.

b) Los conflictos secundarios

Enfrentamiento antagónico si se quiere, pero no los únicos tipos de conflicto que ha conocido la burocracia sindical. El proyecto recoge además los problemas planteados en torno al reparto de las representaciones laborales entre

los distintos sectores burocráticos, y los suscitados con sus interlocutores-socios: el estado y los empresarios.

Entre las medidas propuestas hay algunas que son de interés común para toda la burocracia sindical, y medidas ambivalentes, utilizables tanto contra sus enemigos como para zanjar disputas inter-burocráticas. Las primeras son las que aseguran la reproducción de la burocracia, en especial, su autonomía con respecto a las bases. La ambivalencia de las segundas proviene de que son medidas que se ocupan de la redistribución de la representación laboral, y ésta puede hacerse a costa de los movimientos antiburocráticos, pero también puede hacerse a costa de otros sectores burocráticos. ¿Cuáles son los sectores potencialmente amenazados? los sindicatos de oficio o categoría, de los que pueda demostrarse que existía una asociación profesional de actividad preexistente; los sindicatos de empresa; los sindicatos de cualquier tipo que tengan algún problema de encuadramiento con la burocracia central; los locales o regionales no adheridos; los adheridos; en rigor, todas las organizaciones que no sean nacionales de actividad y que suman alrededor del 90% de los sindicatos existentes. El proyecto crea pues un potencial de redefinición del sindicalismo argentino como no existió probablemente desde el frustrado intento de la Revolución Libertadora y el exitoso del primer gobierno peronista (aquí nos referimos a la capacidad legal atribuida para redefinir, no a sus sentidos contrapuestos). Cuánto de esto vaya a ser aplicado en la

coyuntura inmediata, cuánto gradualmente, y qué quedará como permanente amenaza sobre el sindicalismo argentino, son proporciones imposibles de establecer y con las que la misma burocracia central debe maniobrar para hacer viable su proyecto frente a las demás direcciones sindicales.

Pensamos que ciertas ambigüedades del texto, contradicciones entre un proyecto y otro, y hasta barbarismos técnicos, se deben al sordo enfrentamiento interburocrático (por poco extendido que haya sido el debate), y a la intrínseca dificultad de separar "técnicamente" los temas que responden a un orden político. En principio, al cuestionar un tipo de sindicato puede cuestionarse a grupos antiburocráticos, a sindicatos burocráticos enfrentados a los dominantes, y a los mismos aliados o integrantes de los grupos dominantes. Dado que el contenido de la modificación es el tipo de sindicato, ¿cómo introducir la distinción política: ¿cómo darle garantías a los amigos sin conceder nada que puedan utilizar los enemigos? ¿cómo mostrar —con disposición o no a cumplir— que, "con ellos no es la cosa"? Se pueden rastrear los compromisos en el texto: se olvidan de nombrar un tipo de sindicato en un artículo, pero reaparece triunfante en otro; condenado a desaparecer, el artículo siguiente incorpora una condición que lo salvaría (condición que los enemigos, se espera, no llenarán). Y así de seguido. Se crea un mecanismo legal capaz de transformar radicalmente el 90% de los sindicatos argentinos como hemos visto, pero se dejan una serie de resguardos para los ami-

gos burocráticos, y para tratar de no controlar el conflicto con los enemigos burocráticos. (Y un primer resultado notable de todo esto es la monstruosa dilatación de lo que se deja librado a la arbitrariedad estatal.) Es probable que la burocracia central haya asegurado a ciertos sectores la no aplicación a ellos de la ley, y a todos ofrecido aquellas medidas que favorecen al conjunto de la burocracia como codiciable anzuelo para que obvien los riesgos del proyecto. También es probable, dada la orfandad mostrada en otras ocasiones por ese numeroso contingente de dirigentes sindicales que constituyen la masa de maniobra de la burocracia central, que vean estas medidas como un puro regalo, sin visualizar el precio que tendrán que pagar. La circunstancia que las críticas al proyecto se hayan centrado casi exclusivamente en los aspectos antidemocráticos —lo que une a la burocracia— refuerza aún más esa posibilidad.

De todas maneras, a modo de conclusión para estas consideraciones sobre la lucha interburocrática, es claro que *el proyecto expresa a los sectores burocráticos más poderosos que aprovechan la oportunidad para saldar cuentas con sectores burocráticos menores.*

El vínculo que la burocracia sindical ha ido estrechando con el estado y las relaciones que ha establecido con el empresariado no han estado exentas de choques y roces. Nada de guerra abierta como es sabido. Pero a veces estos interlocutores-socios se sintieron tan fuertes que ni quisieron negociar y otras ni cumplieron lo

pactado; otras obstaculizaron u hostigaron las actividades sindicales mismas. Se trata, entonces, de establecer condiciones que los obliguen a negociar, que obliguen a reconocer a los sindicalistas como interlocutores tan legítimos como ineludibles.

Con respecto al estado: el desarrollo por la lucha por la democracia sindical los ha llevado a una profunda identificación con su función represora, a considerarlo como el más seguro bastión frente al enemigo común. El corte que se busca profundizar entre el trabajador o afiliado y el aparato sindical, la autonomía del mismo con respecto a los trabajadores, tiene la contrapartida en la dependencia que se acentúa del sindicato frente al estado. Sintomático: lo único que se ha retirado es la facultad estatal de restringir el manejo de fondos (punto débil de la burocracia), manteniendo y dilatando sus otras funciones represivas. Como además piensan que controlarán el aparato del estado por un buen tiempo, le han dado un enorme poder redefinitorio sobre el conjunto del sindicalismo.

Con respecto a los empresarios, lo propuesto en el Fuero Sindical, así como la puesta al día del Tribunal Nacional de Relaciones Profesionales, apuntan a fortificar la actividad sindical y recuperar por medio de la legislación el espacio que la burocracia ha ido perdiendo —sobre todo en la empresa— en beneficio de la burguesía (cuando ésta no sólo usó, sino abusó de los inertes aparatos sindicales, rompiendo el pacto), o en beneficio de los órganos de lucha que se dio la clase obrera ante la

claudicación general, o la virtual desaparición de la burocracia a ese nivel. Es ese espacio, vulnerado o negado por la burguesía, o llenado por los movimientos de lucha, es ese espacio decíamos, el que la burocracia intenta recuperar como hemos rastreado a través de los artículos del proyecto: creando condiciones para obligar

a la burguesía a negociar, o bariendo a sus bárbaros ocupantes. Implica a su vez una redefinición del sentido del espacio mismo; ni dominio solitario de los empresarios sobre los trabajadores, ni lucha de éstos contra el poder empresario: negociación empresa-burocracia como fórmula de control de las tensiones en el mundo del trabajo.

BREVE HISTORIA DE CHINA

(2a. Edición)/(Varios autores)

La más completa y sintetizada historia de China, al alcance de todos. Desde la antigua China hasta el triunfo de la Revolución en 1949, en un bolsilibro de 146 páginas.

BREVE HISTORIA DE LA FILOSOFIA CHINA

por Hou Wai-lu y colaboradores

El origen y el desarrollo de la filosofía en las dinastías Yin y Chou; las "Cien escuelas" del período de los Estados combatientes, hasta los últimos trabajos filosóficos de Mao Tse-tung, todo en un tomo cuidadosamente editado y 227 páginas de texto.

BREVE HISTORIA DEL NEOCOLONIALISMO NORTEAMERICANO

por Le Duan, Nguyen Khac Vien, Vo Nhan Tri

La obra más completa y más actualizada sobre el neocolonialismo norteamericano. Dice Le Duan en una parte de su escrito: "El neocolonialismo no nació, pues, de una posición de fuerza, sino de una posición de debilidad del imperialismo, que intenta resistir la ofensiva de las fuerzas revolucionarias y mantener sus posiciones en el mundo". El volumen consta de 180 páginas y es la primera edición en español.

Editados por OFICINA EDITORIAL Bs. As. — Argentina

Qué son las ligas agrarias

Francisco Ferrara

Historia y documentos
de las organizaciones campesinas
del Nordeste argentino.

A partir de su creación, en 1970, las Ligas Agrarias —que nuclean actualmente a 45.000 familias campesinas en el Nordeste argentino— se constituyeron en uno de los hechos más singulares de nuestra nueva realidad social y política.

Este libro constituye el primer intento de sistematización de un proceso absolutamente inédito. Está basado sobre los documentos, volantes, declaraciones, colecciones de los distintos periódicos campesinos, archivos de cintas grabadas, diarios provinciales y testimonios directos de los protagonistas.

Historia los momentos significativos de la gestación y desarrollo de cada organización.

Proporciona un seguimiento fiel y documentado de esos pasos.

Reflexiona sobre el valor de dichas experiencias.

Ofrece una serie de conclusiones en torno a problemas planteados actualmente en el movimiento campesino: la relación con la clase obrera, el desarrollo de formas organizativas nuevas, la comprensión de la violencia de masas como parte integrante de las herramientas políticas para garantizar un tránsito continuo de los campesinos hacia su emancipación.

El autor recorrió especialmente las provincias de Formosa, Misiones, Chaco y Corrientes, conviviendo con los campesinos, discutiendo múltiples cuestiones con los dirigentes de las Ligas y con sus bases, participando en asambleas, reuniones, discusiones y encuentros y aun tomando parte activa en algunas de las actividades cumplidas por las Ligas en los primeros meses de 1973.

Cada capítulo va acompañado por un apéndice documental que confiere al volumen un valor realmente excepcional

En todos los casos se ha respetado la forma original de cada material, preservando así no sólo el contenido sino las particularidades expresivas que dan cuenta de la participación de los propios campesinos en esas elaboraciones.

Las Ligas Agrarias valoran este aporte

Los originales del libro fueron leídos juntamente con representantes de las Ligas, los que emitieron su opinión en el sentido de valorar este material como un aporte a sus necesidades de desarrollo, dando fe de la fidelidad de lo que se dice y planificando la propagandización y distribución del libro entre los campesinos.

XXI siglo veintiuno argentina editores, sa

Antonio Carlo

La concepción del partido revolucionario en Lenin

Introducción

Hoy es indudablemente de gran interés reconstruir el pensamiento de Lenin acerca de la relación vanguardia-masas.

En general se sostiene que las tesis definitivas de Lenin sobre el problema se expresan en el célebre *¿Qué hacer?*, obra bastante discutida, como se sabe: para algunos el *¿Qué hacer?* sigue siendo en todos los casos la única respuesta científica dada al problema del paso de "clase en sí" a "clase para sí" no suficientemente desarrollado por Marx y Engels: sin embargo, para otros este trabajo impregnado de intelectuismo y de idealismo convertido en clásico de la era estaliniana está en la raíz de todas las desviaciones burocráticas de la experiencia soviética. En nuestra opinión, sin duda, el *¿Qué hacer?* es una obra negativa: pero es un error absoluto ver en ella la posición única y más importante de Lenin acerca de la relación vanguardia-masas. En realidad, el pensamiento del revolucionario ruso acerca de este punto es extremadamente atormentado y contradictorio: después de 1902 (año del *¿Qué hacer?*) en efecto, existen una serie de análisis y de asertos que contrastan plenamente con las tesis del *¿Qué hacer?* y que implican su abandono objetivo (por otra parte incluso el punto de partida de Lenin era muy distinto). Es difícil decir hasta qué punto Lenin tuvo conciencia de este *revirement*, ampliamente debido y condicionado por el desarrollo histórico del movimiento obrero ruso. Es cierto que Lenin, como también Marx, no fue un pensador sin contradicciones. Tuvo un desarrollo y esto implica, en general, que ciertos análisis precedentes fueron superados y desechados. Lenin no siempre tuvo conciencia clara de este desarrollo: a él, como a Marx, le faltó una "ciencia de la propia ciencia"; por lo tanto, el intérprete debe necesariamente aludir al análisis contenido objetivamente en sus obras para ver hasta qué punto pueden llevarse al ámbito de un sistema conceptual no contradictorio.

Bajo este aspecto no faltan algunas fugaces alusiones en Lenin: en 1921, Lenin dijo, al parecer, al marxista francés Max Levien que el *¿Qué hacer?* podía traducirse al francés sólo con el prefacio de un bolchevique autorizado, que aclarase las dudas y los equívocos que la obra

pudiera ocasionar¹. El testimonio es sin duda verosímil ya que en 1907, el mismo Lenin reconoció que en el problema de la relación espontaneidad-conciencia (tema central del *¿Qué hacer?*) había usado frases no muy precisas ni muy felices a las cuales se habían referido sus adversarios (sobre todo Plejánov)².

Sobre este punto, como veremos, Lenin es más bien ambiguo (¿cuáles son las particulares frases infelices y hasta qué punto lo son?); pero además, hasta 1905, el gran bolchevique declaraba que el *¿Qué hacer?* era una obra escrita en condiciones históricas superadas, lo cual implica que sólo tres años después de la publicación de dicha obra, el desarrollo de las polémicas y de los hechos era tal que Lenin ya no sostenía el poder defender la actualidad histórica de las teorías expresadas en el *¿Qué hacer?*³.

Sin duda, reconstruir, hoy, los procesos psicológicos de Lenin no es posible, ni tampoco lo es saber con certeza lo que él pensaba de la obra que aquí examinamos; pero es indiscutible que el pensamiento de un autor tiene un alcance y un significado objetivo propios, independientemente de lo que piense su creador. Nuestro trabajo está dedicado a esto, a reconstruir, en su ambiente histórico, el desarrollo tortuoso del pensamiento de Lenin, independientemente de la conciencia que él pudiera tener del carácter contradictorio de sus formulaciones.

Las primitivas posiciones de Lenin (1895-96)

En general, la historiografía oficial soviética representa a Lenin como un individuo infalible, absolutamente coherente, que comprende siempre todo antes que todos y que resuelve muchos años antes lo que el común de los mortales no están en condiciones de resolver: de esta manera la figura de un gigantesco revolucionario, cuyo pensamiento se desarrolla en continua (y siempre abierta y problemática) dialéctica con la historia, se transforma en la del santo protector de la revolución.

No será éste nuestro método.

Nosotros, también, trataremos de aclarar, por qué el pensamiento de Lenin fue tortuoso, en este punto, y cómo se resintió del ambiente histórico en que operó y de sus modificaciones.

Los primeros escritos de Lenin sobre nuestro tema, que datan del 1895, indican un punto de partida completamente distinto del *¿Qué hacer?*: es fundamental bajo este aspecto el *Proyecto y explicación del programa del Partido Socialdemócrata*⁴.

¹ Sobre este punto véase Luciano Amodio, "Il contrasto Lenin-Rosa Luxemburg sull'organizzazione del partito", en *Quaderni Piacentini*, n° 21, p. 12 en nota.

² Lenin, *Prólogo a la recopilación "Doce Años"*, en *Obras completas*, t. XIII, Buenos Aires, 1960, p. 95.

³ Lenin, *Nuestras tareas y el soviét de diputados obreros*, en *Obras completas*, t. X, Buenos Aires, 1960, p. 14.

⁴ Lenin, *Obras completas*, t. II, Buenos Aires, 1958, pp. 85 ss.

En este trabajo, Lenin se plantea el problema de los objetivos de la socialdemocracia rusa en proceso de constitución; ésta debe desarrollar la conciencia de clase del proletariado; sin embargo no afirma en modo alguno que esta conciencia deba ser elaborada y llevada desde el exterior a los obreros. La conciencia, en realidad, nace en la fábrica, de la relación obrero-patrono y se desarrolla "fatalmente" en la lucha económica, ya que la misión de los socialdemócratas es unirse a esta lucha y sostenerla, con el fin de ayudar el desarrollo interno de la conciencia de la clase trabajadora⁵.

Las tesis de Lenin son tan claras que le dejamos la palabra:

"De esta manera la lucha de los obreros fabriles contra los fabricantes se transforma inevitablemente en una lucha contra toda la clase de los capitalistas, contra todo el régimen social basado en la explotación del trabajo por el capital⁶."

Por lo tanto de la lucha de los obreros se desprende "inevitablemente" una conciencia que no es tradeunionista simplemente (como sostendrá Lenin en 1902, distinguiendo explícitamente la conciencia y la política socialdemócrata de la tradeunionista), ya que la clase obrera no lucha contra algunos aspectos particulares del capitalismo (salarios bajos o malas condiciones de trabajo), sino contra toda la estructura capitalista: por lo tanto de la lucha económica madura una conciencia revolucionaria.

Más adelante, Lenin escribe resumiendo:

"La conciencia de clase es la comprensión por parte de los obreros, de que el único medio para mejorar su situación y lograr su liberación, es la lucha contra la clase de los capitalistas y fabricantes que nace con el surgimiento de las grandes fábricas. Luego, conciencia de clase de los obreros, significa la comprensión de que los intereses de todos los obreros de un país determinado son idénticos, solidarios; que todos ellos constituyen una sola clase, una clase aparte de todas las demás de la sociedad. Finalmente, conciencia de clase de los obreros quiere decir la comprensión por los mismos de que para lograr sus objetivos les es indispensable ocuparse de los asuntos de estado, tal como lo han hecho y siguen haciendo los terratenientes y capitalistas.

¿De qué modo pueden los obreros adquirir la comprensión de todo esto? La adquieren, extrayéndola constantemente de la misma lucha que ya han iniciado contra los fabricantes y que se desarrolla cada vez más, se torna más acentuada e incorpora a cada vez mayor número de obreros, a medida que crecen las grandes fábricas.

[...] *En tercer lugar, esta lucha desarrolla la conciencia política de los obreros. La masa obrera se ve colocada, por las propias condiciones de vida en una situación tal que (no pueden) no tienen tiempo, ni posibili-*

⁵ Lenin, *op. cit.*, pp. 87 ss., en particular pp. 92 y ss.

⁶ Lenin, *op. cit.*, pp. 99 y ss.

dad para meditar acerca de cualquier clase de problemas relativos al estado. Pero la lucha de los obreros contra los fabricantes por sus necesidades cotidianas, por sí sola y en forma inevitable, hace que tropiecen con problemas relativos al estado o a la política, con problemas referentes a cómo se gobierna el estado ruso, cómo se promulgan las leyes y los reglamentos y a qué intereses sirven⁷.”

De estos párrafos de Lenin parece claro cómo nace la conciencia política “de modo espontáneo e inevitable” de la vida y de las luchas de fábrica. Y de estas luchas el trabajador es llevado a una posición radicalmente antagónica al capitalismo (la lucha contra toda la estructura social capitalista a que antes aludía Lenin) y a comprender la naturaleza de clase de la ley y del estado.

La consecuencia inmediata de estas luchas es el conocimiento de que hay que influir en “la política del estado ruso”; pero eso puede venir únicamente, advierte Lenin, a través de la adquisición de los derechos políticos que garantiza la Constitución (es decir mediante el derrocamiento de la autocracia zarista)⁸.

Este tipo de conciencia (la lucha para destruir la autocracia) es la conciencia política socialdemócrata y no hay duda de que para el Lenin de 1895-96 tiene su fuente en la relación y en las luchas de fábrica ya que por ellas comprende el obrero “qué intereses” sirven a la ley y al estado y por lo tanto su naturaleza clasista, y la necesidad de la lucha por los derechos políticos.

En el *¿Qué hacer?* en cambio, Lenin sostendrá:

“La conciencia política de clase no se le puede aportar al obrero más que desde el exterior, esto es, desde fuera de la lucha económica, desde fuera de las relaciones entre obreros y patronos. La única esfera en que se puede encontrar estos conocimientos es la esfera de las relaciones de todas las clases y capas con el estado y el gobierno, la esfera de las relaciones de todas las clases entre sí⁹”.

Totalmente opuesto es, como ya vimos, el punto de partida del Lenin de siete años antes, según el cual la función del partido es la de ayudar al desarrollo de la conciencia insertándose en las luchas de fábrica de las que emergerá inevitablemente la aversión del trabajador a toda la estructura capitalista (y no sólo a algunos aspectos secundarios de la misma, como en el tradeunionismo) y su voluntad de lucha contra la autocracia y en favor de la Constitución (para garantizarse así un terreno de lucha más avanzado).

Sin embargo es claro que este planteo, que ve la conciencia y la organización política del proletariado como fruto inevitable, por lo tanto espontáneo, de las luchas sindicales es sustancialmente afín al economi-

⁷ Lenin, *op. cit.*, p. 104. El subrayado me pertenece.

⁸ Lenin, *op. cit.*, p. 109.

cismo, aun cuando Lenin se plantee el problema de acelerar este proceso “inevitable”.

Esto se prueba ulteriormente en lo que Lenin escribe poco después en 1896:

“Las huelgas de los años 1895 y 1896 no han pasado en vano. Han prestado un enorme servicio a los obreros rusos, les han mostrado cómo llevar la lucha por sus intereses. Les han enseñado a comprender la situación política y las necesidades políticas de la clase obrera¹⁰.”

Por lo tanto, las huelgas engendran la conciencia política; ni Lenin distingue aquí, como hará años más tarde, entre conciencia política revolucionaria y tradeunionista.

Se presenta, pues, el problema de la ubicación histórica de las posiciones originarias de Lenin. Ahora nos parece indudable la influencia sobre el joven Lenin del primitivismo dominante en los círculos socialistas rusos desde 1894 a 1901. El primitivismo, como aclarará el propio Lenin, afrontaba el problema de la lucha obrera de manera artesanal y aproximativa (de ahí el nombre de “primitivismo”); los representantes de los círculos se lanzaban de cabeza a la lucha obrera (económica), sin plantearse preliminarmente el problema de formar una sólida y centralizada organización de revolucionarios. Esta tendencia, pues, daba a luz también a una teoría propia, que justificando la acción espontánea y desorganizada de los círculos, sometía de hecho a la espontaneidad al movimiento, quien quedaba “congelado”, en su nivel inicial¹¹.

En 1901, Lenin definirá el primitivismo como la raíz del economismo y de toda forma de espontaneísmo, y por lo tanto el principal enemigo que hay que combatir¹².

Un año después hará un análisis del fenómeno que suena en parte como una autocrítica. En efecto, a la pregunta: “¿qué es el primitivismo?” Lenin responderá con un ejemplo de la actividad de un típico círculo ruso del período 1894-1901; y es notorio que en el período 1894-95 el mismo Lenin estuvo políticamente vinculado a un “típico” círculo socialdemócrata (La Unión de lucha de Petersburgo).

Es verdad que, antes, el autor del *¿Qué hacer?* ha indicado que desde 1895 existían en Rusia elementos socialdemócratas (entre ellos él mismo) que tendían a la constitución del partido; pero señala al mismo tiempo los errores y las restricciones de este “primitivo” trabajo de naturaleza artesanal¹³.

⁹ Lenin, *¿Qué hacer?*, en *Obras completas*, t. V, Buenos Aires, 1959, p. 429.

¹⁰ Lenin, *Al gobierno zarista*, en *Obras*, t. II, p. 118.

¹¹ Lenin, *¿Qué hacer?* cit., p. 447 y ss.

¹² Lenin, *Carta a Tsederbaum*, en *Obras*, t. XXXIV, Buenos Aires, 1960, p. 78.

¹³ Lenin, *¿Qué hacer?* cit., pp. 368-369. También en otra ocasión Lenin pone de relieve el carácter primitivo y artesanal del propio trabajo en aquella época: cf. Lenin, *Proyecto de programa de nuestro partido*, en *Obras*, t. IV, Buenos Aires, 1958, p. 227.

En consecuencia, según lo reconoce el propio Lenin, resulta que en aquella época estuvo él también envuelto en el "primitivismo"; es cierto que en el ámbito de este fenómeno Lenin tenía una posición muy avanzada, pues había comprendido la importancia inmediata del problema del partido¹⁴. Sin embargo es indudable que él veía el problema del nacimiento de la conciencia revolucionaria como un efecto espontáneo-mecánico de la lucha de fábrica; la labor de los socialdemócratas era sólo la de acelerar este fenómeno visto claramente en clave espontaneísta.

Conviene precisar que aquí no se afirma como cierto el carácter externo, con respecto a la lucha de clases elemental, de la conciencia (de acuerdo al modelo del *¿Qué hacer?*); sin embargo, el espontaneísmo primitivo de Lenin cae en el exceso opuesto. En otros términos, si es verdad que la conciencia revolucionaria puede nacer sólo en el terreno de la lucha de clases de los obreros (ya interna o internacional) y no se puede importar del exterior, es también verdad que en todo momento histórico dado, el paso de la lucha de clases elemental a la conciencia no se produce de modo mecánico ni "inevitablemente". Como veremos más adelante, el proceso en examen es un proceso dialéctico, cuya desembocadura, precisamente por esto, no está determinada "a priori" (según la perspectiva mecánico-espontaneísta). La conciencia política de clase puede nacer sólo en el terreno de la lucha obrera, pero no "necesariamente". La conclusión del proceso es siempre posible, pero nunca debida (o garantizada) apriorísticamente.

El giro de 1897 y las obras que preceden al *¿Qué hacer?*

En el curso de 1897 se verifica algo nuevo en el naciente movimiento obrero ruso: las grandes huelgas de 1895-96 se terminan con un balance netamente pasivo ya que no parece nacer espontáneamente de ellas ni la conciencia ni el partido político. El único resultado tangible, a un año de distancia (1897), es una ley-aborto sobre las condiciones y los horarios de trabajo en las fábricas.

Pero, como ocurre siempre, los hechos preceden a la conciencia y el primitivismo, aunque derrotado por los hechos, resiste tenazmente en la conciencia de los nacientes grupos (y círculos) socialdemócratas. No sólo eso, engendra directamente la corriente política del economismo, que precisa y articula sus posiciones y que tiende a institucionalizar las experiencias del 1895-96.

Lenin, por otro lado (y en esto ya se revela el gran revolucionario pronto a recibir la lección de los hechos), comienza a estudiar el problema de la insuficiencia de la mera acción económico-sindical.

¹⁴ En el ámbito de los círculos el problema del partido no era subestimado porque la tentativa de dar vida a un partido nace de ellos (en 1898); sin embargo, los espontaneístas ven al partido como consecuencia automática del movimiento y son llevados a darles a los círculos una estructura descentralizada (una federación de círculos) totalmente inadecuada para la lucha contra la autocracia. Dado el predominio que tenía esta tendencia la tentativa de 1898 quedó en el papel.

Con ocasión de la nueva ley sobre las fábricas, escribe un folleto dedicado al análisis crítico de esa. Las conclusiones son decididamente negativas: la ley, que sigue a las huelgas de 1895-96, no sólo ofrece una serie de escapatorias a los empleadores sino que en sustancia no modifica el número de horas de trabajo global trabajadas por la clase obrera, de modo que el principal objetivo del movimiento de las huelgas ha fracasado¹⁵.

Sin embargo es positivo que el gobierno haya tenido que hacer, aunque sea formalmente, concesiones; ya se avecina el momento en que "esas masas, dirigidas únicamente por el partido de los socialistas, presenten en común sus reivindicaciones" y "el gobierno no podrá ya salir del paso con una concesión tan insignificante"¹⁶.

Sólo el partido, pues, para cuya constitución existe ya las premisas necesarias (el hecho de que el movimiento no tenga ya carácter petersburgués sino nacional), puede asegurar a las luchas económicas de los trabajadores una salida política adecuada. Sin el partido, incluso las simples luchas sindicales sólo producen concesiones insignificantes. El carácter esencial del partido, incluso en el ámbito de las luchas económico-sindicales, así como la importancia autónoma de la fase política, están aquí subrayadas con un vigor antes ausente a nuestro parecer.

A finales de 1897 Lenin retoma y aclara el tema de fondo del trabajo precedente en un folleto de importancia indudable: *Las tareas de los socialdemócratas rusos*¹⁷. Aquí se subraya la importancia y la autonomía de la lucha política, que en los trabajos de 1895-96 era vista como consecuencia necesaria y como reflejo de la lucha económica y, por lo tanto, subordinada sustancialmente a ésta. En tal sentido Lenin escribe:

"Tanto la agitación política como la económica son igualmente indispensables para el desarrollo de la conciencia de clase del proletariado; tanto la agitación política como la económica son igualmente indispensables como dirección de la lucha de clases de los obreros rusos, pues toda lucha de clases es una lucha política¹⁸."

Si la conciencia política (y por lo tanto la lucha política) fuese considerada todavía como un reflejo espontáneo y mecánico de la lucha económica, no habría habido necesidad de subrayar la importancia autónoma

¹⁵ Lenin, *La nueva ley fabril*, en *Obras*, t. II cit., p. 255 y ss.

¹⁶ Lenin, *op. cit.*, p. 290. Ya antes, Lenin (*Proyecto de programa cit.*, p. 106) había observado que el gobierno se veía obligado a hacer concesiones a los obreros desorganizados, de modo que con el nacimiento de la organización socialdemócrata las cosas habrían indudablemente de mejorar. En el último trabajo que examinamos, sin embargo, se pone el acento sobre el carácter aleatorio e inútil de estas concesiones y por lo tanto sobre los límites de la lucha de fábrica con un vigor completamente nuevo respecto a los trabajos anteriores, concentrados esencialmente sobre la lucha económica, de la cual habría de derivar inevitablemente la conciencia.

¹⁷ Lenin, *Obras*, t. II cit., p. 311 y ss.

¹⁸ Lenin, *op. cit.*, p. 320.

y paritaria del momento político. No sólo eso. Lenin precisa —con una observación que anticipa el *¿Qué hacer?*— que mientras en la lucha económica el obrero entra en conflicto sólo con los capitalistas, en la lucha política entra en contacto con todas las demás clases de la población¹⁹

Conviene sin embargo, precisar que *las tareas* son todavía un trabajo, por así decirlo, de transición ya que la lucha económica no está aún subordinada a la política (como en el *¿Qué hacer?*), sino que tiene una importancia semejante. Además la conciencia no le viene al proletariado desde el exterior, de un grupo de intelectuales burgueses que la hayan elaborado fuera del terreno económico-político. Más aún, Lenin hace de los intelectuales un análisis bastante pesimista, por el cual se alega que éstos deben ser hegemonizados por el proletariado (y de ahí que no puedan considerarse como los portadores de la conciencia del proletariado):

“La gente instruida, ‘la intelectualidad’ en general, no puede menos de rebelarse contra el salvaje yugo policíaco del absolutismo, que persigue el pensamiento y el saber, pero los intereses materiales de esta intelectualidad la ligan al absolutismo, a la burguesía, la obligan a ser inconsecuente, a transigir, a vender ese ardor opositor y revolucionario por los sueldos estatales o por la participación en ganancias y dividendos²⁰.”

Después de 1897 la situación de Rusia tiende a estancarse y a “gangrenarse”. En 1898 la tentativa “primitivista” de los círculos de constituir el partido desde abajo fracasa dando origen sólo a una federación, nada unitaria, de círculos, completamente descentralizados y autónomos, en los cuales se alinean las diversas formas del espontaneísmo²¹.

Lenin, sin embargo (y otros intelectuales que tenían sus mismas exigencias), inicia una polémica con el espontaneísmo que culminará, luego en el *¿Qué hacer?* y en el II Congreso (en realidad el I) del partido.

Pudo darse, también, que en el curso de su abandono forzado de la política activa (entre 1895 y 1899 Lenin está primero en la cárcel y luego en el destierro), a la que no obstante sigue de cerca, Lenin, que está escribiendo su monumental *El desarrollo del capitalismo en Rusia*²², haya sido naturalmente llevado a acentuar la importancia del momento teórico-político. Sin embargo, este factor “personal” no habría tenido cierto relieve si la situación política de clase en Rusia no hubiera sido la que hemos descrito antes, con la necesidad consiguiente de una lucha a fondo contra el espontaneísmo en sus diversas formas.

¹⁹ Lenin, *op. cit.*, p. 321.

²⁰ Lenin, *Las tareas* cit., p. 320.

²¹ Sobre este punto véase Pierre Broué, *Stóvia del partito comunista dell’U. R.S.S.*, Milán 1966, pp. 32-33; Rudolph Schlesinger, *Il partito comunista dell’U. R.S.S.*, Milán, 1962, pp. 41-42.

²² Lenin, *Obras completas*, t. III, Buenos Aires, 1960.

En los artículos de 1899 para la *Rabóchaia Gazeta*, Lenin repite y profundiza el tema de la esencialidad del momento político y teórico sin el cual la lucha sindical no logra nada ni aun en el campo económico²³. Ni faltan alusiones en este sentido en otros trabajos de la misma época²⁴.

El artículo más importante de Lenin es este período (a nuestro respecto) se titula *Una tendencia regresiva en la socialdemocracia rusa*²⁵; la tendencia regresiva es, inútil decirlo, el espontaneísmo.

En este trabajo Lenin anticipa en sustancia la tesis de fondo del *¿Qué hacer?*; y la parte que vamos a citar contiene ya la hipótesis fundamental del trabajo que se publicará en 1902:

“En todos los países europeos el socialismo y el movimiento obrero, en su comienzo, existían separadamente. Los obreros luchaban contra los capitalistas, organizaban las huelgas y las uniones, mientras los socialistas se hallaban al margen del movimiento obrero, formulaban doctrinas que criticaban la actual estructura capitalista burguesa de la sociedad, y reclamaban la sustitución de ese régimen por otro régimen superior, un régimen socialista. Esa separación entre el movimiento obrero y el socialismo era la causa de la debilidad y del escaso desarrollo de uno y otro: las doctrinas de los socialistas, desvinculadas de la lucha obrera no dejaban de ser meras utopías, buenos deseos, no tenían influencia alguna sobre la vida real; por su parte, el movimiento obrero, al no ser iluminado por la ciencia de avanzada de su época, seguía siendo reducido, fraccionado, y no adquiría importancia política alguna. Por eso, en todos los países de Europa, vemos que se manifiesta cada vez con mayor fuerza la tendencia a fundir el socialismo y el movimiento obrero en un movimiento socialdemocrático único. La lucha de clases que libran los obreros se transforma, por esa fusión, en la lucha consciente del proletariado por su liberación de la explotación que le imponen las clases poseedoras, creándose una forma superior del movimiento obrero socialista: el partido obrero socialdemócrata independiente. La orientación del socialismo hacia la fusión con el movimiento obrero es el mérito principal de Marx y de Engels: ellos crearon una teoría revolucionaria que demostró la necesidad de esa fusión y planteó, como tarea de los socialistas, la organización de la lucha de clases del proletariado²⁶.”

La anticipación de las tesis de fondo del *¿Qué hacer?* nos parece evidente; el carácter externo a la clase obrera de su conciencia revolucionaria; el hecho de que el proletariado abandonado a sí mismo no supere los límites corporativos; la necesidad de que algunos intelectuales burgueses

²³ Cf. los artículos de Lenin para la *Rabóchaia Gazeta*, en *Obras*, t. IV cit., pp. 205-224, y también 306-315.

²⁴ Lenin, *Tareas urgentes de nuestro movimiento*, en *Obras*, t. IV cit., p. 361

²⁵ Lenin, *Obras*, t. IV cit., p. 253 y ss.

²⁶ Lenin, *op. cit.*, pp. 255-256.

(los socialistas, entre los cuales se destacan Marx y Engels) elaboren la ciencia revolucionaria "donándola" al proletariado y organizando su lucha.

Dicho escrito, junto a los otros de este período, demuestra el profundo vínculo de Lenin con los problemas del movimiento obrero ruso (lucha contra el espontaneísmo). Estos últimos tuvieron en la elaboración leninista de la época, un peso bantante más importante que la influencia teórica de Kautsky. La influencia de éste sobre Lenin (como sobre toda la socialdemocracia internacional del período 1900-14) es notable e innegable²⁷. Limitándonos a este escrito (aludimos aquí al

²⁷ Sobre muchos otros puntos Kautsky tuvo sobre Lenin una influencia original y directa en el período 1900-1914.

Es indudable, por ejemplo, que Lenin estaba por aquella época más próximo a la corriente de centro de la II Internacional, que a la izquierda (Trotski, Rosa Luxemburg, etc. Sobre este tema véase el artículo de Haupt, "Lenin, i bolscevichi e la II Internazionale", en *Rivista Storica del socialismo*, n. 29, pp. 3-30). El hecho constituyó siempre un tema tabú para la historiografía soviética desde que Stalin intervino burocráticamente contra aquellos historiadores que trataban de esclarecer este aspecto de la vida política de Lenin (véase Stalin, *sobre algunas cuestiones de la historia del bolchevismo* [Carta a la redacción de la revista *Proletárskaia Revolutsia*] en *Obras*, t. 13, Moscú, 1955, pp. 89-108).

Además, es de clara derivación kautskiana la aseveración de Lenin según la cual es reaccionario sostener que un país puede llegar al socialismo sin pasar por la fase burguesa (véase Lenin, *Gli anni della reazione e della ripresa rivoluzionaria*, Roma, 1950, pp. 303-304), por lo cual Lenin llegó en este período a teorizar que "la dictadura democrática de los obreros y de los campesinos" habría debido realizar en Rusia la fase burguesa antes de pasar al socialismo.

Es conocida la orientación de las teorías esquemáticas y mecánicas de la II Internacional, según las cuales no era posible que ningún país saltase una fase del desarrollo histórico canonizado en base al modelo de desarrollo de la Europa moderna (algo que jamás sostuvo Marx; cf. Marx-Engels, *India, Cina, Russia*, Milán, 1965, p. 240) y válido para todos los pueblos, de modo que ahí donde la burguesía era débil y no se había desarrollado, su revolución debía ser llevada a cabo sustitutivamente por los obreros y por los campesinos.

Todavía Kautsky en *La cuestión agraria* (en traducción al español de Ruedo Ibérico, París, 1970, p. 460), sostiene la existencia de un "estado civil" autónomo intermedio, como eslabón intermedio entre la democracia burguesa y el socialismo, que no es la dictadura del proletariado (esta tesis recuerda bastante la tesis sobre el estado de "democracia progresiva", teorizado por Togliatti inmediatamente después de la segunda guerra mundial y núcleo fundamental de la teoría de la "vía italiana al socialismo").

Lenin, reseñando la obra de Kautsky (véase Lenin, *Obras*, t. IV cit., p. 92 y ss.) celebra altamente este trabajo sin hacer mención crítica alguna a este punto tan fundamental.

Estas observaciones acerca de la relación de Lenin con el "centro" de la II Internacional en los años 1900-1914 podrían ser continuadas (recuérdese, por ejemplo, la actitud de Lenin en la polémica Kautsky-Luxemburg de 1910, el mecanicismo burdo de *Materialismo y empiriocriticismo*, etc.). Sin embargo, la influencia de Kautsky será superada por Lenin después de 1914. Obras como *El imperialismo* y *El estado y la revolución* (y no sólo éstas) prueban su definitiva autonomía del teórico alemán.

Es cierto que la historia de la relación Lenin-Kautsky está toda o casi toda por escribirse; y quizá no haya sido escrita, al menos en Italia, por no admitir la notable influencia que tuvo Kautsky sobre muchas posiciones teórico-políticas de Lenin entre 1900 y 1914.

¿Qué hacer?) en nuestra opinión, la influencia de Kautsky sobre Lenin se explica por el hecho de que Kautsky, precisamente porque privilegiaba al elemento "conciencia política" al afrontar los problemas de la organización revolucionaria y de las desembocaduras de las luchas de clase, le ofrecía un arma (aparte de la legitimación teórica) para batir el economicismo dominante, por ese entonces, en el movimiento obrero ruso y el principal obstáculo para su desarrollo; en otros términos, las posiciones teóricas generales de Kautsky, que serán ampliamente citadas en el *¿Qué hacer?*, son tomadas por Lenin porque son determinantes en la resolución de la polémica interna de la socialdemocracia rusa.

Se debe pues recordar la influencia política que ejerció Mártov sobre Lenin en este período (futuro colega de Lenin en la *Iskra* y en aquella época animado por las mismas exigencias prácticas), a quien él remite para una amplia demostración histórica (relativa a Rusia) de las tesis expuestas en el amplio fragmento citado²⁸.

Volviendo a la vida de Lenin: en 1900, terminado su destierro, se fue al extranjero, a los ambientes de la emigración socialdemócrata. La nueva situación es tal que acentúa sus posiciones: el ambiente de los intelectuales de la *Iskra* en el que participa Lenin tiene entre sus objetivos el de vencer el primitivismo de los círculos socialdemócratas en Rusia abriendo el camino a la constitución real de un partido centralizado que sustituya la ficticia federación de los círculos de 1898. La tentativa debe realizarse desde arriba (ya que la experiencia de la base fracasó en 1898), y el grupo de los intelectuales de la *Iskra* debe vencer, desde fuera de la realidad rusa, el primitivismo de los círculos llevando a ellos conciencia (teoría) y organización (con esto no queremos aceptar la tesis iskrista ni aun para el período 1901-05, sino únicamente esclarecer cómo la realidad impulsó a ciertos grupos a asumir determinadas posiciones).

En otros términos, la situación en que deben operar la *Iskra* y Lenin parece contener el modelo más adecuado a las tesis de fondo del *¿Qué hacer?* En Rusia, por lo demás, la situación no parece cambiar y Lenin en una carta de 1901 recalca la necesidad de combatir el espontaneísmo y antes que nada su raíz: el primitivismo de los círculos²⁹.

La situación parece exigir, cada vez más, la intervención externa del grupo de la *Iskra*, el único que parece en condiciones de desbloquearla.

²⁸ El ambiente ruso se prestaba en apariencia a la interpretación de Lenin-Mártov (la conciencia revolucionaria elaborada al margen del proletariado) ya que en él la teoría marxista se había desarrollado poderosamente cuando el proletariado y las luchas de clase estaban en una fase apenas inicial.

La interpretación queda, no obstante, estrictamente condicionada por la exigencia táctica de revalorizar en contra de los economistas la importancia del momento teórico-político.

En realidad, las razones del desarrollo del marxismo en Rusia hay que buscarlas en otra parte, como veremos, y no en el "resultado natural e inevitable del pensamiento de los intelectuales socialistas rusos", como Lenin sostendrá en el *¿Qué hacer?*

²⁹ Carta a Tsederbaum citada.

Los tiempos parecen maduros para una lucha a fondo contra toda forma de espontaneísmo.

En 1902 se publica el *¿Qué hacer?*

Las tesis del *¿Qué hacer?*

“Hemos dicho, escribe Lenin en el *¿Qué hacer?*, que los obreros no podían tener conciencia socialdemócrata. Esta sólo podía ser introducida desde fuera. La historia de todos los países atestigua que la clase obrera, exclusivamente con sus propias fuerzas, sólo está en condiciones de elaborar una conciencia tradeunionista, es decir, la convicción de que es necesario agruparse en sindicatos, luchar contra los patronos, reclamar del gobierno la promulgación de tales o cuales leyes necesarias para los obreros, etc. En cambio *la doctrina del socialismo ha surgido de teorías filosóficas, históricas y económicas que han sido elaboradas por representantes instruidos de las clases poseedoras, por los intelectuales.* Por su posición social, también los fundadores del socialismo científico contemporáneo, Marx y Engels, pertenecían a la intelectualidad burguesa. *Exactamente del mismo modo, la doctrina teórica de la socialdemocracia ha surgido en Rusia independientemente en absoluto del crecimiento espontáneo del movimiento obrero, ha surgido como resultado natural e inevitable del desarrollo del pensamiento entre los intelectuales revolucionarios socialistas*³⁰.”

Poco después, Lenin, legitimando cuanto ha sostenido, cita un largo fragmento de Kautsky, en el cual se ilustran tesis análogas; sin embargo, el revolucionario ruso siente la necesidad de matizar estas tesis demasiado audaces y reconoce que incluso los obreros pueden dar vida a la socialdemocracia; pero entiéndase bien, no obstante, que ellos adhieren y son acogidos en dicha organización como intelectuales (aun cuando su origen sea obrero como un Proudhon o un Weitling) y no como obreros en estricto sentido³¹.

³⁰ Lenin, *¿Qué hacer?* cit., pp. 382-383. El subrayado es mío.

³¹ Lenin escribe: “Ya que no puede hablarse de una ideología independiente, elaborada por las mismas masas obreras en el curso de su movimiento”, (*op. cit.*, p. 391). Y luego especifica en nota: “Esto no significa, naturalmente, que los obreros no participen en esta elaboración. Pero no participan en calidad de obreros, sino en calidad de teóricos del socialismo, como los Proudhon y los Weitling”.

Como puede verse, Lenin considera que la teoría revolucionaria es elaborada por un grupo social autónomo, los intelectuales, el que da vida a la socialdemocracia y permeabiliza desde el exterior a las masas para la teoría socialista (idéntica es la posición de Kautsky —citado en las pp. 390-391—, que Lenin encuentra “profundamente justa”). La fusión entre movimiento obrero e intelectuales socialistas es vista como subordinación del primero a los segundos, que lo guían e iluminan monopolizando la conciencia. Es sintomático que Lenin cite en apoyo de sus tesis al propio Kautsky, pero que no encuentre ninguna pieza de apoyo serio en las obras maduras de Marx y Engels. El único fragmento de Engels que él cita (en p. 378) concierne a la importancia de la conciencia revolucionaria, pero no por cierto a su carácter “externo” a la clase e “importado” por ésta.

El partido, por consiguiente, está formado por un grupo de elementos extraños (los intelectuales burgueses) o enajenados del proletariado (los obreros que perteneciendo a la socialdemocracia entran en consideración como intelectuales, es decir como sujetos extraños a la clase). La clase cerrada en sí misma y en la relación de fábrica no puede llegar a la conciencia revolucionaria, que exige una visión global de la sociedad³², sino a lo sumo a la conciencia política tradeunionista³³, que es la conciencia del proletariado sometido a la burguesía.

Es inútil decir, pues, que el partido no agota sus funciones *uno actu*: no existe una conciencia metahistórica de una vez por todas; precisamente por esto Lenin insiste sobre la necesidad de un fuerte partido centralizado, fundado sobre el poder de “diez cabezas fuertes”, que ejerciten una constante acción de guía, educación y politización de las masas en el curso de la lucha. El partido debe existir precisamente para desarrollar esta función continua de dirección y “concientización” de las masas³⁴.

Por otra parte, no debe creerse que el carácter poco democrático de semejante modelo de organización derive, para el Lenin de 1902, sólo de la situación rusa (la ilegalidad a que se sometía a la socialdemocracia); esto tiene su peso (que el revolucionario pone de relieve) pero, en realidad, Lenin sostiene que la aplicación del principio democrático es cosa “muy relativa en la situación actual”³⁵. Se refiere a la sociedad capitalista en general y no sólo a Rusia, como se ve en las alusiones a las obras de Webb y de Kautsky sobre el movimiento obrero inglés y alemán. En sustancia, el sentido del discurso de Lenin es el siguiente: el control directo de los obreros y la democracia de base no eliminan la necesidad del funcionario especializado (el parlamentario, el periodista, el experto en seguros de los sindicatos, según los ejemplos de Lenin), el cual, aunque es cierto que “la aplicación del principio democrático es muy relativa”, deberá tener una notable esfera de autonomía respecto a la base³⁶.

En una visión similar, el proletariado termina siendo objeto y no sujeto de la historia (como también han notado otros antes que yo). En general, los llamados leninistas ortodoxos se obcecaban cuando se les hace notar esto. Sin embargo, no se necesita mucho para comprender que ésta es la consecuencia obligada del discurso de Lenin. En efecto, si una clase no es capaz de elaborar por sí sola la propia conciencia y la propia organización, sino que tiene que pedir las prestadas a otras clases, queda evidentemente sometida a ellas y no puede, por lo tanto, ser el sujeto

³² Lenin, *op. cit.*, p. 429.

³³ Ya se dijo que la conciencia tradeunionista implica sólo las luchas políticas por aquellas reformas que mejoren las condiciones de trabajo (leyes sobre salario mínimo, escalafones, horarios, etc.).

³⁴ Lenin, *op. cit.*, p. 457 y ss.

³⁵ Lenin, *op. cit.*, p. 488.

³⁶ Este es el único modo lógico de interpretar el fragmento de Lenin indicado en la nota que precede.

que edificará el nuevo orden sino únicamente un instrumento necesario, si se quiere, en manos de otros.

Y clase revolucionaria en su pleno sentido es sólo aquella que organiza y dirige el proceso revolucionario, y que no participa en él de manera subalterna. En razón de esto, los fundadores del materialismo histórico (y también el propio Lenin en otra parte, Trotski y Mao) han subrayado muchas veces que la pequeña y la media burguesía no pueden ser consideradas clases fundamentalmente revolucionarias porque la posición que ocupan en la sociedad oscila entre el proletariado y la burguesía. Ellos pueden sin embargo ser hegemonizados por el primero y tomar parte en la revolución socialista, pero sólo siguiendo al proletariado, que al liberarse, las libera. En sustancia, sólo el proletariado es una clase realmente revolucionaria³⁷ y autónoma.

En el esquema del *¿Qué hacer?*, en cambio, el proletariado está de hecho asimilado a la pequeña y la media burguesía. No tiene la capacidad revolucionaria autónoma y tiende espontáneamente a hacer tradeunionismo (es decir, a aceptar el dominio de la burguesía hasta tanto no lleguen los intelectuales que lo organicen y lo dirijan). En este esquema las clases fundamentales son la burguesía por una parte y los intelectuales revolucionarios por otra (¿pero pueden éstos considerarse clase?)³⁹. En el centro están tanto la pequeña y media burguesía como el proletariado, que oscila entre el tradeunionismo subalterno a la burguesía y la "conciencia" revolucionaria que le es dada por los intelectuales.

Es cierto que Lenin admite que el proletariado es potencial e instintivamente revolucionario³⁹; pero de hecho estas capacidades permanecen puramente potenciales hasta que los intelectuales portadores de conciencia y organización, no las traducen en realidad.

Las tesis del *¿Qué hacer?* y el marxismo

Las tesis del *¿Qué hacer?* entran en contradicción sin duda con el marxismo o al menos con las tesis de Marx y Engels más maduras (de 1845 en adelante).

En la *Miseria de la filosofía*, Marx escribe:

"Así como los economistas son los representantes científicos de la clase burguesa, los socialistas y los comunistas son los teóricos de la clase proletaria. Mientras el proletariado no esté aún lo suficientemente desarrollado para constituirse como clase; mientras, por consiguiente, la lucha misma del proletariado contra la burguesía no reviste todavía carác-

³⁷ Cf. la formulación clásica del *Manifiesto del Partido Comunista*, en Marx-Engels, *Obras escogidas*, t. I, p.

³⁸ En términos marxianos este grupo totalmente ajeno a la producción no puede ser considerado como clase

³⁹ Lenin, *op. cit.*, pp. 383-404 y ss.

ter político [...] estos teóricos son sólo utopistas [...] Pero a medida que la historia avanza, y con ella empieza a destacarse con trazos cada vez más claros la lucha del proletariado, aquéllos no tienen ya necesidad de buscar la ciencia en sus cabezas: les basta con darse cuenta de lo que se desarrolla ante sus ojos y convertirse en portavoces de esa realidad⁴⁰."

Según Marx el teórico, pues, no transforma al proletariado de "tradeunionista" en revolucionario, determinando así una situación revolucionaria que antes no existía⁴¹, sino que tiene la función más modesta (aunque importante) de esclarecer el proceso de las luchas revolucionarias efectivamente en curso.

Aún en 1880, pocos años antes de la muerte, Marx escribe: "solamente ellos [los obreros] y ningún salvador elegido por la providencia son capaces de aplicar los remedios enérgicos contra la miseria social que sufren"⁴². Es claro que si él hubiese sostenido que los obreros abandonados a sí mismos estaban destinados a permanecer esclavos y cuanto más a hacer tradeunionismo (el cual, más allá de la vinculación con la lucha política, no es un remedio enérgico ni siquiera para Marx⁴³) no habría podido escribir cosas de este tipo y habría debido apelar a los "salvadores providenciales" (del tipo de los intelectuales del *¿Qué hacer?*).

Esta frase de Marx, pues, se corresponde acabadamente con la célebre

⁴⁰ Marx, *Miseria de la filosofía*, Siglo XXI, Buenos Aires 1971, p. 109. El subrayado es mío.

⁴¹ Sobre este tema véase también Lelio Basso, *Introduzione a los Scritti politici* de Rosa Luxemburg, Roma, 1967, p. 107.

Es cierto que esclarecer teóricamente un movimiento en acción y sus fines es algo importante que puede, en ocasiones, ayudar a su éxito de manera decisiva. Pero ninguna teoría puede crear y transformar un movimiento reformista en revolucionario. Los movimientos revolucionarios pueden nacer sólo de las contradicciones de la realidad y no de la teoría. "Sin movimiento revolucionario no hay teoría revolucionaria", puede decirse contrariando a Lenin. A tal propósito, Marx escribe en *Las luchas de clases en Francia de 1848 a 1850* (en *Obras escogidas* cit., I, pp. 144-145): "Una clase en que se concentran los intereses revolucionarios de la sociedad encuentra inmediatamente en su propia situación, tan pronto como se levanta, el contenido y el material para su actuación revolucionaria: abatir enemigos, tomar las medidas que dictan las necesidades de la lucha. Las consecuencias de sus propios hechos la empujan hacia adelante. No abre ninguna investigación teórica sobre su propia misión." Marx es quizás un poco excesivo aquí ya que la función indudable de los teóricos (incluso en los límites fijados por el fragmento de la *Miseria de la filosofía* citados más arriba) parece aquí totalmente descuidado. El párrafo, sin embargo, indica con su tono drástico cómo el movimiento revolucionario no puede ser "creado" por ninguna investigación teórica acerca de las tareas de las clases revolucionarias.

⁴² Cf. el texto de la *Encuesta obrera* de Marx en *Pasado y Presente*, n. 9 año III, abril-setiembre de 1965, pp. 79-83.

⁴³ Marx, *Salario, precio y ganancia*, en *Obras escogidas* cit., I, p. 461: "Esta necesidad de una *acción política general*, es precisamente la que demuestra que, en el terreno puramente económico de lucha, el capital es la parte más fuerte".

afirmación contenida al comienzo de los estatutos de la I Internacional: "La emancipación de la clase obrera debe ser obra de los obreros mismos"⁴⁴.

Pero volviendo a la *Miseria de la filosofía*, en el punto en que Marx habla del desarrollo de la clase obrera en clase "para sí" (es decir en clase revolucionaria) leemos:

"En la lucha, de la que sólo hemos señalado aquí algunas de sus fases, esta masa se reúne, se constituye en clase para sí. Los intereses que defiende se convierten en intereses de clase. Pero la lucha de clase contra clase es una lucha política"⁴⁵.

Aquí Marx se refiere a la experiencia de la clase obrera inglesa, que con la constitución de las Trade Unions y del movimiento político Cartista se estaba elevando a "clase para sí".

Pero es sabido que este proceso histórico ocurre fuera de la tutela de los intelectuales "socialistas" burgueses y el propio Marx lo advierte señalando cómo estos cumplieron una función no revolucionaria, invitando a la clase obrera (que hacía, no obstante, oídos sordos) a no asociarse a los partidos y a los sindicatos⁴⁶.

Además, el movimiento obrero inglés no fue, al menos hasta 1847, sólo un movimiento económico; en efecto, el cartismo (que tuvo un poderoso desarrollo de masa) planteaba reivindicaciones políticas muy precisas como la conquista integral de los derechos políticos y una constitución integralmente democrática (algo que en el 1840 era altamente revolucionario en la semi-aristocrática Inglaterra) que no pueden ser englobados en el concepto leninista de política tradeunionista, ya que para Lenin la lucha por la libertad y los derechos políticos en los países en que están ausentes es lucha típicamente socialdemócrata puesto que al conquistar los derechos políticos "integrales" la clase obrera puede desarrollar a fondo su lucha⁴⁷.

Engels, por su lado, en su libro sobre Inglaterra, valora la escisión entre los elementos burgueses y obreros que tuvo lugar en el seno de la formación democrática inglesa como expresión de las posiciones políticas de clase, autónomas de toda la burguesía, que el proletariado ha conquistado⁴⁸. En cuanto a la fusión auspiciada entre el Cartismo y el

⁴⁴ Marx, *Estatutos generales de la Asociación Internacional de los trabajadores*, en Marx-Engels, *Obras escogidas* cit., p. 398

⁴⁵ Marx, *Miseria de la filosofía* cit., p. 158.

⁴⁶ Marx, *op. cit.*, p. 157: "Los socialistas quieren que los obreros dejen en paz a la vieja sociedad para poder entrar mejor en la sociedad nueva que ellos les tienen preparada con tanta previsión".

⁴⁷ Cf. Lenin, *Proyecto y explicación* cit., pp. 108-109. Pero el concepto es repetido varias veces por Lenin en diversas ocasiones.

⁴⁸ Engels, *La situación de la clase obrera en Inglaterra*, Buenos Aires, 1965, p. 227.

socialismo, afirma que no se obtendrá por la acción de una élite intelectual externa a la clase trabajadora:

"El acercamiento al socialismo no puede faltar sobre todo si la próxima crisis, a más tardar en 1847, pero probablemente ya el año próximo, seguirá a la actual coyuntura favorable de la industria y el comercio, y que superará con mucho todas las precedentes por la violencia y el furor, con la miseria que traerá consigo, impulsará a los obreros a usar remedios sociales a la vez que políticos. Los obreros impondrán su Carta como es natural, pero hasta ese momento se preguntarán por las cosas que puedan obtener con la Carta⁴⁹ es decir, con la completa conquista de los derechos políticos."

Se puede imputar a Engels un cierto optimismo mecánico; pero él también reconoce la autonomía del Cartismo de la burguesía y auspicia su fusión con el socialismo⁵⁰, sólo que tal fusión no es vista como derivada de la acción de una élite ajena al proletariado (que ya con el Cartismo se ha vuelto políticamente autónomo de la burguesía, según Engels), sino del desarrollo de los hechos: en particular la crisis del 1847 debería llevar a los obreros "a esclarecerse a sí mismos" el uso social (destrutivo) de los derechos políticos conquistados y, por lo tanto, determinar la confluencia de Cartismo y socialismo sobre una base revolucionaria común.

Es verdad que Engels admite una cierta influencia de la agitación socialista sobre los cartistas, pero se trata sin duda de una influencia secundaria si es cierto que:

"Los socialistas son bastante dóciles y pacíficos, reconocen que las condiciones existentes, aun siendo malas, están justificadas, ya que rechazan otra vía que no sea la de la persuasión pública, y son, al mismo tiempo tan abstractos que nunca, en la forma actual de sus principios, ganarían esa pública persuasión⁵¹."

⁴⁹ Engels, *op. cit.*, p. 228.

⁵⁰ Engels, *op. cit.*, pp. 228 y ss. Conviene precisar, no obstante, que la fusión entre cartistas y socialistas no era vista a la manera de Lenin, o sea: socialistas = teóricos revolucionarios y cartistas = movimiento obrero tradeunionista. Ella en cambio era vista como la fusión entre dos alas de un movimiento político cuyo fin objetivo era el derrumbamiento de las estructuras capitalistas inglesas.

Los cartistas, en efecto, como ya se ha observado, estaban para Engels más allá de todo confín político burgués; sus exigencias, pues, debían causar una auténtica revolución política en Inglaterra, prelude a una acción social suya (*op. cit.*, pp. 221 y 228).

En cuanto a los socialistas, éstos estaban para Engels muy lejos de ser los auténticos portadores de la teoría revolucionaria, enfermos como era, de intelectualismo y de utopismo. Podían llegar a serlo y podían superar sus escorias únicamente con el contacto directo con el movimiento obrero.

Sobre el Cartismo, c. el libro de Marton Tate, *Historia del movimiento obrero inglés*, Editorial Fundamentos, Madrid, 1971.

⁵¹ Engels, *op. cit.*, p. 228.

Dos años después, Marx celebrará, como ya vimos, la decisión de los obreros ingleses de rechazar las sugerencias utópicas de los socialistas para meterse en el camino de la lucha de clases real⁵². Más tarde, en sus escritos sobre las luchas de clases en Francia, la capacidad revolucionaria autónoma y espontánea del proletariado será vista desplegarse sin ninguna dirección centralizada y externa⁵³.

Todo esto contrasta indudablemente con las afirmaciones de Lenin, según el cual las masas, sin una dirección externa de intelectuales que aportan su conciencia y su organización, no van más allá de la lucha económica y del tradeunionismo.

Las incongruencias lógicas e históricas del *¿Qué hacer?*

El interés por el marxismo en el Imperio zarista comenzó a desarrollarse hacia el final de la década del 60, y a principios de la del 70 del siglo XIX. Las razones de este interés no deben buscarse en el desarrollo inevitable del pensamiento "puro" refugiado en la cabeza de algunos intelectuales, sino en acontecimientos como la Comuna de París (que no nace en la esfera del pensamiento puro) que despertaron una profunda impresión en Rusia, en base a determinadas condiciones históricas internas. Estas condiciones eran el producto de la delineación precisa de las primeras estructuras capitalistas (aunque no eran todavía dominantes) en la economía rusa y en las primeras luchas del naciente proletariado. Rusia entraba en el camino de Europa (aunque con retraso) y por lo tanto en el camino de la lucha de clases entre burgueses y proletarios.

Fue esta interacción de factores histórico-sociales unidos a la realidad rusa la que despertó el interés por el marxismo, expresión y consecuen-

⁵² Marx, *Miseria de la filosofía* cit., pp. 156 y ss.

⁵³ Marx, *Las luchas de clases*. . . cit., p. 158: "Es sabido cómo los obreros, con una valentía y una genialidad sin ejemplo, sin jefes, sin un plan común, sin medios, carentes de armas en su mayor parte, tuvieron en jaque durante cinco días al ejército, a la Guardia Móvil, a la Guardia Nacional de París y a la que acudió en tropel de las provincias." Esta lucha "fue una lucha por la conservación o la destrucción del orden burgués".

A esta altura vale la pena señalar, sin embargo, que no pretendemos aquí rechazar la importancia de la organización, de la conciencia y de las vanguardias. Lo que queremos esclarecer es que a) las masas abandonadas a sí mismas no permanecen en el tradeunionismo (por lo menos, no necesariamente) porque alcanzan muy frecuentemente una "espontaneidad" revolucionaria; b) la conciencia y la organización pueden nacer únicamente en el terreno de la lucha de clases y no ser importada idealistamente desde el exterior; c) la vanguardia es a su vez interna y no externa a la clase y no puede institucionalizarse "a priori" en un ente depositario de su conciencia por derecho histórico. Ella tiene un nivel de conciencia más elevado, por lo general, que el de las masas, pero no tiene el monopolio de la misma y sobre todo no es infalible; d) en consecuencia, sólo es una real vanguardia revolucionaria aquel grupo que en un determinado momento histórico logra indicar una línea justa a las masas y conquistarla (sin constrictión evidente o manipulación oculta) para ésta y sabe también corregir sus propios errores a la luz de las indicaciones de las propias masas.

cia a nivel teórico de la lucha de clases revolucionaria e internacional del proletariado⁵⁴. Precisamente por esto se da en estos años una nutrida correspondencia entre Marx y Engels por una parte y los intelectuales y las revistas rusas por la otra. El tema recurrente en estas cartas es en general el mismo: ¿seguirá Rusia el camino de Occidente? Muchos intelectuales y obreros⁵⁵ comienzan a dar una respuesta afirmativa a tal problema y el marxismo comienza a difundirse en Rusia⁵⁶.

Como se ve, pues, incluso en Rusia la difusión del marxismo se debe a factores histórico-sociales y materiales precisos, y no a un desarrollo natural e inevitable del pensamiento.

Pero en el *¿Qué hacer?* existe otro punto igualmente oscuro, que es el de las razones por las cuales los intelectuales, que han elaborado la conciencia de clase del proletariado, se la ceden a éste. Kautsky dice que este traspaso de conciencia se produce cuando las condiciones objetivas lo permiten (¿qué claridad!) y Lenin sale del paso citando a Kautsky⁵⁷.

Muy distinto es el modo en que Marx y Engels examinan el fenómeno del pasaje de los ideólogos burgueses al proletariado:

"Finalmente [escriben en el *Manifiesto comunista*], en los períodos en que la lucha de clases se acerca a su desenlace, el proceso de desintegración de la clase dominante, de toda la vieja sociedad, adquiere un carácter tan violento y tan patente que una pequeña fracción de esa clase reniega de ella y se adhiere a la clase revolucionaria, a la clase en cuyas manos está el porvenir. Y así como antes una parte de la nobleza se pasó a la burguesía, en nuestros días un sector de la burguesía se pasa al proletariado, particularmente ese sector de los ideólogos burgueses que se han elevado teóricamente hasta la comprensión del conjunto del movimiento histórico⁵⁸."

El discurso de Marx y Engels es clarísimo: hay ideólogos que en una situación de crisis revolucionaria (por la presión del proletariado) se dan cuenta de que forman parte de una clase "desahuciada" y se pasan del lado de la clase progresiva. Esto es todo.

Sin embargo, un proceso tal de movilidad social no puede explicarse

⁵⁴ En aquella época comienzan a verificarse, con las primeras luchas de clase y el aflorar de las primeras disfunciones capitalistas (la primera crisis industrial de 1873), algunas adhesiones de intelectuales pero también de obreros al marxismo. Sobre este tema véase el libro de Umberto Cerroni, *Le origini del socialismo in Russia*, Roma, 1965, p. 108.

⁵⁵ Cf. Marx-Engels, *India, Cina, Russia* cit., pp. 234 y ss; 237 y ss. 245 y ss., 250 y ss., 257 y ss.

⁵⁶ Su intuición resulta justa ante la prueba de los hechos. Rusia, aunque con retraso y con muchos desequilibrios, se había puesto en el camino de un desarrollo capitalista sin el cual las revoluciones de 1905 y de 1917 y los soviets obreros serían inconcebibles.

⁵⁷ Lenin, *¿Qué hacer?* cit., pp. 390-391.

⁵⁸ Marx-Engels, *Manifiesto* cit., p. 32.

ciertamente con una impugnación de tipo "tradeunionista". Marx sabe muy bien que este tipo de lucha no engendra crisis revolucionarias y la esencialidad del momento político-partidario, desde este punto de vista, está siempre presente en el *Manifiesto*.

Parece claro, pues, que el momento en que la lucha de clases está cerca de su culminación y en que la vieja sociedad se deshace en forma áspera y violenta no puede ser sino un momento de impugnación política-revolucionaria del proletariado, como resulta también de la utilización del parangón histórico burguesía-aristocracia. Esto queda ulteriormente probado por lo que Marx había afirmado un año antes acerca de los teóricos de la revolución (sean ellos de origen burgués o proletarios): que no hacen más que registrar un movimiento revolucionario activo fuera de su cabeza⁵⁹.

Este modo de plantear la cuestión de parte de Marx y de Engels es el único coherente con los principios del materialismo histórico, aunque la afirmación del *Manifiesto* apunta solamente a las situaciones históricas. En Rusia, por ejemplo, el paso de los núcleos de intelectuales de la burguesía al proletariado, no se realiza, al menos en la fase inicial, por la presión insostenible del proletariado ruso (en 1870 las luchas de clases estaban apenas en una fase inicial) sino por el ejemplo revolucionario del proletariado europeo (I Internacional, Comuna) que mostró a los intelectuales, que por ese entonces se daban cuenta del inevitable desarrollo del capitalismo en Rusia, cómo incluso allí el porvenir pertenecía al proletariado; también en este caso la teoría se desarrolla en relación con un movimiento histórico político y revolucionario existente y no como consecuencia del desarrollo natural e inevitable del pensamiento.

Si ahora volvemos a Lenin y a Kautsky, vagamos por la oscuridad: de un lado hay una clase (el proletariado) que abandonada a sí misma no es capaz de ninguna acción revolucionaria (sino únicamente sindical); y del otro está la burguesía que, al no ser cuestionada de manera revolucionaria, está más firme que nunca en el poder.

En este punto algunos ideólogos burgueses⁶⁰ se separan de su clase y llevan la conciencia revolucionaria al proletariado: cómo y por qué se produce este proceso y cuáles son sus razones, no se dice. Los sectores más inteligentes de la burguesía destruyen su propia clase (y sus propios privilegios) a través del proletariado al que ellos transforman de masa inerte, sólo instintiva y potencialmente destructora, en una cohorte de revolucionarios.

Pero eso no es todo, en la concepción de Lenin el intelectual no pasa al proletariado (como sostienen en cambio Marx y Engels), antes bien, si es excepcionalmente obrero, se separa de su clase porque adhiere y milita en el partido en calidad de "político" (es decir de intelectual). La lucha de clases del proletariado resulta dirigida por elementos que se han separado de la burguesía pero no han adherido al proletariado. En este

⁵⁹ Miseria de la filosofía cit., p. 109. Véase también *Manifiesto* cit., p. 42.

⁶⁰ Lenin, *op. cit.*, pp. 380 y ss.

punto las tesis de Lenin y Kaustsky parecen anticipar directamente la teorización utópica de Karl Mannheim, según el cual existiría en la sociedad un grupo social independiente (los intelectuales) que tendría la edificante función de abogado de la humanidad doliente ya que no de la Verdad y la Justicia⁶¹.

El idealismo vulgar de afirmaciones semejantes es tan evidente que no vale la pena polemizar acerca de ellas; lo extraño es que mientras ciertos "marxistas" atacan ferozmente la tesis de Mannheim, el *¿Qué hacer?* sin embargo se ha convertido (al menos para la mayor parte de ellos) en una obra altamente científica.

Por otro lado la historia del movimiento obrero abunda en ejemplos que desmienten la tesis del *¿Qué hacer?*

Hemos aludido ya a las experiencias del movimiento cartista y a los acontecimientos de 1848-49 en Francia. En cuanto a la historia más reciente, tres años después del *¿Qué hacer?* el movimiento obrero ruso con la experiencia de los soviets (sobre lo cual volveremos) demostró su capacidad revolucionaria autónoma. Hay que señalar, en efecto, que los bolcheviques fueron en un principio extraños y hostiles al fenómeno creado espontáneamente⁶² en las masas, una parte de las cuales era sin duda extraña a la influencia (aún indirecta) de la socialdemocracia. Y también los obreros bolcheviques que se adhirieron a él lo hicieron a "título personal" dada la actitud del partido hostil a los soviets. Estos órganos, sin duda revolucionarios, fueron obra de las masas que indicaron al partido el camino de la revolución⁶³.

⁶¹ Mannheim, *Ideología y utopía*, Madrid, 1966, pp. 216 y ss. Sobre este límite de fondo insisten Basso (en la citada Introducción a los *Scritti politici* de la Luxemburg) y Amodio (*op. cit.*, pp. 8 y ss.) y más recientemente Rossana Rossanda ("*De Marx a Marx: clase y partido*", en *Teoría marxista del partido político*/3, Cuadernos de Pasado y Presente, nº 38, Córdoba, 1973).

⁶² Sobre el carácter espontáneo de los soviets no existen dudas. Cf. Broué, *op. cit.*, pp. 84 y ss.; Schlesinger, *op. cit.*, pp. 69 y ss.; Trotski, *1905*, París, 1971, pp. 103 y ss.; Carr, *La revolución bolchevique*, Madrid, 1972, pp. 61 y ss.; Volin, *La revolución desconocida*, Buenos Aires, 1954, pp. 55 y ss.; Deutscher, *El profeta armado*, México, 1966, p. 118 y ss. El carácter espontáneo de los soviets fue ampliamente reconocido por Lenin, como veremos en el próximo párrafo.

⁶³ Lenin, en la citada carta a la *Nóvaia Zhinn* (*Nuestras tareas y el soviets de diputados obreros* cit., pp. 13-14) sostiene que estos organismos fueron creados por todo el proletariado, incluso por el no socialdemócrata, el cual, sin embargo, constituía una minoría. Aquí Lenin dora la píldora a sus compañeros de corriente ya que los inscriptos a la socialdemocracia eran muy pocos y la mitad mencheviques; en cuanto a los simpatizantes, es indudable que los bolcheviques estuvieron durante un largo período marginados en el ámbito de los soviets (excepto en el de Moscú). Y esto volvió a verificarse, como ya se sabe, en la revolución de 1917 (al menos en los primeros meses de la experiencia soviética), signo evidente de que en la primera fase de la experiencia soviética los bolcheviques no estuvieron a la cabeza y sólo se unieron a ella cuando ya los soviets estaban en el apogeo de su poder.

De todas maneras, es significativo que Lenin reconozca también al proletariado no socialdemócrata ("minoritario" para Lenin) el mérito de haber creado espontáneamente un organismo revolucionario sin la mediación de un partido. Es por esto mezcquina la tentativa del historiador ultrabolchevique Schlesinger, que afirma

El mismo análisis se puede hacer de los consejos de obreros y campesinos surgidos en España en 1936 al margen de las invocaciones de cualquier dirección revolucionaria (que, por otra parte, faltaba)⁶⁴. Lo mismo puede decirse también de las masas obreras y campesinas chinas que mostraron en 1926-27 al partido el camino de una posible revolución victoriosa en contra de la política de apéndice del Kuomintang llevada a cabo, puede decirse desde el origen por el Pch bajo la guía de la III Internacional.

Un análisis semejante puede hacerse también de los sucesos de Francia de 1936 y de 1968, donde las direcciones "revolucionarias" de los partidos dieron un ilustrativo ejemplo de lo que valen frente al "tradeunionismo" de las masas.⁶⁵

La polémica sobre *¿Qué hacer?* en la socialdemocracia

El libro de Lenin no suscitó al principio grandes polémicas, al menos en el ámbito del grupo iskrista. Sin embargo, en 1903, durante el curso del II Congreso socialdemócrata ruso se delineó, como es sabido, la escisión entre bolcheviques y mencheviques. Esta rotura, a primera vista inspirada por cuestiones estatutarias de segundo orden, correspondía en realidad a una visión distinta acerca del partido en el interior del grupo iskrista. Si es cierto, en efecto, que en todo el grupo se quería la derrota del economismo y la rápida organización de un partido político propiamente dicho (existente sólo en el papel en 1898), es también cierto que una parte de los iskristas tenía como modelo los partidos de masa socialdemócratas occidentales, particularmente aptos para la lucha parlamentaria

por una parte que los bolcheviques fueron los verdaderos líderes de los soviets (cuando sabemos que fueron los últimos en llegar y quedaron marginados durante los primeros meses de 1917), y por la otra, en la misma página (*op. cit.*, pp. 68-69) afirma la independencia de los soviets tanto de los bolcheviques como de los mencheviques respecto a cuestiones de fondo como la ley de las 8 horas. Esta no es la única contradicción de Schiesinger, el cual hace todo lo posible para disminuir el rol de los soviets diciendo que eran organismos para obtener mejoras económicas, pero observando *en passant* en la misma página que estos disponían de milicias dirigidas por un comité militar revolucionario cuyas intenciones aparecían ya en el nombre adoptado. ¡Como tradeunionismo era decididamente muy singular!

Lenin, por su lado, en abril de 1917 sostenía que había que dar la consigna "todo el poder a los soviets", aun cuando los bolcheviques estuvieran en neta minoría en ellos. Solamente en junio de 1917 los bolcheviques conquistaron la mayoría en la sección obrera del Soviet de Petrogrado, centro de la revolución; pero siguieron estando en minoría en todo el Soviet. En los centros menores el desplazamiento en su favor era más lento. Cf. Trotsky, *Historia de la revolución rusa*, Buenos Aires, *Galería*, 1972, pp. 505 y ss.

⁶⁴ Sobre este tema véase Broué y Témime, *La revolución y la guerra de España*, México, 1963, pp. 214 y ss.; Karl Korsch, *La collettivizzazione in Spagna*, en *Giovane Critica*, n. 20, pp. 81 y ss.

⁶⁵ Sobre este tema véase Isaacs, *Il dramma della rivoluzione cinese (1925-27)*, Milán, 1967.

y electoral. En sustancia, se quería preparar para el post-absolutismo y para las luchas parlamentarias y electorales que vendrían después.

A esta perspectiva legalista y parlamentaria (Mártov) se oponía la perspectiva elitista-revolucionaria de Lenin.

Una vez producida la ruptura, los mencheviques consideraron oportuno atribuir la causa de ella a las posiciones teóricas del *¿Qué hacer?*, no atacadas en un primer momento porque coincidían con su objetivo (de 1902) de derrotar a los economistas.

Después de la escisión, la posición de Lenin se hace cada vez más difícil: su mayoría era bastante restringida y los principales dirigentes del partido (Mártov, Potrésov, V. Zasluch, Axelrod, el joven Trotsky y luego Plejánov) estaban contra él; Kautsky, del cual Lenin esperaba ayuda, (¿no se había referido precisamente en el *¿Qué hacer?* a las tesis del alemán?), se define contra él y directamente no publica el artículo de Lenin de respuesta a la Luxemburg⁶⁶, la cual había llevado un ataque a fondo contra Lenin.

Toda la socialdemocracia internacional está en sustancia con los mencheviques, como tuvo que reconocer amargamente Lenin en una carta de 1905⁶⁷.

En una situación semejante, bajo un fuego nutrido, es lógico que Lenin se repliegue y atenúe sus tesis que han levantado un avispero, y lo han colocado en una situación extremadamente dificultosa.

En 1904, ante el ataque de Axelrod, que le enrostra que los intelectuales burgueses consituyen un grupo social infiel, Lenin responde que eso es sin duda cierto y que la centralización burocrática del partido es necesaria para tener bajo control a estos elementos infieles por parte del proletariado, el cual ya está habituado por la vida de la fábrica a la centralización⁶⁸.

En este contexto el partido ya no se ve como una cohorte de intelectuales que guía al proletariado sino como la vanguardia del proletariado mismo, que se defiende con el burocratismo⁶⁹ de los intelectuales anar-

⁶⁶ "Un paso adelante, dos pasos atrás. Respuesta a Rosa Luxemburg", en *Obras completas cit.*, t. VII. Puede verse también en Cuadernos de Pasado y Presente, n.º 12, Córdoba, 1969, p. 65.

⁶⁷ Carta a Krásicov, en *Obras*, t. XXXIV cit., p. 243. Cf. también p. 241, donde Lenin se lamenta por la actitud "infame" de Kautsky.

⁶⁸ Lenin, *Un paso adelante, dos pasos atrás*, en *Obras escogidas*, pp. 286 y ss.

⁶⁹ Lenin, *op. cit.*, pp. 297 y ss. Es cierto que Lenin usa aquí el término "burocráticamente" de manera metafórica; pero en realidad lo que quiere decir es que una forma organizativa demasiado centralizada y basada en un fuerte vínculo de disciplina formal es la que corresponde a la socialdemocracia.

Sin embargo, Lenin reconocerá a continuación la necesidad de dar al partido, en nuevas condiciones históricas, una mayor elasticidad. Esto implica que la ultracentralización formal no es la forma organizativa típica de la socialdemocracia sino sólo una de las formas posibles; y que la organización debe adecuarse al proceso histórico, como sostenía Rosa Luxemburg, a cuyas tesis Lenin, reconociendo en 1905-1906 el carácter transitorio y relativo (respecto al movimiento histórico) de la organización socialdemócrata, se acercará en forma notable. (V. sobre este tema el libro de Frölich, *Rosa Luxemburg*, París, 1965, p. 120).

coides provenientes de la pequeñaburguesía, que no se ven ya como los salvadores del proletariado (portadores de la conciencia y de la organización revolucionaria) sino como elementos infieles y extraños⁷⁰.

En este punto interviene en la polémica Rosa Luxemburg, que acusa a Lenin de centralismo burocrático y de paternalismo con respecto a las masas:

“Totalmente distintas [escribe Rosa] son las condiciones de la acción socialdemócrata; ésta surge históricamente de la lucha de clase elemental. Se mueve en la siguiente contradicción dialéctica: por un lado el ejército proletario se recluta sólo en el curso mismo de la lucha y por el otro, que es solamente en la lucha donde se esclarece a sí mismo sus tareas. Organización, clarificación y lucha no son aquí momentos divididos mecánicamente y también temporalmente separados, como en un movimiento blanquista, sino que son distintas caras de un mismo proceso⁷¹.”

Las posiciones de la Luxemburg son indudablemente análogas a las de Marx y Engels, precedentemente fijadas (al menos en el sentido de que la teoría nace en el interior del proceso de la lucha obrera y se difunde en relación con ella), y son también conformes a la experiencia histórica⁷².

Su crítica a Lenin nos parece muy ajustada, del mismo modo que es totalmente exacta la similitud que establece entre Lenin y Blanqui. Es cierto que Lenin se diferencia del gran revolucionario francés porque sostiene que el partido debe tener un permanente contacto con las masas (aun cuando ese contacto sea más bien “paternalista” en el *¿Qué hacer?*). Pero hay algo en que los dos pensadores concuerdan: en considerar a la conciencia y a la organización como precedentes temporalmente

⁷⁰ Hay aquí un retorno de Lenin a la opinión sobre los intelectuales expresada en 1907. Vale la pena precisar sin embargo que también en este trabajo, como señalará la Luxemburg, la organización es vista como una realidad rígida que confluye ya acabada en la lucha obrera sin plantearse problemas de adecuación a ella y a las exigencias de las masas, lo que contiene los peligros que Rosa Luxemburg señalará.

⁷¹ Rosa Luxemburg, “*Problemas de organización de la socialdemocracia rusa*” en Cuadernos de Pasado y Presente nº 12, Córdoba, 1969, p.

⁷² Es necesario precisar, sin embargo, que frecuentemente la Luxemburg parece considerar (observación ya advertida particularmente por Lukács) que el proceso histórico así como crea los problemas crea también “orgánicamente” las soluciones, lo cual es mecanicismo. Se advierte, pues, que el movimiento no se desarrolla contemporáneamente con la teoría sino que la precede en el tiempo (los soviets constituyen en este sentido una hipótesis típica), de modo que la teoría está un poco desfasada respecto de la iniciación del movimiento (es el ser social el que determina la conciencia); para nosotros, en esencia, la teoría nace del movimiento (un poco después de su comienzo, sin embargo) y también la organización se desarrolla en el movimiento (mientras que, también para el Lenin de la última obra aquí considerada, esa lo precede confluyendo a dicho movimiento ya lista y pronta); obviamente, sin embargo, la desembocadura positiva del proceso jamás está garantizada “a priori” como ya se ha advertido (es posible, pero nunca “obligatoria”).

a la lucha de las masas, en la cual confluyen ya totalmente listos y preparados.

La respuesta de Lenin al ataque de Rosa es como nunca embarazada y perpleja (como bien lo advierte Amodio). El revolucionario ruso no afronta las cuestiones de principio planteadas por la Luxemburg y se defiende de la acusación de blanquismo ocupándose de cuestiones estatutarias y de problemas marginales de la vida de la socialdemocracia rusa (vale decir, sin tocar el tema de fondo presentado por Rosa, cual era el del carácter de la conciencia y de la organización). Ahora bien, si se recuerda que ya en la polémica con Axelrod Lenin había sustancialmente dado varios pasos atrás en el problema de la conciencia externa y del carácter “intelectualista” del partido, se deducirá que su silencio es sintomático: es decir, Lenin no pretende ya defender abiertamente las tesis extrema del *¿Qué hacer?*

Sin embargo Lenin, precedentemente, había apostado al neto dominio de las “diez cabezas fuertes”, ante cuyas órdenes detalladas debían plegerse los comités locales⁷³; y además había señalado el carácter “muy relativo” de la democracia en las organizaciones proletarias aun en países no autocráticos como Rusia⁷⁴. Es claro, por lo tanto, que él aquí intenta corregir el tiro.

Aún más: en julio de 1905, Lenin escribe *Dos tácticas*, uno de sus trabajos más notables. En las últimas páginas de la obra plantea el problema de la relación dirigentes-masa en la fase de la revolución y afirma que la tarea del dirigente es la de guía de la “actividad espontánea revolucionaria de las masas”⁷⁵.

La locución “actividad espontánea revolucionaria de las masas”, en el contexto del *¿Qué hacer?* sería inconcebible: la actividad espontánea sólo puede ser sindicalista. Ahora bien, ante el despliegue de la creatividad revolucionaria autónoma de las masas en Rusia después de enero-febrero de 1905, sería un error, o quizás una locura, continuar sosteniendo las tesis del 1902. Lenin comienza a darse cuenta también si su “vuelta” está por ahora bosquejada de manera desorganizada e implícita. Además en Rusia la presión espontánea de las masas crece continuamente; en octubre surgen los primeros soviets, en los cuales no participan los bolcheviques, siendo estos organismos autónomos de la masa. Lenin está entonces en Estocolmo, donde llegan hasta él, de manera fragmentaria, las noticias acerca del fenómeno soviético. Desde su exilio sueco, Lenin escribe al periódico bolchevique *Novaja Zhizn* para que el partido y la fracción soviética se unan a los soviets: es el viraje.

⁷³ Sobre esto véase también Carr, *op. cit.*, p. 23.

⁷⁴ Lenin *¿Qué hacer?* cit., p.

⁷⁵ Lenin, *Dos tácticas de la socialdemocracia en la revolución democrática*, en *Obras escogidas*, p. 399.

El 1905 y el giro de Lenin

Lenin se daba perfectamente cuenta de la novedad de sus tesis. En la primera parte de la citada carta, en efecto, advierte a los lectores bolcheviques por lo menos dos veces de que, indudablemente, sus tesis pueden despertar estupor⁷⁶, pero él debe por honestidad exponer sus ideas a fondo. En el mismo lugar, además, advierte de pasada que el *¿Qué hacer?* fue escrito en un momento histórico radicalmente distinto del presente (Lenin volverá sobre este tema en el curso del año 1907)⁷⁷.

A partir de este hecho, Lenin aclara que, a su entender, los soviets creados espontáneamente por todo el proletariado (una parte de la cual no estaba influenciada por la socialdemocracia)⁷⁸ son órganos revolucionarios (el proletariado por lo tanto avanzó, por sí solo, más allá del tradeunionismo) no menos indispensables que el partido y que, más aún, ellos representan el embrión del gobierno revolucionario provisional⁷⁹. Sería absurdo exigir a estos órganos que adhieran apriorísticamente a los principios de la socialdemocracia; ésta debe ser en cambio la que debe adherirse a los soviets, tratando desde ese lugar de llevar adelante sus propias tesis en una continua dialéctica con los demás componentes revolucionarios a los cuales deben estar abiertos los soviets.

Lenin concluye así:

“No nos aislamos del pueblo revolucionario, sino que sometemos a su veredicto cada uno de nuestros pasos, cada una de nuestras decisiones; nos apoyamos por entero y exclusivamente en la libre iniciativa que emana de las propias masas trabajadoras⁸⁰.”

En estas tesis no hay nada de las viejas posiciones del *¿Qué hacer?* Lenin advierte, por otra parte, que sus tesis son quizá demasiado irreflexivas (ya que están basadas en datos de segunda mano) y deja, por ello, a los redactores en libertad de publicar o no la carta.

El periódico bolchevique, que conforme a la fracción había mantenido una actitud coincidente con el *¿Qué hacer?*, y por lo tanto opuesta a la adhesión a los soviets (en cuanto órganos espontáneos y apartidarios), no publicó la carta, que recién salió a la luz en 1940. Sin embargo ésa produce su efecto dado que finalmente la directiva leniniana fue aceptada por la fracción bolchevique. En cuanto a Lenin, en el curso de 1906 y 1907 él enfatizó el carácter revolucionario de las organizaciones

⁷⁶ Lenin, *Nuestras tareas y el soviet de diputados obreros* cit., pp. 13 y 14.

⁷⁷ Lenin, *op. cit.*, p. 13.

⁷⁸ Lenin precisa que los soviets nacieron de huelgas dirigidas por *todo* el proletariado, comprendidos los sectores no socialdemócratas. El carácter espontáneo de estos organismos no es puesto en duda.

⁷⁹ Lenin, *op. cit.*, pp. 17 y ss.

⁸⁰ Lenin, *op. cit.*, p. 20.

soviéticas y la capacidad de las masas de elevarse espontáneamente al nivel revolucionario.

Durante 1906 Lenin, haciendo el balance de la experiencia soviética, escribía:

“No fue ninguna teoría, tampoco ningún llamamiento —viniera de quien viniera—, ni la táctica que alguien pudiera haber inventado, ni la doctrina de un partido, sino la fuerza de la realidad misma, lo que condujo a esos órganos sin partido, de masas, a la necesidad de desencadenar la insurrección y los convirtió en órganos de ella⁸¹”.

Como se ve la fuerza de las cosas ha sido comprendida por las masas sin la mediación de ningún partido: los soviets son los órganos (surgidos espontáneamente) de la insurrección revolucionaria contra la autocracia.

Dos meses después Lenin repetirá una vez más tal juicio:

“Pasando por encima de las organizaciones, la lucha proletaria de masas se convirtió en insurrección. Esta es la grandiosa conquista histórica de la revolución rusa alcanzada en diciembre de 1905, lograda, adquirida, como todas las que le precedieron a costa de inmensos sacrificios. El movimiento se ha elevado de la huelga política general al grado superior [...]”

Y más adelante:

“Nosotros, dirigentes del proletariado socialdemócrata, nos hemos comportado en diciembre como aquel jefe militar que tenía dispuestos sus regimientos de un modo tan absurdo que la mayor parte de sus tropas no participaban activamente en la batalla. Las masas obreras buscaban instrucciones para realizar operaciones activas, y no las encontraban⁸²”

Es claro que aquí se delinea una clara fractura entre lo que en las *Dos tácticas* ha sido definido como la actividad espontánea revolucionaria de las masas y la inmadurez de la dirección: lo que ha faltado no ha sido por cierto la actividad espontánea revolucionaria de las masas, sino la dirección. En otros términos, mientras en el *¿Qué hacer?* es la dirección la que indica a las masas espontáneamente tradeunionistas el camino de la revolución, aquí son (tanto objetivamente como en el juicio de Lenin) las masas espontáneamente revolucionarias las que indican el camino de

⁸¹ Lenin, *La disolución de la Duma y las tareas del proletariado*, en *Obras*, t. XI, pp. 118-119. En la p. 120 puede leerse también: “Ninguna organización de partido puede ‘armar’ a las masas. En cambio, la organización de éstas en pequeños destacamentos de combate, dotados de gran movilidad, prestará un servicio inmenso cuando llegue la hora de la acción en lo tocante a la obtención de armas”. El escrito es de julio de 1906.

⁸² Lenin, *Las enseñanzas de la insurrección de Moscú*, en *Obras*, t. XI, p. 166. Este escrito es de agosto de 1906.

la revolución a la dirección, la cual si es cierto que no hace tradeunio- nismo no está sin embargo a la altura de sus funciones.

En conclusión, en el período 1905-1906 se manifiesta bajo el podero- so impulso de los acontecimientos rusos un cambio radical en el pensa- miento de Lenin. Los elementos de fondo de su nueva posición son: a) el partido no monopoliza la conciencia revolucionaria de las masas, que tienen una capacidad revolucionaria autónoma, capaz de explicitarse aun sin la intervención del partido desde el exterior (más todavía, en algunos casos como el de los soviets, son las masas las que preceden al partido). Entre partido y masas no hay, en general, sino una diferencia de nivel de conciencia; b) como consecuencia de esto, los soviets, en cuanto órganos apartidarios y "espontáneos" no son menos importantes que el partido y constituyen el embrión del nuevo poder revolucionario. La socialdemocracia debe adherir a ellos sin excluir los demás compo- nentes revolucionarios ni pretender que los soviets adhieran desde el punto de vista doctrinario a la socialdemocracia; c) en los soviets el partido no puede prevaricar burocráticamente sobre las masas sino que debe aceptar una dialéctica libre, someterse continuamente al juicio de las masas y basarse en la libre iniciativa de los trabajadores⁸³.

Contextualmente cambia también la actitud de Lenin frente a la lu- cha económica, que es reconocida como un elemento de fundamental importancia y determinante, al menos en los momentos revolucionarios, para la adquisición de la conciencia de clase⁸⁴.

También en lo relativo a la organización y a la composición interna del partido las posiciones cambian: Lenin defiende ahora una estructura elástica y democrática⁸⁵ y reclama una entrada masiva de los obreros en sus filas, con el propósito de transformar en vida concreta los grises esquemas de los intelectuales⁸⁶.

⁸³ En el *¿Qué hacer?* (pp. 468 y ss.) se había calificado de demagogos a todos aquellos que apelaban a las manos callosas del proletariado para contraponerlas a la prepotencia de los dirigentes.

⁸⁴ Cf. Lenin, *Proyecto de resoluciones para el V Congreso del POSDR*, en *Obras*, t. XII, p. 131 donde, a propósito de las grandes huelgas económicas, puede leerse lo siguiente: "[...] toda la historia de la revolución rusa muestra que todos los pujantes ascensos del movimiento revolucionario surgieron únicamente sobre la base de estos movimientos económicos de masas[...]" Todavía en 1917 (Lenin, *Informe sobre la revolución de 1905*, en *Obras*, t. XXIII, p. 244), en los umbrales de la nueva oleada revolucionaria, Lenin repetirá, aunque más cautamente, el juicio de 1907, sosteniendo que sólo "la lucha por un mejoramiento directo e inmediato de su situación, es capaz de poner en movimiento a las capas más atrasadas de las masas explotadas" y a transformarlos "en un ejército de luchadores políticos, al menos en un período revolucionario.

⁸⁵ Lenin, *Doce años* cit., p. 98.

⁸⁶ Lenin, *Sobre la reorganización del partido*, en *Obras*, t. X, pp. 22-32. Aquí, claramente, los obreros son vistos como algo diferente de los intelectuales, o sea como proletarios en sentido pleno; en el *¿Qué hacer?*, en cambio, se había habla- do únicamente de intelectuales de origen obrero que se habían separado de su clase y equiparados a los demás.

En los comités del partido, finalmente, Lenin auspicia que por cada intelectual haya por lo menos varios centenares de obreros⁸⁷.

Como puede observarse, el giro es radical en todos los niveles: teóri- co, político, sindical, organizativo.

Balance del viraje leniniano. La retractación sustancial de las tesis del "¿Qué hacer?"

En el curso del año 1907, el reflujo de la revolución fallida comienza a manifestarse en toda su amplitud. En este período, Lenin publica una serie de escritos bastante interesantes acerca de la relación vanguardia- masas. Ante todo, como ya se dijo, durante el período 1905-1906, se ha operado en el partido un cambio de organización que tiende claramente a darle una fisonomía proletaria, y a transformarlo de organización de revolucionarios profesionales de carácter restringido y conspirativo, en organización estrechamente integrada a la clase.

Este fenómeno se ve favorecido por algunos factores, y en particular por el cansancio y el reflujo de la revolución, que Lenin destaca ya varias veces durante el año 1907⁸⁸ y 1908⁸⁹. En efecto durante esta fase de reflujo los intelectuales de origen burgués se alejan del partido mientras en él quedan sólo los elementos auténticamente proletarios, que crecen en número absoluto y en proporción. El carácter infiel y oscilan- te de la pequeña burguesía intelectual viene de este modo probado por los hechos ulteriores y ello contrasta de modo estridente con la creativi- dad de las masas proletarias del período 1905-1906 y con la emergencia, en la fase del reflujo, de nuevos militantes obreros.

En este contexto debe colocarse el escrito de Lenin, *Doce años*, pu- blicado hacia la mitad de 1906 como prólogo a una recopilación de escritos del período 1895-1907. Está dedicado casi íntegramente al *¿Qué hacer?*, respecto al cual Lenin asume ahora una serie de posiciones que tornan definitivo y que aclaran ulteriormente el viraje de los años ante- riores:

"El error principal de los que hoy polemizan con *¿Qué hacer?* consiste en que desligan por completo esta obra de una situación histórica deter-

⁸⁷ Lenin, *op. cit.*, p. 29 nota. Ya en el III Congreso de la socialdemocracia rusa (abril de 1905), realizado en momentos en que en Rusia crecía la ola revolucio- naria, Lenin había definido una primera proletarización del partido, bregando por que en los comités hubiese ocho obreros contra dos intelectuales. A los "literatos" esta posición no les agradó (cf. Amodio, *op. cit.*, p. 11).

⁸⁸ Lenin, *La revolución y la contrarrevolución*, en *Obras*, t. XIII, p. 108.

⁸⁹ *Carta a Ronstheir*: (enero de 1908) en *Obras*, t. XXXIV, p. 398; y *Carta a Gorki* (noviembre de 1908), *ibid.*, p. 402. En estas dos cartas Lenin alude al hecho de que en la fase de reflujo y a consecuencia de ésta, los intelectuales se disgregan mientras que "los obreros se dedican con mayor energía a la causa [...] Todo esto es maravilloso [...]".

minada, de un período concreto del desarrollo de nuestro partido que ha pasado hace mucho [...]

¿Qué hacer? es el *compendio* de la táctica iskrista y de la política iskrista en materia de organización durante los años 1901 y 1902. Un *compendio*, ni más ni menos⁹⁰.”

Y más adelante:

“Ahora bien, tampoco en el II Congreso pensé erigir en algo ‘programático’, en principios especiales, mis formulaciones hechas en *¿Qué hacer?*”⁹¹”

Antes, en la misma página, Lenin ha aclarado que la época de los círculos estrechos y sectarios se ha acabado y que se abre otra época de carácter democrático-proletario también desde el punto de vista organizativo.

En sustancia, además de reconocer el haber usado en ocasiones “expresiones[...] que no había formulado con todo acierto o con plena exactitud” a propósito del nexo espontaneidad-conciencia⁹², Lenin niega decididamente que se deba atribuir al *¿Qué hacer?* el carácter de teoría general del partido y de la organización. Dicha obra no es generalizable ni siquiera en relación a la experiencia rusa, puesto que está referida a la táctica seguida por la socialdemocracia más avanzada entre 1901 y la revolución de 1905.

Por otra parte, Lenin señala cómo debió enfatizar muchas veces, precisamente en esa obra, que sólo cuando existe “una clase objetivamente revolucionaria y que espontáneamente se lanza a la lucha” tiene un sentido la organización. Esta clase es “la clase obrera, cuyos mejores elementos crearon la socialdemocracia”⁹³.

El rol positivo desempeñado por los iskristas, en este contexto, fue únicamente el de centralizar la actividad de los círculos socialdemócratas a través de la constitución de un centro exterior sustraído a los peligros de las represiones zaristas⁹⁴.

Pero la interpretación auténtica del *¿Qué hacer?* propuesta por Lenin no termina de convencernos: es indudable que fue influenciado, en este escrito, por una situación típicamente rusa (a la que ya hicimos mención); pero es también indudable que en el *¿Qué hacer?* la necesidad de derrotar al economismo se legitima a nivel de teoría y de principios generales, exigencia ésta muy sentida en una época en la que la lucha contra el revisionismo y la defensa de lo que se consideraba la ortodoxia hacían que se pasase fácilmente de la táctica a la estrategia y a los

⁹⁰ Lenin, *Doce años* cit., pp. 95 y 96.

⁹¹ Lenin, *op. cit.*, p. 101.

⁹² Lenin, *op. cit.*, pp. 100-101.

⁹³ Lenin, *op. cit.*, p. 97.

⁹⁴ Lenin, *op. cit.*, p. 98.

principios. No es casual que Lenin, en el *¿Qué hacer?*, compare al economicismo con el revisionismo⁹⁵ y legitime la propia posición remitiéndose (con total adhesión) a Kautsky, custodio oficial de la ortodoxia, quien afronta el mismo problema (nexo espontaneidad-conciencia) no a nivel de la táctica y de la situación particular rusa, sino a nivel de los principios (en sustancia Lenin aplica a la realidad rusa los principios generales de Kautsky, que acepta porque lo ayudan a silenciar a los “economistas”). Tampoco es cierto, como Lenin escribe en 1907, que en 1902 sostenía que el partido está creado por los mejores elementos del proletariado; en el *¿Qué hacer?* había hallado, en cambio, “profundamente justa” la afirmación general y de principio de Kautsky, según la cual la teoría y la organización del partido socialdemócrata, elaborada por intelectuales ajenos al proletariado, introduce desde el exterior la conciencia en las masas. Lo único que tenía de particular la posición de Lenin era el matiz de los intelectuales de origen obrero, los cuales, sin embargo, eran siempre considerados como intelectuales y no como obreros.

A nosotros nos parece realista, sobre todo, que Lenin, en el período 1904-1907 y después de los profundos cambios históricos de la lucha de clase en Rusia (el ascenso de los soviets), se diera cuenta de que desde el punto de vista de los principios no eran sostenibles las tesis del *¿Qué hacer?*, y de la necesidad de un repliegue. Sin embargo, las razones de táctica interna de partido (no alentar a los mencheviques y a su acusación de “intelectualismo”) le impiden una revisión abierta de sus tesis, de modo que, a través de una “interpretación esclarecedora” justifica por una parte la validez de la táctica sostenida en el *¿Qué hacer?* (y apoyada sin reservas, en un primer tiempo, incluso por los mencheviques) y por la otra le quita al trabajo todo alcance general y de principio, relegándolo a una fase totalmente superada de la historia de la socialdemocracia rusa.

Pero una cosa es clara y extremadamente importante: en 1907 Lenin no está dispuesto a sostener como afirmaciones de principio las tesis del *¿Qué hacer?*

Lenin asume en este período algunas actitudes a primera vista un tanto contradictorias acerca de las relaciones vanguardia-masas. En efecto, en la polémica con los mencheviques, reafirma no sólo que el proletariado socialdemócrata es realmente consciente⁹⁶ (esta es una posición peligrosa, aunque no del todo idéntica a la del *¿Qué hacer?* ya que se habla de conciencia “externa”).

⁹⁵ Lenin, *¿Qué hacer?* cit., p. 359. El parangón con el revisionismo fue hecho muchas veces por Lenin en aquella época. Es evidente también por el hecho de que Lenin planteaba el problema a nivel de lucha entre los principios generales opuestos y el “principio” del carácter “externo” de la conciencia era considerado también por él como el principio de la socialdemocracia “ortodoxa” y cuya validez habría sido probada por toda la historia del movimiento obrero.

⁹⁶ Lenin, *Los combatientes intelectuales contra el dominio de la intelectualidad*, en *Obras*, t. XII, p. 296.

Sin embargo, tal afirmación, insertada en su contexto real (polémica contra un cierto obrerismo burdo de los mencheviques) es sólo una recaída polémica (no rara en Lenin). En efecto, en el artículo sucesivo, que desarrolla y concluye la polémica, Lenin expresa una valoración de conjunto de la experiencia de los soviets (órganos revolucionarios —se anota— de “todo” el proletariado), que retoma su juicio de 1905 y ya preconiza, al menos en parte, la consigna de 1917 “todo el poder a los soviets”:

“En la práctica, los soviets de diputados obreros y las instituciones similares fueron órganos de insurrección. Su fuerza y su éxito dependían enteramente de la fuerza y el éxito de la insurrección. Su aparición no fue una comedia, sino una heroica hazaña del proletariado, sólo cuando la insurrección estaba creciendo. En un nuevo ascenso de la lucha, en la transición a esta fase, estas instituciones son, por supuesto, inevitables y convenientes. Pero su desarrollo histórico . . . debe expresarse . . . en la transformación de los órganos embrionarios del poder revolucionario (y los soviets de diputados obreros fueron precisamente eso), en órganos centrales del poder revolucionario victorioso, en gobierno provisional revolucionario⁹⁷.”

En todo el período que va de 1907 a 1917, no parece haber en el pensamiento de Lenin ninguna modificación fundamental con respecto a las posiciones adoptadas en su momento acerca de la relación vanguardia-masas, tanto más por cuanto él no tendrá que escribir de manera sistemática sobre el tema, ni se ocupará a fondo del problema de los soviets.

En enero de 1917, justamente en la víspera de una nueva tempestad revolucionaria, Lenin pronuncia una conferencia en la que reitera en sustancia la importancia de los soviets en la revolución de 1905 (aunque con cierta cautela):

“En el fragor de la lucha se formó una organización de masas original: los célebres *soviets de diputados obreros*, asambleas de delegados de todas las fábricas. Estos soviets de *diputados obreros* comenzaron a desempeñar, cada vez más, en varias ciudades de Rusia, el papel de gobierno provisional revolucionario, el papel de órganos y de dirigentes de las insurrecciones⁹⁸.”

El carácter revolucionario de los soviets es señalado una vez más por Lenin, precisamente en la víspera de su resurgimiento.

⁹⁷ Lenin, *Exasperado desconcierto*, en *Obras*, t. XII, p. 311.

⁹⁸ Lenin, *Informe cit.*, p. 250.

Lenin en 1917

Los soviets y *El estado y la revolución* ”

Pocas semanas después de la conferencia a que hemos aludido, la revolución, nacida de una acción espontánea e inesperada de las masas⁹⁹ derrumba la autocracia y los soviets vuelven a surgir.

Lenin, que ha comprendido plenamente la importancia del hecho, bombardea con cartas a los bolcheviques desde su exilio suizo.

En la segunda de estas cartas él lanza la célebre consigna de “todo el poder a los soviets”¹⁰⁰, en un momento en el que los bolcheviques tenían en los soviets una abrumadora minoría.

Evidentemente, Lenin desea que crezca en los soviets la influencia del partido; pero eso sólo puede ser la consecuencia de su cordura y de su capacidad política para conquistar a las masas soviéticas. Como en 1905, Lenin no reclama que los soviets acepten por principio el programa socialdemócrata bolchevique y considera no obstante que todo el poder

⁹⁹ Sobre esto véase el espléndido análisis de Trotski en *La revolución rusa cit.*, pp. 122 y ss.: “Está [...] establecido que la revolución de febrero fue desencadenada por elementos de base que superaron la resistencia de sus propias organizaciones revolucionarias y que la iniciativa fue tomada espontáneamente por un sector del proletariado oprimido y explotados más que todos los demás, los trabajadores textiles [...]”

Ninguno, casi ninguno en los círculos revolucionarios pensaba el 23 de febrero que la tempestad estaba próxima. La revolución de Febrero fue quizás la única de las revoluciones espontáneas que triunfó. Trotski, a decir verdad, (*op. cit.*, pp. 170 y ss.) trata de disminuir la importancia del carácter espontáneo del movimiento, reconocido primeramente, afirmando que sin la experiencia revolucionaria del 1905 y sin la presencia de los obreros revolucionarios de formación bolchevique, febrero de 1917 habría sido inconcebible; en sustancia, el partido, a través de sus militantes habría guiado “indirectamente” a las masas. En realidad, sin embargo, Trotski no proporciona una prueba de la primacía de los bolcheviques en el movimiento y es indudable que existían elementos revolucionarios arrastrados a la lucha callejera contra la autocracia que no lo eran (anarquistas, socialrevolucionarios, socialdemócratas no bolcheviques como era por ese entonces el mismo Trotski). Además, una revolución es organizada y dirigida por un partido cuando existe una organización centralizada que sea capaz de decidir, dirigir y planificar la lucha, lo que en nuestro caso no ocurría. Si hubo alguna organización por esos días fue una organización no centralizada sino local y sectorial (calle por calle, casa por casa), una organización no institucional y fluida, de la cual no quedó rastros y sobre todo una organización no hegemonizada por el programa de ningún partido. Si algunos bolcheviques tuvieron parte en estos organismos transitorios que organizaron localmente la lucha, lo hicieron a título personal y no como miembros de un partido que en aquellos días, al igual que los demás, estaba paralizado y rebasado por los acontecimientos. En situaciones históricas de este tipo, es indudable que el elemento dominante es la iniciativa (espontánea) de la base y no la organización (que permanece embrionaria, sectorial y fluida) y tanto menos la partidaria.

Fenómenos de este tipo no eran nuevos: ya Marx había observado el carácter espontáneo de la revolución de 1848 (*Las luchas de clases en Francia cit.*, p. 158).

¹⁰⁰ Lenin, *Las tareas del proletariado en nuestra revolución* (tesis de Abril), en *Obras cit.*, t. XXIV, p. 49.

debe pasar inmediatamente a manos de aquéllos, sin que sea reivindicado para el partido ningún privilegio institucional.

En este contexto el partido es sólo un elemento del sistema soviético, y puede aumentar su peso e influencia a condición de conquistar políticamente el libre consenso de las masas, pero no arrogándose por principio el "derecho histórico" de guiarlas e iluminarlas.

Durante 1917 Lenin reiterará la importancia fundamental, para la revolución, de los soviets en cuanto productos de la creatividad de las masas¹⁰¹. Pero el documento desde lejos más importante del 1917 es *El estado y la revolución*, en el que Lenin imagina una dictadura del proletariado en la cual no se atribuye al partido ninguna posición de privilegio político y el proletariado nombra, revoca y controla, directa y continuamente a los llamados a administrar el estado y que son inmediatamente responsables ante él¹⁰².

En la elaboración de este esquema Lenin se inspira implícitamente, como es sabido, en la Comuna de París.

Si bien la vanguardia real del proletariado (la corriente marxista) estuvo ausente de la experiencia de la Comuna, ya Marx y Engels no habían vacilado un momento en reconocer en ella el primer caso histórico de "dictadura proletaria". Es cierto que ellos criticaron las indecisiones y la falta de centralización de la Comuna, que contribuyeron a su trágico fracaso. Sin embargo, no resulta de aquí que Marx y Engels vieran la solución del problema en el dominio institucionalizado en ella de una minoría partidista, única portadora de la conciencia. Por ejemplo Marx, escribiendo a Kugelmann¹⁰³, sostiene que el Comité Central dimitió demasiado pronto en favor de la Comuna en sentido estricto. Ahora bien, el Comité Central era indudablemente un órgano más centralizado y más apto para las decisiones rápidas de la

¹⁰¹ Formalmente, en 1917 la iniciativa de reconstituir el soviet de Petrogrado fue tomada, bastante anticipadamente, por los mencheviques. Pero es indudable que, dada la situación, las masas habrían de todas maneras recreado el soviet, creado por ellas oportunamente en 1905 y cuyo recuerdo era muy vivo, tanto más cuanto que la idea de reconstituir los soviets se manifestó espontáneamente entre los obreros desde el segundo día de lucha (véase Lisa Foa, *Los soviets y Octubre*, en Cuadernos de Pasado y Presente, nº 33, Córdoba, 1972, p. 105); los mencheviques, por lo tanto, actuaban bajo el impulso (nacido espontáneamente) de las masas.

El experimento de los soviets se extendió rápidamente impulsado por las masas que veían en ellos sus propios organismos revolucionarios y los interpretaban de un modo bastante poco menchevique. Tenía entonces razón Lenin cuando en 1917 observaba que la creatividad de las masas había producido los soviets (sin los cuales la suerte de la Revolución rusa habría sido desesperada) y que los mencheviques habían hecho todo lo posible para sabotarlos.

¹⁰² Lenin *El estado y la revolución*, en *Obras*, t. XXV 1958.

¹⁰³ Marx, *Cartas a Kugelmann* (v. la carta del 12 de abril de 1871), Ediciones Avanzar, Buenos Aires, 1969, p. 113.

guerra civil, pero no era por cierto la expresión institucional de un único partido autodefinido como vanguardia por derecho histórico¹⁰⁴. Lo que Marx y Engels habían auspiciado era simplemente una organización que siendo expresión de todos los componentes proletarios tuviese los poderes de tomar las decisiones rápidas y ejecutivas que imponía el régimen transitorio de la guerra civil.

Lenin no se aparta de este punto de vista y sus previsiones son el fiel reflejo del esquema de la Comuna parisina¹⁰⁵; por lo demás, tampoco la consigna que llamaba a la toma del poder por los bolcheviques en setiembre de 1917 contradice nuestra tesis dado que Lenin, en la carta en la que lanza esta consigna, especifica que los bolcheviques están ya a la cabeza del aparato soviético cuyas exigencias interpretan y es en calidad de tal que deben tomar el poder. No hay aquí ruptura, sino continuidad con las tesis de abril, ni el soviet es aquí visto (ni lo será en la primera fase de la dictadura) como un instrumento del partido¹⁰⁶; aun más, en la polémica con Kautsky de 1918 la centralidad de los soviets (y no del partido) en el ámbito de

¹⁰⁴ Sobre este asunto véase Lissagaray, *Historia de la Comuna de 1871*, Artiach Editorial, Madrid, 1970, pp.

¹⁰⁵ Recientemente, *El estado y la revolución* ha sido objeto de un violento ataque de parte de Guérin (*El anarquismo. De la doctrina a la acción* Edit. Proyección, Bs. As. 1968, pp. 100 y ss.) articulado sustancialmente en tres puntos: a) Lenin identificaría al estado-comuna con el "estado burgués sin burguesía"; b) el hecho de que el proceso de extinción de este estado sea lento no concuerda mucho con las "intenciones" de Lenin; c) los soviets, órganos de la democracia proletaria, habrían debido ser, según la concepción leniniana, guiados institucionalmente por el partido bolchevique.

El primer argumento deja pasmado: en las distintas traducciones de *El estado y la revolución* no he encontrado la definición de la dictadura del proletariado como "estado burgués sin burguesía". Además, es sabido que Lenin, precisamente en este trabajo, sostiene una polémica feroz contra Kautsky, que pretendía utilizar el estado burgués con fines proletarios, sosteniendo que en lugar de eso era preciso crear un nuevo aparato estatal funcional y homogéneo a los intereses del proletariado e inspirado en los principios del estado-comuna.

El segundo argumento es excesivamente frágil: el proceso de institucionalización del estado comprende toda una época histórica caracterizada por una aguda lucha de clases (interna e internacional). En este contexto, el proletariado necesita de su estado y no son admisibles atajos voluntaristas.

Y llegamos a la última observación: la relación partido-soviet. Aquí Guérin comete el error de leer el Lenin de 1917 sobre la base de lo que Lenin escribió e hizo en 1919-1920, en un contexto histórico que, como veremos, se había modificado radicalmente. En *El estado y la revolución*, en cambio, no hay nada que tienda a hacer de los bolcheviques una vanguardia institucional por derecho histórico, una vanguardia privilegiada y separada de las masas que gobierna en nombre de éstas y por cuenta propia detrás del parapeto de los soviets. Esto ocurrirá y emergerán nuevas posiciones teóricas, pero tiempo después y, como veremos, bajo el impulso de hechos nuevos.

¹⁰⁶ En sentido contrario véase Lisa Foa, *op. cit.*, p. 111 que, no obstante, me parece que fuerza la letra del discurso de Lenin cuando habla del aparato soviético para la toma del poder, pero en un momento en que los bolcheviques son parte integrante de él y conquistan su dirección (sin prevaricaciones burocráticas), o sea estamos muy lejos de una instrumentación "externa" de los soviets.

la dictadura del proletariado (vista todavía como dictadura de todo el proletariado) es nuevamente reafirmada¹⁰⁷

También a comienzos de 1919, Lenin reafirma otra vez los conceptos fundamentales arriba indicados, en el importantísimo (para nosotros) discurso al II Congreso de los sindicatos (enero de 1919):

“Y en el interín los sindicatos, que son la organización más amplia del proletariado en el plano de la lucha de clase, están llamados a desempeñar un papel de particular importancia para los momentos actuales, en que la revolución política ha culminado con el paso del poder al proletariado. En esta etapa los sindicatos ocupan en política un destacado lugar, son el centro de la situación, y deben convertirse, en el sentido estricto de la palabra, en un órgano político principal[...].

Esta es la razón por la cual cuando el poder político pasó a manos del proletariado los sindicatos fueron adquiriendo un papel cada vez más importante como creadores de la política de la clase obrera y en la organización de la clase llamada a sustituir a los explotadores, barrer con las antiguas tradiciones y prejuicios impuestos a la ciencia por el régimen anterior, cuyos representantes inculcaban al proletariado el concepto de que éste debía ocuparse sólo de la parte económica, ya que la política sería resuelta por los partidos burgueses¹⁰⁸.”

Y todavía:

“Hoy más que nunca es preciso que los sindicatos analicen con detenimiento uno de los conceptos más profundos y difundidos formulados por los fundadores del comunismo que reza así: *‘cuanto más amplia y profunda es la revolución que tiene lugar en la sociedad, tanto mayor será el número de personas que en ella intervienen, ya que serán las autoras del movimiento, en el más estricto sentido de la expresión’*¹⁰⁹.”

Y más adelante:

“[...] hoy, la revolución socialista sólo podrá lograrse con la activa e inmediata colaboración práctica de las masas integradas por millones de obreros que participarán en la dirección del estado¹¹⁰.”

De estos fragmentos resulta, con claridad meridiana, que el partido no puede ni debe monopolizar el poder y que se plantea la necesidad

¹⁰⁷ Lenin, *La revolución proletaria y el renegado Kautsky*, t. XXVIII, pp. 240 y ss.

¹⁰⁸ Lenin, *Discurso en el II Congreso de Sindicatos de Rusia*, en *Obras*, t. XXVIII, p. 420. Es sabido que esta función de los sindicatos debía desplegarse en el interior del sistema de los soviets.

¹⁰⁹ Lenin, *op. cit.*, p. 421. El subrayado es nuestro.

¹¹⁰ Lenin, *op. cit.*, p. 428.

inmediata de una ampliación del poder en la base, pues de lo contrario el socialismo no puede realizarse ni, por lo tanto, sobrevivir la dictadura del proletariado.

El socialismo puede realizarse sólo con la participación activa y directa de las masas en las decisiones del estado del cual deben ser “artífices en el pleno sentido”. Ningún poder institucionalizado está separado de las masas por una vanguardia limitada.

Es cierto que Lenin dice también, en la misma ocasión:

“[...] las masas deben aprender a gobernar, y ese conocimiento no lo adquieren en los libros, en las conferencias, en los mítines, sino en la experiencia práctica. Es preciso que los destacamentos de avanzada, surgidos de las entrañas del proletariado, que se han formado en la tarea de dirigir y organizar, sean sustituidos por capas nuevas de obreros capacitados[...].¹¹¹”

Es evidente, sin embargo, que el poder de esta vanguardia (no necesariamente sólo partidista) expresión del proletariado (y no externa) es visto como un poder totalmente transitorio que hay que ejercer de modo que comience pronto a extinguirse (la estatización de los sindicatos apuntaba precisamente a esto); y sobre todo es considerado un poder no originario e institucional de la vanguardia, sino derivado de un mandato de las masas y que, por tanto, se fundaba y podía subsistir únicamente a través del consenso y la confianza de las masas.

Por otro lado esto correspondía a la primera fase del poder soviético: las masas conferían libremente el poder de gobernar a algunos de sus elegidos (bolcheviques en su mayoría) con un acto de libre elección que presuponia, en las dramáticas condiciones históricas de 1917-1918, un elevado grado de conciencia.

Además, y vale la pena precisarlo, precisamente en el fragmento citado, Lenin señala cómo la única forma verdadera y completa de educación política de las masas se funda sobre la experiencia cada vez más directa del poder y no sobre los libros, los actos públicos y las circulares más o menos inteligentes de los funcionarios del partido.

Es innegable, y lo reconocen los mismos historiadores burgueses¹¹² que después de 1917 Lenin y los bolcheviques hicieron de todo para hacer realmente ejecutiva la consigna de “todo el poder a los soviets”. El discurso de Lenin a comienzos de 1919 es el último gran esfuerzo en este sentido. Sabemos también que aquel esfuerzo fracasó, pero eso no debe atribuirse a una ley michelsiana de la inevitabilidad de la es-

¹¹¹ Lenin, *op. cit.*, p. 428.

¹¹² Carr, *op. cit.*, pp. 236-237. Entre los testimonios “proletarios” de aquellos años, cf. Víctor Serge, *El año I de la revolución rusa*, México, Siglo XXI, 1967; Alfred Rosmer, *Moscú sous Lenine*, Paris, 1953.

clerosis burocrática en los partidos y en las organizaciones colectivas en general, como sostiene Carr¹¹³.

Mientras los soviets tenían las raíces implantadas en un proletariado consciente fueron un organismo vivo y auténtico de la dictadura proletaria. A medida que su base de masas se extinguía (y veremos por qué sucede esto) ellos se burocratizaban. El debilitamiento del proletariado ruso como clase fue lo que finalmente determinó el debilitamiento de la democracia proletaria¹¹⁴.

El viraje burocrático de 1919-1920

En el curso de 1918 comenzaron a esbozarse los primeros signos de una degeneración burocrática de la revolución soviética. En ello, sin embargo, no había nada de sorprendente, ya que era normal que el viejo mundo, las viejas costumbres, la vieja mentalidad tratasen de envenenar el nuevo mundo que surgía¹¹⁵.

Estas tendencias retrógradas que constituían sobre todo tendencias "residuales", habrían sido vencidas si no hubiese sobrevenido una serie de fenómenos que las realimentaron.

Ante todo, la insensata actitud de los mencheviques y de los social-revolucionarios de izquierda obligó a los bolcheviques a asumir solos, a través de una lucha durísima, la dirección política del proletariado. Por otra parte, y esto era muy grave, los sindicatos y los soviets se burocratizaban (por las razones que veremos), eliminando de este modo la posibilidad de una real dialéctica partido-clase.

Las razones de esta osificación burocrática hay que buscarlas en las condiciones históricas en que operó la dictadura proletaria en 1919-1920 y que se delineaban ya en la segunda mitad de 1918. La

guerra civil y la intervención extranjera causaron un derrumbamiento completo de la producción industrial que en 1920 era el 13% de la de antes de guerra. A consecuencia de esto, el maravilloso proletariado industrial de 1917 había casi desaparecido sociológicamente, quedando reducido a pocos cientos de miles de individuos extenuados por la guerra civil¹¹⁶. Más aún: los elementos de vanguardia del proletariado o habían muerto en la guerra o habían sido absorbidos por la máquina burocrática y estaban separados del contacto con las masas en los lugares de trabajo y en la producción. La necesidad, pues, de apelar a los funcionarios y a los técnicos del antiguo régimen para desarrollar, o al menos sostener, la producción, introducían en los centros vitales del estado y de la economía una masa de elementos corrompidos, con su bagaje de costumbres y ambiciones burguesas.

En esta situación tampoco se podía echar mano de las masas campesinas, semiproletarias en su mayoría: ello no tanto por una impermeabilidad suya al socialismo, ni por su natural carácter infiel, sino porque en la realidad histórica rusa la socialdemocracia no tuvo nunca, débil y dividida como era, la fuerza de dominar al mismo tiempo la ciudad y el campo. Por evidentes razones objetivas, la socialdemocracia se desarrolló con décadas de retraso respecto del movimiento campesino y permaneció aislada en la ciudad dejando el campo a los diversos movimientos populistas, que por otra parte ya se habían implantado sólidamente allí cuando aquélla daba sus primeros pasos.

En la situación rusa, pues, los campesinos eran una masa ajena al socialismo y profundamente influida por decenios de propaganda narodniqui y pequeñoburguesa, por lo cual tenían que ser un aliado infiel y oscilante del proletariado urbano, que el socialismo podía conquistar mediante un trabajo lento, difícil, contradictorio y a largo plazo

Sin embargo, el proceso de burocratización avanzaba con paso de gigante y el proletariado urbano (extenuado en esta fase) no podía asumir una labor semejante. Se creó, pues, la siguiente situación: el partido quedó separado durante un largo período de la enorme masa de campesinos y no podía apoyarse ya sobre el débil o casi inexistente proletariado urbano; en resumen, quedó aislado de todo el país. En semejante situación y entre enormes dificultades económicas y militares, era realmente imposible realizar el estado-comuna.

Así sucede que, cuando la clase obrera rusa resurgió y estuvo en condiciones, por su peso en la sociedad, de retomar el control, existía ya en Rusia un régimen burocrático sólido y cristalizado.

De este estado de cosas se podía salir sólo a través del desencadenamiento de la revolución en Occidente, que liberara a Rusia de esta situación insostenible insertándola en una federación socialista europea. Históricamente, una victoria de la revolución en Europa era posible. Pero ella, por un cúmulo de circunstancias que aquí no vamos a exa-

¹¹³ Así Carr, *op. cit.*, pp. 237 y ss. La teoría de las élites de la cual fue creador Mosca (véase *La clase política*, Bari, 1966) fue aplicada por Michels a los partidos políticos (*Los partidos políticos* Amorrortu, Buenos Aires, 1969). Las tesis de Michels provocaron, entre otras, las críticas de Gramsci, Lukács, Bujarin (del cual puede verse: *Teoría del materialismo histórico*, en Cuadernos de Pasado y Presente, nº 31, Córdoba, 1972, pp. 308-309). No es éste el lugar indicado para un análisis profundo del problema. Aquí nos limitamos a observar que Michels generaliza arbitrariamente las características del partido socialdemócrata alemán (y de aquellos modelados de acuerdo con su estructura).

¹¹⁴ Preferimos esta interpretación a la sostenida por diversos autores y más recientemente, por ejemplo, por Lelio Basso (*Neocapitalismo e sinistra europea*, Bari, 1969, pp. 20 y ss.), según la cual la degeneración burocrática se debió al atraso ruso y a la consiguiente debilidad del proletariado. En realidad, el proletariado ruso (que era por aquella época el más concentrado del mundo) dio pruebas de su fuerza y de su madurez a través de la experiencia de los soviets de 1905 y de 1917, que la puso a la vanguardia del proletariado mundial. Nada prueba que el proletariado ruso, después de 1917, hubiese perdido estas capacidades excepcionales, hasta el momento en que sobrevino una verdadera dispersión y liquidación del proletariado como clase.

¹¹⁵ Cf. Serge, *op. cit.*, pp. 332 y ss.

¹¹⁶ Sobre este tema cf. Broué, *op. cit.*, pp. 172 y ss.

minar, no ocurre; y en 1921 fue evidente el reflujo general de la oleada proletaria también en Europa.

Esta situación trágica, que ya comenzaba a delinearse en 1918, se desarrolló con paso acelerado y progresivo durante el año siguiente e influyó tanto en las posiciones de los bolcheviques como en el pensamiento de Lenin.

El momento del giro "teórico" se coloca dos meses después del segundo congreso de los sindicatos de enero de 1919. La situación se precipitaba de día en día, y en marzo de 1919, durante el VIII Congreso del partido, es aprobada la resolución en la cual se afirma que: "El partido comunista ruso debe conquistar el exclusivo predominio político en los soviets y el control práctico de toda su labor"¹¹⁷

La justificación teórica de tal giro era en realidad que el partido comunista, como vanguardia, debe dirigir institucionalmente la dictadura del proletariado.

Se pueden delinear, en verdad, dos conceptos de "vanguardia": según uno, la vanguardia indica el camino a las masas (en una continua relación dialéctica con ellas y teniendo en cuenta sus exigencias e indicaciones que, con frecuencia, como prueba la experiencia de los soviets, pueden ser más exactas que las opiniones de cualquier comité central) y trata de convencerlas en caso de desacuerdo, pero no se impone a ellas; según el otro, la vanguardia tiene la función institucional e inalienable de guiar a las masas, por lo cual, si hay desacuerdo, las masas tienen que plegarse, quieran o no, a su guía.

En el Lenin de la *Carta a la Novaia Zhins* del 1905 o de *El estado y la revolución*, y en general entre los bolcheviques de 1917, dominaba el primer concepto de vanguardia; en el VIII Congreso comienza sin embargo a delinearse el segundo concepto, con todos sus peligros inherentes.

En particular, en el acento que se pone sobre el concepto de guía y control exclusivo y completo de la dictadura proletaria, la parte del partido comunista puede legitimarse sólo mediante la hipótesis de que la vanguardia "por derecho histórico" vea siempre antes y mejor que las masas.

En cuanto al programa del partido del 1919, repetía todavía su adhesión a los principios del estado-comuna¹¹⁸, que evidentemente tardaba en morir; pero es claro que en aquel contexto histórico, cuando ya se aceptaba que los soviets se convirtieran en una forma de "democracia guiada", ciertas declaraciones de principio no tenían sentido alguno.

Siempre en marzo de 1919, Lenin advierte con amargura que los

¹¹⁷ Sobre esto cf. Carr. op. cit., p. 236.

¹¹⁸ Cf. Carr, op. cit., pp. 266-267.

soviets, nacidos para ser órganos de toda la clase, en realidad expresaban "innaturalmente" el poder de una vanguardia estrecha¹¹⁹

Sin embargo de la percepción de una realidad desagradable pero inevitable, se pasará rápidamente, en el curso de 1919-1920, a una serie de afirmaciones tendientes a "racionalizar" la situación.

Si los bolcheviques no hubiesen hecho esto, si no hubieran reconocido que la dictadura proletaria en Rusia se identificaba ya con su poder, tendrían que haber reconocido la validez de las críticas socialdemócratas por un lado y anarquistas por el otro, con las consecuencias políticas que pueden imaginarse.

Por otra parte, en el interior del movimiento comunista comienza también a delinearse una tendencia de izquierda, ampliamente influida por el pensamiento de la Luxemburg (excepto en Italia), que ataca el poder de los jefes. En realidad, tiende más bien a combatir el burocratismo y el oportunismo de aquellos socialdemócratas que constituían la derecha del movimiento comunista. Pero, de hecho, sus críticas golpean también a los comunistas rusos, de modo que mientras estas posiciones críticas contaban, quizás, con lograr el apoyo de Lenin, terminaron por recibir precisamente de Lenin la más formidable de las reprimendas, antes y durante el II Congreso.

La enfermedad infantil del "izquierdismo" en el comunismo es escrito por Lenin en polémica con esta izquierda (y, por razones diversas, también con la izquierda italiana). En esta obra, la temática extremadamente seria de la izquierda comunista es reducida a "locura anarcoide", mientras que la necesidad de una fuerte centralización del poder en la guía de las masas es reiterada con tonos que recuerdan a "las diez cabezas fuertes" del *¿Qué hacer?*¹²⁰

En realidad, para refutar las tesis de Lenin bastaba remitirse al Lenin "anarcoide" de *El estado y la revolución* y del discurso al II Congreso de los sindicatos, que había puesto el acento, como vimos,

¹¹⁹ Sobre este tema, véase Lewin, *El último combate de Lenin*, Lumen, Barcelona, 1970, p. que cita el siguiente fragmento de Lenin: "Los soviets, que eran por naturaleza los órganos de gobierno *por medio de los trabajadores* (subrayado por Lenin), no son en realidad sino órganos de gobierno para los trabajadores a través del sector más avanzado del proletariado, pero no a través de las masas trabajadoras".

Esta situación, para el Lenin de marzo de 1919 va aún contra la naturaleza de los soviets y es, por lo tanto, una solución de repliegue. Sin embargo, más adelante en el tiempo, la necesidad de rechazar las críticas de los anarquistas, de los socialdemócratas y también de ciertos comunistas de izquierda llevará a Lenin y a los bolcheviques a justificar su poder como proletario y a sostener que la situación anómala de Rusia respondía al modelo natural de dictadura proletaria.

¹²⁰ Véase Lenin, *La enfermedad infantil del "izquierdismo" en el comunismo* (abril-mayo de 1920), en *Obras*, t. XXXI, pp. 34 y ss. En particular en pp. 38-39, el partido es visto como el núcleo "férreo y templado" del proletariado, que lucha contra las infiltraciones pequeñoburguesas que lo amenazan desde todas partes. Las masas proletarias son vistas como algo extremadamente corruptible, mantenidas sólidamente bajo tutela por parte de una vanguardia de hierro, que goza de la confianza de la parte "honesta" de la clase.

en la participación directa, continua y masiva de los trabajadores (con o sin partido) en el poder y en el hecho de que ninguna vanguardia (ninguna cabeza hábil y fuerte) puede sustituir a este elemento esencial para la construcción del socialismo.

La polémica, como era de imaginar, continuó durante el curso del II Congreso de la Internacional, donde Lenin, a las preguntas de Tanner (alemán) y Mac Laine (inglés) sobre la naturaleza de la dictadura del proletariado, responde secamente que no puede haber duda de su coincidencia sustancial con la del partido, ya que en la era del capitalismo sólo una minoría de los obreros (los adherentes al partido) pudo alcanzar la conciencia de clase¹²¹; Stalin observará algunos años después que aquí Lenin ha hablado de una coincidencia sustancial pero no exclusiva; es claro, sin embargo, que "en sustancia" significa "en lo esencial y en lo que realmente cuenta", de modo que la distinción bastante sutil de Stalin acaba por no modificar nada¹²².

En tal contexto, sin embargo, el poder de guía de la vanguardia no es un poder controlado y revocable de las masas; revocación y control implican conciencia; y si los obreros realmente conscientes sólo son los comunistas, como advierte Lenin en esta ocasión, a ellos corresponde el poder político "a título originario". En otros términos, la vanguardia dirige la dictadura proletaria porque tiene el monopolio de la conciencia y no por voluntad y elección de las masas. Es también lógico que en un contexto semejante los soviets, los sindicatos, etc., terminen en convertirse en instrumentos pasivos de ejecución (correas de transmisión) en las manos del partido que, en sustancia, ejerce la dictadura.

Es cierto que Lenin no desenterrará las tesis del *¿Qué hacer?* sobre la vanguardia "externa" y la función de los "intelectuales". Sin embargo, donde se habla de una vanguardia "interna" que monopoliza la conciencia, se crea una fractura que, a la larga, cambia gradualmente tal formación en vanguardia "externa".

Durante el II Congreso, por lo tanto, se advierte una tendencia burocrática, que tiende a representar la experiencia rusa como un modelo digno de imitación, al menos en las líneas de fondo, por los demás partidos y corrientes comunistas, cuyas reservas son acalladas con un estilo apodíctico y autoritario que anticipa ya la era de Stalin¹²³.

La degeneración burocrática interna influye también en las relaciones externas con los otros componentes de la Tercera Internacional.

La tentativa de síntesis de los últimos años.

La lucha contra la burocracia.

No hay que creer sin embargo que la tendencia a la burocratización se hubiera afirmado ya de manera completa y definitiva. Los bolcheviques seguían siendo dirigentes unidos profundamente a las masas y a su destino por décadas de lucha. De ahí que, mientras por una parte teorizaban la "dictadura del partido", estaban preocupados, por la otra, por el proceso de burocratización que se desarrollaba.

En otros términos, querían las causas de ciertos fenómenos, pero la gravedad de los efectos burocráticos que se derivaban de ellos, no podían aceptarse pacíficamente; con frecuencia, al menos en un primer momento, en las fases de transición, se aceptan ciertas premisas y se trata de mitigar sus efectos "naturales". Fue así como Lenin, hábil mediador de exigencias opuestas, intentó durante el período 1921-1923 poner un dique a la marea burocrática, aunque sin meter en discusión el principio, ya operante de hecho, de la dictadura del partido.

En sustancia el problema era el siguiente: ya que la dictadura del proletariado y la del partido coincidían, era necesario hallar un contrapeso real al poder del partido para impedir que se burocratizase. Pero esta exigencia entraba en conflicto con la premisa, puesto que sólo negando que la dictadura del proletariado coincidiese con la del partido se podía realizar la exigencia del contrapeso exterior al partido pero interior al proletariado y con capacidad de frenar los procesos de burocratización. Además, como ya vimos, en el interior del marco ruso, y en ausencia de una revolución en Occidente, el proceso burocrático era irreversible. Incluso un mediador habilísimo como Lenin, estaba destinado a chocar contra unas condiciones históricas insuperables.

La tentativa más seria de encarar los problemas la lleva a cabo Lenin con su artículo *Sobre los sindicatos*, de principios de 1922. El enfatiza, ante todo, el carácter preminente del partido¹²⁴. Sostiene, por lo tanto, que los sindicatos son el mecanismo de transmisión partido-masas¹²⁵.

Esta célebre expresión, atribuida generalmente a Stalin, fue usada en cambio por vez primera por Lenin y marcó un giro radical con respecto al discurso de enero de 1919. Lenin aclara también que los sindicatos deben defender a los obreros de la degeneración burocrática de su estado y ser escuela de comunismo. Sin embargo, si es verdad que las masas se

Bordiga, Milán, 1968, en particular, pp. 36 y ss.) queda impresionado por la seriedad de los argumentos de Bordiga (al que Lenin en *El izquierdismo* no hace justicia) y por el modo autoritario, escolástico y con frecuencia abiertamente capcioso de las réplicas bolcheviques y de Lenin.

¹²⁴ Lenin, *El papel y las tareas de los sindicatos en la Nueva Política Económica*, en *Obras*, t. XXXIII, p. 172: "Los sindicatos son los colaboradores directos y obligados del poder del estado, cuya dirección, en toda su actividad política y económica, está a cargo de la vanguardia consciente de la clase obrera: el partido comunista".

¹²⁵ Lenin, *op. cit.*, p. 175.

¹²¹ Lenin, *Discurso sobre el papel del partido comunista*, en *Obras*, t. XXXI, pp. 224 y ss. Véase también pp. 177-180 donde Lenin se refiere ambiguamente a las relaciones partido-soviet. Fue esta ambigüedad la que provocó presumiblemente las intervenciones de Tanner y de MacLaine y la seca respuesta de Lenin.

¹²² Cf. Stalin, *Questioni di leninismo* cit., pp. 148 y ss.

¹²³ Esto ocurre también en relación a la izquierda italiana (Bordiga), que no era por cierto contraria al ultracentralismo, sino al parlamentarismo (incluso al revolucionario). Aquí no podemos entrar en los detalles, pero el que relea hoy los documentos de aquella polémica (véase *O preparazioni rivoluzionaria o preparazione elettorale*. Documentos recopilados por el Partido Comunista Internacionalista de

educan sólo a través de la gestión directa y activa del poder, como Lenin afirmó en 1919, sosteniendo ahora que el poder, durante la fase de transición, corresponde al partido, él cumple una evidente parábola involutiva¹²⁶.

Sigue en pie el objetivo (por cierto importante pero no parangonable a los preconizados en 1919) de luchar contra la burocratización del estado; pero es evidente, sin embargo, que en la medida en que partido y estado¹²⁷ tienden a confundirse y los sindicatos se convierten de más en más en una correa de transmisión en las manos del partido (o más bien del estado-partido), la realización de una función semejante por parte de ellos parece totalmente improbable.

Lenin mismo, por otra parte, se da cuenta de la contradicción y dice, concluyendo el artículo, que los objetivos de los sindicatos son contradictorios y que es necesario encontrar el momento de mediación entre la fase de la "correa de transmisión" y la de la lucha contra el burocratismo en el estado (que, en cambio, parecería necesitar de una cierta independencia). Sin embargo, el modo concreto de realizar esta mediación no es en realidad indicado (a decir verdad, Lenin hace mención a la posibilidad de recurrir a la III Internacional en caso de conflicto, pero también en la Internacional el peso de los bolcheviques era ya preponderante, por lo cual el remedio parecía aleatorio), ni, francamente, dada la situación histórica y las premisas teóricas del artículo, podía serlo. De ahí que el artículo de Lenin concluya de hecho con un problema no resuelto y con un interrogante¹²⁸.

En los últimos años de su vida Lenin sigue con preocupación creciente el surgimiento del fenómeno burocrático; él, sin embargo, rehúsa ana-

¹²⁶ Lenin, *op. cit.*, p. 173. Aquí Lenin se extiende largamente sobre la educación de las masas concebida en sentido técnico (impartir ciertas nociones); pero ellas no participan realmente en la edificación de la economía estatal (aunque Lenin diga que deben participar) elevando sólo su educación técnica. En cuanto al poder de los representantes sindicales en los órganos centrales del plan, es siempre el poder de colaboradores de un estado, dirigido en todo su trabajo económico y político por el partido.

¹²⁷ Si los sindicatos son la correa de transmisión del partido, que a su vez está en el vértice del poder estatal, ellos se transforman fatalmente en los órganos de transmisión de las exigencias del estado-partido: en este contexto el objetivo de la lucha contra la burocracia resulta bastante difícil de realizar. Señalemos aquí, marginalmente, que nuestras críticas a Lenin están referidas a la relación partido-sindicato en la fase de la dictadura proletaria, y no en la del dominio de la burguesía, en donde los problemas son muy distintos. En lo que se refiere a la dictadura proletaria y a los sindicatos, las posiciones más avanzadas son en nuestra opinión las del Lenin del Segundo Congreso de los sindicatos, donde hablaba de estatización de los sindicatos (en un cierto contexto y con ciertas funciones) pero no de correas de transmisión. Vale la pena precisar que en nuestra opinión el discurso de Lenin en el Segundo Congreso no tiene tanta importancia por el rol que se pretende asignar a los sindicatos (su función y su permanencia en la sociedad socialista son ampliamente discutibles, aunque se rechace la tesis burocrática de la "correa") sino por el acento puesto sobre la necesidad de que las masas participen de modo directo y activo en el poder.

¹²⁸ Lenin, *op. cit.*, p. 176.

lizarlo en profundidad, como muy bien señala Moshe Lewin¹²⁹, aun disponiendo, agregamos nosotros, de algunos óptimos instrumentos de análisis como el *18 brumario* de Marx, que con las debidas especificaciones históricas podían aplicarse a Rusia en el período que va de 1920 a 1928-1929¹³⁰.

Sin embargo, entrando por este camino se corría el riesgo de arribar a la conclusión de que el poder proletario en Rusia agonizaba y de que no podía revitalizarse sin la revolución mundial (o al menos europea).

Lenin advierte todo esto y apunta desesperadamente a la revolución en Occidente (o por lo menos en Oriente, adonde su mirada se vuelve en su último escrito¹³¹). Lenin lucha, pues, contra los efectos de la burocracia tratando de reducirlos y de mitigarlos; pero evita de llevar hasta el final un análisis cuya conclusión podría ser una declaración de "muerte prematura" del poder soviético y de la Revolución de Octubre.

Los últimos escritos resultan bastante indicativos. La célebre apostilla al testamento, con la que pide la destitución de Stalin¹³², que le parece uno de los principales responsables del fenómeno, no podía ciertamente desandar lo andado: Stalin era el agente de fuerzas históricas enormemente mayores que él; otro en su puesto habría llevado, quizás, un estilo de trabajo menos "oriental" y brutal, pero sustancialmente las cosas no habrían cambiado. *Más vale poco pero bueno*, el último escrito de Lenin, se ocupa una vez más del problema; pero lo hace siempre a nivel de los efectos y no de las causas, razonando sobre todo en términos de eficiencia¹³³. Se tiene directamente la sensación de que Lenin critica la burocracia desde su interior, reprochándole los excesos y los abusos. Pero él no cuestiona ya el hecho de la existencia de un poder burocrático apartado de las masas y contrapuesto a éstas.

Y no sólo eso. En el mismo artículo, Lenin enfatiza la necesidad de fusionar los órganos del estado con los del partido ahí donde lo justifique su funcionalidad¹³⁴. Sus últimos años, en conclusión, transcurren en el interior de una trágica contradicción: luchar contra la burocracia en un contexto ruso en el interior del cual la lucha es perdedora, teorizar la identidad entre dictadura del proletariado y dictadura del partido y reconocer, al mismo tiempo, que en el interior de esta dictadura el partido y el estado deben encontrar contrapesos que impidan su degeneración, lo cual implicaría, como consecuencia, una sola y única cosa:

¹²⁹ Lewin, *op. cit.*, pp.

¹³⁰ Tal periodización responde a nuestra convicción de que únicamente después de esa fecha la burocracia se transforma en una verdadera clase en la URSS.

¹³¹ Lenin, *Más vale poco pero bueno*, en *Obras*, t. XXXIII, pp. 458 y ss.

¹³² Sobre esto y sobre el testamento en general, cf. Lewin, *op. cit.*, pp. [Véase también en Cuadernos de Pasado y Presente, nº 25, Córdoba 1971, los escritos de Lenin de la última época y el *Diario* de las secretarías. P y P.]

¹³³ Véase Lenin, *op. cit.*, p. 449.

¹³⁴ Lenin, *op. cit.*, p. 450.

que el partido no pudiera identificarse, en sustancia, con el poder proletario y con el estado (o mejor, con sus órganos directivos).

La última palabra de Lenin acerca de la relación vanguardia-masas en la fase de la dictadura proletaria es sólo una angustiada interrogación.

Conclusiones y premisas

A esta altura podemos hacer un resumen. Es indudable que en el pensamiento de Marx y de Engels el problema del pasaje de la clase en sí a clase para sí (y por lo tanto el problema de la relación vanguardia-masas) queda por resolver. En varios puntos advierten y registran este proceso pero lo describen a nivel fenomenológico sin esclarecer los nexos internos.

El discurso de Lenin sobre este punto no presenta una, sino una serie de posiciones a cual más complejas y contradictorias.

Volver a Lenin, proclaman hoy las más diversas formaciones de la "nueva izquierda". ¿Pero a qué Lenin? ¿Al Lenin "economista" de los primeros años, al Lenin "intelectualista" del período 1899-1903, al Lenin del período entre 1905 y enero de 1919, al Lenin burocrático de 1919-1920, o al Lenin angustiado de los últimos años?

Para nosotros, el Lenin más auténtico es el del período entre las dos revoluciones, el Lenin de la carta a la *Novaia Zhizn*, de *El estado y la revolución*, del discurso al Segundo Congreso de los sindicatos, en suma el Lenin protagonista de dos grandes revoluciones.

Su grandeza, sin embargo, consiste esencialmente en haber comprendido la centralidad del fenómeno soviético y de haber "impuesto" esta línea al partido en noviembre de 1905 y en abril de 1917. La consigna de "todo el poder a los soviets" (y también la posición en 1905-1907) representa la superación de *¿Qué hacer?* y de su intelectualismo, y con ésto el vértice más alto alcanzado por la creatividad revolucionaria de Lenin.

Pero si buscáramos en Lenin un análisis de fondo de la génesis de los soviets, es decir del modo en que las grandes masas dieron a luz esta experiencia gigantesca, del lento proceso molecular y subterráneo que luego explota en la superficie en un salto de calidad, quedaríamos decepcionados.

En general, incluso en Lenin el problema de la relación vanguardia-masas queda por resolver, a menos que se pretenda volver, con un absurdo dogmatismo, a las tesis idealistas del *¿Qué hacer?*, superadas por la historia y relegadas por el mismo Lenin al ámbito de una fase transitoria de la táctica socialdemócrata.

Ante la "nueva izquierda" no existen, pues, problemas de recuperación o de retorno, sino de elaboración autónoma.

Este ensayo quiere ser únicamente una premisa histórica para el estudio de la relación vanguardia-masas. De todos modos, nos parece indispensable, porque acabar con un absurdo dogmatismo leninista (en el que Lenin es leído, por lo común, con los anteojos de Stalin) es uno de los modos concretos de progresar.

Movimiento al socialismo (MAS)

La sociedad socialista venezolana

Cuando este número de PASADO Y PRESENTE esté en la calle ya habrán tenido lugar los comicios presidenciales en Venezuela, que significaron el lanzamiento electoral de una nueva fuerza: el MAS, Movimiento al Socialismo, algunas de cuyas propuestas políticas centrales aparecen en este fragmento de una declaración programática que acá publicamos.

El MAS surge de una profunda escisión del Partido Comunista venezolano, a principios de 1971. Dicha división fue producto de un arduo proceso de discusiones que, durante todo el año 70, polarizó a un partido que salía de la dura experiencia del fracaso de las guerrillas en la década anterior, fracaso que los cuadros más anquilosados de la organización procuraban superar mediante una inserción reformista en el proceso político.

Un grupo importante de dirigentes, entre los que se confundían viejos y jóvenes militantes, protagonistas de la lucha contra la dictadura de Pérez Jiménez y del enfrentamiento directo en los distintos frentes guerrilleros, veteranos de la clandestinidad y la tortura, comunistas sostenidos por una continuidad combativa muy distinta al apoltronamiento de buena parte de los otros partidos latinoamericanos, coincidió en tratar de definir un camino ni reformista ni foquista para la lucha política: un camino revolucionario para la construcción de un "socialismo a la venezolana".

A ese grupo inicial, que virtualmente arrastró tras de sí a la mitad del viejo PCV, se sumaron luego revolucionarios de otros orígenes para conformar el MAS. La elección del nombre es significativa: a favor de una libertad de elaboración autónoma, de un redescubrimiento de la necesidad y la posibilidad del socialismo en Venezuela, el grupo que constituyó el MAS tuvo la lucidez de no dejarse entrapar en los debates sobre la "autenticidad" de la representación que todo grupúsculo quiere ejercer en cada país en nombres de un cada vez más discutido "comunismo internacional". En ese sentido, el MAS no es la agencia soviética ni la agencia china ni la agencia cubana en Venezuela, sino un grupo que —como señala Pompeyo Márquez uno de sus principales dirigentes— aspi-

ra a conquistar el socialismo "sin tener que trasplantar modelos de otros países, aprovechando críticamente las experiencias vividas en el mundo socialista".

De la serie de temas importantes planteados por el MAS, cuya incidencia como estímulo para la reflexión alcanza a todos los revolucionarios latinoamericanos (por ejemplo, su caracterización del capitalismo dependiente, de las alianzas de clase en la etapa de transición, de la fusión entre los procesos de liberación nacional y las medidas socialistas, etc.) destacamos especialmente en el texto que publicamos, sus propuestas acerca del tipo de socialismo que se desea, del modelo de sociedad que se procura construir, cuya prefiguración debe encontrarse en la actividad que se despliega para lograrlo: el socialismo, la revolución, más que una meta colocada al final del camino, es el camino mismo.

El orden social dentro del cual vivimos hoy los venezolanos ya lo hemos definido como el de la dominación de los grandes capitalistas nacionales y extranjeros en todas las esferas de la vida, y a ese fin concurren todas las reglas de su funcionamiento.

Dueños de los medios fundamentales de producción, los grandes millonarios explotan y dominan a la inmensa mayoría de Venezuela, viven del trabajo de ésta, se apropian de la mayor parte de la riqueza que ella crea y que la naturaleza encierra. La relación así establecida es fuente de grandes desigualdades entre la reducida minoría poseedora y los millones de desposeídos: desigualdades en los niveles de ingreso, en los niveles de acceso a la educación, a la salud, a la cultura, a la recreación y en las facultades para intervenir y decidir en el destino del país.

En el plano institucional, la llamada "democracia representativa" no es sino un gigantesco mecanismo para mantener como dueños del poder político a quienes son dueños de la economía, concediéndole al pueblo el "derecho" a elegir cada cinco años cuáles representantes de los poderosos lo van a gobernar.

¿Es que acaso no es posible vivir de otro modo?

Nosotros afirmamos que sí se puede.

a Con los recursos de que Venezuela dispone es posible asegurar ya hoy bienestar para todos los habitantes. Nuestro país posee uno de los complejos de recursos naturales más ricos en relación con su población y el estado venezolano maneja uno de los presupuestos comparativamente más altos del mundo entero. Una organización de la producción y de la distribución de los bienes que tuviera como objetivo un modo de satisfacer las necesidades sociales en provecho de toda la sociedad, sería capaz de garantizar a ésta, todo lo necesario para su vida material y espiritual. El cumplimiento de esta finalidad es técnicamente posible. En las condiciones actuales no es difícil elaborar un programa de desarrollo económico total, que permita utilizar plenamente las fuerzas productivas, incrementar sucesivamente la cuantía de la producción nacional y modificar su compo-

sición de modo que satisfaga los requerimientos no de una absoluta *minoría* de la sociedad, sino de toda ella. Un programa que, por ejemplo, en vez de *suntuosas* obras de vialidad en la capital, edificaciones de lujo, derroche en el mantenimiento de la alta burocracia, importaciones suntuarias y otras cosas por el estilo, garantice inversiones directamente productivas, mayores gastos en educación, sanidad y vivienda popular; que a cambio de una menor producción de automóviles personales asegure un eficiente sistema de transporte colectivo, y en lugar de productos alimenticios innecesariamente refinados provea una mayor suma de productos de consumo básico, al alcance de toda la población.

b Por otra parte, si los trabajadores, si el pueblo en general tuvieran las oportunidades que hoy sólo tiene la minoría privilegiada, de acceder a la educación, a la preparación técnica, a la cultura, en fin, no cabe duda de que podrían tomar en sus manos, cada vez con mayor capacidad, la función de gobernar, de administrar, de dirigir la vida toda del país.

En la medida en que ocurre el "progreso" capitalista y la actividad económica, política y cultural se hace cada vez más social, se pone en evidencia esta verdad fundamental: *Los capitalistas no son necesarios para asegurar la vida de la sociedad; más bien al contrario, ellos impiden que la sociedad sometida a su dominación pueda funcionar como una comunidad de seres humanos, pues al robar el trabajo de los verdaderos productores de la riqueza, dividen a los hombres en explotados y explotadores, pobres y ricos, perseguidos y perseguidores.* Por lo tanto, los capitalistas y sus servidores *pueden y deben ser sustituidos en la dirección de la sociedad por los trabajadores que con su trabajo producen lo necesario para que esta sociedad funcione y son capaces de producir las bases y metas de una sociedad de hombres iguales y libres.*

Este nuevo modo de vida de cuya posibilidad hablamos no es realizable dentro de la sociedad actual, que funciona precisamente para asegurar la explotación y la dominación de los grandes ricos sobre las amplias mayorías. Un nuevo modo de vida sólo puede ser logrado en los marcos de una nueva sociedad que se define por el cambio esencial de las relaciones que imperan en la presente: los fines de la actividad, el contenido y la naturaleza del estado, el sistema legal, la vida cultural, el tipo de participación del pueblo en la totalidad de la vida social.

La existencia del capitalismo dependiente establecido en nuestro país es un proceso internamente contradictorio. El marco de relaciones dentro del cual ha ocurrido su crecimiento es el mismo que determina actualmente su agotamiento relativo y estimula el surgimiento de los factores sociales y políticos negadores del sistema. Así, por ejemplo:

1. La dependencia, dentro de la cual el capitalismo se ha expandido, provoca la inmensa sangría de los recursos que cada vez hacen más falta para asegurar el crecimiento sostenido y elevar los niveles de empleo.

2. La distribución del producto nacional de tal modo que causa un gran desnivel de ingresos entre la minoría explotadora y la gran mayoría, limita el mercado nacional en un grado que lesiona sustancialmente las posibilidades de expansión de la actividad económica.

c La existencia de un estado que gobierna en favor de los millonarios

y derrocha buena parte de la riqueza en obras que sólo benefician a los privilegiados, es algo que está haciendo sentir un vacío de recursos para incrementar la actividad productiva, vacío cuya contrapartida es un endeudamiento nacional escandaloso que compromete seriamente el futuro económico del país.

d La "democracia representativa", que utiliza el menguado derecho electoral del pueblo para elevar al poder a las eternas camarillas políticas entregadoras del país a los grandes intereses capitalistas y enriquecidas en una manifestación masiva de corrupción administrativa, está mereciendo la indiferencia, o la pérdida de fe, o el rechazo militante de una gran parte de la nación.

e La civilización individualista y competitiva de los "clase aparte" que sostiene como ideales el hacer dinero a toda costa, el consumo ostentoso y el prestigio basado en simples apariencias, concita crecientemente el desprecio, la rebeldía, el asco de los obreros, la juventud y amplias capas medias.

f Los aparatos sindicales que actúan como palancas del sistema de explotación y dominación, minados por el reformismo y la política de conciliación de clases sufren en gran escala el ausentismo de los obreros y frente a ellos comienzan a emerger y hacerse sentir corrientes que rescatan para el movimiento obrero una política de clase revolucionaria.

Todo esto, y la consustancial incapacidad del sistema, pese a sus recursos millonarios, para dar satisfacción a las grandes demandas de los sectores populares (trabajo, vivienda, salud, educación, recreación), constituyen manifestaciones elocuentes del fracaso histórico del capitalismo dependiente instaurado en Venezuela como vía de desarrollo.

La nueva sociedad, radicalmente negadora de la presente, es necesaria y posible:

Necesaria para permitir nuevos desarrollos de las fuerzas productivas, para superar una organización económica cuyo "progreso" es destructor del hombre, de los verdaderos productores, cuyo crecimiento se logra al precio de un desequilibrio social que obstaculiza el desarrollo y acentúa las ya graves repercusiones que la estructura dependiente y heterogénea tiene sobre el conjunto de la sociedad.

Necesaria para la inmensa mayoría del país que vive como vive a causa de la explotación y dominación capitalista.

Posible económicamente, pues el capitalismo dependiente ha creado bases materiales desde las cuales es completamente factible establecer un nuevo modo de producción.

Posible políticamente. La victoria del socialismo en Venezuela es una empresa de nuestro tiempo, no de un mañana tan remoto que ni siquiera la imaginación puede alcanzarlo. Pero no vendrá fatalmente. Ninguna revolución adviene de este modo. Se necesita, y es decisiva, la intervención de un sujeto histórico revolucionario: impugnador de la realidad actual a partir de su conocimiento íntimo, agente de la conciencia revolucionaria y portador de un proyecto de sociedad alternativa.

Nuestra presencia social, nuestra acción política, nuestra intervención en la presente campaña electoral tienen precisamente el sentido de contri-

buir a la maduración de ese sujeto revolucionario. Y como parte de la nueva conciencia necesaria está la visión general que aquí exponemos de la nueva sociedad por la cual estamos luchando.

Los fines de la nueva sociedad

Por necesidad, voluntad y capacidad de los que están llamados a constituirse en la invencible fuerza del mundo nuevo, la nueva sociedad será la negación radical de la que existe; de sus leyes, de sus relaciones económicas y sociales, de sus fines, de sus valores.

En ella se liquida la explotación. Nadie puede vivir del trabajo ajeno. Por lo tanto, no hay ricos ni pobres sino creadores en general de la vida material y espiritual.

Se suprimen los privilegios y los abismales desequilibrios en el disfrute de la riqueza que el país posee y que la sociedad crea. En lugar de asegurar, como hasta hoy, las superganancias de los grandes capitalistas, la principal tarea de todos es garantizar la satisfacción de las necesidades materiales y culturales de todos, en términos de igualdad y mejoría creciente.

Así, la realización de cada individuo es compatible con la de toda la sociedad, y el cumplimiento de los fines de toda la sociedad es condición necesaria para la realización de cada individuo. Esta nueva relación de armonía tiene por fundamento: *la igualdad de oportunidades para intervenir en los distintos aspectos de la vida social.*

El trabajo

Dentro de la sociedad socialista, para que se hagan realidad los fines señalados, el trabajo ocupa el lugar de hecho social primordial, basamento de la construcción de la nueva vida.

En la sociedad capitalista el trabajo es organizado para asegurar a las clases poseedoras los más altos posibles niveles de ganancia, es decir: los más altos posibles grados de explotación de los trabajadores; en la nueva sociedad lo es para producir los bienes necesarios a la vida de todos, sin que sea posible utilizarlo para el enriquecimiento de unos pocos.

En la sociedad capitalista el trabajo está separado de la propiedad de los medios para realizarlo, de manera que es dueña de los mismos la minoría explotadora y carece de ellos la inmensa mayoría, que sólo posee su fuerza de trabajo y la vende cada día para poder vivir; en la sociedad socialista los trabajadores pasan a ser los principales propietarios colectivos de los medios de producción.

En la sociedad capitalista los productos que crean los trabajadores son ajenos a éstos y van a reforzar el poder de sus explotadores. El trabajo se convierte en una obligación forzosa y el acto de realizarlo en un sacrificio, que se debe sufrir porque de otro modo no sería posible la existencia. En la sociedad socialista los resultados del trabajo pertenecen a la sociedad

entera. En vez de ser extraños a cada trabajador son objetos importantes de su interés, a través de los cuales realiza fines que le son propios, en asociación con los demás, promoviéndose así concertadamente el bienestar individual y el bienestar social.

De tal manera, en la nueva sociedad el trabajo deja de ser una pesada carga y una fuente de sufrimiento. No tiene ya el carácter de una necesidad impuesta, y progresivamente es vivido y comprendido como necesidad vital.

Dado que se convierte en interés de todo el cuerpo social, el trabajo pasa a ser objeto de su cuidado: a escala de toda la sociedad se promueve una progresiva y masiva calificación de la fuerza de trabajo y un sucesivo mejoramiento en las condiciones en que ésta es empleada. El aumento de la capacidad creadora de riqueza, indispensable para asegurar la satisfacción creciente y sobre bases de igualdad de las necesidades sociales, es logrado de tal modo que sea compatible con la disminución del desgaste físico y mental de los productores. El progreso científico-técnico, que bajo el capitalismo expulsa mano de obra, amplía las cadenas agotadoras en las plantas, reduce el tiempo de vida útil de los obreros y rebaja la calificación y los salarios de una parte de ellos, en la nueva sociedad tiene como efecto social el acortamiento de la jornada, el abaratamiento de los bienes, el aumento del tiempo libre y de las oportunidades para elevar el nivel cultural y hacer la vida más rica, variada y plena.

Para que sea así, la economía y la educación nuevas ponen acento en la creatividad, la capacidad de inventiva, la inteligencia de los individuos, que son estimulados e incorporados a escala social, no bajo el signo de los privilegios en correspondencia con los intereses generales comunes.

En vez de los actuales salarios y sueldos, que no se consiguen o no alcanzan para nada, habrá niveles de ingresos tales que todos puedan ir accediendo progresivamente a los bienes necesarios para la vida y el perfeccionamiento de la vida. Asimismo, los niveles de producción que garanticen la satisfacción de demandas cada vez mayores y más complejas.

En la nueva sociedad, una nueva relación humana vincula la creación de riqueza con su distribución en el seno de la colectividad: al principio cada cual participa en el esfuerzo común de acuerdo a sus capacidades; cada cual recibe el producto social de acuerdo a su trabajo. A medida que se produzca el sucesivo desarrollo de las capacidades productivas, de las relaciones sociales que suprimen tanto la explotación como la dominación y de una conciencia nueva en los integrantes de la sociedad, ésta se irá aproximando a un estado más elevado, en el cual cada quien participará en la creación de los bienes colectivos de acuerdo a sus capacidades y recibirá según sus necesidades.

Pero antes de que el nuevo orden social haya alcanzado tales niveles, en los comienzos mismos de su construcción, se hará todo por satisfacer, en condiciones de absoluta igualdad, las necesidades de los niños de familias de trabajadores muy numerosas, de los ancianos, en general de aquellos que no pueden tomar parte en el esfuerzo productivo.

De acuerdo a la nueva relación entre los intereses del individuo y los de la sociedad, ésta le proporciona a sus miembros los medios para desa-

rollar sus aptitudes y para tomar parte plenamente en el esfuerzo de crear la vida; y los individuos le entregan al conjunto de la sociedad un esfuerzo para el cual ésta los ha preparado suficientemente.

El aprendizaje de los trabajadores es concebido para lograr que sucesivamente, a medida que avanza el proceso de transformación social, se acerquen al conocimiento técnico y científico, de manera que éste les sea cada vez menos extraño. Así, el progreso que se obtenga en esos terrenos no les hace, como ocurre bajo el capitalismo, más apéndices de la máquina, sino que les permite dominarla, racionalizar su empleo, aliviar con ella el trabajo y tornarlo más productivo.

Puesto que la nueva sociedad, en oposición al capitalismo, no ve en los trabajadores a los meros integrantes de un aparato productivo, sino a los creadores de la vida y destinatarios de sus frutos, la educación adquiere en ella un sentido completamente nuevo. Se orienta a superar la separación entre "preparación para trabajar productivamente", por un lado, y suministro de "cultura", por el otro; entre "preparación para los trabajadores", por un lado, y "preparación para los técnicos, los científicos, los cultos", por el otro; entre "preparación técnica directamente útil para el ejercicio profesional", por un lado, y "cultura", juzgada como adorno y necesidad aleatoria, por el otro.

Todo esto irá conduciendo, en el curso del desarrollo social, a suprimir la división entre el trabajo manual y el trabajo intelectual, esencial en la división del trabajo que impera en la sociedad capitalista. Y el hombre unilateral, mutilado en su persona, cuyas relaciones con el mundo están centradas en la ejecución de un trabajo opresor, atado como esclavo a una ocupación rutinaria y estrecha, irá cediendo su lugar a uno multilateral, con capacidades diversas, apto para desempeñar funciones sociales distintas, con una existencia más plena y en permanente proceso de elevación.

En la sociedad capitalista en que vivimos, la dinámica propia de la economía y los intereses propios de los dueños del capital generan inevitablemente (como se ha demostrado en la Primera Parte de este documento) desempleo y subempleo. En la nueva sociedad, puesto que la realización de sus fines requiere el trabajo de todos sus integrantes aptos y el trabajo se convierte en una necesidad vital, el derecho de cada uno al trabajo, a la preparación correspondiente y a la sucesiva calificación, es no sólo reconocido, sino garantizado, y el efectivo ejercicio del mismo promovido.

Obviamente, la economía de la nueva sociedad tenderá a fundar sus avances en una incorporación cada vez mayor de las conquistas técnicas y científicas y, en consecuencia, en una calificación siempre más alta de la fuerza de trabajo. Pero durante un cierto período, puesto que la transformación económica se inicia a partir de una realidad heredada del capitalismo dependiente, se aplicarán políticas que integren a la actividad económica los niveles menos calificados de la fuerza laboral, de manera que participen en un esfuerzo socialmente útil del cual deriven recursos necesarios para su vida, al tiempo que se promueve sostenidamente su educación y preparación.

En la sociedad socialista, en fin, las relaciones que presiden el trabajo generan toda una nueva realidad cultural. Si en la cultura dominante del

capitalismo donde privan el individualismo y el consumismo, donde se es más cuando se tiene más, donde la solidaridad no existe o es una farsa —detrás de la cual está la ganancia—, el trabajador es al mismo tiempo exprimido y menospreciado, y el trabajo es degradado en la consideración de las personas, incluso por los propios trabajadores, constreñidos a tenerlo tan sólo como un medio de vida, la nueva sociedad se encamina hacia todo lo contrario: un mundo en el cual el trabajo, que ya no es percibido ni realizado como tarea penosa, que ya no es pensado sólo como creación de riqueza material, en el cual ya no están separadas la producción de bienes del resto de la cultura, que es entrega fecunda de esfuerzos, realización de aptitudes, acción creativa desplegada, se convierte en fuente de la estimación, en criterio de valoración de los individuos por el cuerpo social, en orgullo legítimo de quienes lo realizan, en hecho decisivo de la vida.

Una nueva propiedad para el bien de la gran mayoría

Para que estos fines se hagan realidad, es absolutamente necesario cambiar por completo el régimen de propiedad que los grandes ricos, nacionales y extranjeros, han establecido en el país. Es decir: es necesario suprimir, y convertir en propiedad social, el tipo de propiedad que actualmente impera y constituye la base esencial de la explotación, de los privilegios y de las grandes calamidades que sufren las mayorías venezolanas. Esta propiedad que es necesario suprimir no es otra que la de los grandes millonarios sobre los medios de producción y sobre todas las palancas fundamentales de la vida económica, como son las fábricas, haciendas, bancos, comercios y servicios.

Sin la eliminación de esta gran propiedad capitalista es imposible alcanzar el cambio radical que necesitamos en el tipo de vida impuestos por el capitalismo en Venezuela.

Pero no ocurre lo mismo con las pequeñas y medianas empresas privadas. Ellas no tienen un peso fundamental en el conjunto de la economía nacional ni constituyen factor decisivo en las relaciones de explotación y opresión establecidas por los grandes poderes económicos. Más aún: en muchos casos, estas medianas y pequeñas empresas privadas de hecho resultan asfixiadas, absorbidas o eliminadas por la competencia y el proceso de concentración de riquezas y recursos que se adelantan bajo el comando de los grandes capitalistas.

Dentro de un contexto en el cual la propiedad social ha sustituido a la propiedad de los grandes millonarios, tales empresas pequeñas y medianas podrán ser incorporadas bajo la supremacía de la nueva propiedad social y así contribuir a la construcción de la nueva economía, dentro de los límites y bajo el control colectivo que una sociedad negadora de la explotación no puede dejar de establecer con respecto a la relación salarial y todas las relaciones del patrono con los trabajadores.

Un nuevo estado donde el pueblo es poder

Las medianas y pequeñas empresas, por su parte, podrán tener en la nueva economía planificada la seguridad de la utilización plena de su potencial productivo, así como también mercados y un nivel de beneficio compatible con los fines sociales.

Por lo tanto, *un nuevo régimen de propiedad puede ser establecido*. En él ocupará el lugar decisivo un área pública o social, en la cual estarán concentrados los medios fundamentales para la realización de la nueva actividad económica. Podrá haber, además un área mixta, que sea el fruto de los acuerdos entre empresas e instituciones del área social y aquellas privadas en las cuales se hagan compatibles los intereses y motivaciones de los particulares con los propios y esenciales de la sociedad toda. Y podrá existir, finalmente, un área de propiedad privada constituida por empresas pequeñas y medianas dentro de los límites y bajo el control social ya señalados.

Por supuesto, para adelantar la construcción del socialismo, cuya organización económica se basará en la propiedad social de los medios de producción, corresponderá al estado revolucionario, como encarnación institucional de la mayoría de la sociedad, un papel prominente en la tarea de sustituir una forma de propiedad por otra, principalmente por medio de la socialización de la gran propiedad capitalista.

Sin embargo, el estado no va a ejercer con exclusividad los atributos de la propiedad social. Actuará frente a ella como representante, a nivel nacional, de toda la sociedad, pero al mismo tiempo se hará efectiva la gestión de los productores directos en las unidades económicas donde la nueva propiedad ha sido establecida. Así, organismos de los trabajadores, actuando como órganos de poder a nivel correspondiente, intervendrán en las empresas en la dirección de la producción, en la distribución del ingreso, en la política de inversiones, en la fijación de remuneraciones, en las relaciones económicas, sociales y culturales con las comunidades locales, todo ello de modo tal que sus decisiones influyan verdaderamente sobre la planificación nacional y sean coherentes con ella, y que los intereses de cada colectivo parcial sean compatibles con los de la sociedad entera.

Además, parte de la propiedad socializada podrá ser confiada a cooperativas de trabajadores. Así también, ciertas funciones y canales de distribución podrán ser sometidos al control de agrupaciones de productores o consumidores.

En síntesis, junto con la propiedad de toda la sociedad sobre empresas, tierras, yacimientos, etc., para cuyo ejercicio la sociedad se valdrá hasta donde sea necesario, de la intervención del estado, existirán diversos grados y formas de propiedad individual o de pequeños grupos, socialmente condicionada

En esta gama de formas de propiedad y de participación de los integrantes de la sociedad en la gestión de la economía, se expresa en el área

económica la democracia real y el ejercicio del derecho a una auténtica igualdad. Todo ello es perfectamente congruente con la aplicación de una dirección comun, socialmente concertada según un plan global de transformación, elaborado con la aprobación y la efectiva intervención de la gran mayoría.

El cambio radical del actual sistema de propiedad permitirá — ¡por fin! — que la inmensa mayoría, el pueblo, productor siempre de la riqueza, pero hasta hoy productor marginado de su disfrute, tenga un acceso justo y creciente a los bienes materiales y espirituales que garantizan una vida plena. Así, a la propiedad social sobre los medios productivos en los cuales descansará la actividad económica corresponderá una gran ampliación y democratización de la propiedad sobre los bienes que aseguren a cada quien, en la medida del desarrollo del nuevo orden social, una existencia digna, sin privaciones y cada vez más auténtica.

Para promover y preservar la explotación de los trabajadores, el despojo de la riqueza nacional y los insultantes privilegios de que gozan, los grandes millonarios nacionales y extranjeros han contado siempre con un instrumento básico: el estado.

La construcción del socialismo en nuestro país supone, desde luego, la supresión del estado servidor de los millonarios y la construcción de un nuevo estado, un estado socialista que se organice y funcione:

a Como un ente depositario de la propiedad social surgida de la eliminación de la propiedad capitalista.

b Como núcleo principal de la planificación a escala nacional, indispensable para utilizar y desarrollar plena y armoniosamente las fuerzas productivas de la sociedad y en general todas las energías creadoras de la misma.

c Como centro coordinador de una actividad social múltiple (económica, técnica, política, educacional, cultural en general, prestadora de servicios) que ha de estar orientada, primero, a echar las bases y luego, a desarrollar la edificación de la nueva sociedad.

d Como instrumento fundamental de defensa y consolidación del nuevo orden social, el cual será sometido a las acechanzas de quienes en el país habrán perdido sus privilegios, en complicidad con el imperialismo, cuya dominación sobre nuestra patria habrá sido destruida.

La democracia socialista

El socialismo ha de ser el resultado de la labor creadora de todo el pueblo, de su intervención consciente, de su efectiva responsabilidad como *factor dirigente*. Pues siendo las masas trabajadoras, las productoras de la vida material y de la cultura, el sujeto fundamental del proceso histórico y constituyendo la fuerza y el destinatario por excelencia de la transformación socialista, ellas deben tener y tendrán la más *efectiva, genuina y directa* participación en las funciones y niveles dirigentes de la empresa

forjadora del mundo nuevo. Esta participación expresará el contenido esencial de la democracia socialista.

La realización de este principio cardinal significa que los trabajadores, los productores directos de la vida material de la sociedad, son parte fundamental en la integración de las instancias formadoras del estado; significa que éstas no son dirigidas por una élite política privilegiada y desligada permanentemente del trabajo productivo; y que las organizaciones de las masas populares (obreros, campesinos, intelectuales, jóvenes; en general, estudiantes, mujeres) intervienen a través de representantes propios en todos los niveles en los órganos planificadores y coordinadores de la actividad económica y cultural.

Pero hay más: un hecho esencial para la realización de la democracia socialista es la existencia, junto al estado, de instituciones de base en las que el pueblo asume funciones de poder de manera *directa e inmediata*. En las unidades económicas de la ciudad y el campo, como ya se ha afirmado, así como en los centros educacionales y culturales, y en los lugares de residencia, tales instituciones de base han de tomar para sí responsabilidades de dirección de la actividad correspondiente, convirtiéndose progresiva y crecientemente en los órganos del poder popular, a través de los cuales las masas ejercen cada vez más las responsabilidades de gobierno necesarias a la vida social.

A los socialistas no se nos escapa que la construcción de una nueva vida para los venezolanos ha de ser un proceso surcado de contradicciones y no exento de conflictos. No alimentamos ilusiones sobre la conducta de los que serán privados del poder que han utilizado para enriquecerse mediante la explotación, a costa de la pobreza e incluso la miseria de las grandes mayorías: es lógico pensar —y a ello nos autoriza toda la experiencia histórica— que no querrán abandonar de buena gana su condición dominante y privilegiada, que ofrecerán resistencia a los cambios e intentarán restablecer el antiguo sistema.

El estado, en el desempeño de su misión para la construcción socialista, ha de enfrentar a los antiguos explotadores con la energía y los medios acordes a la magnitud y naturaleza de su resistencia. El cumplimiento de esta responsabilidad, en legítima defensa del cambio revolucionario, puede implicar limitación de derechos o ejercicio de la coerción, necesarios para impedir que las clases dominantes de ayer subviertan el nuevo orden social conquistado por la gran mayoría. Pero todos aquellos que actúen dentro de la legalidad socialista podrán expresar sus opiniones y ejercer su oposición en forma organizada. Los miembros de las clases dominantes, los grandes ricos, no perderán su condición de ciudadanos, sino las propiedades que ahora detentan de los principales medios de producción, y sus inadmisibles privilegios, tanto sociales como políticos.

La defensa del nuevo orden social no será solo un cometido del estado: será también, y fundamentalmente, tarea de las masas populares.

Por otra parte, que el estado sea en esencia y actúe en efecto como un órgano del pueblo trabajador, no asegura infaliblemente el cumplimiento siempre satisfactorio de sus funciones dirigentes, ni impide automáticamente que su gestión económica, política o cultural llegue a lesionar el

interés de sectores populares. En primer lugar, porque existe la posibilidad, nunca descartable, del error. Además, porque en el seno de la sociedad socialista, incluso cuando hay unidad en torno a los fines fundamentales, el estado puede ser exigido a intervenir, en situaciones determinadas, frente a contradicciones entre intereses específicos de distintos sectores del pueblo, o entre estos y el interés social general. Finalmente, porque en una organización como el estado, según enseña la experiencia histórica, se manifiestan tendencias a generar intereses propios y actitudes conservadoras y a convertir en privilegio el cumplimiento de su papel social. En todo ello encontrarían fundamento la crítica, la divergencia o la protesta de origen popular, que en la sociedad socialista serán absolutamente legítimas y reconocidas como tales.

La concepción del estado como instrumento de las masas en la construcción de la sociedad socialista implica la afirmación y la garantía de ejercicio de los derechos del pueblo a manifestar su voluntad y expresar su pensamiento, a través de todos los canales propios para tales fines. El socialismo es el modelo de organización social que tiene en el pueblo el centro de sus objetivos y el sujeto esencial de su proceso. Este principio ha de tener genuina realización en la práctica social. En consecuencia en la nueva sociedad tendrán derecho y lugar para una existencia plena, organizaciones sociales y profesionales del más diverso género (sindicatos, organizaciones de jóvenes y mujeres, asociaciones de intelectuales, agrupaciones de residentes, etc.), por medio de las cuales sean sustentadas posiciones y sean defendidos intereses particulares de los distintos sectores. Se trata de organizaciones verdaderamente independientes del estado, constituidas por la voluntad de sus integrantes, los cuales tendrán garantizada la expresión de sus opiniones y todas las otras manifestaciones de su presencia activa y específica.

Para que las opiniones de las organizaciones sociales y de los individuos sean auténticamente expresadas, los medios de comunicación social están obligados a servirles de vehículo, y a tal efecto la sociedad establecerá modos de dirección y funcionamiento de los mismos que impliquen participación y gestión de las organizaciones de las masas y excluyan el monopolio, estatal o político.

Asimismo, para que la expresión del pensamiento y una elevada participación de las masas en la decisión de su vida tengan una realización efectiva, el estado y todos los cuerpos dirigentes estarán en la obligación de proporcionar a la colectividad, amplia y sistemáticamente, información sobre el cumplimiento de sus responsabilidades, y sobre todas las cuestiones relacionadas con el interés social.

Pluralismo, superación del monolitismo

La garantía de los derechos señalados y su ejercicio real van a significar en la nueva sociedad una concreción de la concepción pluralista que sostenemos sobre el socialismo venezolano.

Si la construcción de la nueva sociedad exige el concierto del esfuerzo

de todos, la convergencia de las distintas actividades sociales en una dirección común y la intervención de la institución estatal como centro del nuevo poder a escala nacional, esto no significa que el pensamiento, la voluntad y labor creadora de los individuos y los sectores sociales deben ser uniformados, ni que el estado deba actuar como ente modelador de toda la vida social, colocado por encima de las masas, con facultades omnipotentes.

Esta visión general encontrará, también, realización concreta en la conducta del estado y de las fuerzas políticas dirigentes en el dominio de la cultura: frente a los contenidos y el carácter de la actividad teórica, de la investigación científica, de la creación artística.

En el plano de la acción social y política, una verdadera hegemonía sólo se adquiere, incluso después de haber alcanzado el poder, ganando la conciencia responsable de las mayorías a través del confrontamiento, renovando continuamente la capacidad de conducción, incrementando siempre en el patrimonio de las masas las concepciones justas. Del mismo modo, en el terreno cultural es mediante la confrontación de las ideas, mediante el esfuerzo creador positivo como en la nueva sociedad los socialistas han de constituirse y renovarse continuamente como vanguardia, toda vez que ya no existen las bases económicas y los instrumentos políticos y de poder con los cuales estaba ligada la cultura dominante de la sociedad capitalista dependiente.

En la nueva sociedad no existirán, por lo tanto, monopolio ni dictados administrativos del estado o de tal o cual fuerza política sobre la creación cultural.

Esto no excluye, sino que presupone, la actividad propia de las organizaciones y los intelectuales socialistas, de acuerdo a sus concepciones, en esfuerzo legítimo por definir su responsabilidad revolucionaria en este campo y emprender abiertamente la confrontación social y cultural de sus concepciones y proposiciones.

Por otra parte, la experiencia de nuestro tiempo está enseñando a los revolucionarios venezolanos que no hay una única posición desde la cual se realice la lucha por el socialismo. No es sólo desde la clase obrera y los explotados en general, sino también desde otros torrentes sociales; no es sólo a partir de nuestras concepciones teóricas, sobre el hombre y su lugar histórico, sino también de otras, incluso religiosas; y también desde instituciones que actúan como soportes del sistema, en cuyo seno ciertos sectores se diferencian y como fuerzas nuevas se acercan a la comprensión de una opción socialista, llegando en muchos casos a participar en el combate político por diferente cauce.

De este hecho singular surgen las condiciones y la posibilidad de que sea una *vanguardia plural* la que asuma el rol dirigente en la lucha por sustituir radicalmente a la sociedad capitalista. Y si en el curso de esta lucha concurren diversas fuerzas a lograr la victoria revolucionaria, es previsible que sea una *dirección plural* la que asuma el comando de la construcción socialista. Sólo de esta manera la *unidad* fundamental en la conquista de la transformación social, podrá realizarse dentro de la *diversidad de matices socialistas*, y no en el monolitismo y la uniformidad.

Extinción del estado y poder directo en manos del pueblo

Dado su carácter histórico y en virtud de la naturaleza misma de sus fines, el estado no constituye una necesidad permanente en la vida de la nueva sociedad, ni tiene en todos los momentos de su existencia igual significación e importancia. La progresiva desaparición de las clases, inherente a una sociedad donde es eliminada la explotación, y de los antagonismos de intereses, así como los avances en la construcción de la nueva sociedad, deben constituir también una trayectoria hacia la *extinción del estado*. A lo largo de este proceso, cuya duración es impredecible, el estado deberá ir abandonando aquellas funciones que no requieran ya un poder centralizado para ser cumplidas, sino instituciones que sean expresión más directa e inmediata de las masas. En esta perspectiva, dentro de la cual concebimos el proyecto de un socialismo venezolano, se eleva el papel de las instituciones de base hasta el lugar decisivo que deben ocupar como vehículos de participación para todos los miembros de la sociedad en la gestión de la vida económica, política y cultural.

En efecto, el problema de la función que llenarán las instituciones de base y su relación con la estructura del estado es, tal vez, aquel que resume todos los demás, aquel de cuya solución depende, en definitiva, la posibilidad de una verdadera democracia socialista. La participación real de las masas populares en la dirección de la vida social estriba, en buena medida, en el funcionamiento de *las instituciones de base como centros de poder real desde el inicio de la construcción socialista*. Esto quiere decir que dichas instituciones deberán intervenir en todo el complejo proceso de toma de decisiones —de planificación y de control— en todos los planos de la vida social: tanto local como regional y nacional, así como en todas las esferas: política, económica, militar, cultural, educación, cuestiones sanitarias o urbanas, etc. El poder de base deberá estructurarse a distintos niveles en todos los centros claves de la sociedad, en torno a todas las cuestiones importantes. Tal facultad de participación y tal poder de decisión revestirán necesariamente un grado de *autonomía respecto al poder central*, autonomía que irá incrementándose sostenidamente a medida que el desarrollo socialista y el fortalecimiento del poder popular —así como otras condiciones generales de orden nacional e internacional— lo hagan posible y necesario.

Para el poder central el estímulo y fortalecimiento de esa participación autónoma será parte esencial y principalísima de su tarea histórica. Así su propia acción irá haciendo posible el objetivo ya antes señalado de pasar a manos de éstas, cada vez más sectores de la gestión social general, cada vez una mayor cuota de poder, con lo que irá reduciéndose la función y la necesidad de existencia del aparato estatal: de esta manera el estado socialista trabajará por su propia extinción.

La estructura de poder socialista que se formará será, como se ve,

extraordinariamente articulada, íntimamente relacionada con la vida misma de las vastas mayorías populares. Los distintos polos de poder —el central y los de base— integrarán sus distintas cualidades funcionales y políticas, y de esta integración dependerá todo el sistema de toma de decisiones. El poder central será, durante todo un período histórico, el elemento totalizador de esta estructura, aquél capaz de enmarcar los distintos problemas en una perspectiva general a largo plazo. Las instituciones de base, por su parte, constituirán —en el seno de una sociedad altamente compleja, sumergida en un proceso de transformación sin precedentes en la historia— el principal elemento llamado a luchar porque la expresión de las necesidades, anhelos e ideales de los distintos sectores sociales tenga repercusiones concretas en el curso general de la construcción de la sociedad socialista. Al mismo tiempo, la relación entre dichos polos proporciona la posibilidad de verdadera superación de las tendencias negativas potencialmente presentes en cada uno de ellos: en el poder central, las tendencias burocráticas y negadoras de la democracia; en los de base, la visión parcial e inmediata.

El funcionamiento armónico de una estructura tan compleja y, sobre todo, el que las relaciones entre sus distintos elementos tiendan a resolverse en el sentido general de la extinción del aparato estatal y el incremento del poder directo en manos del pueblo, es y será imposible sin la acción orientadora y dirigente de una vanguardia revolucionaria profundamente ligada a su pueblo. Ahora bien: sólo una vanguardia que participe en las instituciones de base, pero que sea capaz de trascender toda posible visión limitada presente en éstas; que oriente al poder estatal y participe de manera principal en su gestión, pero que no se identifique con su estructura y los intereses que puede generar en tanto que aparato; sólo una vanguardia que, al comprender cabalmente la complejidad social y política del proceso de edificación de la sociedad socialista y al respetar en todo su valor las distintas motivaciones ideológicas, filosóficas, religiosas y políticas que a él concurren, sea profundamente pluralista y democrática, tanto en sí misma como respecto a la sociedad en general; sólo una vanguardia que ayude a las masas a alcanzar un nivel de conciencia tal que determine que también las organizaciones políticas revolucionarias lleguen a ser innecesarias y tiendan a desaparecer: sólo una vanguardia de ese tipo podrá cumplir con una responsabilidad histórica tan compleja, tan difícil, tan alta.

La experiencia de las sociedades socialistas que se construyen en nuestro tiempo nos habla de la complejidad de este propósito y de los rumbos torcidos que muchas veces se han tomado para encararlo: nos habla, por ejemplo, de la burocratización del estado, o de un estado que sustituye a las masas y posterga la intervención de las mismas en la gestión del poder, o de una acción coercitiva que en ciertos momentos se ha convertido en sistemática y afectado a los propios sectores populares, o también de un estado que asume, con toda impropiedad, una función modeladora de las diversas manifestaciones de la vida social. Conscientes de esta realidad y

críticos de ella, los socialistas venezolanos afirmamos que las deformaciones ocurridas en la creación de un orden nuevo en otros países no son características consustanciales del socialismo, sino, más bien, su negación, y al mismo tiempo, que estamos empeñados en actuar para que tales deformaciones no marquen con su sello la futura experiencia socialista de nuestro país. Sabemos bien que tales fenómenos surgieron y fueron condicionados en un marco histórico determinado por realidades que no son las de nuestro tiempo, y que, por el contrario, hoy existen suficientes condiciones prácticas y teóricas para evitar los errores que signaron la trayectoria socialista en otros países.

Ello no debe hacer olvidar, sin embargo, que algunas de las condiciones fundamentales que hicieron posible el surgimiento de tales deformaciones están aún presentes en la actual situación histórica y específicamente en nuestro país. Nos referimos en especial —entre otros muchos problemas de muy variada índole— a los desniveles económicos, culturales, de información y políticos que son propios en la sociedad capitalista dependiente. En tal situación son minoría los individuos, sectores y organizaciones que tienen acceso a un nivel suficiente de conocimiento sobre la problemática general de la sociedad, sobre las grandes decisiones del estado, sobre la planificación económica, etc. Las grandes masas, salvo en las contadas excepciones de los momentos de crisis o de auge político, quedan marginadas de estas cuestiones: son más un objeto pasivo que un sujeto actuante en ellas. Aun las clases y sectores con mayor potencialidad revolucionaria participan muy limitadamente de la consideración de las mismas, y ello generalmente a través de sus organizaciones políticas y gremiales: muy pocas veces de manera masiva. Ahora bien: esa es la base real de la cual se parte en la construcción socialista; es fácil comprender, entonces, que existe un campo de cultivo fértil para que aparezca una casta dirigente que —aun inspirándose en los objetivos revolucionarios— tome en sus manos la dirección absoluta y monolítica de la sociedad, tome decisiones al margen de la participación y control efectivos de masas y, con esto, se coloque por encima de ellas. Por otra parte, han aparecido nuevos fenómenos cuyo tipo de desarrollo en la sociedad actual, de prolongarse sin obstáculos ni cambios en la nueva sociedad, puede convertirse en una seria amenaza para la democracia socialista. Los efectos que la “revolución técnico-científica” actualmente en curso tiene sobre el proceso productivo, sobre todos los aspectos de la información social, sobre el proceso general de toma de decisiones, en fin, sobre todo el tejido de la vida social, se convierten cada vez más en elemento dinámico esencial de la realidad a partir de la cual tiene que conformarse la alternativa socialista. Si bien es verdad que estos progresos abren las puertas a posibilidades hasta ahora ni siquiera soñadas de desarrollo de una sociedad socialista con un elevado nivel productivo y cultural, no menos cierto es que conllevan también el acentuamiento de la tendencia a concentrar en manos de restringidos grupos sociales un poder de decisión y manipulación de las conciencias nunca antes conocido. Tal poder puede alcanzar —y de hecho ha alcanzado en todas partes— niveles aterradores.

Así, pues, no obstante las nuevas condiciones y posibilidades del pre-

sente, la complejidad y la dificultad de la tarea siguen siendo ciertas y no deben ser menospreciadas. Más allá de la afirmación formal y la consagración legal de los derechos, la realización de la democracia socialista y la toma del destino popular en manos del pueblo exige una doble y fundamental condición, cuyo desarrollo es fuertemente obstaculizado en las condiciones de la sociedad capitalista. Se trata de la capacidad real de las masas trabajadoras para pensar e intervenir, administrar y dirigir, así como para vigilar y controlar la conducta del estado, y de la plena comprensión de quienes dirijan el estado acerca del carácter transitorio de éste y su papel como instrumento de la mayoría social.

En torno a estos problemas, pocas cosas importan tanto como enmarcar en los niveles actuales del desarrollo económico, político, cultural, técnico y científico, la relación existente entre la necesidad de construir un sistema social socialista eficiente en términos modernos y las exigencias de participación activa de las masas en la gestión social, o lo que es lo mismo: la relación entre la formación de una capa intelectual, científica y técnica capaz de dirigir la nueva sociedad, por una parte, y la elevación de la conciencia de las masas, por la otra. El establecimiento justo de esta relación sólo es posible mediante el incremento tanto de las iniciativas *por la base* de las masas populares, como de la función creadora, informadora y generalizadora de la vanguardia intelectual-política socialista; así como mediante la progresiva fusión orgánica de estos elementos, y, con ello, la progresiva superación de ambos polos de una contradicción históricamente determinada. Esta dirección de solución del problema sólo podrá ser asegurada por la acción consciente y orquestada del estado, de la vanguardia revolucionaria y de todos los sectores activamente socialistas.

La existencia de estas condiciones supone el desarrollo en el pueblo y en las vanguardias revolucionarias de una nueva conciencia sobre sus relaciones recíprocas, e implica la elevación de la cultura política e integral en amplios sectores, tanto de las masas como de las vanguardias: se apunta aquí a una empresa gigantesca cuya ejecución debe irse adelantando en el curso de la lucha revolucionaria contra el orden capitalista. En todo esto las fuerzas socialistas tenemos una enorme responsabilidad: la de ser una vanguardia política que en su funcionamiento interno, en sus relaciones con las masas, en su concepción de sí misma como fuerza dirigente y en su práctica correspondiente vaya constituyendo una anticipación de la sociedad por la cual lucha.

Una sociedad de hombres libres

La liquidación de las relaciones sociales de explotación y opresión no basta por sí sola para alcanzar la plena liberación que es objetivo esencial de la sociedad socialista.

La transformación de la conciencia constituye un elemento inseparable de la transformación social general, un elemento que se hace indispensable cuando de lo que se trata, como en nuestro caso, no es de impulsar cualquier cambio sino un cambio revolucionario, mediante el cual se esta-

blece un sistema social radicalmente diferente y superior en la escala del desarrollo histórico.

Esta nueva sociedad de hombres libres e iguales frente a las posibilidades para construir el destino colectivo no puede ser alcanzada si no se liquidan y superan los supuestos mentales en relación con los cuales existe la actual sociedad opresiva y a partir de los cuales ella es representada por la ideología dominante y aceptada por las víctimas de la explotación, como un hecho natural, eterno e inalterable.

Por consiguiente, junto con la devolución de los medios de producción material a quienes verdaderamente producen, ella incluye entre sus elementos fundamentales la recuperación del libre uso de los medios de producción y comunicación cultural.

En la nueva sociedad, el acceso igualitario a los bienes terrenales garantiza el desarrollo de los esfuerzos encaminados a alcanzar el auténtico acercamiento entre los hombres por medio de las diferentes clases de lenguaje y de la realización de una verdadera comunicación. Por tratarse de una sociedad donde no habrá contradicción entre las expectativas individuales y las exigencias colectivas, tampoco la habrá entre individuos cultivados e individuos ignorantes, ni entre aquellos que disponen de todos los recursos para expresarse y los que permanecen sometidos a recibir y aceptar todo lo que se les dice, ni tampoco entre los que se presentan como los únicos capacitados para tomar las decisiones sociales importantes y aquellos que solamente pueden ser objetos de estas decisiones. Al contrario, los medios de producción y comunicación cultural constituyen en nuestro modelo de sociedad socialista para Venezuela un verdadero patrimonio común y un efectivo medio de realización humana integral, en la cual lo individual y lo colectivo, lo real y lo posible, lo pasado y lo presente, lo público y lo privado se encuentran armonizadamente en un nuevo plano de confrontación y de superación siempre enriquecedora de la vida real.

En el ámbito de las nuevas instituciones culturales del socialismo, estas conclusiones se hacen todavía más evidentes. Los agrupamientos dedicados a la actividad cultural en los campos del arte, la literatura, la ciencia, ya no serán artificios burocráticos basados en la actual división del trabajo y en la consiguiente separación entre especialistas consagrados a la cultura y profanos reducidos a aceptar admirativamente todo lo que como tal se les presente, entre los pocos que pueden tener acceso a estas fuentes del proceso cultural y aquellos que durante toda su vida ni siquiera llegarán a tener noticia de lo que es una obra de teatro, una exposición de pintura o la realización de una película.

En el socialismo venezolano, estos agrupamientos serán colectivos, abiertos, cuya necesaria especificidad será respetada y cuya articulación en el todo social no será el resultado de decisiones arbitrarias, sino de un proceso de vinculación y compenetración con todos los demás procesos de creatividad social; serán centros dinámicos y beligerantes integrados por personas a las que ningún poder convertirá en intocables, ni podrá sancionar arbitrariamente, concertados con todos los demás en un quehacer de construcción humana que al mismo tiempo les exigirá y les hará posible la

más clara y abierta definición, asunción y valoración de las responsabilidades.

La educación ya no tendrá como norte la preparación de los productores y funcionarios destinados a llenar solamente las exigencias del mercado de trabajo, sino que existirá en función de la liberación integral del individuo y de la sociedad en su conjunto. Estará conscientemente dirigida a la conquista del futuro y por lo tanto será esencialmente activa, basada no sólo en la transmisión de conocimientos ya establecidos sino también en la integración íntima con la creación y la investigación cultural y científica, así como en el estímulo a la creatividad y a la libertad individual en armonía con los objetivos generales del socialismo.

El individuo será sujeto de su aprendizaje y no objeto de él; los sectores interesados participarán conscientemente en el proceso del mismo teniendo claridad acerca de la totalidad educativa y la totalidad social, los objetivos generales, las metas de los planes, el funcionamiento de las estructuras y su integración en el tejido social. Esto implica una gestión profundamente democrática y participativa en toda la actividad educativa.

Será una educación formadora de personas críticas, capacitadas para participar activamente en la gestión de los intereses y bienes sociales, una educación para la formación de individuos decididos a transformar el mundo y la vida transformándose a sí mismos. Sobre la base de la democracia y la creatividad socialistas, se orientará hacia el desarrollo profundo de ambas y en tal sentido contribuirá activamente a echar las bases sin las cuales no podrá existir la conciencia colectivista y la capacitación científico-técnica, política y cultural indispensables a la gestión de la nueva sociedad.

Será una educación científica, orientada hacia la búsqueda de la verdad y hacia la traducción rápida de los conocimientos adquiridos, avances científicos y tecnológicos o creatividad cultural, filosófica, etc. en mejoramientos materiales y en enriquecimiento espiritual de la vida de los hombres.

Estará sólidamente basada en el gran desarrollo técnico y científico de nuestra época, tanto en lo que respecta a las exigencias como a las nuevas posibilidades abiertas por éste.

Estará implantada en las condiciones reales de Venezuela, y dirigida a posibilitar el desarrollo económico, científico, tecnológico y cultural socialista de nuestro país.

Será una formación global, integradora de los distintos aspectos de la creatividad humana. Tenderá hacia la superación de la división esterilizadora y unilateral —implantada por las sociedades clasistas— del trabajo humano en trabajo *material* y trabajo *intelectual*; tenderá hacia la integración de las distintas ramas de la actividad humana en una visión totalizadora, que no ignore, sin embargo, las necesidades de especialización que entraña la creciente complejidad de la vida social; buscará tanto el desarrollo físico como el intelectual; buscará proporcionar tanto la mejor preparación posible en la adquisición de lo conocido, como el mayor estímulo a la búsqueda y a la creatividad; se dirigirá tanto al colectivo como al individuo, englobándolos en una visión ética general socialista.

Juan Carlos Portantiero

Introducción a un inédito de Cooke

Una actividad educativa tal tendrá que estar estrechamente articulada en todo el tejido social. Se trata de un aprendizaje directamente relacionado, como se ha dicho, con las exigencias del desarrollo técnico-científico y las posibilidades que éste abre, lo que supone una estructura educativa inserta sistemática y permanentemente en la planificación productiva, técnica y científica, integrada al trabajo productivo. Pero se trata también —dado que los objetivos del socialismo son revolucionarios globalmente y no tan sólo en el plano del desarrollo material— de que la educación llegará a ser una y la misma cosa con toda la actividad cultural de la sociedad. De tal manera quedará integrada realmente con toda la vida de la sociedad, en especial con sus actividades y núcleos más dinámicos. Será una formación socialista en el trabajo, en la cultura, en la gestión social, en todo el trabajo creador, en condiciones tales que este trabajo estará —¡por fin!— cargado de todo un contenido liberador.

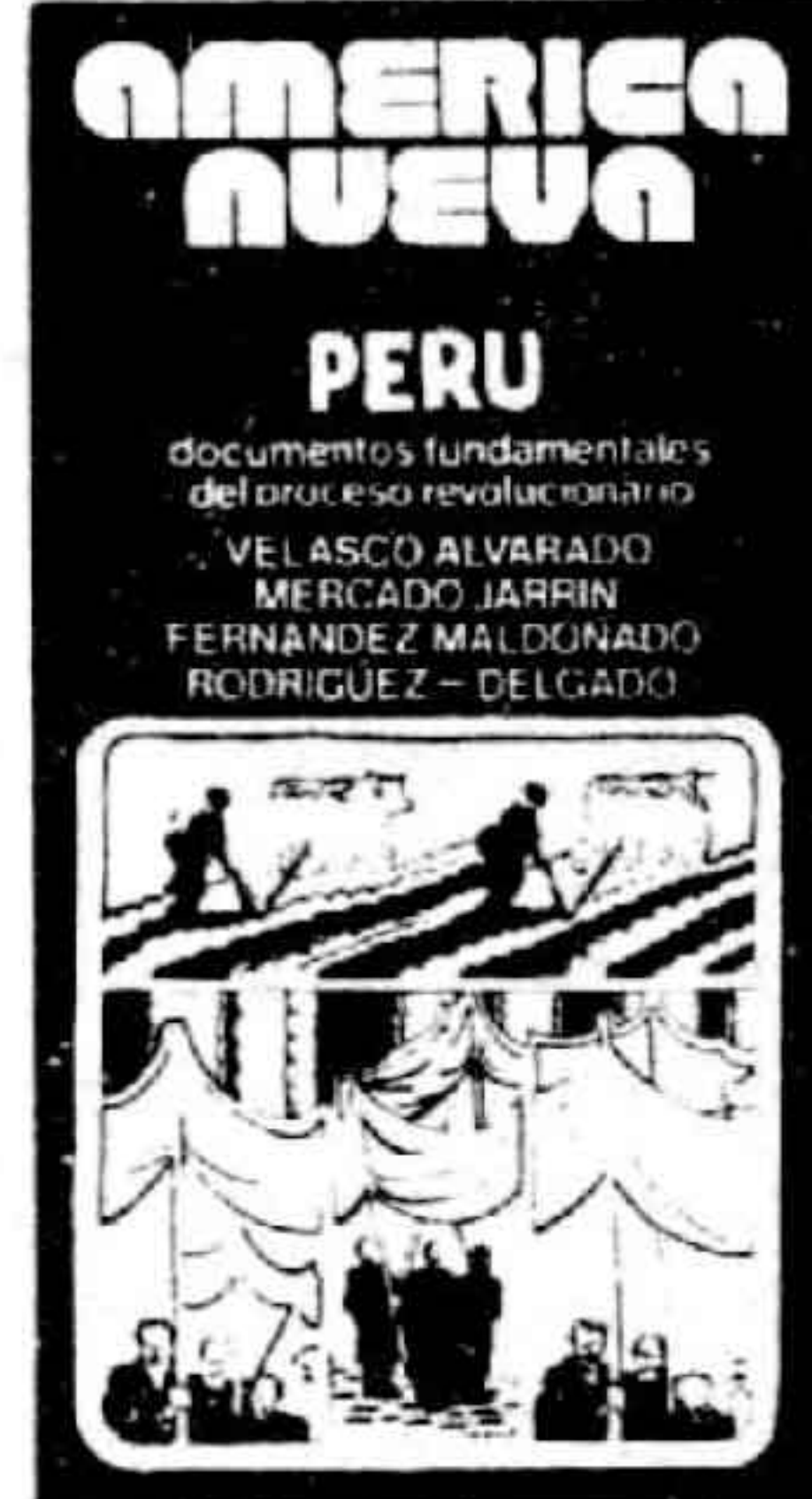
Estrechamente vinculadas entre sí, íntimamente relacionadas con los otros planos y sectores de la sociedad global la nueva cultura y la nueva educación dejan sin efecto las forzadas separaciones entre las que hasta ahora se han tenido como sus exigencias específicas y aquellos campos más abarcentes de la actividad social en los que la vitalidad popular se actualiza de modo más inmediato y pleno, protagonizando el acontecimiento de reconocerse unánimes en el disfrute de la belleza natural y la compañía ennoblecida de todos los que luchan por un mundo donde es posible el reencuentro con alegrías y sabidurías de antigua dignidad.

Estos apuntes —hasta hoy inéditos— fueron escritos en 1961. Un año después, John William Cooke redactaba una breve introducción a los mismos (seguramente con la intención de publicarlos en ese momento) en la que, explicando su sentido, señalaba que se trataba de "un análisis de la posición del Partido Comunista argentino, preparado a mediados de 1961 para conocimiento del compañero Fidel Castro. Al no poder cumplir ese propósito y como su índole excluía toda difusión de su contenido, esto sólo fue conocido por dos compañeros comunistas extranjeros a cuyo requerimiento fue redactado: la única copia existente la entregué al Comandante Che Guevara. Allí están consignadas nuestras discrepancias fundamentales con el PCA y se exponen las razones de la línea que proponemos. El tiempo transcurrido y los acontecimientos posteriores en la Argentina [se refiere al golpe de estado que derrocó a Frondizi en marzo de 1962. N. de la R.] no quitan valor a ninguna de aquellas premisas sino que, creemos, las reafirman. Por eso lo hemos dejado tal cual estaba".

El estímulo directo que generó estos apuntes consistió en la puesta en práctica, nuevamente en 1961, de la reiterada política de alianzas con sectores "progresistas" que constituye la médula de la política del PCA desde los tiempos del Frente Popular, en la década del 30. En este caso se trataba del apoyo prestado al ex vicepresidente de Frondizi, Alejandro Gómez, que se postulaba como gobernador de la provincia de Santa Fe. El candidato "unitario" obtuvo en esa oportunidad cuarenta mil votos sobre un total de un millón, mientras el candidato peronista, apoyado por otras pequeñas fuerzas de izquierda, consiguió doscientos cuarenta mil.

Cooke recuerda en la introducción al texto que, como consecuencia de ese fracaso, el PCA decidió en marzo de 1962, para las elecciones que finalmente llevaron al derrocamiento de Frondizi, apoyar a los candidatos peronistas. "La decisión —comenta— fue en sí misma auspiciosa y correcta. Pero la insistencia constante del partido comunista en plantear erróneamente la unidad dio motivo a que sólo le quedase abierta esa

Los Últimos Libros de CIENCIA NUEVA



Editorial CIENCIA NUEVA: Av. Roque S. Peña 825/ 99/ Of. 93/ Tel. 45-7175 / Bs. As.

forma de unidad, inorgánica, circunstancial. Paradójicamente el PC tuvo que decidirse por el movimiento de masas, pero en condiciones en que, dentro de éste, favorecía a los sectores más politiqueros y reaccionarios, recibiendo ataques de muchos de los candidatos que estaban obligados a votar". Y agrega: "La batalla definitiva por la unidad se dará en el seno del peronismo, pero influirá la actitud de las fuerzas de izquierda, cuyos aciertos facilitarán la lucha de los elementos revolucionarios por el control del movimiento. Y, simultáneamente la unidad férrea y permanente sólo será factible en la medida en que gravite internamente el ala izquierda peronista".

Desde que este informe y la nota introductoria fueran escritos ha pasado más de una década. Ambos fueron redactados en La Habana, durante la estadía del dirigente revolucionario en Cuba, período en el que incorpora definitivamente a su pensamiento al materialismo histórico como guía para su accionar político en el movimiento de masas. El poderoso estímulo de la Revolución Cubana está presente en estas páginas, en las que se advierte la influencia directa de la teoría y la práctica del Che y de Fidel.

El tema central más allá de la polémica con los dirigentes del comunismo argentino, es el del papel de la violencia insurreccional y sus relaciones con la táctica electoral. El texto es, en ese sentido, un texto "guevarista", escrito en momentos muy particulares de la lucha social en el continente. Eran los años en que, al influjo de la recién nacida Revolución cubana, el camino de la lucha armada con bases rurales comenzaba a extenderse como consigna en la mayoría de los países del continente, provocando crisis y confrontaciones en casi todos los movimientos políticos latinoamericanos, fueran ellos de raíz marxista o nacionalista popular. Esa crisis habría de explicitarse poco después con la constitución de la OLAS —en cuya organización jugará Cooke un importante papel— pensada en su origen como una suerte de coordinadora continental de grupos y tendencias revolucionarias.

Pero lo que más importa de estas notas, las cuales, como ya ha quedado señalado, constituyen un informe reservado para Fidel y el Che, es desentrañar la utilidad que puedan mantener aun para el análisis de la actual situación argentina, más allá del hecho que, por sí mismas, constituyan un valioso material para el conocimiento de la historia de las organizaciones revolucionarias en América Latina.

En ese sentido, lucha armada y táctica electoral, organización militar y organización política del movimiento de masas, lucha revolucionaria directa y lucha por reformas, se especifican, dentro de este trabajo de Cooke, alrededor de las relaciones entre el peronismo y la izquierda, entre el nacionalismo popular y el marxismo revolucionario. Este tema estuvo, hasta su muerte en el centro de las preocupaciones de Cooke, como lo revelan los trabajos escritos entre 1964 y 1968, que han sido últimamente publicados en Buenos Aires o los últimos tramos de su correspondencia con Perón, cargados por una tensión, a menudo dramática, por encontrar vías de confluencia entre un gran movimiento nacional "invertebrado y miope" y los signos ideológicos de la revolución

antiimperialista y anticapitalista, expresados por el materialismo histórico y malversados por los llamados partidos comunistas.

Cuba se le revelaba a Cooke como la síntesis perfecta y prefiguradora de un proceso inevitable: la fusión entre nacionalismo revolucionario y socialismo. "En los países periféricos —señala Cooke en estos apuntes— la liberación nacional y la revolución social son un proceso único, no desmembrable". Y agrega: "El camino hacia el socialismo pasa ahora por el de los movimientos de liberación nacional".

Quizás el aspecto en el que el paso del tiempo desactualiza más el trabajo de Cooke es el que hace a la excesiva importancia que le otorga, para resolver esa continuidad entre nacionalismo y socialismo, a la acción que desarrolle el partido comunista. Cabe decir, sin embargo, que tal como lo subraya en el primer párrafo del informe, la centralidad que le adjudica al comportamiento de los comunistas argentinos no deriva de su gravitación "como agrupación política interna sino por su calidad de representante oficial del socialismo mundial". En este sentido, lo que vale destacar de la actitud de Cooke, como signo de ruptura con una dimensión estrechamente localista de la política, es que este texto plantea la discusión de una estrategia revolucionaria con el pseudo marxismo desde el interior del proceso latinoamericano y desde la historia internacional del proletariado y de las fuerzas que dicen representar sus intereses.

Además, si es cierto que una discusión con Victorio Codovilla o con Rodolfo Ghioldi puede resultar hoy un anacronismo, no lo es el fijar una posición con respecto a temas tales como la relación entre la llamada revolución democrática burguesa y la revolución socialista, punto de discusión muy central en el momento presente, cuando el peronismo ha retomado el poder y la dialéctica que vincula a las "etapas revolucionarias" no siempre aparece definida claramente. Es interesante ver cómo Cooke pone el énfasis no tanto en las características "programáticas" de cada momento revolucionario, sino en las formas políticas que se ofrecen para procesarlo. Así, si constituyen errores parejos tanto la "abstracción estratégica", que lleva al extremismo, cuanto la subestimación de las posibilidades del movimiento popular, que lleva a la pasividad, es también nefasto en la opinión de Cooke el proponer, junto con un programa que puede definirse como correcto, tácticas que tornan imposible su realización. El ejemplo que utiliza para descalificar en este aspecto al PCA, es su postulación de una revolución agraria y antiimperialista (consigna que genéricamente puede ser adecuada) a través del camino de un "frente democrático" que lleve, por la "vía pacífica", a la constitución de un gobierno de coalición en el que el principio de la hegemonía obrera queda totalmente desteñido; proposición notoriamente parecida a la que se maneja actualmente acerca de las posibilidades que, para poner en marcha un proceso de transición al socialismo, podría tener una indefinida convocatoria a la "unidad nacional".

Cierto es que la salida insurreccionalista que propugna Cooke para ese dilema entre estrategia y táctica debe ser leída en el contexto político, latinoamericano y argentino, en el que fue producida. La carga

circunstancial de "guevarismo" en su versión foquista, subyacente en este informe datado en 1961, no es asimilable mecánicamente a las condiciones en que se plantea la lucha social en 1973.

Cooke muere en setiembre de 1968. Es decir, no asiste a ese punto de inflexión en la historia de las masas que arranca en 1969 y que consolidará nuevas fuerzas en el peronismo, capaces de plantear la problemática de la revolución y del socialismo desde el interior de un movimiento político de masas, prolongando y enriqueciendo su herencia con datos de la vida que éste no podía tener en su poder. No hay forma mejor de corrección de un pensamiento revolucionario que la que producen las masas en movimiento. La prédica anticipadora de John William Cooke ya no es una voz casi solitaria: pertenece a los obreros de las grandes fábricas, a los villeros, a los campesinos de las ligas agrarias, a los estudiantes, a los intelectuales y a todos los militantes revolucionarios que se han apropiado de su mensaje y lo desarrollan día a día.

John William Cooke

Aportes a la crítica del reformismo en la Argentina

Estos dos trabajos resumen nuestro planteo de la situación argentina. El primero es un análisis de la posición del Partido Comunista Argentino, preparado a mediados de 1961 para conocimiento del compañero Fidel Castro. Al no poder cumplir ese propósito, y como su índole excluía toda difusión de su contenido, esto sólo fue conocido por dos compañeros comunistas extranjeros a cuyo requerimiento fue redactado; la única copia existente la entregué al Comandante Che Guevara. Allí están consignadas nuestras discrepancias fundamentales con el PCA y se exponen las razones de la línea que proponemos. El tiempo transcurrido y los acontecimientos posteriores en la Argentina no quitan valor a ninguna de aquellas premisas sino que, creemos, las reafirman. Por eso lo hemos dejado tal cual estaba.

La conclusión general de ese trabajo era postular una política insurreccional —a la cual debían subordinarse todos los movimientos tácticos, incluidas las posiciones que se adoptasen frente a los comicios de fines del 61 y marzo del corriente año. Nuestro escepticismo sobre la posibilidad de llegar a la unidad por los caminos que proponía el PCA fue confirmado por el fiasco del candidato de la "unidad" en Santa Fe, Dr. Alejandro Gómez, que sólo obtuvo 40.000 votos sobre un total de casi 1 millón de sufragios. Pese a que el PCA quiso capitalizar para el Dr. Gómez el prestigio de la revolución cubana, los restantes movimientos fidelistas —PRAN (Peronismo Revolucionario de Acción Nacionalista), Partido Socialista Argentino de Vanguardia (Secret. Tieffemberg), Movimiento de Liberación Nacional (Ismael Viñas, Señora de Guevara)— constituyeron otro frente, que retiró sus candidatos y votó al candidato peronista, que obtuvo 240.000 votos. De ese episodio las fuerzas de izquierda salieron más divididas que antes, al punto que hubo un serio enfrentamiento entre comunistas y socialistas argentinos, que venían actuando en común.

No es de extrañar, así, que en los comicios de marzo último el PC tuviese que aceptar una unidad que consistió lisa y llanamente en su apoyo —lo mismo que los Socialistas de Vanguardia y demás partidos de

izquierda— a los candidatos peronistas. La decisión fue, en sí misma, auspiciosa y correcta. Pero la insistencia constante del PC en plantear erróneamente la unidad dio motivo a que sólo le quedase abierta esa forma de unidad, inorgánica, circunstancial. Paradójicamente el PC tuvo que decidirse por el movimiento de masas, pero en condiciones en que, dentro de éste, favorecía a los sectores más politiqueros y reaccionarios, recibiendo ataques de muchos de los candidatos que estaban obligados a votar.

La unidad, tal como la concibe el PC, es imposible e inaceptable; la unidad a que se llegó es la variante menos favorable a la izquierda. Entre uno y otro extremo hay una gama de gradaciones posibles y eficaces, que dependen no solamente de las circunstancias sino de la habilidad con que proceden los comunistas y los pequeños partidos que ellos controlan. La batalla definitiva por la unidad se dará en el seno del peronismo pero influirá la actitud de las fuerzas de izquierda, cuyos aciertos facilitarán la lucha de los elementos revolucionarios por el control del movimiento. Y, simultáneamente, la unidad férrea y permanente sólo será factible en la medida en que gravite internamente el ala izquierda peronista.

El segundo trabajo parte de que la estrategia del movimiento de masas debe ser insurreccional y entra en aspectos concretos de las tareas a desarrollar. No es un recetario de fórmulas infalibles para tomar el poder ni un plan que pretenda prever las varias etapas de lucha y la táctica adecuada a cada una de ellas. Pero sintetiza las bases de esa política revolucionaria y encara los pasos iniciales.

(1962)

Este trabajo es un análisis crítico tendiente a demostrar que la línea táctica del Partido Comunista Argentino no contempla las urgencias de esta hora dramática para la nación y decisiva para Latinoamérica. La revolución socialista en Cuba crea condiciones para la unidad y el avance de las fuerzas revolucionarias del continente; al mismo tiempo, agrava las consecuencias de ese error hasta un límite que no está determinado por la gravitación del partido comunista como agrupación política interna sino por su calidad de representante oficial del socialismo mundial.

Eso determina el sentido de nuestra crítica, despojándola de la virulencia y carácter público que tendría si enjuiciase actitudes similares de fuerzas circunscriptas al ámbito local; porque lo que nos interesa de los desaciertos que señalaremos no es que no favorezcan en la lucha por la dirección de las masas, sino que provengan del partido que, por su condición de socialismo "canónico", es obligado participante del proceso liberador y factor de su retardo o aceleramiento.

El razonamiento que exponemos supone, para fundamentar que el PCA propugna un curso de acción en pugna con la correcta aplicación de la teoría marxista, la mención de los antecedentes que lo originan y las causales de ese reiterado fallo metodológico.

¿Lucha legal o insurrección?

La táctica del PCA puede resumirse así: "formación de un amplio Frente Democrático Nacional, base de sustentación en un futuro próximo de un gobierno de amplia coalición democrática" (V. Codovilla, 5.5.61). Los medios de lucha implican la coalición electoral, apoyando a candidatos y/o partidos progresistas y la presión de masas contra la política proimperialista y antipopular del gobierno.

Está descartada, en cambio, la acción insurreccional, por no existir condiciones objetivas; sin perjuicio de que, si en el curso de la lucha por el pleno restablecimiento de las libertades públicas, dichas condiciones apareciesen, podría entonces recurrirse a formas violentas para tomar el poder; mientras eso no ocurra, la incitación a la violencia es provocación, que desata la saña persecutoria y disminuye el margen de legalidad. Así podrán solucionarse los problemas de la Nación, mediante la "revolución democrática, agraria y antimperialista" (V. Codovilla).

¿Están esos planteos de acuerdo con los intereses populares y nacionales en esta etapa histórica de la Argentina? Sostenemos que no.

Como el marxismo es una "guía para la acción" que debe aplicarse teniendo presentes las circunstancias de tiempo y lugar, ninguna posición puede defenderse "ex nihilo", sino en relación con la condicionalidad histórica que se tiene en vista. Ese principio nunca lo olvidan los comunistas argentinos cuando se trata de enfriar los entusiasmos insurreccionales que despierta el triunfo de Fidel Castro. Y nosotros nos cuidaremos muy bien de no prescindir de él al fundamentar que la lucha insurreccional es la única salida para los problemas nacionales. En ninguna forma intentamos un trasplante mecánico de los procedimientos de Cuba, ni juzgamos nuestras condiciones por las que allí imperaron durante el proceso libertador. (Un artículo del Comandante Guevara en *Verde Olivo* analiza a fondo la cuestión, deslindando lo que pueda ser particularismo cubano de aquello que constituye ejemplo para toda Latinoamérica.)

Partimos de que cada hecho histórico tiene un carácter distintivo, que autoriza a decir que es "único"; sabemos también que la actividad humana, por notable que sea, no puede exceder el marco del condicionamiento histórico-social. Intentamos eludir todo vestigio de mecanicismo en el análisis del caso Cuba y toda deformación que nuestros sentimientos tiendan a introducir en el escrutinio de los factores en juego. En otras palabras; no admitimos que las tesis insurreccionales tengan origen pasional (queriendo significar que no resistirían el examen que las confronte con la actualidad del país).

Pero esa debilidad la encontramos, en cambio, en la posición del PCA, en la que vemos el arraigo a otras del pasado. El rasgo común de todas ellas es que provienen de esquemas teóricos en donde pretende encerrarse una realidad vívida y cambiante. Creen que los partidarios de la insurrección imitamos a Cuba simiescamente. Pero no reparan en que hace treinta años que los comunistas argentinos se copian a sí mismos.

El Frente de Amplia Coalición Democrática que desemboque en el Gobierno de Amplia Coalición Democrática es la táctica permanente que parece servir para todas las circunstancias. En el año 1936, la solución correspondía a la táctica de los frentes populares; desde entonces es una receta invariada, con pequeñas modificaciones de enunciado, con Dimítrov o sin Dimítrov, pero aplicable a cualquier fin que se persiga. En la práctica, los llevó a la alianza con las peores fuerzas y los alejó del pueblo en cada episodio decisivo.

Lenin, que captaba cada pequeña variante de la historia, decía: "Ocurre con harta frecuencia que cuando la historia da un viraje brusco, hasta los partidos avanzados dejan pasar un tiempo mas o menos largo antes de orientarse ante la nueva situación creada, repitiendo consignas que si ayer eran exactas, hoy han perdido ya toda razón, tan súbitamente como súbito es el gran viraje de la historia". Desde 1935 hasta la fecha, la fisonomía de la Argentina cambió, se modificó su sistema productivo, la composición social de la población, la correlación de clases, etc, etc. Lo único que ha permanecido fijado atemporalmente es la consigna que comentamos, que no sufre el efecto ni de los "virajes violentos" ni de los virajes que ya tienen sobrada perspectiva histórica como para ser escrutados en todas sus consecuencias.

Esto es una crítica constructiva y no un memorial de agravios contra un adversario, así que nada que se diga lleva intención aviesa. Pero en la medida en que asignamos importancia a la función que debe cumplir el PCA en la lucha de liberación, debemos prescindir de los pasos de minué y plantear con claridad lo que consideramos sus errores.

Sería incompleta la afirmación de que el frente propuesto no toma en cuenta "las nuevas circunstancias": la verdad es que tampoco tuvo en cuenta las "anteriores" circunstancias. Si en alguna de las oportunidades propuestas pudo haber cumplido un fin útil, es materia de especulación literaria. Lo cierto es que cuando funcionó en alguna forma, el PCA estuvo en la vereda de enfrente de las masas.

Pero ahora ya es totalmente obsoleto. Además de impracticable —cosa que nadie puede afirmar sin incurrir en cierto margen de agorería— es inocuo para los fines propuestos. Es demasiado amplio, demasiado vago, demasiado impreciso y no da solución a los problemas fundamentales. Carece, por lo demás, de atractivo para las masas: es un frente de superestructura que, de ser factible, *sólo serviría para usufructo de políticos burgueses con veleidades progresistas.*

Ese frente, ¿para qué sirve?

Admitamos que ese agrupamiento posea posibilidades mágicas que nuestra intuición no alcance a captar, y tenga perspectivas de constituirse. Entonces preguntamos: ¿un frente para qué? Y nos encontramos con el primer golpe de la realidad: las masas argentinas no se movilizarán detrás de soluciones electorales, en las que no creen.

Frondizi tuvo, al menos, el mérito de matar las ilusiones electoralistas. Todas las fuerzas "democráticas, populares y nacionales" lo votaron,

en base a un programa de izquierda moderada. Mientras el peronismo, después del triunfo, negaba que Frondizi pudiese dar soluciones de fondo, aunque sí crear condiciones para cambios profundos en caso de cumplir el programa prometido, el PC proclamó que "con Frondizi, el pueblo entró a la Casa de Gobierno". Lo importante no es confrontar esa disparidad de apreciaciones (aunque es extraño que el partido mayoritario no tenga afecto por la legalidad que le aseguraría el poder), sino poner de relieve que la masa popular votó "contra el continuismo de Aramburu-Rojas". Y que cualquier esperanza remanente, se desvaneció un mes más tarde. Al ser declarados fuera de la ley al partido peronista y el comunista, se demostró que la oligarquía solamente daría "estado de derecho" hasta el límite en que no estuviesen en peligro sus privilegios. El pueblo lo sabe, los comunistas lo saben. ¿A qué entonces, ponernos a restablecer esperanzas en los comicios?

En la Capital Federal pudo darse el caso de que Alfredo Palacios, utilizando las banderas de la revolución cubana y de la libertad de los presos políticos, triunfase. Saquemos del episodio todo el dividendo propagandístico que podamos, pero no nos autoengañemos. En ese distrito, las fuerzas son más parejas entre los partidos: un vuelco en algunas barriadas peronistas, sumado al voto de los comunistas, permitió resucitar la momia. El resultado es que, mediante eso, se fortaleció el ala reaccionaria del Partido Socialista Argentino, que acaba de expulsar, por "pro soviéticos", a los grupos que dieron contenido popular a esa candidatura. Pero, electoralmente hablando, tengamos en cuenta: 1) que Palacios tiene simpatías entre la burguesía de la Capital, así que el aporte adicional de votos populares le dio el triunfo; en otros lugares, no se movilizarán las masas detrás de ningún mamarracho, aun cuando simule adhesión a causas simpáticas; 2) costó un gran esfuerzo evitar que Palacios repudiase el apoyo de los comunistas, que hicieron su campaña con el lema "Apoye a la Revolución Cubana votando a Palacios", en contra de la voluntad del candidato; 3) que sin que viniese a cuento, Palacios acababa de hacer una declaración "contra el imperialismo soviético", para demostrar que sigue siendo "democrático". Eso en cuanto a la elección en la Capital, que tuvo características especialísimas. Algún partido nuevo con plataforma "progresista" podrá obtener muchos votos. Pero en ningún caso arrastrarán a las masas. Cuando más sacarán algunos legisladores, y con eso no pasa nada.

Si por algo decimos que el pueblo trabajador argentino está "politiizado" es porque no cree en las tonterías de la democracia "representativa". Los peronistas vivimos diez años inculcándoles esa idea, y otro tanto hicieron los marxistas. Y ahora que ese pueblo sabe que no puede esperar nada de los partidos burgueses ¿vamos a restablecerle la fe perdida y tratar de demostrarles que por medio de elecciones se alcanzarán los fines revolucionarios que terminen con la explotación y el imperialismo? ¿Es que acaso nosotros lo creemos?

Se dice, como argumento, que un gran triunfo electoral promovería la acción de los grupos más reaccionarios del ejército, con la contrapartida del descontento general que podría llegar hasta desembocar en condi-

ciones para otro tipo de lucha. Ese razonamiento es demasiado tortuoso para nosotros. Porque significa aceptar que la proscripción del partido mayoritario y del partido comunista, la persecución a los obreros, las torturas, el Plan Conintes, etc. no bastan para estimular la rebeldía y demostrar que "dentro del régimen" el pueblo no puede llegar al poder: parecería que el pueblo recién se enardecerá cuando perjudiquen y hagan trampa a los burgueses. ¿Así que tenemos que tratar de restaurarle la confianza en las elecciones, hacerle aceptar candidatos más o menos burgueses para que, en caso de triunfar, se sienta otra vez burlado y busque salidas no pacíficas? Esa sutileza escapa a nuestra percepción: es como si para demostrarle a un ateo que la idea de la trascendencia es falsa le inculcamos la fe católica y después lo ponemos en contacto con los prelados para que vea que son servidores de las malas causas y se desilusione. Siempre tendremos lo mismo que en el primer momento: un ateo (pero tal vez un poco más cansado).

Hay un razonamiento supremo en abono de la coalición electoral: como las elecciones son inevitables, y la gente tiene que votar y está cansada del voto en blanco, hay que procurar que no se fortalezcan las fuerzas más reaccionarias, y triunfen candidatos que merezcan más confianza. No creemos que sea tan sólido el razonamiento. En primer lugar, porque cómo vote la gente carece de importancia: ese sufragio desgastado no expresa una voluntad combativa. Luego, porque en muchas partes la única manera de triunfar será optando entre los dos radicalismos que son otras tantas variantes de la infamia. Les daremos consagración de "populares" a los politiqueros, siempre rápidos en defender verbalmente las buenas causas que arrastran votos.

La objeción fundamental es que iremos al juego de la oligarquía, allí en el terreno donde es más fuerte y tiene los resortes a su servicio. Los partidos "tradicionales" nos harán la ofrenda de protestar por las libertades de que los peronistas y comunistas estamos privados, pero seguirán felices con esa maravillosa situación de vicarios en el mundo feliz de las estructuras intocadas. Si en algunos lugares podemos imponer partidos nuevos con planteos progresistas, suministraremos, a elementos que pueden ser útiles, el declive hedónico de las "oposiciones legales".

En ningún caso haríamos triunfar las buenas causas: en todo caso, haríamos triunfar a la legalidad. Pero en versión muy restringida. Porque si se considera que el paso ineludible en una aproximación a la revolución antimperialista es "el restablecimiento pleno de las libertades públicas", nuestro disenso sigue siendo válido. Las libertades públicas no se conquistan, hoy en día, por mayoría de sufragios: que nosotros sepamos, los coroneles, generales y almirantes no se eligen por sufragio popular.

Fronidzi sacó 4 millones y medio de votos, representativos de una amplia coincidencia nacional a su programa nacionalista. Pero al mes ya estaba cumpliendo el programa que solamente se había atrevido a postular un partidito que no llegó a 30.000 votos. Salvo que caigamos en el burdo maniqueísmo de los partidos burgueses cuando están en la oposición, no pensaremos que esto es producto de la "maldad" de Frondizi.

Pero extraigamos, si no lo sabíamos, la lección de que hay un poder *real* que predomina sobre la ficción de poder encarnada en los mandatos políticos.

En épocas normales, esa violencia está cristalizada en las instituciones del orden jurídico liberal burgués. Cuando toma caracteres tan concretos y se presenta sin ropaje, indica un estado avanzado en la descomposición del régimen. Las formas facistoides indican una fase desintegrativa y no la invulnerabilidad del régimen.

Como hay que ser cuidadoso en las citas de los grandes marxistas (para evitar caer en lo que precisamente criticamos: la selección caprichosa de textos escritos para situaciones que pueden o no tener real similitud con la situación a que se aplican), prevengo que la que ahora transcribiré era un ataque de Rosa Luxemburg a los revisionistas. Pero expone razones que pueden perfectamente aplicarse al caso argentino, en lo que tienen de esenciales.

"Para el revisionismo, las actuales erupciones reaccionarias son simplemente 'convulsiones' que considera pasajeras y casuales y que no impiden establecer una regla general para las luchas obreras. Según Bernstein, la democracia se presenta, por ejemplo, como un paso ineludible en el desarrollo de la sociedad moderna: para él, exactamente igual que para los teóricos burgueses del liberalismo, la democracia es la gran ley fundamental del desarrollo histórico en su conjunto y todas las fuerzas políticas activas han de contribuir a su desenvolvimiento. Mas, planteado en esa forma absoluta, es radicalmente falso, y nada más que una esquematización demasiado superficial y pequeño-burguesa de los resultados obtenidos en un pequeño apéndice del desarrollo burgués en los últimos veinticinco años. Si contemplamos más de cerca la evolución de la democracia en la Historia y, a la par, la historia política del capitalismo, obtendremos entonces resultados esencialmente distintos." "El progreso ininterrumpido de la democracia se presenta, tanto para nuestro revisionismo como para el liberalismo burgués, como la gran ley básica de la historia."

El problema de las condiciones objetivas

La base de nuestra argumentación es que el frente electoral no es una actividad "hasta tanto se den condiciones para otra clase de lucha", o que se combine con otro tipo de lucha. Significa canalizar las energías y la rebeldía popular hacia vías electorales, haciendo concebir falsas esperanzas si se tiene éxito o dando sensación de debilidad del movimiento popular en caso contrario. En cualquier caso, se retrasa la lucha insurreccional y se aparta de ella a los elementos más capaces y combativos del proletariado. Eludir el dilema entre revolución o compromiso con la burguesía es simple escapismo.

Sería admisible la posición si el planteo fuese insurreccional, y dentro de él se adoptase, como acción táctica eventual, un determinado apoyo

electoral. Pero la táctica de PC es netamente electoralista. Las oportunidades para tomar el poder no caen llovidas del cielo, sino que hay que crearlas; y centrar el esfuerzo en las elecciones es conspirar contra la creación de condiciones insurreccionales, si es que no existen.

Lo cual nos lleva al primer problema de fondo: analizar si hay condiciones. Y con esto, tanto como el análisis científico, entran a jugar las aptitudes personales de los grupos dirigentes revolucionarios y la capacidad para captar los sentimientos de la masa, sus aspiraciones, el grado de arraigo que tiene la ideología liberal, el residuo de prejuicios que conspiran contra soluciones radicales, etc. Los esquemas se someten ahora a prueba por contacto con la realidad, y los dirigentes pueden fracasar por estar rezagados con respecto al nivel revolucionario de la masa o por haberlo sobrestimado.

Las decisiones quietistas implican menos riesgos, desde que nada arriesgan y sometidas a críticas pueden ser defendidas escolásticamente con un manejo adecuado de citas marxistas; en las decisiones violentas, en cambio, el precio del error suele ser el desastre. Por eso inspira menos miedo la posibilidad de ser acusado de "reaccionario" que de "provocador". Pero América latina pasa por un período crítico, como todo el mundo subdesarrollado, y no es posible eludir un pronunciamiento, corriendo todos los riesgos que rodean a cada decisión histórica. Esa responsabilidad debemos asumirla, comenzando por plantear correctamente el asunto de debate.

Es decir, comenzando por no confundir "condiciones" con "oportunidades". Demostrar que el poder represivo de la oligarquía gobernante es inmenso, que el imperialismo acudirá en su ayuda, que la fuerza revolucionaria es el proletariado urbano desarmado y no la gente de campo, todo eso tiene que ver con los métodos insurreccionales y no con las condiciones. Incluso admitimos que, dadas las "condiciones", pueden las clases populares pasar mucho tiempo sin encontrar las tácticas adecuadas. Pero hay que empezar por no confundir la estrategia con la táctica. Y sobre todo, con no seguir tácticas que, lejos de aprovechar las condiciones, si existen, o contribuir a crearlas en caso contrario, impiden que éstas se desarrollen. La concentración de poderío bélico en manos de los sectores reaccionarios implica la necesidad de un análisis exhaustivo de la oportunidad en que se den las batallas decisivas; en forma alguna puede inferirse, en cambio, que constituyen el argumento para descalificar la insurrección. ¿Es que acaso el poder del estado no ha sido siempre el dispositivo de defensa de las clases dominantes? ¿Es que acaso las FF.AA. de Argentina permitirán un avance por medios democráticos o de cualquier índole, que ponga en peligro el "orden de Occidente" del cual son custodios en el país?

Las condiciones jamás se presentarán formando un haz, completas, sin que falte nada. Hay que descubrirlas escrutando algo tumultuoso, turbio y complicado como es la realidad económico-social. De lo contrario, las revoluciones serían perfectas: estallarían exactamente en el punto histórico de incidencia, ni un minuto antes ni un minuto después. Y la vanguardia no necesitaría más que estar atenta a ese llamado, que le

indicaría que puede proceder a instalar la dictadura del proletariado en un medio donde la razón no dejaba ningún estrato en la penumbra.

En la Argentina de hoy, si nos atenemos a una estimación más modesta de las posibilidades de que las condiciones aparezcan configuradas nítidamente, éstas están dadas con exceso: empobrecimiento de la clase trabajadora y desconocimiento de sus derechos como tal, proscripción política de los partidos peronista y comunista, concentración de riqueza en los sectores agropecuarios e industriales vinculados al imperialismo, inmoralidad administrativa, resentimiento nacional ante el sometimiento de las potencias anglosajonas, falta de confianza en los partidos tradicionales, estímulo del "caso Cuba", quiebra del orden institucional por las continuas interferencias del Ejército, etc. Todo lo cual configura un cuadro propicio para las soluciones revolucionarias, que cuentan con el elemento básico de un proletariado numeroso, combativo y antiliberal y una clase media políticamente desilusionada en su parte conservadora y entusiasmada por la gestación cubana en sus sectores más avanzados. Estas son, aun superficialmente enumeradas, las condiciones que objetivamente autorizan la licitud del planteo insurreccional. La función de la vanguardia es incrementarlas, dar cohesión al esfuerzo popular, ofrecerle una salida, buscarle los medios de dar la lucha. Que se acierte o no en esa labor, es otra cosa.

Que pueda decirse que no hay condiciones para un alzamiento no es argumento para afirmar que tampoco existen para la *tarea insurreccional*. Cuya tarea es la que dará lugar a las restantes condiciones. No podrá imputárenos el pecado de mecanicismo si traemos una cita del caso cubano Fidel Castro vio claramente lo que el resto de los políticos no veían y con el seudónimo de "Alejandro" afirmó en una publicación clandestina: "El movimiento es revolucionario y no político. A un partido revolucionario debe corresponder una dirigencia revolucionaria, de origen popular, que salve a Cuba". Y debemos convenir en que había entonces, aparentemente, muchas menos condiciones, y la realidad cubana ofrecía escasos indicios para semejante afirmación. La historia es cruel y no hay otra manera de demostrar que se tiene razón triunfando: Fidel Castro es el líder de la liberación americana; de lo contrario, hubiese sido un "provocador".

Decir que la tesis de la insurrección de América latina (los Andes serán la Sierra Maestra del continente) es un injerto trotskista, es no decir nada. En primer lugar, porque casi todas las sectas realmente trotskistas tampoco creen que existan las famosas "condiciones". Y luego, porque el debate sobre el tema no es una discusión en el seno del partido, donde la imputación basta por sí sola para desprestigiar la tesis incriminada. Aplicar el calificativo es una forma de ahorrarse la demostración de que el enfoque propio es correcto, inventando al contradictor un aporte teórico ficticio que oculte la real coincidencia con los más destacados líderes de la ortodoxia marxista-leninista (entre ellos, claro está, Mao y también Jruschov: "Por eso sólo con la lucha, comprendida la lucha armada, es como pueden los pueblos conquistar su libertad e independencia. ¿Pueden tener lugar en el futuro guerras como ésa? Sí,

pueden. ¿Pueden tener lugar insurrecciones como ésta? Sí, pueden. Pero son precisamente guerras o insurrecciones populares. ¿Pueden crearse en otros países condiciones en las que el pueblo, agotada la paciencia, se levante con las armas en la mano? Sí, pueden crearse. ¿Cuál es la actitud de los marxistas hacia esas insurrecciones? La más positiva. Los comunistas apoyan en todo, esas guerras justas y marchan en las primeras filas de los pueblos que sostienen una lucha de liberación".)

Dentro de una estrategia insurreccional, las combinaciones políticas o los apoyos electorales ante el hecho concreto de las elecciones, tienen un sentido que es muy diferente del que adquieren cuando el frentismo es un fin en sí mismo (al menos para toda una etapa). Porque en este último caso no solamente es ineficaz para los fines perseguidos, sino que anula los expedientes de la violencia. Si las "condiciones" no existen, la coalición del tipo de la propuesta no contribuirá por cierto a crearlas. Si la táctica es inocua, es una derrota de las fuerzas populares. Si llega a tener algunos éxitos desencadenará medidas represivas: y con eso no adelantaremos nada porque lo que sobran son ejemplos de prepotencia oligárquica: estaremos a fojas uno.

Pero vamos a suponer lo que ninguna persona en su sano juicio puede aceptar como posible: que con la organización del PC y la fuerza numérica del peronismo comencemos a imponer candidatos que lleven planteos de izquierda, y que eso triunfe contra las maniobras del gobierno, los divisionismos fomentados desde los poderes públicos, el silencio de la prensa, la campaña de la iglesia contra el "avance rojo", etc.; y que las fuerzas armadas dejen que este proceso se desarrolle sin tomar medidas en defensa de la "democracia". Aun en ese supuesto idílico habríamos actuado como disolventes de la unidad que puede darnos el triunfo, que es una unidad dinámica, solamente forjable en una lucha trascendente, y no la unidad que consiste en la coincidencia comicial. Porque no son dos aspectos de una misma unidad, sino dos tipos de unidades, excluyentes entre sí. La unidad que nos interesa no es independiente ni de los fines perseguidos ni de las tácticas empleadas.

En la lucha insurreccional tanto en sus aspectos centrales como en las acciones marginales de agitación, propaganda, etc., únicamente el proletariado puede asumir el rol de vanguardia. En la táctica reformista, el proletariado deberá someterse a la burguesía, abandonar la dirección, actuar en el terreno que ella fija, someterse a las reglas de juego que ella establece, quedarse dentro de los límites que ella admite. Es decir que los trabajadores se reducirán, en última instancia, a las tareas de "presión" sobre los aliados —la mayoría de los cuales serán circunstanciales— para que éstos a su vez "presionen" dentro del régimen.

Y todo este ajedrez tan complicado se termina apenas tres guarniciones se pongan de acuerdo por teléfono y resuelvan darle una patada al tablero so pena de frenar la "ola roja". Porque la presión de las capas populares, para ser efectiva, tiene que expresarse en formas que nada tienen que ver con elecciones.

Aunque mande algunos electos a representarlo en los cuerpos políticos, no son éstos los que constituyen sus fuerzas de presión: sería un

optimismo infundado el que pensase que "cogobernan", que integran el poder del estado. Cómparese con dos casos en que realmente hubo cogobierno. En 1917, frente al Gobierno Previsional de Lvov había un gobierno "suplementario, accesorio, de fiscalización", encarnado en el Soviet de los Diputados Obreros y Soldados de Petrogrado "que se apoyaba directamente en la mayoría absoluta del pueblo, en los obreros y soldados armados" (Lenin). El otro caso es de la misma esencia; después del triunfo de la revolución cubana, durante varios meses coexistieron el gobierno de Urrutia y Miró Cardona con otro gobierno, formado por Fidel Castro como representante del pueblo. En los dos ejemplos citados, puede hablarse de un poder "compartido" —tecnicismos aparte—, pero con el gobierno popular apoyado en fuerzas que impedían que el gobierno reaccionario pudiese reprimirlo. Eso es jugar la presión de las masas; lo otro es plegarse al enemigo.

No nos engañemos; ningún partido ni grupo burgués quiere un proletariado político; todos aspiran a "representarlo" como tribunos de la plebe, con empleo de todo el lenguaje progresista y el cubanismo que aporte votos. Al llevar a los trabajadores a votar por alguno de ellos, estamos fortaleciendo a los enemigos —confesando o no— de su ascenso al poder. Y estamos debilitando esa voluntad de poder que es uno de los ingredientes insustituibles de la revolución.

Los individuos que componen una clase tienen su visión del mundo y de los problemas derivados del papel que desempeña en la sociedad; pero solamente mediante la acción, actuando como clase, es que toman conciencia de ello. En épocas en que los sucesos son normales, en el proletariado conviven su visión particularísima con la ideología impuesta por la clase dominante. Mientras aquélla es inarticulada e inorgánica esta es coherente, orgánica, fijada por el machacar de las maquinarias educacionales y propagandísticas. Pero en los momentos decisivos esa ideología extraña a sus intereses entra en colisión con las necesidades del proletariado, que pasa a actuar con autonomía y asciende así a la autoconciencia. Por eso salvo en cierta capa minúscula, es imposible un desarrollo de la mentalidad revolucionaria a través de tácticas no-revolucionarias.

Si un mérito nadie le niega a Perón es el haber desarrollado en los trabajadores el sentido de clase y la conciencia de su fuerza. Sobre esa mentalidad así preparada, hay que actuar sembrando la ideología de la revolución. Lo que será imposible si se encara como mera difusión teórica, mientras se aconsejan políticas pragmáticas dentro del orden establecido. Esta dicotomía entre pensamiento y acción es factible para movimientos pequeños integrados por iniciados; es nefasta para un gran movimiento de masas, donde el ascenso al sentido de la libertad real se adquiere por la praxis y no en la difusión teórica. Los objetivos no pueden estar divorciados de los medios que se utilizan, porque los pueblos no asimilan las nuevas concepciones en abstracto, como pura teoría, sino combinadas con la acción. Los métodos revolucionarios "impregnan" a la masa con la teoría revolucionaria. (Y lo mismo ocurre, con signo inverso, con las tácticas reformistas.)

Un efecto secundario —pero en modo alguno omitible— de la acep:a-

ción de la tesis del partido comunista, sería el retroceso de los cuadros revolucionarios en el seno del peronismo, en beneficio de los elencos politiqueros y sumisos. Estos tendrían frente a la masa el argumento de que lo único que los separa del ala izquierda es el criterio para seleccionar los candidatos que merecen apoyo. Y hasta alegarán su mayor "ortodoxia", pues en lugar de combinaciones electorales siempre sospechosa para mucha gente ofrecerán partidos "neoperonistas", que el gobierno estimula para dividir el sufragio popular.

La revolución democrático-burguesa

En la discusión sobre la existencia o no existencia de condiciones, subyace tal vez otra discrepancia medular, concerniente a la *necesidad* de la insurrección. Porque bien pudiera ser que los problemas del país fuesen tales, que buscarles remedio por vía insurreccional resultase desproporcionado. Esto ocurriría en cualquiera de los casos siguientes:

a) Si el estado actual de las relaciones de producción convirtiesen los riesgos de la lucha armada en un precio demasiado caro en relación a los resultados que de ella pudiese obtenerse. (En esta hipótesis, el grado de limitación impuesto por las estructuras económicas al avance del proletariado daría la medida de su debilidad como clase en la etapa.)

b) Si las condiciones económico-sociales permiten formar un frente policlasista suficientemente amplio como para presionar con eficacia por el normal funcionamiento del orden institucional y realizar luego, dentro de ese ordenamiento jurídico, las transformaciones que exige esta etapa del desarrollo.

En circunstancias como esas, las tesis insurreccionales revelarían un izquierdismo extremista, incapaz de asimilar las lecciones de la historia, a pesar de la labor pedagógica del leninismo, que indicaría la necesidad de impulsar las reivindicaciones de la burguesía como paso ineludible hacia el socialismo.

No es necesario, para nuestra argumentación, entrar en la teoría de la revolución democrático-burguesa, que inclusive no es una denominación demasiado precisa, desde que se la utiliza para definir procesos que difieren entre sí. Lo importante es ver en qué consiste el objetivo que fija el PCA. Ya hemos mencionado cómo lo enuncia Victorio Codovilla. Una transcripción de Rodolfo Ghioldi nos aclara aún más las cosas, cuando describe los fines buscados: "La revolución democrático-burguesa argentina, o sea agraria y antimperialista, interesa a los obreros, a los campesinos, a la pequeña-burguesía "no compradora" y no "burocrática de la terminología china". "No cabe duda que la entrega del gobierno de Frondizi al imperialismo hará que nuevos sectores de la burguesía nacional emprendan el camino de la lucha antimperialista."

La revolución democrático-burguesa fue progresista en Europa, al romper los estamentos feudales y apresurar el desenvolvimiento económico y político de la sociedad, librándola de la estratificación medieval.

Su desarrollo implicaba no solamente el fortalecimiento de la clase destinada a sustituir a la burguesía, sino también un ámbito institucional más favorable a la organización y la lucha de ese proletariado. Esa burguesía arrastraba a las demás clases, ya que era la clase más orgánica y consciente de sí. Pero en los países de periferia, y en esta etapa de la historia, esa revolución ya no representa progreso alguno, porque el desarrollo es de otra índole como consecuencia de la expansión imperialista.

Eso no lo ignoran, claro está, los compañeros del PCA así que cuando hablan de revolución democrático-burguesa entienden como premisa que ésta apareja la lucha antimperialista. "No es preciso probar que la eliminación de las trabas terratenientes al mercado interior y a la colocación de capitales en el campo, así como la expulsión de los monopolios extranjeros, abre posibilidades de desarrollo a la burguesía nacional", dice Rodolfo Ghioldi en relación con esto.

Dejemos de lado la discusión sobre las fases transicionales del camino del socialismo, la necesidad de una previa expansión de la burguesía nacional, etc. y aceptemos a libro cerrado la tesis del PCA. Aun así,

hay una contradicción insalvable entre esa revolución democrático-burguesa que preconiza y los métodos que ofrece para poder realizarla.

La burguesía no tiene interés en ninguna reforma agraria seria. En primer lugar, porque un error en el que persisten los comunistas es el de creer que el campo argentino abunda "en restos semif feudales que pesan sobre la agricultura" (Rodolfo Ghioldi), cuando la verdad es que la subsistencia de latifundios no obsta a una explotación altamente capitalista de la tierra. Pero, de cualquier modo, la burguesía nacional argentina tiene muchos intereses comunes con los terratenientes, y lo común es que los industriales coloquen capitales en las sociedades anónimas dedicadas a la producción agropecuaria. Además, es una etapa en que el burgués está "territorializado", como decía Marx, a diferencia de la época del nacimiento del capitalismo, en que había una separación neta entre él y el proletariado feudal. Como sostuvo Lenin, "al burgués radical le falta coraje para atacar a la propiedad privada de la tierra en vista de un ataque socialista contra toda clase de propiedad privada".

Las contradicciones entre la burguesía nacional y aquella parte de la burguesía ligada al imperialismo, con ser agudas, no las desunen cuando está en peligro el ordenamiento capitalista. El imperialismo no deja ya margen para que la estructura que han levantado en la Argentina sufra sacudimientos por choques intercapitalistas.

Hace quince años, una revolución democrático-burguesa era un paso lógico. Y eso fue el peronismo en términos generales. Había que nacionalizar el sistema bancario, los transportes, seguros, etc., o sea el mecanismo de comercialización dominado por los ingleses, y paralelamente, apoyar la industria nacional contra el avance del imperialismo yanqui que buscaba remplazar al británico. Pero esa política, cuyos méritos o defectos no interesan ahora, se pudo hacer con un gran apoyo de masas que permitió concentrar el poder y crear un inmenso capitalismo de estado, mientras una redistribución de la renta y el monopolio del comercio

exterior impulsaba la industrialización y elevaba el nivel de vida del pueblo. Era lo más que podía hacerse sin modificar la estructura básica de la propiedad privada. Vale decir, que si bien los industriales no pudieron explotar a los obreros porque la legislación social y el aparato del estado lo impedía, fueron beneficiarios directos de esa política de desarrollo. Sin embargo, allí está la diferencia entre esa clase pujante que creó los estados y los afirmó como entidades nacionales, y la burguesía argentina: indecisa, embarullada, fluctuó entre el apoyo a una política que les aseguraba el florecimiento y el temor a las masas, sin las cuales esa política nacionalista no era posible. En el momento de crisis, se alió con el imperialismo y contribuyó a la caída del gobierno, para luego ser la primera víctima de los planes anti industrialistas implantados por presión de los imperios anglosajones.

Y si eso ocurrió entonces ¿Qué podemos esperar ahora, cuando las transformaciones tendrán que ser mucho más radicales y el imperialismo yanqui controla inmensos sectores del aparato productivo? Admitido que la burguesía no ligada al imperialismo pueda contribuir a dar las soluciones, pero a condición de que el proletariado tenga la dirección del proceso, ya que es la única clase antimperialista hasta el fin.

Los comunistas argentinos parecen reconocer esta necesidad (Rodolfo Ghioldi sostiene la "necesidad de la hegemonía de la clase obrera en la revolución democrático-burguesa"), pero propugnan una táctica que tienden a fortalecer a la burguesía desde que la "lucha por la legalidad" nada tiene de común con la lucha por la "revolución agraria y antimperialista".

Cualquier posibilidad de liberación nacional está fuera del marco de esa "legalidad", que actúa como chaleco de fuerza del desarrollo independiente y no como campo para el desenvolvimiento de las fuerzas productivas. O creemos que el proletariado uniéndose con los sectores rurales sometidos a la explotación y aliado con todos los sectores no imperialistas hará las transformaciones, pero sin abandonar la dirección, o de lo contrario pensamos que esas transformaciones no son posibles (y entonces podemos hablar de que "no hay condiciones").

La lucha revolucionaria es la única compatible con el programa propuesto, y esa lucha no pasa por la legalidad burguesa. La burguesía ya no cree en el "progreso indefinido" ni en las otras ilusiones que adornaban su filosofía primaveral. Es inevitable que siga pensándose como representación total del hombre, pero ya ha hecho su experiencia histórica y sabe cómo defender esa "libertad" que ahora tiene para ella contornos bien definidos que impiden que vaya a confundirla con la "libertad" de los otros. En América, como dijo un escritor, no hay clases "inocentes", porque el proceso en las potencias industriales despejó las incógnitas.

La condición previa para librarnos del imperialismo es un estado fuerte. Engels ya lo decía en su carta a Bebel: "El proletariado necesita el estado no en interés de la libertad, sino en interés de la represión de sus adversarios". Lo cual no ha dejado de ser verdad, y es mucho más verdad aún en un país semicolonial, donde la lucha no será interna sino que al poderío de la reacción se acumulará el del imperialismo.

Si es posible un paso más o menos rápido al socialismo o es preciso la coexistencia por largo tiempo con formas capitalistas, cuáles sectores productivos es conveniente dejar a cargo de la burguesía nacional, y otras cuestiones similares, corresponden a la preocupación de los dirigentes revolucionarios, y son materia de otro orden de especulaciones. Que siempre tendrán un carácter estimativo, porque a los factores actuales se sumarán los que no pueden predecirse por emanar del ritmo vertiginoso del alumbramiento liberador. El planeamiento que exceda de ciertos análisis que permiten los datos obtenibles constituye una abstracción estratégica y lleva al extremismo. Pero igualmente nefasto es subestimar las posibilidades actuales del movimiento popular. O proponerle un programa junto con la táctica que lo torna imposible.

Entre la "revolución agraria y antimperialista" y la coalición democrática para luchar por la legalidad hay una antinomia que sólo es reconocida como operación de pensamiento y no en el terreno práctico. ¿Estaremos tal vez distorsionando el sentido del enunciado de la táctica propuesta? En modo alguno. En los numerosos "frentes" que ha propuesto el PCA a través de los años, no hay posibilidad de "hegemonía del movimiento obrero" ni de su acceso al poder. Y las propuestas concretas que ha formulado con relación al sistema institucional reflejan que no tiene en vista una posibilidad revolucionaria sino un predominio de la burguesía que considera invencible. Por ejemplo, se une a los otros partidos pequeños para exigir que las elecciones parlamentarias se hagan por "representación proporcional", tentativa que si tiene éxito permitirá tal vez que el PCA, pueda elegir algún congresista, pero que atomiza el poder político (que es lo que buscan los intereses oligárquico-imperialistas, concededores de que cuanto más fragmentado el mosaico político, más fácil la tarea de los poderes económicos, que actúan concentrados). Es muy posible que Frondizi otorgue la representación proporcional, para poder maniobrar mejor con la oposición. Dentro de ese orden de ideas está también la propuesta de Ghioldi, después de la caída de Perón de instaurar un gobierno parlamentario, o sea, el gobierno que no sirve para nada y menos aún en un país semicolonial.

Así que la táctica propuesta es parte de una línea que podrá, si acaso, traer algún beneficio para las actividades del partido, pero que ciertamente no facilita la revolución liberadora que el país necesita, ni tiene en cuenta la fuerza potencial de un proletariado numeroso y combatido. O se cree en la hegemonía del proletariado, o en la coalición para luchar por las libertades constitucionales (con desconocimiento de la composición real del poder). O hacemos la revolución agraria, o jugamos a la democracia burguesa (que no desea dejarnos participar). Pero no establezcamos un programa y patrocinemos actividades prácticas que son la mejor garantía contra su cumplimiento. En medio de la diversidad de proposiciones, vemos una constante que llamaríamos *fijación táctica antidialéctica*.

El apego a la legalidad

La debilidad del planteo actual es la culminación lógica de errores de

análisis —seguidos de desastres tácticos— que arrancan de muchos años atrás. En alguna medida este aferramiento a formulaciones pulverizadas por la realidad puede ser orgullo intelectual o defensa de la propia actuación; pero, en cualquier caso, hay allí un signo de que el ideal de la sociedad sin clases está confinado a una esfera programática, sin una consecuente aplicación del marxismo que suministra la táctica correlativa. Este déficit los vuelve vulnerables a los vicios de pensamiento que caracterizan a la clase dirigente argentina —especialmente a su “intelligentsia”— y a los cuales es inmune el marxista consecuente: esquematismo en la caracterización de los fenómenos, aceptación inconsciente de abstracciones en remplazo de la realidad, impermeabilidad a las verdades del país que no se ajustan a las fórmulas iluministas inspiradas por la lectura de los textos fundamentales, resistencia a la autocrítica.

En el mundo concreto de la práctica política, eso se traduce en tácticas que resultan apuntalamientos del régimen liberal-burgués y de las cuales la que ahora consideramos es una invariante. Rodolfo Ghioldi condensó ese sentir en su frase: “es preferible el peor de los gobiernos legales a la mejor de las dictaduras” cuyo alcance hay que medirlo teniendo presente que con excepción de los gobiernos de Irigoyen, Alvear y Perón, todos los demás fueron producto del fraude electoral realizado por los conservadores.

En los países industrializados, las formas democráticas nacieron como superestructuras del desarrollo capitalista, y luego se van transformando cuando se entra en la etapa de la desaparición de la competencia por la concentración monopólica; en los semi-coloniales, en cambio, el capitalismo local no se desarrolla plenamente, ya que antes de que maduren las fuerzas productivas internas por el funcionamiento de un mercado competitivo real, la subordinación de la oligarquía al imperialismo hace que el proceso sea interferido por el capitalismo foráneo, ya concentrado. De ahí el desajuste entre las instituciones calcadas al constitucionalismo anglosajón y la realidad del país. Cuando en el seno de la semicolonía se dan condiciones para quebrar la dominación de los privilegios económicos, las masas rebalsan los partidos tradicionales, que están concebidos para moverse en el esquema de la legalidad importada.

La falla de los partidos de izquierda en la Argentina proviene de haber aceptado que esa “legalidad” de la democracia capitalista anglosajona respondía al país considerado en su conjunto. Si como táctica para no caer en infantilismos extremistas era aceptable una posición flexible frente a las instituciones del régimen, la verdad es que cometieron el pecado mortal de llegar más allá de eso: es a partir de esa legalidad democrático-burguesa que comenzaron a analizar los hechos nacionales. O sea, que *se volvieron conservadores*, aunque postulasen como objetivo final —en un remotísimo porvenir que en nada aparecía prefigurado en el presente— la sociedad socialista.

Es así cómo se plegaron a la teoría de la burguesía de que la “democracia está en crisis” frente a los grandes movimientos de masas del siglo en la Argentina, el irigoyenismo y el peronismo, sin comprender que no eran misterios estratosféricos caídos para violentar el encuadre, sino

expresiones de fuerzas interiores que no podían seguir contrahechas dentro de él. En síntesis, creían implícitamente en ese encuadre, como si las formas superestructurales del capitalismo decadente se hubiesen cristalizado para constituir la única “legalidad” posible.

El desencuentro con las masas

Entonces el desencuentro con las masas no resultó inexplicable, ya que si hubiese sido prematuro postularles la dictadura del proletariado, resultaba inconcebible no acompañarlas, estimulando sus tendencias de progreso, en lugar de enfrentarlas como hacía la reacción.

Lo que ocurre ahora es secuela de ese desencuentro de 1945. Entonces, el PCA hizo de la defensa de los Aliados en la segunda guerra mundial el criterio inspirador de su conducta, mientras el pueblo puso en primer término el problema nacional, que requería aprovechar la coyuntura para liberarse del imperialismo inglés. Mientras que para las masas populares el lema era “Braden o Perón” (es decir, un dilema en el que el enemigo era el imperialismo y la oligarquía), los comunistas proclamaron la antinomia “democracia o fascismo” que no encerraba la contradicción real de esa hora y los ponía del lado de las fuerzas más reaccionarias. El resultado de las elecciones demostró cuál era la verdadera voluntad del país.

Reincidieron en el error de 1930, en que el gobierno de Irigoyen, jaqueado por la oligarquía y por el imperialismo que necesitaba impedir la nacionalización del petróleo (la famosa revolución con olor a petróleo de que habló Waldo Frank), al PCA no se le ocurrió mejor cosa que tratarlo de... fascista. Irigoyen representó el ascenso de la clase media, de la primera generación de hijos de inmigrantes, rompiendo el cerco de la oligarquía terrateniente. Perón encarnó (dejemos de lado si estuvo o no a la altura de su papel) el ascenso del proletariado industrial y de las capas explotadas de la población campesina. Las formas escogidas para oponerse a uno y a otro, el alineamiento en ambos casos con las fuerzas reaccionarias, el desajuste en ambos casos entre los esquemas y la vivencia del hombre de la tierra, indican más que fallos aislados.

La rectificación de la postura anti-irigoyenista carece de importancia: el irigoyenismo es ya material folklórico. Importante hubiese sido un estudio en perspectiva, que hubiese facilitado la comprensión de lo que vino después. Y repitieron el error con el peronismo.

Durante la campaña electoral de 1946, tuvieron que tratar de “grandes demócratas” a los integrantes de la Bolsa de Comercio, la Sociedad Rural, la Unión Industrial, el Jockey Club, el Partido Conservador, etc., convertidos a la santidad por su belicismo aliadófilo. En cambio, todos los neutralistas (y el PCA había sido neutralista hasta el ataque a la URSS) recibieron el tilde de “fascistas”. Como el pueblo era antifascista y neutralista, es de imaginarse cómo reaccionó, ante la satisfacción de los grupitos simpatizantes de los nazis, a quienes la calificación aplicada gratuitamente a todo el mundo les permitió pasar inadvertidos y, de

paso, hacer campaña anticomunista diciendo que los comunistas eran cipayos, en nada diferentes de los cipayos adictos a los yankis e ingleses.

El mérito del nuevo movimiento era hacer del imperialismo el problema central, cosa que nunca había planteado ningún partido político y era tema reservado a pequeños núcleos sin gravitación. Pero el PCA vio un cómplice del totalitarismo en cada antimperialista. Como Perón planteaba el asunto en momentos en que las izquierdas negaban que existiese, no era de extrañar que el aporte teórico viniese en gran parte del nacionalismo de derecha, que coincidía en el repudio del liberalismo.

Del triunfo peronista surgía una enseñanza bien cristalina: las ideologías no expresaban las necesidades del país, ni los términos de las contradicciones fundamentales. Eran expresiones del pensar "culto", donde "izquierda" y "derecha" aparecían como categorías del pensamiento y no como pautas de conductas divergentes. O sea, que la "izquierda" era también un epifenómeno del movimiento ideológico europeo, sin haberse conectado con la convulsión de las capas humildes que asomaban a la vida política rebelándose contra el statu quo vigente. El "izquierdismo" podía entonces ser retrógrado y algunas posiciones de "derecha" progresistas.

La magnitud del fenómeno podía pasar inadvertida para el ideologismo idealista de los partidos pequeño-burgueses, pero no para una conciencia política medianamente alerta. Sin embargo, mientras en el partido radical triunfaba una tendencia pseudo-izquierdista que ofrecía un programa calcado del que las masas habían impuesto, el PCA siguió impertérrito, como si estuviese en presencia de un episodio normal de política cotidiana.

El peronismo, como correspondía a su esencia, fue dinámico, cambiante, agitado por profundas contradicciones entre un ejército nacionalista en materia económica pero incapaz de captar el problema social y el movimiento obrero que por primera vez participaba en el gobierno; entre los intereses de una burguesía miope que quería crecer sin que le tocasen la plusvalía y una organización sindical que presionaba por mayores conquistas; entre direcciones político-sindicales burocráticas y las bases, donde el sentir revolucionario impulsaba a los cambios de estructuras; entre elencos que sostenían la necesidad de "afianzar las conquistas obtenidas" y un ala izquierda que buscaba impulsar el proceso hasta sus últimas consecuencias; entre núcleos apegados a un paternalismo "por encima de las clases" y Eva Perón, que fomentaba el odio a la oligarquía y actuaba como agitadora de la lucha de clases; entre restos del nacionalismo católico que creían que las inocuas encíclicas papales encerraban el secreto del problema social, y los grupos marxistas que veían al justicialismo como etapa previa del pasaje a la economía socializada. Pero, como hemos dicho, el PCA había hecho una clasificación y se atuvo a ella, como si se encontrase frente a una mariposa pinchada con un alfiler. La falta de método lo volvió a cegar: creyó que al pensarlo como estático, el proceso se convertía en estático.

Había dicho que era fascismo, y eso bastaba. Porque como en el

sector militar que había participado en el golpe militar junto con Perón había simpatizantes del totalitarismo, se atribuyó esa ideología al justicialismo; cuando ese sector fue desplazado, se persistió en el calificativo; cuando esos desplazados comenzaron a conspirar contra el régimen, empavorecidos por el ascenso del movimiento obrero, tampoco hubo cambios de la etiqueta. Con lo que, de paso, quitaron validez a la significación del "fascismo", que es una expresión terrorista de la burguesía ante el avance del proletariado que amenaza quebrantar las instituciones que resguardan sus privilegios. En la Argentina, nada de eso ocurría, porque no había un movimiento sindical que reclamase participación política ni estuviese en condiciones de hacerlo; el peronismo fue el que agitó las masas, el que organizó el proletariado. (La Confederación General del Trabajo, que no llegaba a 200.000 afiliados en la época pre-peronista, y estaba dividida en dos centrales irreconciliables, pasó luego a tener 4.000.000 de cotizantes.) Rodolfo Ghioldi aceptaba la definición de Dimitróv sobre fascismo —"la dictadura terrorista abierta de los elementos más reaccionarios, más chovinistas, más imperialistas del capital financiero"— y lo aplicó a un movimiento de un país semicolonial, tal como hacía la maquinaria de propaganda imperialista anglo-yanki con ese y con cualquier movimiento de liberación nacional, por tímido que fuese.

Si siempre se encontraban en la misma trinchera de las fuerzas conservadoras, no era extraño que las clases populares se negasen a admitir distinciones entre ellos y los representantes de la reacción, aunque la coincidencia se justificase con profundos e inéditos trabajos de doctrina. Aspirando a ser el partido de la clase trabajadora, ésta los rechazaba por contrarrevolucionarios. Eso conspiraba también contra las tendencias de izquierda que pugnaban en el seno del peronismo, porque los anticomunistas no necesitaban apelar a ninguna imagen tremebunda del "espectro rojo": les bastaba señalar que la "izquierda" se identificaba, objetivamente, con las fuerzas de la oligarquía.

Un análisis de la esencia del movimiento de masas, hecho con buen método, hubiese demostrado que el ataque frontal sólo podía darse desde la derecha, como se demostró cuando a la caída del peronismo vinieron dos gobiernos que hicieron olvidar sus errores y redujeron sus mayores culpas a *peccata minuta*, al desatar el odio clasista y abrir las puertas de par en par al imperialismo. Desde la izquierda, la oposición, sin dejar de ser crítica, nunca hubiese llegado a extravíos explicables en la historia de una oligarquía desplazada (por ejemplo, llamar lumpen a los obreros peronistas, es decir a casi todos los obreros), o a incurrir en equivocaciones como confundir la afluencia de la gente del campo a la ciudad, donde la industrialización y las leyes sociales aseguraban altos salarios, con el "éxodo de las masas campesinas víctimas de la explotación por causa del gobierno", etc. La desconfianza y el rencor de la masa para con el PCA no proviene, entonces, de la prédica anticomunista reaccionaria, sino una actividad de indiscriminada hostilidad, de la incomprensión demostrada hacia un movimiento que ellos aceptaban como el suyo y del cual habían obtenido mejoras

sustanciales. Y eso no se puede legitimar con una cortina de citas de los clásicos del marxismo, que sirven para espantar a los izquierdistas inmaduros, que han oído hablar de los peligros del dogmatismo pero no saben distinguirlo cuando lo tienen delante

El peronismo no era la maravilla que creían sus prosélitos, pero tampoco era lo que el PC afirmaba. Criticaba a un movimiento que no existía, creado literariamente; el resultado era que cuando atacaba con justicia algún aspecto de la política oficial, la gente no les creía. Si el balance que hacen del peronismo fuese exacto, gran parte de la culpa recaería sobre ellos, que pudieron haber contribuido al afianzamiento de sus tendencias de progreso a poco que hubiesen dejado la autosuficiencia libresca para acercarse a él con el amor que merece un movimiento de masas, y con la comprensión y la tolerancia a que los obligaba su mayor preparación teórica.

Terminada la lucha electoral en el año 1946, la curiosidad científica, por lo menos, podría haberlos volcado hacia lo nuevo que hacía eclosión. Pero en lugar de eso, se parapetaron en sus esquemas, para demostrar que no eran ellos sino el pueblo el equivocado. Han pasado 16 años y la clase trabajadora argentina sigue pensando en esa hora como la de su apoteosis, mientras en los cuadros del PCA ha quedado la nostalgia —no confesada sino en la intimidad amistosa— de la oportunidad perdida. Terminada la luna de miel con las fuerzas oligárquicas, de la UD, el PCA buscó retomar los principios que teóricamente eran suyos, y de los cuales se había apartado para defender la “democracia”. Ayudar a llevar esas banderas victoriosas era posible: tratar de disputárselas al movimiento popular con el arma de las excelencias doctrinales fue otra prueba de ceguera intelectualista. Más todavía si en la implacabilidad del juez asomaba la furia del converso. Porque la ductibilidad llegaba hasta defender hoy una postura como si hasta ayer no se hubiese estado sosteniendo lo contrario, pero con el movimiento nuevo aplicaba el rigorismo más cruel y siempre terminaba condenándolo. Es que no lo juzgaba en relación con lo real-posible, sino con el cartabón de las perfecciones teóricas.

Durante la campaña, no solamente negaron la licitud de plantear el problema antiperonista, sino que llegaron a decir cosas como éstas: “Por otra parte, cada vez que los sectores democráticos del Gobierno de los Estados Unidos manifiestan su repudio a la dictadura nazi-peronista, posición que se refleja a través de los discursos de algunos diplomáticos norteamericanos... etc.”, defendiendo la intromisión del embajador Braden como coordinador de la Unión Democrática (Codovilla); “En lo internacional, la república exige[...] el desarrollo nacional; mejorarla radicalmente con los Estados Unidos, partiendo de la línea de “buena voluntad”, retomada ahora por el Secretario Byrnes y ratificada con tanto calor por Mister Braden” (Ghioldi); “Inglaterra y EE.UU han remplazado la vieja política reaccionaria e imperialista por una política democrática y progresista... etc.”; “Las naciones de gran desarrollo industrial ayudarán con su potencialidad económica, financiera y científica a reconstruir la vida de los pueblos víctimas de la

agresión fascista y a desarrollar la economía nacional de los pueblos atrasados sobre nuevas bases que impulsarán...” (Codovilla). “Para la realización de estos fines [es decir, la reconstrucción y desarrollo de la economía de los países atrasados] se están creando los organismos internacionales correspondientes, como el Banco Internacional de Reconstrucción y Fomento” (Codovilla); proponía el P.C.: “atraer capitales extranjeros, asegurándoles una utilidad razonable”; “El interés de los EE.UU. e Inglaterra está en apoyarse y apoyar gobiernos verdaderamente democráticos, que reúnan en su seno a todos los sectores progresistas, desde la burguesía hasta el proletariado, desde los conservadores hasta los comunistas, para asegurar el orden democrático” (Codovilla). Es decir que entonces el amplio frente de coalición democrática se hacía con la bendición del imperialismo y con la ayuda que nos prestaría desde el Fondo Monetario Internacional y demás organismos filantrópicos similares.

Súbitamente, el imperialismo dejó de ser la etapa final del capitalismo, y la historia había derogado las leyes del socialismo científico. Pero vino la “guerra fría” y el PC se acordó del imperialismo. Pero como no podía abandonar la infalibilidad, entonces se dedicó a “demostrar” que el gobierno era pro-imperialista. En un mundo donde no había bloque neutralista y recién emergía de entre las ruinas el mundo socialista, el nuevo régimen maniobraba, explotaba las fricciones antiperonistas, aprovechaba la ayuda de la URSS cuando ésta lo ayudaba a pasar un momento difícil. Pero el PC en lugar de tener en vista esa lucha y sus dificultades, y de criticar las desviaciones o errores que se cometiesen, estaba atento a cada episodio, a cada hecho aislado, a cada frase que le permitiese aportar un indicio refirmando su tesis del gobierno pro-imperialista. El no haber suscripto los acuerdos de Bretton Woods (poniéndonos a cubierto de los “beneficios” del FMI y del Banco Internacional, que quería Codovilla), el negarse a firmar el tratado bilateral de ayuda militar, el voto en favor de la autodeterminación de los pueblos, el no plegarse a la Moción de Foster Dulles contra Guatemala, nada de esto lo tenían en cuenta.

El gobierno sufría el embate de la cadena mundial de propaganda imperialista, y el PC aportaba a esa campaña mundial proyectiles de aparente calibre marxista-leninista. De la negación del imperialismo, a un antiperonismo inflexible de fiscales de biblioteca. En lugar de la liberación que se intentaba entre tropiezos, vacilaciones, avances y retrocesos, errores y aciertos —que así es todo lo que ocurre en la historia— el PC estaba fascinado ante la revolución perfecta e impoluta, desarrollada en el mundo sin fricciones de la teoría pura. El programa y propósitos del nuevo régimen eran muy revolucionarios para la época, y jamás había sido planteado nada de eso en el país. El PC que había adherido al programa ultraconservador de la UD, ahora pasaba a un ataque tan artificial como el que había hecho desde posiciones totalmente diferentes.

Las posibles causas del error metodológico

Si nuestra crítica es correcta, estamos ante la paradoja de que el PCA, aliado indispensable por sus vinculaciones con el socialismo internacional y con el de Cuba en especial, adopta una línea de acción que retarda el avance e integración de las masas. O sea que el prestigio que automáticamente le agrega la radicalización de la revolución cubana, sirve para frenar las tendencias similares en el orden interno de la República Argentina.

Que esa conducta sólo puede depararle pequeños éxitos efímeros a costa de la desunión de las fuerzas populares, es una verdad que encuentra fundamento objetivo en los magros resultados obtenidos por uno de los partidos más ricos y mejor organizados. Como comunismo "oficial", ha sobrevivido a ese error reiterado, beneficiándose muy modestamente del progreso mundial del socialismo, pero sin asumir un rol de importancia en el movimiento popular argentino, no obstante la caída del peronismo y la agudización de las contradicciones internas.

Hay en esa inmutabilidad, en esa resistencia a la autocrítica de fondo, mucho de autodefensa; el análisis no quedaría circunscripto al movimiento de masas, sino que en él estaría en tela de juicio la propia posición del partido. Esa actitud dio pasto a muchos ataques, en un país donde proliferan los grupos y escritores marxistas, cargados del enconado sectarismo que siempre tienen los enjuiciamientos intermarxistas, y no es descabellado suponer que eso aumentó la resistencia al replanteo. Desde nuestro ángulo de crítica sin malevolencia, no interesa qué porcentaje de cálculo hay en esa actitud autodefensiva. De lo que no dudamos es de que está conectada con la deficiencia metodológica que motiva nuestra preocupación.

Claro que la afirmación de que incurren en error al manejar el método marxista es la que más los irritaría. Sin embargo, los grandes marxistas han demostrado lo fácil que es, sin que eso sea premeditado, quebrar la unidad de teoría y práctica. Gramsci ha prevenido sobre esto con argumentación contundente, y la historia política está llena de ejemplos al respecto. Las direcciones de los partidos avanzados, es decir, que actúan en función de un sistema teórico complicado como es el marxista, pueden muy fácilmente deslizarse detrás de sus propios errores iniciales. Como "vanguardia ilustrada", se les torna muy difícil quebrar cierto aislamiento que su condición les creó con respecto a la masa que aspiran a conducir. El político vulgar es puro pragmatismo, lo cual le facilita, si tiene intuición, captar el sentir del pueblo y llegar a gravitar sobre él. El político revolucionario tiene que combinar la ciencia con el arte, lo que es mucho más difícil.

Y como actúa sobre el presente, pero con la mirada puesta en el porvenir, está atento a un equilibrio inestable, que debe mantener en medio de un mundo fluido y dialéctico, para no caer en el oportunismo ni en la abstracción culturalista. ¿No estará allí la clave de esta constante disparidad entre formulaciones generales revolucionarias y

actitudes concretas, inocuas para la causa fundamental que busca servir el PCA?

La formación demográfica del país puede haber influido, como sostienen algunos escritores: los primeros movimientos sindicales fueron promovidos por obreros extranjeros, que ni siquiera hablaban la lengua del país al que habían llegado huyendo de la miseria; la intelectualidad pequeño-burguesa arrastraba, años más tarde, el peso de concepciones que sus padres habían traído de allende los mares, y no lograron hacer la síntesis de las ideologías europeas con la realidad nacional. La integración aluvional ha gravitado, sin duda; creó, al menos, sistemas de valoración muchas veces ajenos a la materia a que quería aplicárselos. Esos hábitos mentales no han desaparecido en la intelectualidad argentina demoliberal, y también siguen influyendo en muchos sectores de la izquierda. Pero mientras en los primeros fortalecen el idealismo burgués y contribuyen a la defensa de los privilegios económicos, en los segundos ya no coinciden con los intereses que se desean defender: O sea, que la oligarquía argentina se apega a una imagen deformada del país, porque esa imagen justifica la explotación al país real. Mientras que las fuerzas de liberación sólo quebrarán los mecanismos de opresión a partir de la conciencia del país, tal cual es.

El error metodológico nace, no del desconocimiento del carácter superestructural de las ideologías, sino de creer que la interpretación propia de los fenómenos no sufre ese condicionamiento. Los dirigentes de izquierda no han perdido la característica pequeño-burguesa (y empleamos el término sin matices peyorativos) de pensarse a sí mismos como no influidos por la sociedad en que viven (extracción clasista, situación del país como semicolonias, sistema productivo, etc.) y por la situación social que ocupan dentro de él.

Esa falla origina una ruptura entre el ritmo del sentir popular y el del PCA, una dificultad permanente para aprehender la esencia de los cambios. Ven las cosas, pero no las relaciones entre las cosas. Como intelectuales de izquierda, están contra la burguesía; pero no pueden acertar en las formas de combatirla, porque el método es esencialmente burgués. Pero como las contradicciones *existen*, el proletariado les lleva ventajas, pues actúa sin que su acción se trabe por conciliaciones teóricas.

Dicho de otra manera: cuando el obrero lucha como clase, está luchando contra la persistencia de su misma clase; no puede liberarse sino subvirtiendo el sistema que lo reduce a clase desposeída. El intelectual de izquierda se encuentra apretado entre la acción y la idea, y esta última prevalece en definitiva.

En definitiva, la "vanguardia ideológica" no es la vanguardia de la lucha popular, porque el progresismo de la concepción general no invalida el conservatismo de las acciones concretas. Como en toda construcción silogística, basta falsear la premisa inicial para que luego aparezcan como lógicos la serie de absurdos deducidos.

Podríamos, para corroborar estos puntos de vista, hacer un inventario de las contradicciones y garrafales equivocaciones que contienen

los análisis del PCA. No lo hacemos porque llevaría mucho espacio, y también, porque la táctica que estamos cuestionando es, por sí misma, un compendio bastante claro de los vicios señalados. Pero si la propaganda anticomunista tiene éxito en la Argentina, gran parte del mismo cabe atribuirlo a que el partido tiene características que lo facilitan. El pueblo nota algo que lo lleva a alejarse de esos cuadros, a pesar de que son sufridos, luchadores, honestos, etcétera.

¿Por qué? Todo proviene de lo mismo. De ahí surgen la *suficiencia*, que lleva a querer enseñar a las masas pero no a aprender de ellas; el hábito de *irrealidad* que invade su oratoria y su literatura política; la *terquedad* en distorsionar la realidad para que coincida con los esquemas, al punto de que trabajos científicos (sobre economía por ejemplo) de alto mérito investigativo se transforman, por sus conclusiones, en obras de ficción

Oscilan, así, entre el terrorismo ideológico y un "realismo" que es una simple manifestación de idealismo conformista. La filosofía materialista, deviene, entonces, en un platonismo donde las ideas puras andan sueltas hasta posarse en la cabeza de los elegidos.

El PCA confunde su propia incapacidad para llevar a cabo la liberación nacional, con la incapacidad del país. Objetiva como déficit de la realidad nacional lo que es su propio déficit. A falta de la revolución que algún día dice que hará, niega la que puede hacerse ahora, tal vez no tan perfecta, pero sí posible. Si el mundo marcha hacia el socialismo, esperar pacientemente a que la ola llegue a la Argentina, dedicados solamente a perfeccionar el aparato del partido y a pequeños avances sin consecuencia, es una actitud de "quietismo". Eso lo analizaba Gramsci así: "...pero el hecho es que en semejante punto de vista el acto de voluntad se convierte en travestismo, en acto de fe en la asegurada racionalidad de la historia. En sus formas, no es más que un empírico y primitivo tipo de fatalismo apasionado, que parece simplemente el sustituto de similares conceptos religiosos, como el de la predestinación". En tales casos, afirmaba Gramsci, se está actuando dentro de la "lógica de las cosas", pero la conciencia aparece "velada, contradictoria, sin impacto crítico".

El verdadero cambio

En el triunfo del peronismo de 1945 hay un aspecto del fenómeno que, por las razones enunciadas, no parece haber impresionado al PCA y que nada tiene que hacer con su inalterada valoración del movimiento en sí. El peronismo no surgió en el seno de un partido ni como un partido más. Nació como un incontenible movimiento policlasista en el que confluyeron las fuerzas sociales que tendían a emanciparse en ese momento de la historia, hasta formar la más grande marca de masas en nuestra vida política. *Era la oposición del "país real" —ahora con predominio del proletariado— al régimen de partidos que no podía representarlo.* Fue una rebelión contra todos los partidos.

Para restaurar la "legalidad" burguesa fue necesario derrocarlo por las armas, y para mantenerla después, declararlo fuera de la ley, para limitar a la masa a una opción forzosa entre los diversos partidos "tradicionales". La oligarquía reniega de sus propios presupuestos ideológicos y emplea el aparato represivo para embretar al pueblo e impedirle que se dé formas propias de expresión política.

Los partidos tradicionales, a la pesca de los votos vacantes, los halagan protestando contra la proscripción, pero en realidad muy conformes de poder usufructuarla y prolongar artificialmente su papel de "representatividad". El idealismo burgués los lleva a atacar los "excesos" del régimen capitalista pero no al régimen en sí; como si se tratase de anomalías del sistema y no de sus inevitables consecuencias.

Las oligarquías siempre actúan por intermedio de los partidos pequeño burgueses, con el ejército como reserva para restaurar las cosas a su justo cauce en momentos imprevistos. Pensar que el mismo instrumento pueda servir al proletariado, es confundir las épocas históricas. El Frente de Coalición Democrática, cualesquiera sean sus enunciados, apuntala esta nueva fachada, hecha con los escombros de aquel armonioso edificio de los partidos que voló en pedazos y para siempre en 1945. Las continuas divisiones partidistas, la declaración de los cacatúas coloniales buscando impresionar con su "progresismo" a un pueblo que no los escucha, la campaña anticomunista y anticubana de los partidos tradicionales apoyados por todos los medios de la propaganda, la coincidencia en señalar el "apoliticismo" como condición para el funcionamiento sindical (reduciendo a los obreros al sindicalismo puro, mientras los partidos toman las decisiones políticas), la proliferación de pequeños partidos que buscan su tajada de los votos proscriptos, el violento cubanismo y antimperialismo de los viejos políticos derrotados en la pugna interna de sus organizaciones (y que con esta carta sacada de la manga esperan recuperarse), la universidad "privada" donde el catolicismo prepara a sus elencos dirigentes, los prelados y los generales opinando sobre todo y por todo, en todo esto se configura un cuadro cuya duración no nos atrevemos a predecir, pero que terminará en desastre más tarde o más temprano.

Porque es un cuadro, además de todo, anacrónico. Ya no marca una etapa del desarrollo del régimen capitalista, sino una reimplantación tardía, que no envuelve ninguna firma nueva. La Coalición Democrática contribuiría a retardar su desastre, o sea, a darle una transfusión de sangre al enemigo herido de muerte. Es preferible que esa sangre la derramemos tratando de ultimarlo. Porque ningún esfuerzo, ninguna tentativa será perdida: en cuanto no triunfe, será una nueva crisis que tendrá que resolver el régimen, una exposición más de la debilidad intrínseca de toda la estructura levantada en definitiva, sobre las espadas.

El asalto al Moncada es un ejemplo de cómo aún la derrota parcial puede ser base del triunfo, cuando sirva para marcar el camino adecuado y demuestra una voluntad inflexible para seguirlo. Y si ese ejemplo puede ser incriminado de "mecanicismo cubanófilo" —ya que el

PCA se niega ver en la revolución cubana toda enseñanza en materia de método de lucha— recordemos que la revolución de 1917 en Rusia, fue posible por otras revoluciones, aparentemente sin relaciones de causalidad con ella por el lapso transcurrido. Dice Lenin: “Sin los tres años, de 1905 a 1907, de las más grandes batallas de clase, y sin la energía revolucionaria del proletariado ruso, jamás habría sido posible una segunda revolución tan rápida. . .”.

Además, el PCA parece olvidar que entre la caída del peronismo y ahora, media una lucha popular por la violencia. El PCA no cree en el empleo de explosivos: pero, tenga razón o no, lo cierto es que las compañías yanquis que explotan el petróleo; que cuando la dictadura militar no permitía ni la más leve expresión a la fuerza derrotada, ésta se hacía sentir con los atentados dinamiteros; que los jefes militares han sentido el terror sembrado por los atentados contra varios de ellos. De acuerdo en que esto estimula la represión: pero también da la sensación al pueblo de su fuerza, y provoca alteraciones en el régimen imperante, como en el caso de la elección de 1958, en que la pelea enardecida del pueblo fue causa fundamental de que se buscara una transición hacia formas constitucionales. Y son seis años de huelgas, muchas de ellas políticas que aumentan la fe en sí mismo del proletariado: en el año 1959, Argentina batió un record, y encabezó la estadística mundial con 12 millones de jornadas perdidas por huelga. Todo lo cual algo significa.

Un razonamiento “realista” afirma que dentro de la normalidad por la que se nos propone luchar, las fuerzas revolucionarias ganarían libertad de acción para su prédica, posibilidades de organizarse, etc. Esto, en vista de lo que ocurre en la Argentina, nos parece un círculo vicioso: porque el “frente electoral” busca la vigencia de las libertades públicas, pero al mismo tiempo esa vigencia es una condición previa para que la coalición triunfe.

Intentar el aprovechamiento de la semilegalidad para buscar el triunfo por interposición de organizaciones políticas —tradicionales o no— que deroguen la legislación represiva, nos parece una esperanza demasiado tenue para justificar el acatamiento al “ancien régime”. Al PC y al peronismo nos está vedado ponernos la piel de cordero. Las posibilidades de inducir en error a las fuerzas conservadoras ya han sido agotadas por Fidel Castro: éste es ahora un continente de ojos muy abiertos.

El PCA vive oponiéndose a toda violencia. Cuando llegó Eisenhower a la Argentina, y nosotros (lo mismo que la Juventud Socialista Argentina y grupos universitarios de otros partidos) preparábamos demostraciones pro-cubanas de la mayor virulencia posible, el PCA con el argumento del “espíritu de Camp David”, se opuso a cualquier alteración del orden. También estuvo en contra de cualquier acción violenta como protesta por la reciente invasión de mercenarios a Cuba. Pero esto, como la inocencia del programa que llevamos en una coalición electoral encabezada por gente que se una a nosotros de buena fe, no asegura ninguna garantía, porque la persecución al comunismo y otros

“totalitarismos” no es problema de peligrosidad interna, sino de política internacional. Sin “peligro comunista” los dólares se vuelven más escasos. El señor Frondizi, que conoce la posición del PCA jamás deja de mencionarlo, sin embargo, cuando se refiere a actividades subversivas.

En definitiva, que nos moveríamos sin rozar la médula de los problemas. La astucia ayuda, previo planteo correcto de los medios a utilizar; caso contrario, no nos sirve para nada. El límite de los sectores que podemos incorporar a una lucha está determinado por la configuración actual del país. Claro que a mayor imprecisión y vaguedad del programa, más amplia la coalición. Pero cuando hipotéticamente el programa pueda congregarse a una inmensa mayoría de la población, ya no servirá para nada. Digo “hipotéticamente” porque los frentes de ese tipo pueden integrarse cuando responden a necesidades imperativas de una circunstancia histórica, y ya no conmueve a nadie la meta de restaurar las libertades democráticas, supuesto caso de que se piense que ésta es manera de lograrlo. O legalidad constitucional —con todo el porcentaje de pureza que se quiera— o solución real para los problemas. O, lo que es igual, o programa para la burguesía y pequeña burguesía idealista y mitómana, o programa para la liberación nacional. La burguesía fue nacionalista en el siglo XIX; ahora sólo puede serlo en las formas agresivas imperiales: *en los países periféricos, la liberación nacional y la revolución social son un proceso único, no desmenbrable.*

No hay necesidad de ser un experto marxista-leninista para comprender que si hace quince años saltó todo el armazón democrático-burgués ante el empuje de las fuerzas productivas en ascenso, éste de ahora está destinado a la misma suerte. El fenómeno, con el transcurso del tiempo, ha multiplicado su carga explosiva potencial. El mayor porcentaje de violencia que requiere atajar a las masas, es el mejor testimonio de que las contradicciones han crecido. ¿Cuál es nuestra misión? Pues contribuir a que esas energías no se diluyan en escaramuzas sin sentido o en dimensiones que la oligarquía puede fomentar.

“Quien, al leer a Marx, no haya comprendido que en la sociedad capitalista, en cada situación grave, en cada importante conflicto de clases, sólo es posible la dictadura de la burguesía o la dictadura del proletariado, no ha comprendido nada de la doctrina económica ni de la doctrina política de Marx”, decía Lenin. Y desarmar moralmente al proletariado significa creer que el fenómeno manifestado hace 15 años era un capricho del azar. El juego de la política, tal como está encañilado en la “legalidad” argentina, es simplemente la dictadura de la burguesía en sus diferentes formas.

Nuestra obligación es la unidad dinámica, en una lucha que incorpore a otros sectores sociales, pero no nos ponga a remolque de ellos; es darle al proletariado las variantes organizativas y las tácticas adecuadas; es impedir que las ideologías caducas perturben la expansión de las tesis libertadoras del país y del hombre argentino; es impulsar la

autoconciencia de clase, única forma de que madure la teoría del proletariado construyendo la sociedad sin clases. En otras palabras: configurar la estrategia, la táctica y la teoría que reflejen el sentido del desarrollo nacional, en lugar de dar batallas en el nivel superestructural, donde la oligarquía y el imperialismo tienen montada su maquinaria.

La clase trabajadora argentina puede triunfar si encuentra los procedimientos para transformar en acciones concretas positivas su gran contenido revolucionario. Podemos tardar en hallar esos procedimientos, pero no hay excusa para relegarlos a la espera de "condiciones", aun suponiendo que éstas todavía no estén dadas por completo. Rosa Luxemburg decía: "Así, pues, aquellas 'luchas prematuras' del proletariado por la conquista del poder, se presentan incluso como momentos históricos e importantes que colaboran en la creación del momento del triunfo último. Desde este aspecto, la idea de una conquista 'prematura' del poder político por la clase trabajadora se presenta como un contrasentido político, que tiene su origen en aceptar un desenvolvimiento mecánico de la sociedad y en suponer un momento determinado para el triunfo en la lucha de clases, *pero al margen e independiente de esta lucha*. Mas como el proletariado no puede conquistar el poder en otra forma, sino como algo 'demasiado prematuro'; o dicho en otras palabras, como quiera que lo ha de conquistar una o varias veces, pero sin que sepa cuántas; si bien, siempre en forma 'demasiado prematura', para luego tomarla, al fin, con carácter permanente, la oposición a esta 'prematura' conquista del poder *no es mas que la oposición, en general, a la tendencia del proletariado a apoderarse del poder del estado*".

El PCA emplea todo su esfuerzo en ir ganando adeptos para las causas que defiende, en un avance lento que descarta perspectivas inmediatas que no sean progresos simplemente "interiores" del régimen. La revolución del proletariado se producirá al margen de ese lento desarrollo de la labor comunista y su profundidad transformadora no será menos porque carezca del adoctrinamiento del PC. Pero la claridad doctrinaria puede apresurar el momento revolucionario y evitar, luego, los tanteos y aproximaciones. El marxismo da al proletariado el conocimiento de sí mismo como "hombre de la historia universal", como única clase capaz de realizar la libertad. La praxis recibe la luz del conocimiento, pero el conocimiento se aclara por la praxis. Sumidos en el conocimiento, derivando de allí la praxis que contempla las propias reflexiones y no la situación real de la masa, jamás se identifican con ésta.

La situación argentina, la de América Latina, la del mundo, todo indica que es el momento de intentar un juego grande, aprovechando que la "historia está polarizada". Ante un proletariado subvertido, no hay más posibilidad de progreso para el PCA que ayudarlo a buscar las salidas que desea. La vida es la mejor propagandista del marxismo, porque, a diferencia de las otras clases, el proletariado toma conciencia de su universalidad no por la abstracción, sino por la simple existen-

cia; la solidaridad no es producto del pensamiento sino de la condición de su existencia, porque, mientras el burgués necesita despojarse mentalmente de su particularismo para "pensarse" como hombre, el obrero al tomar conciencia de sí, está tomando conciencia de clase.

El PCA tiene un gran papel que jugar en este instante. Pero no cerrándose en sus consignas de memoria clarividente, sino uniéndose al movimiento popular e impulsándolo. No postergando hacia el futuro indefinido la liquidación de la oligarquía y el imperialismo, sino asumiendo su parte en el esfuerzo inmediato. Nuestros compromisos no son con las generaciones futuras, sino con la que nos tiene por parte integrante. Esta quiere vivir en libertad, y solamente se dará esa libertad por la violencia, por la lucha insurreccional. El aporte a Cuba y a los demás pueblos que tratan de lograr o preservar su autodeterminación, no puede quedar en la esfera agitativa, en la propaganda o solidaridades morales: hay que abrirle nuevos frentes al imperialismo, generalizar el combate para que no puedan concentrarse los elementos de represión. La cautela y el cálculo vienen a partir de esa estrategia: cómo golpearemos el aparato montado para asfixiar a nuestras masas, lo veremos más fácilmente si primero coincidimos en que el objetivo es destruirlo. El camino hacia el socialismo pasa ahora por el de los movimientos de liberación nacional. Y la eficacia aportada a esa lucha abrirá el espíritu popular hacia los ideales del PCA.

crisis / 7

testimonios desde chile: venid a ver la sangre por las calles
el tango, poesía popular del yrigoyenismo al peronismo
confesiones y dieciséis aguafuertes de pablo picasso
poesía de china y américa central
"la palabra es sagrada" dice miguel angel asturias
textos de guimaraes rosa, mary maccarthy, sthendal, alcalde
y orgambide
dibujos de sabat y serigrafía de ricardo gonzález

crisis / noviembre

cuesta 5 pesos

La CGT y el
17 de octubre de 1945



SOMOS CONTEMPORANEOS COMPARTA NUESTRO TIEMPO

Balance de Hemingway
George Bataille, Harry Levin y otros

La paz blanca
Robert Jaulin

En nombre de la ciencia
H. L. Nieburg

Lenin, ciencia y política
Nicola Badaloni, Emilio Sereni, Antonio Pesenti

Teoría de la descolonización *Georges Balandier*
Georges Balandier

Historia de un loco
José Giovanni

Acumulación y centralización del capital en la industria argentina
Elsa Cimillo, Edgardo Lifschitz, Eugenio Gastiazoro, Horacio Ciafardini, Mauricio Turkieh.



EDITORIAL TIEMPO CONTEMPORANEO

Viamonte 1453 Buenos Aires

El documento que publicamos contiene las actas de la reunión del Comité Central Confederado celebrado el 16 de octubre de 1945 para tratar la propuesta del Comité Administrativo de declarar una huelga general en respuesta al desplazamiento del coronel Perón del gobierno el día 9 de octubre. Las actas son particularmente interesantes por la visión que suministran acerca de las posiciones de los líderes del movimiento obrero organizado así como de las actitudes de las bases obreras en esa coyuntura crucial de la historia argentina. El documento presenta claramente las líneas de división existentes en la cúpula sindical alrededor de los cursos de acción a seguir y demuestra que el 16 de octubre sólo la Unión Ferroviaria —el gremio más poderoso por el número de representantes y el que había orientado prácticamente la CGT en la última década— estaba dispuesta en bloque a encontrar una solución de compromiso con las facciones militares dominantes luego del desplazamiento de Perón a los efectos de proteger las concesiones ya obtenidas. Por el contrario, el resto de los delegados, tanto los de los viejos gremios de servicios como los de los nuevos sindicatos industriales, se pronunciaron casi sin excepción sobre la necesidad de un vigoroso contrataque porque percibían que el golpe de estado dentro del gobierno militar implicaba un rechazo de la política favorable a los trabajadores llevada a cabo por Perón y constituía, por lo tanto, un golpe dirigido también contra el movimiento obrero mismo. Las actas ofrecen también una idea de la extensión de la conciencia existente en las bases acerca del significado político del golpe del 9 de octubre, y de la creciente presión que ejercían sobre sus líderes para que desencadenaran un contrataque. Esta presión, bajo la forma de una ola de huelgas y paros, tanto en el área del Gran Buenos Aires como del Interior, significaron un abierto desafío a la autoridad de los líderes de la central obrera. Hacia el 16 de octubre, el único curso de acción posible que permanecía abierto para éstos era intentar canalizar este creciente movimiento de descontento hacia una conclusión exitosa o hacer frente a un descrédito sin atenuantes. El último testimonio de la

incapacidad de los líderes sindicales para controlar dicho movimiento lo constituyeron las manifestaciones callejeras del 17 de octubre, que consiguieron exitosamente el retorno de Perón al gobierno. La movilización "espontánea" de los trabajadores, impulsada sin duda por la extensa red de delegados obreros que, desde tiempo atrás, se había ido constituyendo en los centros fabriles, mostraba la profundidad de la cisura abierta entre la dirección de la CGT y el proletariado argentino. Como observa Perelman en su narración de los hechos de ese día, la dirección de la CGT fue sorprendida por los acontecimientos, mientras que las direcciones de base: "Se habían prácticamente diluido en el océano de mil manifestaciones y columnas parciales; las masas habían deglutido a los sistemas de organización sindical y los miles de delegados de fábrica estaban a la cabeza de la muchedumbre [...]" (Angel Perelman, *Cómo hicimos el 17 de octubre*, Bs. As., Coyoacan, 1961, p. 74).

La huelga general del 18 de octubre, declarada luego de un áspero debate, se encontró frente a un hecho consumado y su única función consistió en festejar una victoria que originariamente se había planeado conseguir. Es interesante destacar además que, luego de estos acontecimientos, los líderes de la Unión Ferroviaria dan un giro brusco a su posición inicial y en el informe al CCC celebran la total adhesión de los trabajadores a la huelga general, pero soslayan toda referencia a las demostraciones ocurridas el día anterior, el 17, y a la posición por ellos adoptada durante las deliberaciones del 16 de octubre. Los dirigentes ferroviarios así como los demás integrantes de la conducción de la central obrera, recordados en la historia por sus vacilaciones en estos momentos decisivos para la suerte del coronel Perón y su proyecto político, formaron parte más tarde de los cuadros sindicales del movimiento obrero peronista.

Cabe señalar que el trámite de la sesión del CCC del 16 de octubre, tal como aparece en las actas, diverge notablemente de la versión recogida por los diversos autores que se han referido al acontecimiento. En ningún momento el CCC aparece propiciando o declarando, como se afirma, una huelga general "revolucionaria", y el plazo de duración de la huelga finalmente acordada es de 24 y no de 48 horas. El debate no se prolongó las 10 horas que anota la versión, ni tampoco la moción triunfante fue consagrada por el estrecho margen de 19 a 18 votos. En consecuencia, de la lectura de las actas resulta bastante disminuido el papel "decisivo" que habría desempeñado, según la versión, la posición favorable a la huelga mantenida por el dirigente de ATE, Libertario Ferrari. De todas maneras, fue Ferrari sin duda quien más claramente entrevió las consecuencias políticas favorables a los trabajadores y a Perón que podía provocar la movilización obrera al insertarse en la puja por el poder que enfrentaba al General Avalos y al vicealmirante Vernengo Lima.

Salvo algunas correcciones de menor importancia, casi siempre incluidas entre corchetes, no hemos modificado la versión taquigráfica. En algunas partes donde el texto resultaba indescifrable, hemos agregado entre corchetes las palabras que podrían corresponder.

La CGT y el 17 de octubre de 1945

En Buenos Aires a los 16 días del mes de octubre de 1945:

Reúne el Comité Central Confederal de la Confederación General del Trabajo en sesión extraordinaria con asistencia de sus miembros compañeros Aniceto Alpuy, Néstor Alvarez, Bruno Arpesella, Antonio F. Andreotti, Florencio Blanco, Ramón Bustamante, Dorindo Carballido, Julio Caprara, Cecilio Conditti, Nicolás D'Alessio, Libertario Ferrari, José Griffó, Pablo Larrosa, Ramiro Lombardia, Mateo Piccolo, Benigno Pérez, Juan José Perazzolo, Anuncio S. Parrilli, Bartolomé Pantasso, Antonio Platas, Silverio Pontieri, José Manso, José R. Méndez, Anselmo Malvicini, Felipe Nazca, Jorge Nigrelli, Eduardo Alberto Seijo y Ramón V. Tejada.

Ausentes con aviso: Nicolás Campos, Juan Cresta, Alejandro Pratti, Juan B. Ugazio, Benito Borja Celiz, Juan Céspedes, Demetrio Figueras, José María Freyre, Juan Carlos Rodríguez, José Tesorieri, Celestino Valdez, José Lebonatto*.
Siendo las 19,45 horas:

* Los miembros del CCC arriba indicados pertenecían a las siguientes organizaciones sindicales:

Unión Ferroviaria (UF): Florencio Blanco, Benito Borja Celiz, Julio Caprara, Demetrio Figueras, José Griffó, José Lebonatto, Juan José Perazzolo, Silverio Pontieri, José Manso, Anselmo Malvicini, Ramón V. Tejada.

Asociación de Trabajadores del Estado (ATE): Aniceto Alpuy, Cecilio Conditti, Libertario Ferrari, José Tesorieri.

Unión Tranviarios (UT): Néstor Alvarez, Bruno Arpesella, Dorindo Carballido, Ramiro Lombardi, Felipe Nazca.

Unión Obrera Metalúrgica (UOM): Antonio Andreotti, Mateo Piccolo.

Sindicato de Obreros de la Industria del Vidrio: Nicolás D'Alessio, José María Freyre.

Sindicato de la Carne de Rosario: Ramón Bustamante.

Federación de Obreros Cerveceros y Afines: Jorge Nigrelli, Juan Carlos Rodríguez.

Unión de Obreros y Empleados Municipales: Nicolás Campos, Juan Cresta, Alejandro Pratti, Juan B. Ugazio.

Sindicato Unico de Obreros de la Madera: Eduardo Alberto Seijo.

Silverio Pontieri (Secretario General) [UF]: Declara abierta la sesión expresando que el cuerpo se reúne en sesión extraordinaria a los efectos de considerar la situación por que atraviesa el país y la resolución adoptada por la Comisión Administrativa en su última reunión en el sentido de aconsejar al Comité Central la declaración de la huelga general en todo el país por el término y fecha que este cuerpo fije, como medida defensiva de las conquistas sociales amenazadas por la reacción de la oligarquía y el capitalismo.

A los efectos de que los compañeros del Comité Central Confederal tengan un concepto claro de la situación que atravesamos, a la vez que se imponen de las causas determinantes de la resolución tomada por la Comisión Administrativa aconsejando la declaración de la huelga general, es conveniente referir otra vez el informe que ayer dimos a la Comisión Administrativa en nombre del Secretariado. En realidad no corresponde efectuar una relación de los hechos que se han venido produciendo últimamente en el país, los que han culminado con la renuncia del Coronel Perón, y su posterior detención y confinamiento en la Isla Martín García. Como todos Uds. saben, los trabajadores se sintieron justamente alarmados por estas cosas, porque ellas a su vez venían acompañadas de distintas medidas de represalias que los patrones más reaccionarios estaban tomando contra sus obreros y las organizaciones sindicales.

Así, por ejemplo, fueron numerosos los industriales que se negaron a cumplir el decreto del Gobierno Nacional que estipula el pago de salarios dobles el 12 de octubre declarado feriado nacional. También se había anunciado a numerosos personales obreros la negativa de otorgarles las vacaciones anuales, ya prometidas con anterioridad, y por sobre todas las cosas los patrones hacían una ostentación abusiva de su poder, proclamando a todos los vientos que la obra de justicia social iniciada [?] desde la Secretaría de Trabajo y Previsión sería arrasada por la nueva situación. Inmediatamente de producidos estos hechos, nosotros nos reunimos y en forma paulatina fuimos recibiendo los informes de las distintas organizaciones afiliadas, tanto de la capital como del interior, informe que nos daban cuenta que la clase obrera se encontraba extremadamente alarmada por la forma en que se venía presentando la campaña de reacción patronal. Ante esta situación quisimos conocer el pensamiento de los hombres de gobierno, para lo cual entrevistamos al actual Ministro de Guerra, General Avalos, al que planteamos las inquietudes de la clase obrera que veía amenazadas las conquistas sociales por la campaña de reacción patronal que en los úl-

timos días alcanzaba contornos de gravedad. En esta oportunidad hicimos notar al Señor Ministro, nuestro punto de vista sobre el problema, y le participamos nuestra decisión de luchar en defensa de las conquistas sociales obtenidas. También le expusimos que la clase obrera de nuestro país se sentía justamente alarmada por la detención del Coronel Perón y por su confinamiento [?] en la Isla Martín García, por cuanto los trabajadores relacionaban la campaña de reacción patronal contra las conquistas sociales con la detención y con las medidas que se tomaban precisamente contra el hombre que en razón de su desempeño en la función de gobierno había posibilitado la obtención de esas conquistas. Expresamos que únicamente la libertad inmediata del Coronel Perón traería tranquilidad a los hogares obreros y a la familia argentina. El General Avalos nos contestó que el Coronel Perón no estaba detenido, sino que había sido puesto bajo custodia para su propia seguridad pues el Gobierno tenía informes de que algunos exaltados querían matarlo, lo que sería una desgracia para el país.

En consecuencia nos concretó que el Coronel no estaba detenido. De paso nos dijo que el clima de la Isla Martín García le había afectado la salud, con lo que confirmó los rumores circulantes en el sentido de que se encontraba enfermo.

En cuanto a las conquistas sociales, expresó en forma categórica que las mismas serían respetadas y que se procuraría mejorarlas en lo posible.

Antes de finalizar la entrevista le hicimos notar que deseábamos conversar con el Señor Presidente de la Nación, General Farrell, para conocer su opinión sobre el problema. De inmediato el General Avalos accedió a nuestra solicitud y tomó las disposiciones para que la entrevista se realizara, cosa que hicimos esta mañana con los resultados que informaré más adelante. En esta ocasión, el General Avalos nos dijo que el nuevo Secretario de Trabajo y Previsión, Señor Fentanes deseaba conversar con nosotros. Le expusimos que no teníamos ningún inconveniente en conversar con él y fuimos a la Secretaría de Trabajo y Previsión. Una vez allí, fuimos recibidos por el mencionado funcionario quien nos expresó que él tenía mucho interés en hablar con los representantes de la Confederación General del Trabajo por cuanto estimaba [de] imprescindible necesidad que los trabajadores se informasen que las conquistas sociales no corrían peligro y que las mismas serían respetadas y aun ampliadas en lo posible. Nos dijo también que a su juicio era contraproducente cualquier movimiento de huelga que se hiciera y que los trabajadores debían actuar con cautela porque teníamos que reconocer que la oligarquía había dado un paso hacia adelante. En forma general eso fue lo que informamos ayer a la Comisión Administrativa y en base a lo cual ésta, después de estudiar la situación general por que atraviesa el país y la creciente inquietud de los trabajadores por los hechos que están ocurriendo, resolvió solicitar y enviar al Comité Central Confederal, la declaración de la huelga general.

Ahora bien, en la mañana de hoy se realizó la audiencia que nos fijara el Señor Presidente de la Nación, General de Brigada Farrell, la

Sindicato de Ayudantes de Casa: Pablo Larrósa, Benigno Pérez.
Federación Obrera Tucumana de la Industria Azucarera (FOTIA): Celestino Valdez.

Federación Obrera del Vestido: José R. Méndez.

No hemos podido determinar las organizaciones a las que pertenecían los siguientes miembros del CCC: Juan Céspedes, Anuncio S. Parrilli, Bartolomé Pautasso, Antonio Platas.

que se realizó en presencia del General Avalos y del Secretario de Aeronáutica Brigadier Sustaita. Cuando llevamos al General Farrell la inquietud de los trabajadores argentinos, él nos dijo que no nos preocupásemos, que todo se arreglaría bien, y que la Secretaría de Trabajo y Previsión seguiría siendo lo que había sido mientras estuvo el Coronel Perón y que todas las conquistas serían mantenidas y que los convenios suscriptos tendrían que ser respetados por los patrones. Nos pidió que le diésemos un plazo hasta tanto la situación aclarase mejor y que mientras tanto el ejército seguiría sosteniendo las conquistas obreras. Entonces le dijimos que la clase trabajadora estaba seriamente preocupada por la forma en que se anunciaba que sería integrado el gabinete nacional, con figuras todas representativas de la oligarquía tradicionalmente enemiga de los trabajadores, razón por la cual éstos miraban con desconfianza los trabajos que se hacían en ese sentido. Los nombres que se anuncian como posibles de formar parte del gabinete son todos representantes conspicuos de la oligarquía reaccionaria y setembrina.

Le informamos que los trabajadores estamos contra la entrega del Gobierno a la Corte Suprema de Justicia, y que en último término preferíamos que se nombrase un ministerio exclusivamente militar cuya misión sería preparar el terreno para la normalización constitucional, mediante la realización de elecciones libres con todas las garantías.

Le planteamos también al General Farrell nuestras serias preocupaciones que eran las de todos los trabajadores por la detención del Coronel Perón y por el estado de su salud que sabíamos afectada. La dijimos que ya algunos gremios en forma total o parcial habían salido a la calle pidiendo su inmediata libertad, y que si no se accedía a este reclamo popular podrían venir momentos muy difíciles para el país. La clase obrera, dijimos, tiene el temor de que se haga víctima al Coronel Perón de algún mal juego. Nos reafirmaron tanto el General Farrell, como Avalos y Sustaita, que ellos eran los mejores amigos del Coronel Perón y que se preocupaban por su suerte tanto como nosotros. Para tranquilizar a los trabajadores expresaron que el gobierno piensa dar un comunicado de prensa en el que en forma clara se dirá que el Coronel Perón no está detenido. Nos reafirmaron repetidamente que las conquistas obreras serían respetadas.

En términos generales esa fue la conversación que tuvimos esta mañana con el General Farrell en presencia, repetimos, del General Avalos y de Sustaita, los que a su vez reafirmaban lo expresado por el Sr. Presidente.

Este es el informe que nosotros tenemos que dar a Uds. con respecto a las gestiones que hemos cumplido en torno a la situación actual, y que está originada en los hechos que todos conocen y que se vienen produciendo desde el día 8.

La Comisión Administrativa, después de considerar extensamente la situación, resolvió aconsejar la declaración de huelga general en todo el país, por el tiempo y la fecha que el Comité Central estime oportuno.

Andreotti [UOM]: Creo que la gravedad de la situación determina

que seamos lo más breves y concretos en el debate, para lo cual voy a presentar la moción de que únicamente se pueda hacer uso de la palabra una sola vez durante cinco minutos. Formulo esta moción porque tengo el temor de que pasemos discutiendo toda la noche mientras en la calle las cosas se vienen sucediendo en forma acelerada. Es conveniente abreviar el debate, pues si buscamos argumentos siempre los encontramos, así por ejemplo en la reunión de la Comisión Administrativa se dijo que no había motivo para la declaración de la huelga general, cuando vemos que todas las conquistas que hemos obtenido están en grave pelibro.

Alpuy [ATE]: Se manifiesta en contra de la moción del compañero Andreotti, diciendo que se debe hablar todo lo que sea necesario y cuantas veces sea necesario, porque no es posible venir aquí a votar como si estuviésemos regimentados. Al mismo tiempo pide que se moderen las expresiones: porque se puede discrepar o tener distinta posición en este asunto, pero ello no puede motivar expresiones agraviantes de parte de los compañeros que piensan en forma diferente.

Pontieri: Expresa que en una oportunidad de la entrevista mantenida con el Sr. Presidente de la Nación se le entregó a éste un memorial fijando la posición de la CGT; el General nos dijo que no extremásemos las medidas, y que se tuviera especial cuidado en no atropellar a la policía, la que tenía órdenes estrictas de no hacer fuego contra los trabajadores.

Caprara Julio [UF]: Antes que nada y a los efectos de encauzar debidamente el debate, yo quisiera que la Comisión Administrativa nos diga qué tiene preparado sobre este asunto para saber qué vamos a discutir ya que no es posible que la Comisión haya resuelto aconsejarnos la declaración de huelga general en principio y que no haya tomado otras disposiciones relacionadas con la resolución que adoptara porque entonces nos encontraríamos prácticamente imposibilitados para resolver nada ya que una huelga general no se declara sin antes haberse adoptado algunas disposiciones que aseguren su éxito.

Pontieri: Manifiesta que la Comisión Administrativa está en reunión permanente desde que se vienen produciendo estos hechos, que ayer después de haber resuelto aconsejar la declaración de la huelga general se realizó una reunión de representantes de las regiones afiliadas de la Capital Federal y pueblos circunvecinos, a la que también asistieron representantes de las organizaciones gremiales autónomas, donde se resolvió por unanimidad secundar las medidas que adopte la Central Obrera.

Nosotros adoptamos la resolución de aconsejar la declaración de huelga general respondiendo al clamor de la calle, en la que se encuentran millares de trabajadores en todo el país.

Arpesellas [UT]: Da la circunstancia de que fui yo el compañero que ayer mocionó la declaración de huelga general *ad referendum* de lo que resolviera el Comité Central Confederal y debo decir que el criterio que sostuve ayer en la reunión de la Comisión Administrativa lo mantengo totalmente hoy. Los acontecimientos sucedidos hoy me

dan la razón, y es necesario que la Confederación General del Trabajo adopte una determinación o medida de fuerza para contrarrestar la acción que están desatando [?] los enemigos de la clase trabajadora. Hace falta que se declare un paro general por un tiempo determinado, el que será no contra el gobierno sino contra la reacción de la clase capitalista. La clase patronal ha declarado la guerra al Coronel Perón, no por Perón mismo, sino por lo que Perón hace por los trabajadores a los que ha otorgado las mejoras que venían reclamando y les ha dado otras que ni siquiera soñaban, como el Estatuto del Peón y otras más. La clase capitalista aquí y en el mundo entero parece haberse olvidado que la guerra contra el fascismo la han ganado los trabajadores y quieren volver a la situación de injusticia de antes, en este sentido nuevamente están traicionando a la clase obrera como lo hicieron antes, y le niegan lo que legítimamente les corresponde. Tenemos que decirles y demostrarles a los capitalistas que si ellos han dado un paso hacia adelante nosotros no daremos uno solo atrás y que al contrario seguiremos adelante. Por eso la Confederación General del Trabajo tiene la obligación moral de dirigir este movimiento defensivo de los trabajadores, porque es la Central mayoritaria y la más prestigiosa. El pueblo trabajador argentino está alterado porque teme que se le quite lo poco que últimamente conquistó. Yo estoy y sostengo la moción formulada ayer en la reunión de la Comisión Administrativa.

Andreotti: Compañero Secretario General, yo hice moción de que se limite el uso de la palabra una vez y durante 5 minutos y sin embargo ya hemos entrado en el debate. Pido que el cuerpo se expida sobre mi moción.

Pontieri: ¿Está apoyada su moción?

Seijo [maderero]: Apoyo la moción del Compañero *Andreotti*.

Perazzolo, Juan José [UF]: Hago moción de que se declare debate libre. Malvicini, Anselmo y Ramón Tejada apoyan la moción de Perazzola.

Pontieri: Se va a votar. Hay dos mociones, los compañeros que están por la limitación del uso de la palabra sírvanse levantar la mano: 4 votos.

Pontieri: Los que estén por la moción del Compañero Perazzola: 16 votos.

Pontieri: Por 16 votos contra 4 el debate es libre sin limitación del tiempo.

Néstor Alvarez [UT]: El compañero Caprara hace una pregunta oportuna al Secretariado respecto de las causas determinantes de la medida que tomara la Comisión Administrativa aconsejando la declaración de la huelga general. A este respecto debo decir que la Confederación General del Trabajo, el Secretariado y la Comisión Administrativa para mejor decir no ha podido sustraerse al estado de nerviosidad que vive el país en estos últimos días, y no ha podido hacerlo porque la clase trabajadora está justamente alarmada porque teme y ve en peligro todas las conquistas sociales obtenidas. La Central obrera que representa esos trabajadores lógicamente tenía que tomar alguna resolución que interpretara ese estado de ánimo de los trabajadores.

En lo concerniente a las medidas que se han adoptado, puedo decir que estamos en contacto permanente con todas las organizaciones afiliadas de la capital y del interior, y a estas últimas por teléfono o telegrama les indicamos que aguardasen nuestras directivas. Por lo demás en la reunión efectuada los otros días en la que había representantes de más de 100 sindicatos de la capital y pueblos vecinos se resolvió secundar las medidas que adoptemos. Creo que no hace falta extenderse demasiado en cuanto a los motivos determinantes de la resolución en virtud de la cual aconsejamos la declaración de huelga general al Comité Central Confederal ya que estos motivos están en el ánimo y el conocimiento de todos Uds., pero hay que dejar bien establecido que la Confederación General del Trabajo, por razones de principio no puede declarar la huelga general solicitando la libertad del Coronel Perón. Tenemos una gran deuda de gratitud con él pero nuestros principios son los que orientan al movimiento obrero. La CGT no puede pedir en forma directa la libertad de Perón, pero nuestra resolución ha sido motivada por la emoción ambiente; si hemos de declarar la huelga general tendrá que serlo en defensa de nuestras conquistas y para parar la reacción patronal. Me preocupa ver también cómo algunos compañeros nuestros se desesperan ante esta situación. Parecería que somos incapaces de enfrentar una situación delicada y resolver nuestros propios problemas. Es comprensible que se hable todo lo necesario sobre este asunto de extraordinaria importancia para la vida del movimiento obrero y del país en general. La CGT es la corriente mayoritaria del movimiento obrero y tiene sobre sí una enorme responsabilidad en estos momentos.

Corresponde que analicemos las cosas de forma que la resolución que adoptemos tenga un sello de mesura y responsabilidad como corresponde a todos los actos de la Confederación General del Trabajo. La CGT no puede aparecer como saliendo a la calle en defensa del Coronel Perón. Eso sería enajenar el futuro de la Central Obrera. Si resolvemos declarar la huelga, repito que tendría que decirse bien claro que ello es en defensa de las conquistas obreras amenazadas por la reacción capitalista, caso contrario demostraremos que nuestra vida terminó cuando Perón.

Andreotti: Yo quiero aclarar que nosotros estamos solicitando la libertad del Coronel Perón que es un hombre que se ha jugado todo, su carrera y su vida por los trabajadores. No defendemos a un político demagógico sino a quien nos ha dado todas las conquistas que tenemos. Al pedir su libertad estamos defendiendo las mejoras obtenidas.

Tejada [UF]: Expresa que quiere referirse a lo que dijo el Compañero Néstor Alvarez con respecto a los principios sindicales. A este respecto por mucho que demos vuelta al asunto, si hemos de declarar la huelga general ella será por la libertad del Coronel, por más que esgrimamos otros argumentos éste es el punto básico de nuestra actitud, o para mejor decir de la clase obrera. Hay un sentimiento muy profundo entre los trabajadores por causa de la detención del Coronel Perón, especialmente en el interior del país, porque el Coronel Perón

ha sido el único que ha hecho justicia a las aspiraciones obreras concretándolas en las conquistas que ahora están amenazadas. Si la CGT pide y gestiona la libertad del Coronel Perón, no vulnerará los principios sindicales porque podemos decir ahora que el Coronel Perón es uno de los nuestros porque se ha acercado a la clase obrera para defenderla. En esta situación especial, creo que nada perderá el movimiento obrero al encarar en forma enérgica las gestiones por la inmediata libertad del Coronel Perón y al contrario creo que ello la prestigiará ante la inmensa mayoría del pueblo, que comprende que el Coronel es el hombre que lo jugó todo en defensa de los intereses obreros, inclusive su propia carrera.

Muy pocos son los que en nuestro país conocen la forma en que vivían los trabajadores, especialmente en el interior, donde algunos obreros ganaban salarios ínfimos, obreros adultos con \$ 50 al mes, suma que no les alcanzaba ni para comer. Es por eso que la obra cumplida por el Coronel Perón en el interior tiene un carácter profundamente revolucionario que ha penetrado en el corazón de los hombres de trabajo. Quisiera que Uds. conociesen el estado de ánimo de esos trabajadores al saber que el Coronel Perón ha sido detenido. Un 70% de los jóvenes en el interior del país, no sirve para el servicio militar. Pese a que la tierra es rica la gente se estaba muriendo de hambre. No podemos hablar de principios sindicales como si estuviéramos en... [no se entiende el nombre incluido] o en cualquier otro país porque en el nuestro la situación es muy diferente. Aquí la clase trabajadora actúa por intuición y nosotros tenemos que tomar las cosas como son. Tenemos que vivir la realidad del movimiento en el que actuamos. Yo nunca pude comprender por qué los trabajadores no se organizaban gremialmente antes, por qué eran descreídos y escépticos, sin embargo bastó que las autoridades revolucionarias con el Coronel Perón a la cabeza empezaran a realizar su obra de justicia social, aumentando los salarios y velando por el cumplimiento estricto de las leyes que protegen al trabajo, amparando a los obreros, para que éstos despertaran de su letargo y acudieran en masa a los sindicatos desde los cuales nosotros los llamábamos desde hace muchos años. Después la obra de la Secretaría de Trabajo y Previsión se consolidó con la sanción de nuevas medidas de gobierno que contemplaban otras tantas aspiraciones proletarias de forma tal que la gente empezó a palpar y a gozar de esos beneficios, por eso hay una situación ambiental en el pueblo ante los hechos producidos, contra el hombre que posibilitó la creación de ese movimiento obrero de masas grandes que actualmente tenemos y no el raquíto en el que vegetábamos unos cuantos hombres de lucha. [Es] por eso compañero Pontieri que la Confederación General del Trabajo debe adoptar alguna medida enérgica para gestionar la libertad del Coronel Perón.

Bustamante [Sindicato de la carne de Rosario]: El Coronel Perón no sólo está en el corazón de los obreros sino que también en el de todo el pueblo honrado. Si este cuerpo no resuelve la huelga general les puedo asegurar que será impotente para contener la huelga que se producirá lo mismo por el estado emotivo de los trabajadores. Es decir que nosotros

no dirigiremos este movimiento, con los consiguientes perjuicios que esta situación puede ocasionar a la clase obrera y al país porque sería un movimiento inorgánico. Acabo de tener una comunicación telefónica con carácter de urgente desde Rosario, donde [se] me ha inquirido en forma enérgica cuál es la posición de la Central Obrera y qué se hace aquí y se me ha exigido que informe dentro de la brevedad. Uds. saben que nosotros hemos ya constituido un comité de huelgas y que la huelga está declarada y en tal sentido se me ha dado mandato al venir aquí. Únicamente están esperando las instrucciones de la CGT a los efectos de que el movimiento se haga en forma coordinada, pero yo les aseguro sin ánimo de presionarlas que si aquí no se vota la huelga, en Rosario se irá al paro general lo mismo. Todos estamos de acuerdo en que el Coronel Perón es el numen de los trabajadores. Reconozco que no podemos declarar una huelga general en todo el país solicitando únicamente la libertad del Coronel Perón, pero nadie puede negar que lo que sobra son motivos para la declaración de huelga, por todos los problemas y conflictos obreros que no tienen solución en razón de tropezarse con la cerrada intransigencia capitalista que ahora en el poder nos amenaza directamente. Tenemos que defender al Coronel Perón y según nos ha declarado el Compañero Secretario General, ya lo estamos defendiendo, de acuerdo a lo que expuso la delegación confederal que visitó al Sr. Presidente de la Nación al participarle las inquietudes y preocupaciones de la Central Obrera y de los trabajadores con la suerte del Coronel.

Nosotros con la declaración de huelga pondremos un dique de contención a la reacción capitalista.

Ferrari [ATE]: Expresa que la discusión toma otro cariz y se está prolongando excesivamente ya que lo que corresponde tratar es la resolución de la Comisión Administrativa aconsejando al Comité Central la declaración de la huelga general en todo el país, y en realidad lo que estamos haciendo ahora son discursos que yo comprendo por el estado emotivo de todos los compañeros pero es necesario que viéramos [?] la realidad apremiante del momento y concretemos. Por lo tanto pido al compañero Secretario que se encause el debate y nos aboquemos a la resolución tomada por la Comisión Administrativa.

Arpesella: Creo que la resolución adoptada por la Comisión Administrativa es bien clara y hago esta aclaración a los efectos que no se diga qué es lo que ha hecho la Comisión. Esta resolvió aconsejar la huelga general y eso es lo que tenemos que tratar. Ahora corresponde que el Comité Central diga si vamos o no a la huelga en forma concreta porque todo el país está esperando nuestra resolución. El compañero Valdéz que no está presente porque ha sufrido un lamentable accidente, nos dijo en la reunión de la Comisión Administrativa cuál era la posición de los trabajadores de todo el norte del país, que en la mayoría de las zonas ya están en huelga. Hemos escuchado al compañero Bustamante que nos trae la posición del movimiento obrero de Rosario, entonces esos informes con los que tenemos de otras provincias nos dan los elementos de juicio para que resolvamos en forma concreta qué hay que hacer. No se trata aquí de que votemos una huelga en principio sino que tomemos

una resolución en firme. La clase obrera muchas veces se ha jugado por la libertad de sus hombres detenidos, y la posición del Coronel Perón es la de un trabajador que dio a sus compañeros todo lo que pudo y todo lo sacrificó. Perón solo, ganó más conquistas para los trabajadores que éstos en 100 años de lucha con lo que nosotros nos ahorramos muchos sacrificios y energías. Si muchas veces nos jugamos por un hombre por qué no vamos a jugarlos por la libertad del Coronel Perón. Nosotros tenemos el deber moral de defenderlo.

Manso [UF]: Voy a discrepar con las opiniones de los compañeros que han hablado hasta ahora porque los hombres que tenemos alguna responsabilidad en la dirección del movimiento obrero y más directamente en los sindicatos mayoritarios, no podemos hacer girar estos en forma caprichosa y muchas veces contraria al verdadero interés de los trabajadores. Por eso tenemos que pensar 10 veces antes de tomar alguna resolución como la que aquí se propugna. ¿Alguno de Uds. sabe a ciencia cierta qué es lo que pasa en las altas esferas? Por un lado nos dicen todos que son amigos de Perón y que éste no está detenido sino que está custodiado en resguardo de su propia seguridad; a la vez, se nos asegura que las conquistas sociales serán respetadas. Si la delegación que fue a ver al Presidente recibió seguridad de que las conquistas serán respetadas y que el Coronel no está detenido, me parece que bajo ningún concepto podemos declarar la huelga general por cuanto los motivos han desaparecido y no vaya a ser que atropellando a degüello como queremos hacer con la declaración de huelga, en vez de favorecer, perjudiquemos al Coronel Perón. De tal manera, yo sospecho que con esta huelga favoreceríamos a la clase capitalista y no a los trabajadores. Tampoco sabemos si todo el ejército está de acuerdo con el cambio de gobierno. Es por todo esto compañeros que yo propongo que el Comité Central Confederal se mantenga reunido en sesión permanente a la expectativa de los acontecimientos. Si el gobierno no cumple la promesa de respetar las conquistas obreras y el gabinete no es de nuestra confianza, entonces habrá llegado el momento de declarar la huelga general.

Lombardi [UT]: Ninguno de Uds. ignora que el momento es sumamente grave pues corremos el riesgo de perder el control del movimiento obrero que tanto trabajo nos ha costado organizar. Las masas obreras, para qué vamos a negarlo, nos están arrollando en una forma desordenada. Si nosotros no tenemos el control del movimiento que ya se está produciendo, éste en sus consecuencias se perderá y terminará en un desastre para la clase trabajadora porque será un movimiento sin control y sin dirección. La Comisión Administrativa ha declarado la huelga general en principio y trae su resolución al Comité Central para que éste la apruebe o desapruebe. Mi opinión es que dado que las circunstancias que motivaron la resolución de la Comisión Administrativa no han desaparecido, el Comité Central debe aprobar la declaración de huelga general y tomar las disposiciones necesarias para asegurar su éxito. Estoy de acuerdo en que conviene cuidar ciertos detalles, por lo que si declaramos la huelga ella será en defensa de las conquistas obreras. Tenemos que tener en cuenta también que hay muchos sindicatos autónomos, a los

que tendremos que consultar para que el movimiento tenga la fuerza y eficacia que todos queremos, como también cuando hagamos la declaración pública a los trabajadores explicando los motivos de la huelga. Dicen algunos compañeros que por el momento no conviene declarar la huelga por cuanto las gestiones que realiza el secretariado están bien encaminadas y que el gobierno ha prometido respetar las conquistas obreras, de esto yo digo que la huelga tiene que ser decidida lo mismo para advertir a los capitalistas y al gobierno que estamos dispuestos; lo que sí se puede hacer es no fijar fecha.

Benigno Pérez [Ayudante de casa]: Yo creo que lo que se está haciendo aquí es enfrentar a las masas obreras, cuando en realidad lo que tenemos que hacer es defenderlas. Nosotros no sabemos si el Coronel Perón está enfermo, resguardado o preso. Es necesario que una vez por todas la CGT se coloque en el papel que le corresponde como directora del movimiento obrero pues caso contrario los trabajadores le perderán confianza. Hay que reconocer honestamente que el Coronel Perón está hoy en esta situación por el solo hecho de haber defendido a los trabajadores y en los 35 años que estoy en el país ha sido la primera vez que he visto que un hombre se jugó todo por los trabajadores.

Yo hago moción que se emplace al gobierno para que ponga en libertad al Coronel Perón y para que nos dé garantía de que será respetada la libertad del mismo y las conquistas que obtuvimos. Los obreros de todo el país están con los ojos puestos en la CGT y piden que ésta defienda al Coronel Perón y si no lo hacemos éstos nos perderán la confianza, especialmente los del interior del país.

Perazzolo: Las explicaciones dadas por el Secretario General respecto a las entrevistas sostenidas por el Presidente de la Nación y el Sr. Ministro de Guerra, nos dicen que las preguntas hechas por la delegación confederal fueron contestadas en forma categórica en el sentido de que las conquistas obreras serían respetadas y mantenidas, y que algunas serían mejoradas en lo posible. También se aclaró la situación del Coronel, por lo que a mi juicio prácticamente no hay motivos para tomar esa medida extrema que tanto exigen algunos compañeros.

En lo referente a los sindicatos autónomos y a lo que ellos piensan en estos momentos, debo decir con toda claridad que ellos no pueden ser materia de juicio para nosotros. Esta afirmación la hago por la experiencia sindical que tengo, vivida también en la CGT. No es la primera vez que los sindicatos autónomos se acercan a la Confederación General. Siempre sucede así cuando necesitan nuestra ayuda o cuando están en un grave aprieto del que no pueden salir, entonces recurren a la CGT y esto debe terminar de una buena vez. Si ellos están con la CGT que se afilien y cumplan con todos los deberes y así tendrán todos los derechos, porque no es posible que como ahora, quieran imponernos actitudes y posiciones, cuyas consecuencias solamente cargaremos nosotros. Los que hace algunos años venimos actuando en el cuerpo de dirección de la Central Obrera, conocemos ya los argumentos que algunos compañeros nos dan, como también el panorama que nos pintan. Yo les recordaré el año 1942. Cuando se dividió la Central Obrera fue precisamente

porque se quiso hacer girar el movimiento obrero de un lado para otro en cumplimiento de directivas políticas. Antes era los comunistas y ahora son otros elementos que sin ser comunistas también en esta oportunidad están cumpliendo directivas políticas, y eso tiene que terminar si es que no queremos que este movimiento que hemos construido después del 42 termine también en un desastre como el otro. El Comité Central Confederal debe medir bien los pasos que va a dar para que mañana no tengamos que arrepentirnos de los actos cometidos. Yo estoy con la obra que cumple la Secretaría de Trabajo y Previsión pero eso no significa que debamos adoptar actitudes apresuradas, sobre todo teniendo en cuenta que hay gremios que sea cual fuere siempre están en contra de lo que hace la CGT. Tampoco tenemos que perder de vista a los comunistas que están infiltrados en el movimiento en una posición contraria a la [de la CGT (?)] y por último es la misma oligarquía la más interesada en que provoquemos disturbios para justificar luego las represalias que quiere tomar contra los trabajadores y sus organizaciones. No debemos olvidar que fue el mismo Coronel Perón quien nos dijo que la consigna era del trabajo a la casa y que debíamos evitar por todos los medios la provocación de incidentes.

El Coronel Perón sabe qué hay detrás de todo esto y por eso es que nos ha aconsejado que evitemos la provocación de incidentes, debo decir también que no comparto el criterio que se ha expresado aquí en el sentido de que declaremos la huelga y que dejemos la fecha a criterio de la Comisión Administrativa. La declaración de huelga es facultad privativa del Comité Central Confederal y de ninguna manera me parece que podemos delegar esa facultad pues ello demostraría nuestra falta de energía para enfocar el problema y resolverlo. Aquí hemos de resolver lo que corresponda para bien o para mal de la clase trabajadora. Nuestra organización, la Unión Ferroviaria, tiene conocimiento oficial de que el Coronel Perón está internado ya en el Hospital Militar Central donde se podrá visitar dentro de poco. A mí también me consternó la noticia de que el Coronel Perón estaba detenido y anoche cuando recibí el telegrama citándome a esta reunión pensé de inmediato que lo que correspondía era declarar la huelga general de acuerdo al ambiente que había en la calle, pero cuando vine a la organización que pertenezco y tomé contacto con mis compañeros y éstos me informaron cuál era la situación real, empecé a reflexionar que no era conveniente adoptar actitudes apresuradas sobre un problema que ya está en vías de solución. Me parece que lo mejor que podemos hacer es pasar hoy a cuarto intermedio hasta mañana y dar amplia publicidad de que estamos reunidos. Con esto crearemos la guerra de nervios. En concreto mi posición es que la CGT por ahora no debe declarar la huelga general.

Méndez [Fed. Obrera del Vestido]: Ayer hemos tomado una resolución y estamos discutiendo mucho tiempo y no hemos podido darle otra solución que la tomada por la Comisión Administrativa. Yo no tomo las palabras que han pronunciado los compañeros aquí, porque para ello tendría que anotarlas y por otro lado, según mi entender, cada uno de los compañeros que está en esta reunión tiene ya su posición tomada de

acuerdo a la que le indicara el gremio a que pertenece por intermedio de sus respectivas comisiones directivas. Yo tengo la posición de mi gremio el que está a favor de la huelga general, y tengo informes que la mayoría de los compañeros tienen mandato, entonces lo mejor es que abreviemos y pasemos a votar, pues si bien es cierto que la discusión es buena no es menos cierto que si seguimos en este tren toda la noche estaremos deliberando y como siempre nunca la CGT tomará una resolución a tiempo.

Aquí nadie habló de hacer la huelga contra el gobierno sino contra la reacción del capitalismo y en defensa de las conquistas obreras. Mi sindicato está por que se declare la huelga general por el término de 48 horas, y en lo demás coincidimos con lo expresado por el Compañero Néstor Alvarez en el sentido de que no puede ser el motivo pedir la libertad del Coronel Perón porque eso está contra los principios sindicales. Nosotros no queremos hacer una revolución sino que simplemente queremos defender las conquistas obtenidas. Las mismas obreras costureras me han traído el informe de que los patrones les dicen que se acabó el Coronel Perón y las conquistas obreras, por lo tanto defendiendo nuestras conquistas en forma indirecta defendemos a Perón, que es la única forma en que podemos hacerlo.

Si la CGT no toma una posición enérgica, los hombres que aún están en el gobierno van a decir que no somos capaces de defenderlos y entonces sucederán las peores cosas porque ellos se entregarán al capitalismo para no caer, y de esta manera las conquistas sociales se vendrán abajo. Propongo que a partir de las 0,01 horas del día jueves se declare un paro general en todo el país por el término de 48 horas para demostrar a la clase capitalista nuestra fuerza, de esta manera también cuando en el futuro se quiera formar gobierno se consultará a la CGT respecto a si está de acuerdo o no, porque corresponde que la CGT sea consultada. Por otra parte carecen de fuerza las organizaciones que están contra la CGT ya que la única que podría oponérsele es la Unión Obrera Local que como todos sabemos [es] actualmente un sello. Tendremos pleno éxito en la huelga general porque la única organización que actualmente controla las masas obreras es la Confederación General del Trabajo.

Pautasso: Yo pensé apoyar la declaración de huelga general antes de conocer el informe de la Comisión Administrativa y creo que en mi situación se encuentran todos mis compañeros de delegación. Ahora tendremos que reflexionar muy seriamente si es que vamos a declarar la huelga porque ya tenemos la palabra del gobierno en el sentido de que las conquistas serán respetadas. Yo no le tengo miedo a la huelga general porque mis años de militancia me han enseñado que cuando hay que jugarse corresponde hacerlo sin vacilación, pero también esos años me han dado experiencia y me hacen reflexionar sobre la magnitud de esta medida que discutimos. No veo la urgencia en que adoptemos una medida de fuerza. Más bien conviene seguir de cerca los acontecimientos y luego recién resolver lo que corresponda cuando tengamos algún hecho concreto para juzgar. Actualmente carecemos de

razones para declarar el movimiento de huelga. Lo que nosotros tenemos que hacer es evitar que el gobierno sea entregado a la Corte y que nos sean arrebatadas las conquistas, y eso lo conquistaremos reforzando la posición de las actuales autoridades. Por todo eso no estoy de acuerdo en que se declare la huelga general. Debo agregar que yo no traigo ningún mandato de la organización a que pertenezco pero entiendo que si el gremio me tiene alguna confianza yo no puedo defraudarlo. Me ha mandado a este cuerpo para que defienda en la mejor manera posible los intereses obreros y es por eso que asumo esta posición.

Caprara: Les he escuchado las opiniones de todos los compañeros que han hablado y de un análisis de la misma surge que el problema se reduce a dos aspectos. El primero a la libertad del Coronel Perón y el segundo a la defensa de las conquistas obreras. Comprendo el estado emocional de los compañeros que han hablado en favor de la declaración de huelga pero tampoco debemos dejar de analizar serenamente la opinión del Secretariado que es el que ha realizado las gestiones en este asunto. Yo le pediría a los compañeros del secretariado que gestionen de inmediato una entrevista para ir a visitar al Coronel Perón y luego sabremos si realmente está en libertad o no. Declaro honestamente que desconozco que las conquistas obreras estén siendo burladas ya, salvo la información que nos trae el compañero Méndez, de la cual no tengo razón para dudar. Pero nadie negará que necesitamos más elementos de juicio para resolver este problema. Si mañana los hechos demuestran que realmente nos encontramos frente a una campaña de reacción patronal, yo seré el primero en votar la declaración de huelga general. Por eso me parece que lo más conveniente es que pasemos a cuarto intermedio y que en el intervalo que hay entre esta noche y mañana el Secretariado procure reunir la mayor cantidad de nuevos antecedentes para que mañana podamos adoptar una resolución definitiva.

Malvicini [UF]: Yo creo compañero Presidente que pese a todo lo que se dijo todavía hay algo que decir. En realidad de las palabras de todos los compañeros se deduce fácilmente que todo el problema gira en torno a la libertad del Coronel Perón y al respecto se puede decir hoy categóricamente que la situación ha cambiado en forma terminante y por eso yo también he cambiado de posición y reconozco que declarar la huelga general en estos momentos sería de resultados desastrosos para los trabajadores porque pondríamos al gobierno en contra [de] nosotros.

Las palabras que las autoridades han dicho a la Delegación de la Central Obrera y a la Comisión Directiva de la Unión Ferroviaria dan seguridad al respecto. Nosotros estamos solidarizados con el Coronel Perón pero no podemos declarar la huelga general [puesto] que sabemos que él no está detenido sino resguardado para su propia salud. En general yo apoyo totalmente los conceptos expresados por el compañero Caprara y la moción que hizo en el sentido de que se nombre una delegación para que visite al Coronel Perón y le presente los saludos en nombre de la Central Obrera.

Nigrelli [Fed. de Obreros Cerveceros]: Me parece acertado que un delegado confederal trate de visitar al Coronel Perón, pero creo que esa comisión debe ser lo más amplia posible y deberá cumplir su cometido dentro de la mayor brevedad y luego nos reunimos nuevamente para resolver lo que corresponda.

Conditti [ATE]: Compañeros, nosotros ya hemos perdido un tiempo valioso y éstos no son momentos de discutir sino de resolver lo que tenemos que hacer en defensa de nuestras conquistas que pese a todo lo que se diga están amenazadas por la reacción patronal. Hay millares de obreros de todo el país que están esperando la palabra del cuerpo confederal. Nosotros tenemos que decir con toda claridad que pedimos la libertad del Coronel y para defender nuestras conquistas. No estamos ya en situación de creer en promesas, la clase trabajadora exige ahora algo más que promesas, ella quiere hechos concretos. La clase obrera nos apoya actualmente pero mañana se mofará de nosotros si la defraudamos en esta ocasión. El hecho de que haya sindicatos que no estén en la CGT no tiene algún [?] volumen, estoy seguro que se encuentran dispuestos a secundar las medidas que adoptemos. Yo apoyo la declaración de huelga que será en defensa de las conquistas obreras y en contra de la oligarquía.

Andreotti: Como hay compañeros que dicen que han desaparecido los motivos que podían influir en la declaración de la huelga, yo he confeccionado un cuestionario de 10 puntos en el que están otros tantos problemas que afectan vitalmente a la clase trabajadora de tal manera que cada uno de ellos pueden motivar la declaración de huelga que tanto discutimos nosotros. Da lectura al cuestionario que menciona y dice que lo deja a criterio de los miembros del Comité Central.

Parrilli: Yo tenía el mismo concepto cuando venía de Junín pero luego de escuchar a los compañeros de la Comisión Directiva de la Unión Ferroviaria, he cambiado de opinión y reconozco que por el momento no conviene la declaración de huelga que propugnan varios compañeros.

Este concepto me ha sido reforzado con el informe que ha dado el compañero Secretario General, que nos dice que el Coronel Perón ya está en libertad y que se encuentra internado en el Hospital Militar curándose de la enfermedad que le aqueja. Apoyo al compañero Caprara en la moción que ha hecho, y yo le haría un agregado si me lo permite en el sentido de que se vea al Sr. Presidente de la Nación con el Comité Central en pleno, para expresarle nuestro deseo de que el gobierno sea integrado por militares y que no sea entregado a la Corte Suprema.

Bustamante: Apoyo la moción del compañero Parrilli.

Seijo: Propongo que se cierre el debate, con lista de oradores.

Se aprueba el cierre del debate por unanimidad.

D'Alessio [Sindicato del Vidrio]: En las primeras efervescencias, la mayoría de los trabajadores de Avellaneda fueron a la huelga y al salir a la calle se les disolvió con gases lacrimógenos. Después quisieron venir al centro y tampoco se les permitió pues se levantaron los puentes

del Riachuelo. Ellos me pidieron que gestionara en la CGT que les permitieran llegar hasta la capital.

Carballido [UT]: Dice que se vienen momentos graves para el país y que por eso está de acuerdo con las palabras pronunciadas por su compañero de representación, Lombardi, propiciando que se declare la huelga general en principio. La mecha está encendida y costará apagarla.

Como ejemplo dice que nosotros tenemos algunos compañeros del transporte automotor que dicen que en la Secretaría de Trabajo y Previsión no hay nada que hacer porque el Coronel Perón ha caído. Ese estado de ánimo lo hemos visto reflejado en varias partes, así por ejemplo nosotros teníamos que informar a un garaje de una cuestión importante y le citamos por dos veces a la reunión y no han venido. Yo entiendo compañeros que este asunto no se puede encarar desde otro punto de vista porque si no lo haremos mal. Las promesas y la seguridad que nos dan se contradicen abiertamente con la realidad. Nosotros no podemos creer en promesas, cuando estamos ya sopor-tando una campaña de reacción capitalista. El estado de ánimo de la gente es exaltado. Numerosos personales obreros han salido a la calle y ya se ha quemado un tranvía por Barracas, y según los informes que tengo, en Avellaneda toda actividad está paralizada. Se dice que la CGT no puede pedir la libertad del Coronel Perón, aceptemos ese concepto, pero no por eso vamos a dejar de defender nuestras conquistas que nadie puede negar que están amenazadas. Los patrones no quieren pagar el 12 de Octubre.

Yo voy a terminar pero antes de hacerlo quería pedirles que mediten bien, estoy con la moción de mis compañeros de delegación, de que se declare la huelga general en principio. Se puede dar un compás de espera pero no más de dos días.

Ferrari: Ayer cuando se tomó la resolución de declarar la huelga general en principio en la reunión de la Comisión Administrativa, yo dije que la huelga sería hecha en defensa de las conquistas obreras y contra la oligarquía que había ganado una posición de privilegio en el gobierno, situación confesada por los propios funcionarios. Los diarios entregados al capital y a la oligarquía aplauden las palabras del nuevo Secretario de Trabajo y Previsión y eso sólo ya es un índice para nosotros porque hasta hace muy pocos días esos mismos diarios se caracterizaban por su violenta oposición a la obra que cumplía la Secretaría de Trabajo y Previsión. Ayer analizamos extensamente el problema antes de tomar la resolución que Uds. conocen y ahora nuevamente se arguye de que no hay razones para declarar la huelga general y que no puede ser motivo el pedido de libertad del Coronel Perón. Yo pregunto ¿y la negativa de los patrones a pagar el 12 de Octubre y a otorgar las vacaciones? ¿Y la campaña que hace la prensa enemiga de la clase obrera? ¿Y la información que dan los diarios sobre los posibles integrantes del gabinete nacional, conspicuos miembros de la oligarquía todos ellos? ¿Y la prisión del Coronel Perón? Porque pese a todo lo que se diga, el Coronel está preso ¿Y la detención del Teniente Coronel Mercante y el Capitán Russo? Dentro de poco seguiremos

nosotros el mismo camino, pues no debemos olvidar que si Avalos se proclama amigo de Perón, Vernengo Lima es enemigo acérrimo de aquél y de nosotros y a mi juicio, tiene más influencia en el gobierno Vernengo Lima que nadie porque cuenta con el apoyo del capital y la oligarquía; nos han dicho también que el General Farrell habló ante nuestros compañeros como constreñido o como si le hubiesen impuesto las palabras que dijo pues los compañeros que lo visitaron dijeron que estaba muy deprimido. En concreto la situación sería ésta, Avalos está con Perón y Vernengo Lima está contra Perón. Me parece entonces que nuestra actitud va a reforzar la posición del primero y tendrá como consecuencia inmediata la libertad del Coronel y el aseguramiento de todas nuestras conquistas. Tenemos que aprovechar este momento excepcionalmente favorable para nosotros, pues si no habremos perdido la lucha por muchos años. No olvidemos que la oligarquía está unida al comunismo y los comunistas no necesitarán mucho tiempo para quitarnos la dirección del movimiento obrero, y entonces estará todo perdido.

Blanco [UF]: Parecería que los compañeros ferroviarios somos el punto negro en este debate pero no es así, lo único que hacemos es traer a Uds. nuestra experiencia sindical, que sin desmerecer la que Uds. tengan, la consideramos más vasta porque hace muchos años que venimos luchando dentro del movimiento sindical, y me parece que no me equívoco si digo que aquí hay compañeros buenos y bien intencionados pero que hace muy poco tiempo que están en el gremialismo, al menos en función de dirigentes. Al entusiasmo juvenil de Uds. nosotros le traemos nuestra experiencia, por eso no es perder el tiempo todo lo que conversamos, al contrario, clarificaremos nuestras ideas. Así por lo pronto hemos ya convenido en forma unánime por lo menos, que si declaramos una huelga general, ella no podría ser por la libertad de un hombre que no es un luchador sindical, sino en defensa de nuestras conquistas que están amenazadas. Todos somos solidarios con el Coronel Perón por lo que ha hecho por los trabajadores, y por su libertad podemos hacer mucho sin indicarlo precisamente como el motivo del movimiento. Es por tal causa que estoy con la moción del compañero Caprara en el sentido de que antes de tomar cualquier resolución entrevistemos al Coronel Perón para informarnos realmente de cuál es la situación. Apoyo también la moción del compañero Parrilli en el sentido de que sea el Comité Central Confederal en pleno el que entreviste al Coronel.

Alpuy: Ayer la base de nuestra discusión y el motivo de la resolución que tomamos fue la libertad del Coronel Perón. Ahora tenemos ya la seguridad de que el Coronel está en libertad, porque el Gobierno ha cumplido su palabra dando el comunicado de prensa del que todos hemos [tomado conocimiento (?)], donde también se dice que las conquistas obreras serán respetadas. Qué queremos entonces si ambos problemas ya están resueltos y en cuanto a si se cumplirá o no la promesa del gobierno nosotros no podemos entrar a prejuzgar porque entonces vamos directamente a un desastre. Entonces vamos a hablar

claro como corresponde a hombres grandes. Lo que pasa es que hay compañeros que creen que si se destruye la Secretaría de Trabajo y Previsión, ellos desaparecen del movimiento obrero y entonces tendremos que estar embarcando a todo el movimiento en una posición suicida en defensa de sus intereses personales y eso no puede ser. El día que yo no me considere capaz de enfrentar la situación tranquilamente agarro y me voy a mi casa y se acabó. Sorprende la insistencia de ciertos compañeros en querer que declaremos la huelga general a toda costa, y esto me hace pensar en [que] lo que están diciendo es una repetición de lo que dice[n] siempre.

Andreotti: Si discrepa con nuestra posición que haga moción y votemos, pero sepa Ud. compañero Alpuy que pese a lo que Ud. dice, yo soy de los dirigentes que no se dejan arrastrar por la masa, yo sé lo que ellas quieren, y me adelanto para dirigirla y [no] como hacen muchos dirigentes que sólo actúan presionados por las circunstancias.

Pontieri: Pide que no se hagan polémicas y llama la atención sobre el tono ofensivo que emplean algunos compañeros cuando hablan. Dice que es necesaria la calma y serenidad para poder resolver eficazmente el problema.

Alpuy: Si me seguían interrumpiendo yo no iba a hablar más. Quiero simplemente decir que estoy de acuerdo con la moción del compañero Caprara en el sentido de que se visite al Coronel Perón.

Perazzolo: Yo quería pedirle al compañero Andreotti que se serene y reflexione respecto a lo que dice porque si él es dirigente y lleva su gremio adonde quiere, quiero recordarle que la mayoría de los que estamos diciendo ya lo éramos posiblemente en una época en que él todavía no tenía conocimiento del gramialismo y sus luchas.

Pontieri: Formula algunas consideraciones con respecto a lo expresado por los compañeros en el curso del debate y dice que en su poder hay dos mociones: una que es presentada en conjunto por los compañeros Caprara, Perazzolo, Parrilli y Manso que dice lo siguiente: "El Comité Central Confederal resuelve: 1) El Secretariado visitará al Coronel Perón llevando el saludo de la Confederación General del Trabajo. 2) El secretariado gestionará ante el Sr. Presidente de la Nación una audiencia conjunta con el Sr. Ministro de Guerra y Marina para el Comité Central en pleno, llevando los puntos siguientes: a) mantenimiento de las conquistas obtenidas; b) no entregar el gobierno a la Suprema Corte de la Nación; c) concretar las violaciones a los decretos del superior gobierno emanados de la Secretaría de Trabajo y Previsión; d) participación activa en los diferendos de actualidades públicas; e) declaración pública del Poder Ejecutivo de esta entrevista. 3) Mantener al Comité Central Confederal en sesión permanente. Por su parte el compañero Andreotti con el apoyo del compañero Seijo, Ferrari, Piccolo y Conditti han hecho llegar la siguiente moción: "La Confederación General del Trabajo resuelve: En defensa de las conquistas obtenidas y las por obtener y considerando que éstas se hallan en peligro ante la toma del poder por las fuerzas del capital y la oligarquía declara un Paro General en todo el país por el término de 24

horas el que se hará efectivo a partir del día jueves a las cero hora.

Pontieri: Se va a votar.

Varios compañeros a la vez piden votación nominal.

Pontieri: Se va a efectuar votación nominal.

Los que estén por la moción del compañero Caprara se expedirán en contra de la huelga general y los que estén por la del compañero Andreotti lo harán a favor. Se vota nominalmente y lo hacen en contra de la declaración de huelga general los siguientes compañeros: Alpuy, F. Blanco, J. Caprara, J. Griffó, J. J. Perazzolo, A. S. Parrilli, B. Pautasso, S. Pontieri, José Manso, Anselmo Malvicini y R. Tejada.

En favor de la declaración de huelga general: N. Alvarez, B. Arpessella, A. Andreotti, R. Bustamante, D. Carballido, C. Conditti, N. D'Alessio, L. Ferrari, P. Larrosa, R. Lombardi, M. Piccolo, Benigno Pérez, José R. Méndez, Felipe Nazca, Jorge Nigrelli, Eduardo A. Seijo.

Pontieri: Por 16 votos contra 11 queda declarada la huelga general por 24 horas a partir de la hora cero del día jueves 18. Voy a hacer un pedido a los compañeros que han presentado la moción de la huelga general en el sentido de que dejen a cargo del secretariado en un breve cuarto intermedio la redacción definitiva de la declaración pública que haremos notificando la resolución que adoptamos. Por unanimidad se pasa a un breve cuarto intermedio para que el Secretariado efectúe la redacción.

Reanudada la sesión éste presenta la siguiente redacción que es aprobada por unanimidad:

El Comité Central de la Confederación General del Trabajo declara la huelga general de los trabajadores en todo el país por 24 horas para el día 18 de octubre desde las 0.00 hora hasta las 24 horas del mismo día para expresar el pensamiento de la clase obrera en este momento excepcional que vive el país y por las siguientes razones:

1) Contra la entrega del gobierno a la Corte Suprema y contra todo gabinete de la oligarquía.

2) Formación de un gobierno que sea una garantía de democracia y libertad para el país y que consulte la opinión de las organizaciones sindicales de trabajadores.

3) Realización de elecciones libres en la fecha fijada.

4) Levantamiento del estado de sitio. Por la libertad de todos los presos civiles y militares que se hayan distinguido por sus claras y firmes convicciones democráticas y por su identificación con la causa obrera.

5) Mantenimiento de las conquistas sociales y ampliación de las mismas. Aplicación de la Reglamentación de las Asociaciones Profesionales.

6) Que se termine de firmar de inmediato el decreto ley sobre aumentos de sueldos y jornales, salario mínimo básico y móvil y participación en las ganancias y que se resuelva el problema agrario mediante el reparto de la tierra al que la trabaja y el cumplimiento integral del Estatuto del Peón.

Pontieri: No habiendo nada más se pasa a cuarto intermedio; queda el cuerpo reunido en sesión permanente. Son las 23,45 hs.

Apuntes sobre metodología del trabajo de masas

El documento que reproducimos a continuación fue aprobado en la reunión de Chile (noviembre de 1972) del MIJARC. El Movimiento Internacional de la Juventud Agraria y Rural Católica es una entidad creada en 1954, con sede en Bélgica, que agrupa a varias decenas de movimientos rurales de origen católico distribuidos por todo el mundo, forma parte de la UNESCO y de la FAO y es reconocida por el Vaticano como Organización Internacional Católica. En nuestro país, el MIJARC está representado por el Movimiento Rural de la Acción Católica, fundado por la Iglesia en 1958 y verdadero centro de iniciativa para la formación de las Ligas Agrarias del Noreste. Esta estrecha relación inicial entre la jerarquía eclesiástica y el movimiento rural fue dando paso a una divergencia cada vez más profunda que hace crisis en 1972, cuando la XXV Asamblea Plenaria de la Comisión Episcopal Argentina resuelve retirar al MR su pertenencia a la Acción Católica, prohibiéndole además el uso de esta última denominación. El motivo de la divergencia es relativamente simple. Desde el interior de la envoltura católica mediatizada por la Iglesia, las Ligas Agrarias se fueron convirtiendo en organismos expresivos e independientes de las luchas de los campesinos medios y pobres. La radicalización fue el lógico resultado de las luchas de los agricultores del Noreste y provocó además la radicalización del Movimiento Rural y de un núcleo significativo de curas. Los Apuntes sobre metodología expresan con bastante nitidez la línea de trabajo en el campo que basada en un proceso correcto de politización de las luchas reivindicativas. Es una demostración elocuente del nivel de elaboración teórica y política alcanzado por un movimiento reivindicativo y político de masas, que intenta insertarse en el proceso nacional manteniendo a la vez su autonomía y especificidad. Sobre este tema particular de las Ligas Agrarias, véase la reciente publicación de un rico material analítico y documental en el libro de Francisco Ferrara, *Qué son las ligas agrarias*, (Siglo XXI, Buenos Aires, 1973) de donde han sido tomados los Apuntes que aquí publicamos.

APUNTES SOBRE METODOLOGIA

Línea de masa tal como la concebimos hoy es la sistematización de la experiencia china. Es, sin duda, un gran progreso en la concepción científica de la lucha popular hacia la toma del poder. Línea de masa no significa simplemente que se trabaje con todo el pueblo, sino que supone una verdadera opción política e ideológica: la masa es dueña de su destino. Es una opción que se opone a toda concepción foquista o elitista del proceso (dirección de un grupo), y la lucha armada es considerada como una dimensión de la lucha política de la masa.

1. Partir de las necesidades inmediatas de la masa dándole una línea política

Una ley fundamental de la línea de masa es partir de las necesidades más sentidas por la masa. Directa o indirectamente son necesidades económicas. El problema es cómo hacer de la lucha económica una lucha política.

a) Tener en cuenta que la lucha política no es una etapa de la lu-

cha revolucionaria. Es decir; no se trata de responder primero a las necesidades económicas de la masa, para luego pasar a una lucha política. El trabajo correctamente conducido es, desde sus primeros pasos, *político*. Puede darse que el nivel político sea bajo, por tratarse de un trabajo recién iniciado, pero siempre debe estar presente. (Por eso mismo no es correcto formular el problema de la forma siguiente: ¿cómo se da el paso de lo reivindicativo a lo político? .)

b) La línea política viene por la reflexión política. Acción sin reflexión es desarrollismo, a causa de la influencia de la ideología burguesa en las masas. La reflexión debe acompañar a la acción desde su inicio, pero, sobre todo, al final, en forma más sistematizada. Además, la reflexión debe ser hecha a nivel de la masa y de los *animadores* personales, folletos, arte popular, etc. A nivel de animadores en reuniones especiales y a un nivel más profundo.

c) La acción debe llevar el sello del animador; si éste tiene claridad de objetivos y de opción, la acción no va a quedarse en lo reivindicativo.

d) Pensar que la elevación del nivel político de la masa se da de una forma progresiva y a partir de luchas más sencillas hasta las luchas de calidad política superior. Las luchas más sencillas se dan a partir de los problemas *secundarios*: vivienda, salud, carretera, etc. Es decir, problemas derivados de otros. Las luchas que parten de los problemas *primarios* suponen un nivel político más elevado. Se dirigen hacia los problemas estructurales: desocupación, salarios, tenencia de tierra, etcétera.

e) La reflexión debe ayudar al pueblo a que descubra que tal o cual victoria no resuelve sino parcialmente sus problemas. por ejemplo: no es porque ahora tienen un sueldo mejor que ya pueden educar a sus hijos, alimentarlos de una forma más conveniente. Así el pueblo va percibiendo que la salida debe ser más amplia y no puede contentarse con pequeñas cosas.

f) El nivel político se eleva igualmente cuando la masa empieza a descubrir a sus enemigos. Y no se trata simplemente de ubicar a tal o cual fulanito, sino descubrir todo el engranaje del sistema en el cual están involucrados los explotadores.

Es importante, por último, que se den acciones de carácter ofensivo, no solamente defensivo de la explotación. Cuando los campesinos luchan por mejores precios, la lucha es más ofensiva que cuando se unen en una cooperativa para defender sus derechos.

2. Papel de los animadores

a) Hay que distinguir los distintos niveles de la animación: base, zo-

na, región, nación. Evidentemente estos eslabones no pueden ser rígidos y puede darse el caso de que un animador pertenezca a distintos niveles a la vez. Esto depende de las distintas experiencias que se dan.

b) Hay que convencionar nombres para explicar y discutir los que se da en la práctica. Esto es: que se empieza un trabajo en la medida en que las acciones van desarrollándose, surgiendo individuos que se interesan más, que asumen más y mejor las responsabilidades, que descubren los problemas, etc. A éstos hay que ir integrándolos y reuniéndolos, dándoles una forma más profunda, a partir de la acción. A este grupo hay quienes lo llaman "vanguardia". Así "vanguardia", "animadores", "liderazgo" o similares, se dan a nivel de base, zona, región, nación. Vamos a llamar *animadores* a estas personas.

c) A los animadores corresponde garantizar la *conducción* política del trabajo en sus distintos niveles. Y puede darse que haya animación pero que de hecho no haya *conducción política*. En este caso el trabajo no va adelante, no se da el ir y venir o el flujo y el reflujo de la base hasta el nacional y del nacional hasta la base. Se reúnen los animadores, pero por falta de visión, de análisis, de método, no se sacan líneas claras, no se teoriza sobre la acción, sobre la situación de la base. Hay reuniones de los distintos escalones de la animación y, sin embargo, no hay *conducción política*.

d) *Las tareas más concretas de los animadores.* (Aplicándolas a los distintos niveles de la animación).

• los animadores deben ser los

elementos más esclarecidos del movimiento, para poder conducir con lucidez al movimiento, y evitar la invasión cultural y el espontaneísmo.

• los animadores deben ser capaces de traducir e interpretar las fuerzas y la capacidad de lucha del pueblo para enfrentar los problemas. Deben ser capaces de sistematizar y devolver constantemente al pueblo los problemas.

• para ser eficaces, los animadores, deben tener un análisis concreto y permanente de las contradicciones fundamentales del sistema: un análisis de los efectos que producen esas contradicciones; deben esforzarse constantemente por lograr una síntesis entre su visión global y lo que el pueblo mismo conoce. Debe darse una dialéctica entre su sabiduría y la sabiduría del pueblo; de ahí que lo primero que debe tener el animador es *saber aprender con el pueblo*.

• tener bien claro el objetivo político de la lucha, la estrategia y la táctica.

• saber problematizar y ordenar los problemas para devolverlos al pueblo..

• saber informar al pueblo de los hechos que se dan fuera de su comunidad y, además, dar elementos para que el pueblo pueda interpretar las informaciones que recibe por los distintos medios de comunicación social, sobre todo radio.

3. Cómo acompañar y formar a los más avanzados.

Se trata de una tarea fundamental y decisiva de la animación. Algunos puntos importantes a tener en cuenta:

a) *Promover encuentros periódicos*

• para conseguir el acompañamiento de la acción

• para ir interpretando las aspiraciones de la base juntamente con la visión más global de los animadores, de nivel más elevado.

• para hacer un trabajo de análisis más alto y profundo.

• para incorporarlos a las críticas e interpretaciones que se van haciendo.

b) *Darles tareas específicas y concretas.* Revisarlas para ubicar los interrogantes y problemas que van apareciendo; así se mide el compromiso y el progreso. Hay algunos que pueden avanzar más, pero que no lo hacen porque no se les dan tareas más elevadas.

c) Utilizar boletines; documentos y otro material de lectura para la formación. Esto es muy importante. Pero el material debe ser adecuado al nivel político del que va a leerlo. Además, hay que discutir con ellos el material leído

d) *Acompañamiento a nivel personal*, que a veces, puede ser determinante. Esto se hace aprovechando las oportunidades que van apareciendo, pero, sobre todo, cuando se puede visitar y conocer más de cerca los problemas que viven.

Nota. A veces se usa la palabra "líder". Pero líder es un concepto de origen americano (leader), lo mismo que conductor, y responde originariamente a una educación vertical, utilizada para el desarrollo de comunidad. En este sentido, se hacen cursos para formar líderes. Entonces, tenemos líderes formados... Pero a nivel de línea de masa, no hay, propiamente hablando, líderes. Además la práctica

muestra cómo algunos van siendo superados en la lucha por otros más radicalizados, con cualidades más apropiadas para tal o cual tarea. Es decir; liderazgo no es una cualidad definitiva, sino muchas veces temporaria. Así, no es bien apropiado el uso de la palabra cuando se habla de los más avanzados, de los animadores, etc.

4. Objetivo, estrategia, táctica

Hay que tener claro estos conceptos

a) *objetivo* es la meta que se quiere alcanzar a largo o corto plazo

b) *estrategia* son las líneas fundamentales para lograr el objetivo

c) *táctica* son los pasos chicos.

Este todo se define en base a un análisis de la situación de cada país y zona. Pero supongamos que se tome como línea estratégica el logro de una conciencia de clase, por ejemplo. Entonces, las tácticas deben ser adecuadas a esta estrategia. Nunca una táctica puede ser contraria a la estrategia, pero sí puede ser contraria a otra táctica. Las tácticas cambian según la situación histórica concreta. La flexibilidad táctica suele significar claridad de objetivos.

5. Contradicciones.

Las contradicciones son los puntos débiles del sistema. Hay dos tipos fundamentales de contradicciones:

a) *contradicciones* antagónicas (o irreconciliables). Son las contradicciones que no pueden superarse en el actual sistema. Ejemplo: la contradicción entre patrones y

peones. La superación se da solamente por la lucha de clases.

b) *contradicciones no-antagónicas* (o "en el seno del pueblo"): Son las contradicciones que pueden ser superadas. Por ejemplo: dentro de la clase campesina se dan capas sociales o sectores distintos, pequeños propietarios, peones, medieros, etc. Todos pertenecen igualmente a la clase explotada, pero, sin embargo, a veces, tienen intereses contrarios. Favorecer la lucha en el seno de la clase explotada es favorecer al sistema. Entonces, estas contradicciones deben ser ubicadas y tratadas convenientemente. Lo que se logra por la *persuasión* o discusión.

6. Represión

a) El trabajo correcto es la forma mejor de vencer a la represión. Como siempre se parte del nivel de conciencia de la masa y de sus aspiraciones más sentidas, podemos tener la mejor cobertura: la cobertura de la misma masa. En este caso, cuando se da la represión, la masa podrá avanzar: va a entender que cuando busca sus legítimos intereses, el sistema lo golpea. Esto produce crecimiento político. Pero hay que estar muy atento para que la represión no venga mientras se empieza el trabajo. Como la conciencia todavía es muy nueva, la represión puede atrasar el proceso.

b) El militante político debe vivir en la masa como el pez en el agua. Es decir: totalmente en su ambiente, plenamente identificado. En estas condiciones la represión puede significar crecimiento político.

c) A veces la represión utiliza medios sutiles: crea organizaciones

paralelas (asistenciales, por supuesto, lo único que la burguesía puede hacer para la clase explotada) y entonces trata de comprar a los más avanzados. Y esto lo hace sea directamente a sueldo, sea tratando de integrarlos en organizaciones políticas, de clase. Por ejemplo: en un sindicato controlado por el sistema). La animación debe estar atenta a todo esto.

d) Hay que sacar provecho político de la represión. Esto se logra por la reflexión política sobre los hechos.

e) Hay tres formas o niveles de lucha: la lucha legal, la lucha semi-legal y la lucha clandestina. La forma que debe tomar cada lucha debe ser decidida por la masa o su vanguardia.

7. Integración de la mujer.

La práctica está mostrando la dificultad de integrar a las mujeres en la lucha revolucionaria. El hecho de que se están dando luchas directamente ligadas a problemas de la producción, trae consigo que la participación de los adultos es mucho mayor que la de los jóvenes y mujeres. Los jóvenes, por la ideología del sistema, son llevados a no preocuparse por los grandes problemas de su clase y a pensar en diversiones, sexo, deportes, etc. Las mujeres por su condición sociológica y cultural de inferioridad con respecto al varón, no participan en discusiones sobre problemas de precio de los productos, salarios, etc., aunque muchas veces trabajen más que los varones. ¿Cómo tratarla correctamente?. Lo primero que hay que hacer es partir de los problemas más sentidos por las muje-

res. Desde luego, se ve que es difícil poner a las mujeres al lado de dos varones para discutir asuntos que por la cultura campesina pertenecen al varón. Entónes, hay que empezar con un trabajo distinto con las mujeres, hasta que puedan ir integrándose al nivel de las discusiones generales de los varones. Es normal y correcto que en el seno del pueblo, del movimiento popular, se den movimientos específicos de mujeres, jóvenes, niños, etc. No se trata de hacer movimientos paralelos, sino de abrir el gran movimiento popular a los problemas específicos de ciertos sectores. Así se hace en China, y otros países, creando organizaciones de mujeres, de la juventud, etc. Este sería el principio fundamental.

Además:

- planear las reuniones de forma que las mujeres puedan también participar (horario, problemas de los niños, etc.).

- una mujer de nivel político más elevado, puede encargarse de iniciar el trabajo con otras.

- promover reuniones familiares para reflexionar sobre problemas concretos que se dan en las familias

- utilizar representaciones teatrales mostrando el problema de la mujer.

- crear actividades en que los varones y mujeres actúen en condiciones de igualdad. Por ejemplo: cultivos comunitarios.

- crear el problema y discutirlo con los varones que participan en el movimiento, sobre todo, los más avanzados.

8. Sistematización

Hay dos modos de entender esta palabra en el contexto nuestro:

a) sistematización como ordenamiento de los problemas descubiertos junto al pueblo. El principio es: "investigar los problemas del pueblo, ordenarlos y devolverlos al pueblo para que los aplique firmemente". Esto implica que el animador esté de algún modo integrado en la masa y que trate de investigar los problemas más sentidos por ella. Entonces descubre que la gente habla del problema de vivienda, de escuela, de salarios, de tenencia de la tierra, de salud, de carreteras, etc. El trabajo del animador es promover la discusión de estos problemas de distintas formas: en discusiones generales, con grupos en contacto en las casas, etc. Entonces el animador va tratando de descubrir cuáles son los problemas más frecuentes, los que siempre están presentes, sobre todo los que se refiere la gente. Supongamos que sea el problema de la escuela, de salud y de salario. (El animador inteligente, trata de elegir los problemas más nombrados.) Entonces, llegó el momento de sistematizar estos problemas para luego devolverlos al pueblo.

Esto ¿cómo se hace?. De distintas maneras que la creatividad del animador sabrá descubrir. Pero puede utilizar diapositivas, afiches, representaciones teatrales, cantos, poesías, etc. Es importante tratar de utilizar las mismas palabras y expresiones empleadas por la gente para expresar sus problemas. Lo importante es que la gente se sienta retratada en las formas de devolución. Así podrá discutir sus propios problemas.

Este es el primer sentido de la "sistematización".

b) sistematización como organización y ordenamiento del trabajo que se hace en una zona, región o país.

Nuestra acción para que sea eficaz debe ser continuamente evaluada con detalle. Pero no siempre conseguimos abarcar todos los aspectos del trabajo; especialmente cuando la acción es amplia y diversificada. El método que sigue es un intento de ayudar a poner orden en nuestro trabajo.

Tiene 3 partes:

I. Evaluación. Empezamos por una evaluación de la acción en su conjunto. Podemos seguir tratando de responder a los siguientes puntos:

• Qué estamos haciendo. Narrar todo lo que se hace.

• Cómo lo estamos haciendo. Narrar en detalle el modo con que se da la acción. Se trata de averiguar el método empleado.

• Para qué estamos haciendo tal acción. Se trata de averiguar cuál es el objetivo principal de la acción.

• Por qué. Se trata de conocer cuál es la necesidad inmediata que se intenta resolver con la acción.

• Dificultades. Las del animador, las del pueblo y las de los que están en contra.

• Facilidades. Qué es lo que está facilitando el trabajo.

• Resultados. Qué se está logrando sobre la acción.

• Repercusión. Qué dice la gente sobre la acción.

Esto es muy importante por tratarse de un trabajo de línea de masa.

• Perspectivas. Qué futuro tiene el trabajo.

II. Crítica y autocrítica. Esto es esencial. *La crítica y autocrítica es la base y condición de nuestro crecimiento.* Si no hacemos crítica y autocrítica, ¿cómo podemos descubrir si estamos logrando el objetivo propuesto?, ¿cómo profundizar la acción?

Hay dos preguntas fundamentales en la crítica y autocrítica:

• ¿En qué no fuimos correctos en la aplicación del método?

• ¿En qué fuimos correctos en la aplicación del método?

Evidentemente estas dos preguntas son muy generales y deben ser contestadas a partir de otras preguntas. Pero lo fundamental es que la crítica y autocrítica se hace a partir de la aplicación correcta o no del método. De esta manera vamos perfeccionando cada vez más nuestro método de acción. Y por el intercambio de experiencias iremos descubriendo siempre nuevas dimensiones y aplicaciones concretas del método. Las cuestiones que siguen pueden servir como ayuda a la crítica y autocrítica. No atenerse exclusivamente a ellas, pues cada trabajo tiene sus propias preguntas.

• ¿Estamos trabajando con toda la masa o solamente con una parte?

• ¿Investigamos constantemente la realidad? ¿Cómo lo hacemos?

• ¿Estamos avanzando siempre teniendo en cuenta el nivel de conciencia de la masa?

• ¿Devolvemos correctamente los problemas al pueblo para que los discuta y aplique firmemente?

• ¿Estamos valorando el arte

popular, la poesía, el canto, el teatro? (La burguesía domina al pueblo también por el arte. Hay que desmitificar el arte y los artistas burgueses que hacen "arte popular").

• ¿Cómo hacemos la reflexión política de la acción?

• ¿Nuestro trabajo avanza, o nos quedamos siempre en investigaciones y reuniones?

• ¿Cómo sacamos provecho político de las victorias y de las derrotas del pueblo?

• ¿Preparamos y utilizamos correctamente las consignas? ¿Cómo se elaboran?

• ¿Qué tipo de documentos, publicaciones... estamos utilizando para la masa?

• ¿Estamos tratando de desarrollar la creatividad de la masa?

• ¿Cómo estamos acompañando y formando a los más avanzados?

• ¿Hacemos encuentros y reuniones teniendo en cuenta los distintos niveles de conciencia?

• El trabajo de masa tiene dos dimensiones: con toda la masa y con los más avanzados. ¿Cómo estamos tomando este aspecto? (El grupo más avanzado es como el motor que solamente produce energía si está ligado a la máquina. Por otra parte, el motor se desgasta por el uso. Sus piezas, a veces, necesitan ser cambiadas, renovadas...)

III. Plan de acción. La sistematización supone siempre un plan de acción que permita un avance en el trabajo, superación y nuevas iniciativas. *La investigación de la realidad no puede faltar.*

El II Encuentro de Plástica Latinoamericana

En el mes de mayo de 1972 se realizó en La Habana el Primer Encuentro de Plástica Latinoamericana. Participaron en él artistas de diez países: Cuba, Chile, Argentina, Brasil, Colombia, México, Panamá, Perú, Uruguay y Venezuela. Este encuentro fue precedido por otro, con carácter preparatorio, realizado un mes antes en Santiago de Chile, que convocó a representantes de los países del Cono Sur: Uruguay, Argentina y Chile.

Los objetivos perseguidos por ambos Encuentros quedaron explicitados en el "Llamamiento a los artistas plásticos latinoamericanos", fechado en La Habana el 27 de mayo de ese año. Sintetizando su contenido, dichos objetivos se centran en el reconocimiento del carácter unitario continental de la lucha de los pueblos de América Latina contra la dominación imperialista y por la construcción revolucionaria del socialismo. A partir de dicho reconocimiento y del respeto a la especificidad de esa lucha en cada uno de nuestros países, se señala la necesidad de: 1) coordinar una estrategia común contra la penetración

imperialista en el ámbito artístico, denunciando y combatiendo todos los mecanismos y formas a través de los cuales dicha penetración se ejerce; 2) identificar esta lucha, en un mismo proyecto simultáneo, con la lucha contra las alienaciones y coerciones propias del sistema capitalista, que pesan sobre el ejercicio de la actividad artística; 3) asumirse el artista como un militante revolucionario e incorporar activa y eficazmente la imagen plástica a la lucha política revolucionaria de los trabajadores; 4) promover, mediante esa inserción activa y eficaz, el surgimiento de un nuevo arte descolonizado y verdaderamente representativo de la identidad nacional diferenciada de América Latina.

Un año y medio después, en octubre de este año, acaba de realizarse, nuevamente en La Habana, el Segundo Encuentro de Plástica Latinoamericana. El zarpazo imperialista en Chile impidió la concurrencia de la delegación chilena. Su ausencia fue llenada simbólicamente por el poeta Gonzalo Rojas —encargado de las relaciones diplomáticas de Chile en Cuba hasta el

momento de la traición militar proimperialista en aquel país y actual director del Comité de apoyo a la resistencia chilena quien presidió la sesión inaugural del Encuentro. Se incorporó, además, un representante del pueblo latinoamericano hermano que más directamente sufre el vasallaje impuesto por el imperialismo yanqui: Puerto Rico.

En la primera sesión del Encuentro se elaboraron y aprobaron por unanimidad tres declaraciones: una de solidaridad con la resistencia antifascista del pueblo chileno, otra de apoyo a la lucha de los pueblos árabes y, finalmente, otra de apoyo a la lucha del pueblo portorriqueño por su independencia. Posteriormente se escucharon los informes de las distintas delegaciones, referidas a la participación de los artistas plásticos en la lucha revolucionaria de cada país durante el último año y medio, y sobre la base de un balance crítico de lo actuado se inició la discusión de nuevas propuestas. Al cierre del Encuentro se elaboró una declaración con los principales acuerdos y conclusiones del mismo.

Dicha declaración reafirma los lineamientos proclamados en el primer Llamamiento, recalcando la necesidad de asumir la actividad artística como una actividad política revolucionaria militante al servicio de la liberación nacional y social de nuestros pueblos. Profundiza, además, aquellos lineamientos, en el reconocimiento de que el lenguaje plástico nacional propio y descolonizado, al cual aspiramos, sólo podrá surgir en la lucha contra las causas de nuestra colonización: el imperialismo y el sistema capitalista, que hace posible su

penetración y dominio. Como el protagonista principal de esta lucha es el pueblo trabajador, a él habrá de corresponder en última instancia la elaboración de las nuevas pautas en que se base ese lenguaje plástico nacionalmente diferenciado. Esto, tal como se deduce de los párrafos de la declaración, implica para el artista conscientemente revolucionario el abandono de toda actitud paternalista, tendiente a considerar al pueblo como mero receptor pasivo de su mensaje individualmente elaborado y transformarse en incentivador de la creatividad popular, generando instancias organizativas de base que posibiliten al pueblo la elaboración de sus propias imágenes y símbolos. Sólo así, al calor de la lucha política revolucionaria y aprendiendo del pueblo qué hay que decir y cómo, para que el mensaje sea eficaz, surgirá un nuevo lenguaje y podrá el artista despojarse de los lastres colonizados elitistas, inherentes a su formación profesional en la sociedad capitalista.

Ante la tremenda ofensiva imperialista desatada sobre nuestro continente se hace indispensable, hoy más que nunca, la solidaridad activa y la estrecha colaboración, en todos los campos de la actividad social, entre los revolucionarios de los distintos pueblos latinoamericanos. El campo artístico constituye también un importante frente de batalla. Los dos Encuentros realizados en La Habana inician la posibilidad de efectivizar concreta y prácticamente esa solidaridad y colaboración a través de los centros coordinadores constituidos en los diversos países. Para los artistas revolucionarios argentinos esa posibilidad es particular-

mente importante, ya que nadie ignora que uno de los próximos objetivos de esa ofensiva imperialista lo constituye nuestro país. De hecho, esa ofensiva tendiente a paralizar la profundización del proceso revolucionario, neutralizando y desviando de los objetivos liberadores al gobierno popular peronista, ya está en marcha, asentada en la alianza entre los burócratas traidores, los políticos burgueses, los militares entreguistas y la burguesía pseudonacional. Más que nunca se hace necesario aunar esfuerzos y coordinar acciones a lo largo y lo ancho de todo el país. A tal efecto, y sobre la base de los principios y acuerdos elaborados y concertados en conjunto con los compañeros artistas revolucionarios de América Latina, se ha constituido en Argentina un centro coordinador responsable, abierto a la

CONCLUSIONES Y ACUERDOS

I

Los participantes en el II Encuentro de Plástica Latinoamericana constatan que a partir del Llamamiento del I Encuentro y sobre la base de una amplia movilización realizada en el medio artístico, se ha desarrollado un trabajo individual y colectivo cuyos principales aspectos son:

a) Mayor participación en los movimientos y organizaciones revolucionarias.

b) Defensa de presos políticos y denuncia de la represión y las torturas.

integración en su seno de todos aquellos compañeros, sean artistas profesionales, estudiantes o militantes de base sin experiencia plástica alguna, que estén dispuestos a participar activamente con sus medios y posibilidades, en forma directa o constituyendo nuevos centros regionales en el interior del país, complementando la batalla que diariamente libran los trabajadores y la militancia de nuestra patria contra la explotación imperialista y capitalista y por la construcción del socialismo.

Ricardo Carpani, Ignacio Colombres, León Ferrari y Luis Felipe Noé

por CENTRO COORDINADOR DE BUENOS AIRES

Buenos Aires, 22 de noviembre de 1973

c) Movimientos de protesta contra las agresiones del imperialismo en los distintos países que luchan por su liberación.

d) Movilizaciones en función de determinadas fechas y hechos revolucionariamente significativos.

e) Trabajos plásticos ligados a la militancia política de base.

f) Cuestionamiento y boicot de manifestaciones culturales promovidas por el imperialismo y las burguesías dominantes.

II

La identidad de la América Latina se consolida en sus distintas

formas de lucha contra el imperialismo.

Durante la década del 60, el auge del movimiento liberador de la América Latina se vio expresado en la Revolución socialista en Cuba, el incremento de la lucha de masas, el brote de la guerrilla urbana y rural, la insurgencia de movimientos estudiantiles, la incorporación de cristianos de izquierda a la lucha revolucionaria, el crecimiento del proceso de descolonización, el sesgo nacionalista de gobiernos como el establecido en Perú a fines de 1968, el alza en Panamá de la lucha reivindicativa por la soberanía del Canal, el triunfo en 1970 de la Unidad Popular en Chile.

El imperialismo norteamericano ha desatado, ante estos logros revolucionarios, una ofensiva estratégica, cuyos puntos sobresalientes son los golpes fascista en Brasil, Bolivia, Uruguay y ahora, trágicamente, en Chile. Estos no son hechos aislados; dentro de dicha ofensiva, se insertan los ataques al triunfo popular en Argentina y a los procesos nacionalistas en el Perú y Panamá. Es imprescindible la más activa solidaridad con la resistencia y la lucha revolucionarias del pueblo chileno, única vía posible después de la escalada imperialista, así como oponerse firmemente con los métodos que exija cada caso y cada situación a todas las manifestaciones de esta ofensiva estratégica del imperialismo norteamericano.

III

En este contexto histórico, los intelectuales latinoamericanos tenemos como tarea primordial ayu-

dar a forjar y consolidar la verdadera identidad de la América Latina en la lucha contra el imperialismo y las burguesías dependientes.

Consecuentemente, reafirmamos lo expresado en el *Llamamiento de La Habana* de 1972, y exhortamos a su profundización:

Es por ello que para el artista latinoamericano la actitud militante vale tanto, tiene tanta importancia como su obra. Una y otra deben identificarse. Dicha actitud se define por el permanente ejercicio de la capacidad de encontrar, imaginar e inventar las mediaciones necesarias que le permitan comunicarse realmente con su pueblo. Esa posibilidad se abre al comenzar las masas a vivir la lucha revolucionaria como el hecho fundamental de su cotidianeidad.

Si bien el artista cuenta para una labor militante dentro del proceso revolucionario latinoamericano con el tradicional ámbito enmarcado por galerías, salones, escuelas de bellas artes, etc., donde puede realizar obras de conciencia revolucionaria y alcanzar con ellas resultados de gran eficacia política, no debe enclaustrar en ella sus posibilidades de acción.

Creemos que es desde la base del proceso revolucionario mismo donde surgirá el arte de la liberación de la América Latina.

Por ello es función de los artistas, en tanto y cuanto militantes, trabajar no sólo para el pueblo, sino aún más fundamentalmente con éste, porque sólo de éste, en definitiva, será la expresión en una sociedad revolucionaria.

El artista si se siente y vive so-

lo en cuanto artista, acepta la alienación a la que la sociedad burguesa lo condenó. No basta su credo revolucionario ni sus problemas de conciencia para cumplir acabadamente su función revolucionaria como artista. No basta con un mensaje, debe cumplir también su función de incentivador de la creación popular.

Sólo aprendiendo del pueblo y en el seno mismo del proceso revolucionario, elaborará juntamente con éste las pautas del arte como imagen de una nueva sociedad, ya que el pueblo será el protagonista del arte del futuro, dado que sólo al pueblo le pertenece la revolución

IV

Por lo tanto, en nuestra lucha sostenida contra la penetración imperialista, proponemos:

a) Organizar, simultáneamente, en los distintos países latinoamericanos, muestras colectivas contra el fascismo en Chile y la más efectiva acción en favor de la salvaguarda de artistas y obras amenazadas por la Junta. Rechazar y combatir la actividad de todas aquellas personas e instituciones que directa o indirectamente apoyen a la Junta Fascista.

b) Participar en la defensa de presos políticos latinoamericanos, y en la denuncia de la represión y la tortura, especialmente en Chile, Bolivia, Brasil, Uruguay.

c) Impulsar y apoyar la actividad artística militante en el seno de la clase obrera y los sectores populares, mediante la incorporación de la imagen plástica a la lucha cotidiana de la base.

d) Realizar obras multiplicables

- carteles, ilustraciones, etc.— respondiendo a la demanda de los movimientos revolucionarios de liberación e impulsándolos.

e) Promover el surgimiento de talleres plásticos de militancia de base que permitan a los activistas y al pueblo en general comenzar a asumir por sí mismos la elaboración de dichas imágenes en función de sus necesidades específicas.

f) Ampliar los centros coordinadores ya existentes en la América Latina y establecer su organización y sus funciones.

g) Utilizar como método de trabajo la discusión colectiva entre los artistas de acuerdo con el Llamamiento en relación a la temática y los símbolos plásticos que proponen las distintas actividades señaladas en estos acuerdos, haciendo extensiva dicha discusión a las cuestiones de carácter político concreto —práctico y teórico— en especial todo lo referente a las formas de penetración cultural y diversificación de la conciencia revolucionaria de nuestros pueblos, empleadas por el imperialismo.

h) Auspiciar la incorporación a las tareas señaladas en este Encuentro de los países recién independizados del área del Caribe —Guyana, Trinidad Tobago, Jamaica, Barbados.

i) Exhortar a la unidad de los trabajadores de la cultura, revolucionarios de la América Latina en la lucha común por la verdadera liberación, así como todas las fuerzas revolucionarias que en el mundo entero luchan por el socialismo.


La Habana, octubre 20 de 1973
"AÑO DEL XX ANIVERSARIO"

FIRMANTES:

Carnevale, Carpani, Colombes, Ferrari, Le Parc, Marcos, Noe (Argentina); Netto (Brasil); Granada (Colombia); Ceniceros Morán (México); Porcell (Panamá); Bracamonte, Palacios, Cristina (Perú);

Rivera Rosa (Puerto Rico); Arnal, Claudio, Regulo (Venezuela); Adelaida de Juan, Adigio, Azcuy, Beltrán, Blanco, Carmelo, Carol, Fayad Jamis, Fowler, Gallardo, L. Vent Dumois, López Oliva, Mariano, Martínez Pedro, Nuez, Puig, Rostgaard, Sergio, (Cuba).

Ediciones
LA ROSA BLINDADA



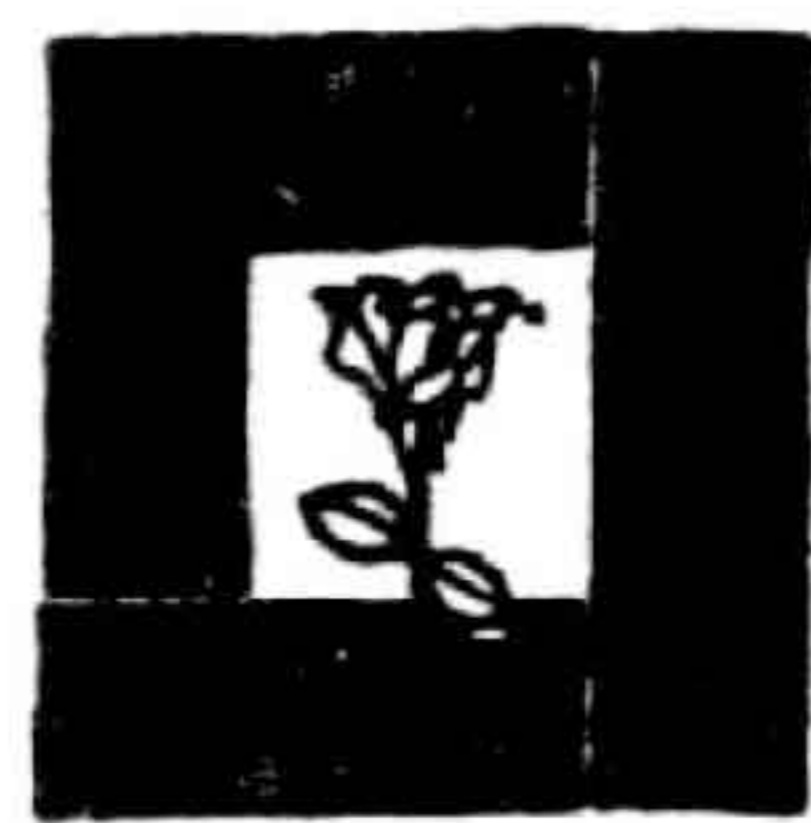
LUCHA DE CALLES, Elementos para su análisis
LUCHA DE CLASES (Córdoba 1971-1969)

Beba Balvé, Juan Carlos Marín, Miguel Murmis, Lidia Aufgang, Beatriz Balvé, Tomás Bar, Roberto Jacoby, Graciela Jacob.

La lucha de calles ya es práctica social en la Argentina. Para saber de qué se trata es necesario construir el camino a la interpretación, al análisis social global que conecte niveles políticos, económicos e ideológicos a partir de una perspectiva en la cual el interés apasionado por el avance de la clase obrera y de las masas vaya unido al conocimiento efectivo de los acontecimientos en toda su complejidad. Para penetrar estos niveles fue necesaria una paciente búsqueda y ordenación de materiales, provenientes de diarios, volantes, observación directa, entrevistas, estadísticas.

Lucha de calles, lucha de clases aparece casi inmediatamente que un nuevo gobierno reemplaza a la dictadura militar que dio origen, justamente, a las combativas movilizaciones populares, a partir de 1969. Si las elecciones del 11 de marzo de 1973 fueron posibles, se debió en gran medida a esas luchas callejeras que el proletariado y las masas populares iniciaron hace cuatro años en Córdoba.

Ediciones La rosa blindada



MAO TSE-TUNG

- I. Citas
- II. Cinco tesis filosóficas
*(Acerca de la práctica
Sobre la contradicción
Sobre el tratamiento correcto
de las contradicciones
en el seno del pueblo
¿De dónde provienen las
ideas correctas?
Sobre la propaganda)*
- III. Selección de escritos
militares

OBRAS ESCOGIDAS (en co-edición con *Nativa Libros*)

*Tomo I/ Tomo II/
Tomo III/ Tomo IV*

HO CHI MINH

SELECCION DE ESCRITOS
POLITICOS (340 pp.)
*(con un extenso estudio
preliminar de Enrica Collotti
Pischel titulado La tierra
vietnamita, Lenin y Mao en la
formación de la estrategia
de Ho Chi Minh)*

TRUONG CHINH

La resistencia vietnamita
vencerá

Vo NGUYEN GIAP

- I. El hombre y el arma
- II. Guerra del pueblo,
Ejército del pueblo
- III. Guerra de liberación
(política/estrategia/táctica)
- IV. Fuerzas armadas
revolucionarias y Ejército
de liberación

PHILIPPE SOLLERS

La teoría revolucionaria:
Lenin y Mao

LE DUAN

La revolución vietnamita
El papel de la clase obrera
vietnamita en la revolución

A. NEUBERG

La insurrección armada
*(Shanghai, Cantón, Reval,
Hamburgo, 1927)*



Librería Galerna

Revista *Pasado y Presente*, N° 1

Revista *Los Libros*, todos los números

Revista *Comunicación y Cultura*

Revista de *Ciencias de la Educación*

Revista *Nuevos Aires*

y muchas otras Revistas y libros

(Solicite el envío de listas de novedades)

Tucumán 1425, Tel. 45-9359,
Buenos Aires

LOS LIBROS DEL REPLANTEO

- El pensamiento político de Gramsci
- Una sociología alternativa
- De Hegel a Marx
- La formación del subdesarrollo
- Sociología e ideología
- Método sociológico e ideología
- Weber-Lukacs

A. REDONDO EDITOR

- La ideología liberal y II
- La economía alemana bajo el nazismo tomo I y II
- Leyendo el capital
- Crítica del socialismo de estado
- Editorial Fundamentos
- La crisis de los sindicatos laboristas
- El siglo de la revolución
- Tres generaciones

Distribuye: LIBROIMPEX S.R.L. - Belgrano 1458 - TE. 38-3407/2545 - Bs. As.

Jean M. Piotte

Franco Ferraroti

David Mc Lellan

A. Gunder Frank y otros

Adam Schaff

Giandoménico Améndola

Nicola Di Feo

André Vachet

Charles Bettelheim

Lefebvre/Mandel/Poulantzas

Svetezar Stejanivic

Blackburn y Cockburn

Cristopher Hill

Antonin Liehm/Prefacio Sartre

Los libros

Para una crítica política de la cultura

Christine Glucksann / Gramsci y la cuestión escolar.

Horacio Cuello y Fernando Mateo / Crisis ideológica y sindicalización del magisterio del Gran Buenos Aires.

Lisandro Leiva / Argentina 1973: movimiento docente.

Algunos datos cronológicos acerca del proceso de sindicalización de la docencia (1971-1973)

DOCUMENTOS

Declaración del Congreso de la C.U.T.E. (Central Unica de Trabajadores de la Educación)

Declaración de la Agrupación Docente 18 de Noviembre

Hugo Mario Vezzetti / Salud mental: ideología y poder

Antonio Mellis / Sobre el guevarismo

Lista de libros

LOS LIBROS, Tucumán 1427, 2º P., of. 207, Bs. As. Argentina.

Librería Galerna

Tucumán 1425, Tel. 45-9359, Buenos Aires

Carlos Delgado: PROBLEMAS

SOCIALES EN EL PERU

CONTEMPORANEO

Heraclio Bonilla, Pierre

Chaunu, Tulio Halperin,

E. J. Hobsbawm y otros:

LA INDEPENDENCIA EN EL PERU

G. Alberti, Julio Cotler,

D. Chavez, P. Paredes,

R. Sánchez, L. Soberón:

ASPECTOS SOCIALES DE LA

EDUCACION RURAL EN

EL PERU

Alberto Escobar (compilador)

EL RETO DEL MULTILINGUISMO

EN EL PERU

John Saxe-Fernández

PROYECCIONES HEMISFERICAS

DE LA PAX AMERICANA

Constantino Vaitsos:

COMERCIALIZACION DE

TECNOLOGIA EN EL

PACTO ANDINO

Octavio Ianni, Marcos

Kaplan: RELACIONES

POLITICAS DE DEPENDENCIA

Anibal Pinto, Jan Kñakal:

AMERICA LATINA Y EL CAMBIO

EN LA ECONOMIA MUNCIAL

William Whyte, Lawrence

Williams: FACTORES

ECONOMICOS Y NO-ECONOMICOS

EN EL DESARROLLO RURAL

F. Fuenzalida, J. L.

Villarán, T. Valiente,

J. Golte: ESTRUCTURAS

TRADICIONALES Y ECONOMIA

DE MERCADO. LA COMUNIDAD

DE INDIGENAS DE HUAYOPAMPA.

José Matos Mar, Julio

Cotler y otros: DOMINACION

Y CAMBIOS EN EL PERU RURAL

Olinda Celestino:

MIGRACION Y CAMBIO

ESTRUCTURAL: LA COMUNIDAD

DE LAMPYAN

Carlos Degregori, Jünger

Golte: DEPENDENCIA Y

DESINTEGRACION ESTRUCTURAL

EN LA COMUNIDAD DE PACARAOS

Varios autores:

URBANIZACION Y PROCESO

SOCIAL EN AMERICA

Pedro Cieza de León:

EL SEÑORIO DE LOS

INCAS

Rogger Ravines

(Introducción,

selección y notas)

100 AÑOS DE ARQUEOLOGIA

EN EL PERU

José Matos Mar,

Roger Ravines:

BIBLIOGRAFIA PERUANA DE

CIENCIAS SOCIALES (1957-1969)

Carl Herbold, Steven Stein

GUIA BIBLIOGRARICA PARA LA

HISTORIA SOCIAL Y POLITICA

DEL PERU EN EL SIGLO XX

(1895-1960)

Francois Perroux:

ALIENACION Y CREACION

COLECTIVA

Jaroslav Vanek: LA

ECONOMIA DE PARTICIPACION:

HIPOTESIS EVOLUCIONISTA

Y ESTRATEGIA PARA EL

DESARROLLO

Victos Villanueva:

EL CAEM (CENTRO DE ALTOS

ESTUDIOS MILITARES) Y LA

REVOLUCION DE LA FUERZA

ARMADA

Ernesto Yepes del Castillo:

PERU 1820-1920: UN SIGLO

DE DESARROLLO CAPITALISTA

Richard Morse, Joaquín

Capelo: LIMA EN 1900.

ESTUDIO CRITICO Y ANTOLOGIA

PUBLICACIONES DEL XXXIX

CONGRESO INTERNACIONAL DE

AMERICANISTAS (LIMA, 1970)

Solicite listas de novedades al Tel. 45-9359 o en

Tucumán 1425, Capital.

No nos presentamos ante el mundo oponiéndole doctrinariamente un principio nuevo y diciéndole: "Esta es la verdad, arrodíllate". Deducimos de los principios mismos del mundo otros nuevos. No le decimos: "Apártate de tus luchas, que no tienen sentido, nosotros te daremos la verdadera consigna de lucha". Sólo le mostramos por qué lucha, ya que la conciencia de esa lucha es algo de lo que se tiene que apropiarse, quiéralo o no.

Marx, carta a Ruge de setiembre de 1843